

Año 3. Número 6, septiembre 2010

ISSN 1851-7099



Boletín Bibliográfico Electrónico

del Programa Buenos Aires de Historia Política





**PROGRAMA
BUENOS AIRES
DE HISTORIA POLÍTICA
DEL SIGLO XX**

Boletín Bibliográfico Electrónico

*<http://boletinhistoria.com.ar>
<http://historiapolitica.com/boletin/>
boletin@historiapolitica.com*

publicación semestral del **Programa Buenos Aires**

ISSN 1851-7099

Domicilio del *Boletín*:
Facultad de Humanidades - UNMdP
Funes 3350
7600 Mar del Plata, Pcia. Buenos Aires
Argentina.

Staff

Directora

Marcela Ferrari (UNMdP-CONICET)

Secretaria

Mariana Pozzoni (CONICET-UNMdP)

Equipo Editorial

Sabrina Ajmechet (CONICET-UNSAM)
Lucía Bracamonte (UNS)
Juan Luis Carnagui (UNLP-CONICET)
Ana Virginia Persello (UNR-CIUNR)
Ana Leonor Romero (CONICET-UBA)
María Inés Tato (CONICET-UBA)

Edición digital

Nicolás Quiroga (UNMdP-CONICET)

INDICE Nº 6

Dossiers

Dossier 1

- “Saberes y Estado”, a cargo de Mariano Plotkin (IDES- CONICET- UNTREF). **P. 8**
- “Elites técnicas estatales: abogados y juristas”. Por Eduardo Zimmermann (U. de San Andrés). **P. 10**
 - “Médicos y saberes de Estado en Argentina (1850- 1930). Algunas reflexiones”. Por Ricardo González Leandri (CISC, Madrid). **P. 12**
 - “Algunas claves para pensar el proceso de formación del campo de la economía estatal en la Argentina”. Por Jimena Caravaca (IDES – FSOC, UBA - Paris VII – Diderot, Francia). **P. 14**
 - “Economía, burocracia y elites: (re) pensando el Estado en el primer peronismo (1946- 1955). Por Martín Stawski (CONICET- IDES). **P. 16**
 - “Una aproximación a la acción estatal a través de su producción material. El proyecto de la Avenida General Paz (Buenos Aires, 1887- 1941). Por Valeria Gruschetsky (ANPCyT- IDES - UTDT). **P. 18**
 - “Elites estatales y expertos internacionales en Colombia en los años ‘50”. Por Elisa Grandi (Paris VII – Diderot, Francia). **P. 20**

Dossier 2

- “Política y economía. Enfoques y problemas en la historiografía actual”, a cargo de Claudio Belini (CONICET- UBA). **P. 23**
- Entrevista a Hilda Sabato (PEHESA, UBA- CONICET) **P. 24**
 - “Los ‘infinitos’, los ‘conspicuos’ y los ‘amigos’. Elite económica y elite política en Jujuy del Virreynato al Centenario”. Por Gustavo Paz (UNTREF - CONICET- Instituto Ravignani, UBA) **P. 28**
 - “Las elites provinciales en perspectiva: notas a propósito de un tema recurrente”. Por Beatriz Bragoni (CONICET- UNCUYO) **P. 31**

Reflexiones

“*Condenados al éxito, convencidos del fracaso*. Preguntas y alguna opinión sobre las percepciones culturales argentinas en relación a un destino de grandeza siempre frustrado”. Por Olga Echeverría (IEHS, UNICEN - CONICET). **P. 35**

Conversaciones con autores

Sobre *El viejo Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda*. Entrevista a María Cristina Tortti. Por Silvana Ferreyra (CONICET- UNMDP) y Pablo Pérez Branda (CONICET- UNMDP). **P. 38**

Presentaciones de libros

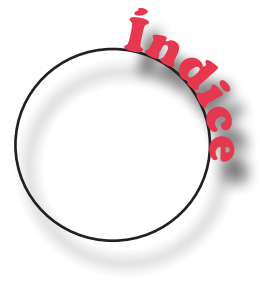
Karina Ramacciotti, *Las políticas sanitarias del peronismo*. Buenos Aires, Biblos, 2009. Por Diego Armus (Swarthmore College). **P. 44**

Héctor Schmuckler, Sebastián Malecki y Mónica Gordillo (eds.), *El obrerismo de “Pasado y presente”. Documento para un dossier (no publicado) sobre SITRAC-SITRAM*. La Plata, Ediciones Al Margen, 2010. Por Juan Carlos Torre (UTDT). **P. 47**

Resúmenes de tesis de posgrado

Ana Verónica Ferrari (UBA- UDESA), *El L'Uomo Qualunque, 1943-1948. Una voz moderada en la Italia posfascista*. Tesis de maestría, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2010. Directora: Dra. María Victoria Grillo. **P. 53**

Carolina González Velasco (CONICET- Instituto Ravignani, UBA – CEHP, UNSAM), *Gente de teatro: género chico y sociedad. Buenos Aires en los años '20*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009. Director: Luis Alberto Romero. **P. 54**



Diego A. Mauro (ISHIR, UNR - CONICET), *Los rostros de la política. Reformismo liberal y política de masas. Santa Fe, 1921-1937*. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Rosario, Santa Fe, 2010. Directora: Marta Bonaudo. **P. 55**

María José Navajas (Instituto Ravignani, UBA - CONICET), *Actores, representaciones, discursos y prácticas: la política en Tucumán, Argentina, 1852-1887*. Tesis de doctorado, El Colegio de México, México, 2008. Director: Guillermo Palacios. **P. 56**

Melina Piglia (UNMDP- CONICET), *Automóviles, Turismo y carreteras como problemas públicos: los clubes de automovilistas y la configuración de las políticas turísticas y viales en la Argentina (1918- 1943)*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009. Directora: Anahí Ballent. **P. 57**

María Mercedes Prol (UNR- UNER), *El Estado Nacional y la provincia de Santa Fe, 1943- 1955: Peronismo, ingeniería institucional y partido político*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009. Director: Luis Alberto Romero. **P. 58**

Nicolás Quiroga (UNMDP- CONICET), *La dimensión local del Partido Peronista. Las unidades básicas durante el primer peronismo, Mar del Plata (1946-1955)*. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2010. Director: Fernando J. Devoto; co-director: Julio César Melon Pirro. **P. 59**

Paula Seiguer (UBA - CONICET), *La iglesia anglicana en la Argentina y la colectividad inglesa. Identidad y estrategias misionales, 1869-1930*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009. Directora: Lilia Ana Bertoni. **P. 60**

Comentarios críticos

Carlos Fico, Marieta de Moraes Ferreira, Ana Paula Araujo y Samantha Viz Quadrat, *Dictadura e Democracia na América Latina: balanço histórico e perspectivas*. Rio de Janeiro, Editora FGV, 2008. Por Isabel Bilhão (Universidade Estadual de Londrina). **P. 63**

Roberto Gargarella, María Victoria Murillo y Mario Pecheny (comps.), *Discutir Alfonsín*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2010. Por Gabriel Palumbo (UBA). **P. 65**

Reseñas breves

Gabriela Águila, *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976/1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura*. Buenos Aires, Prometeo, 2008. Por Manuel Núñez (UNR) **P. 68**

Adriana Álvarez, *Entre muerte y mosquitos. El regreso de las plagas en la Argentina (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires, Biblos, 2010. Por María Silvia Di Liscia (Instituto de Estudios Socio-Históricos, UNLPam) **P. 69**

Adrián Ascolani, *El sindicalismo rural en la Argentina. De la resistencia clasista a la comunidad organizada (1928-1952)*. Bernal, UNQ, 2009. Por Juan Luis Martirén (CONICET- FLACSO- UNICEN). **P. 70**

Daniel Aspiazu y Martín Schorr, *Hecho en Argentina. Industria y economía, 1976-2007*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2010. Por Nicolás Dauria (UNR) **P. 71**

Paolo Boarelli y Andrés D'Onofrio, *Breve historia del movimiento cooperativo de Rosario*. Rosario, Prohistoria/ La Capital, 2009. Por Leandro Moglia (CONICET- UNNE) **P. 72**

Lila Caimari, *La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009. Por Jeremías Silva (UNGS). **P. 73**

Ana Castellani, *Estado, empresas y empresarios. La construcción de ámbitos privilegiados de acumulación entre 1966 y 1989*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Horacio R. Bustingorry (UNLP- AHPBA) **P. 74**

Ángel Duarte, *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*. Madrid, Alianza, 2008. Por Ilana Martínez (UBA – IDAES, UNSAM - CONICET) **P. 75**

Olga Echeverría, *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. Rosario, Prohistoria, 2009. Por Boris Matías Grinchpun (Instituto Ravignani, UBA) **P. 76**

Marcela Ferrari, *Resultados electorales y sistema político en la provincia de Buenos Aires (1913-1934)*. La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires / Dirección Provincial de Patrimonio Cultural / Archivo Histórico "Dr. Ricardo Levene", 2010. Por Susana Piazzesi (UNL - UNER). **P. 77**

Sabina Frederic y Germán Soprano, *Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina*. Buenos Aires, UNGS-Prometeo, 2009. Por María Pozzio (CIC-UNQ). **P. 78**

Meter Fritzsche, *Vida y muerte en el Tercer Reich*. Barcelona, Crítica, 2009. Por Valeria Galván (CONICET- UNGS). **P. 79**

Raúl García Heras, *El Fondo Monetario y el Banco Mundial en la Argentina*. Buenos Aires, Lumière, 2009. Por Daniel Reynoso (CEHis, UNMDP). **P. 80**

Alejandro Guerrero, *El peronismo armado. De la resistencia a Montoneros. De la Libertadora al exterminio*. Buenos Aires, Norma, 2009. Por Lucía Brienza (UNR). **P. 81**

Silvina Jensen, *Los exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura*. Buenos Aires, Sudamericana, 2010. Por Julio Macías (UNMDP). **P. 82**

Ignacio Klich y Cristian Buchrucker (comps.), *Argentina y la Europa del nazismo. Sus secuelas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Raúl Huarte (UBA). **P. 83**

Clara Kriger, *Cine y peronismo. El Estado en escena*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por María Nieves Agesta (CONICET-UNS). **P. 84**

Marcelo Lagos (dir.), *Jujuy bajo el signo neoliberal. Política, sociedad y cultura en la década de los noventa*. San Salvador de Jujuy, EDIUNJu, 2009. Por Jorge Páz (CONICET- IELDE, UNSA). **P. 85**

Darío Macor y Susana Piazzesi (eds.), *Territorios de la política argentina. Córdoba y Santa Fe, 1930-1945*. Santa Fe, UNL, 2009. Por Clara Iribarne (UNC). **P. 86**

Mónica Marquina, Carlos Mazzola y Germán Soprano (comps.), *Políticas, instituciones y protagonistas de la Universidad argentina*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Patricia A. Orbe (UNS- CONICET). **P. 87**

Johannes Meier und Veit Straßner (Eds.), *Kirche und Katholizismus seit 1945*. Vol. 6: *Lateinamerika und Karibik*. Paderborn, Ferdinand Schöningh Verlag 2009. Por Stephan Ruderer (U. de Münster). **P. 88**

Marisa Miranda y Álvaro Girón Sierra (org.), *Cuerpo, biopolítica y control social. América Latina y Europa en los siglos XIX y XX*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Rita M. Novo (UNMDP). **P. 89**

Julio Montero y Mariano Garreta Leclerq, *Derechos humanos, justicia y democracia en el mundo transnacional*, Buenos Aires, Prometeo, 2010. Por Marcela Aguirrezabala (UNS). **P. 90**

Susana Piazzesi, *Conservadores en provincia. El iriondismo santafesino, 1937-1943*. Santa Fe, UNL, 2009. Por Mariela Rubinzal (UNL). **P. 91**

Alexandra Pita González, *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*. México, Colegio de México- Universidad de Colima, 2009. Por Leandro Sessa (CISH- UNLP). **P. 92**

Raanan Rein y Claudio Panela (comps.), *El retorno de Perón y el peronismo en la visión de la prensa nacional y extranjera*. La Plata, UNLP, 2009. Por Eva Mara Petitti (CONICET- UNMDP). **P. 93**

Alejandro Schneider (comp.), *Trabajadores. Un análisis sobre el accionar de la clase obrera argentina en la segunda mitad del siglo XX*. Buenos Aires, Herramienta, 2009. Por Silvina Gibbons (UNER- UNR). **P. 94**

Miguel Ángel Taroncher, *La caída de Illia: la trama oculta del poder mediático*. Buenos Aires, Vergara, 2009. Por Marcela Ferrari (UNMDP – CONICET) **P. 95**

María Inés Tato y Martín Castro (comps.), *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2010. Por Mercedes Prol (UNR – UNER). **P. 96**

Yanina Welp y Uwe Serdült (comps.), *Armas de doble filo. La participación ciudadana en la encrucijada*. Buenos Aires, Prometeo, 2010. Por Mirian Cinquegrani (UNS) **P. 97**

Colecciones en sitios web

La Facultad va a la Escuela: *Carpetas Docentes de Historia*. Por María Dolores Béjar (UNLP). **P. 99**

PRESENTACIÓN

Como otro de los resultados de una tarea sostenida a lo largo de tres años consecutivos, publicamos el sexto número del *Boletín Bibliográfico Electrónico* del Programa Buenos Aires de Historia Política.

El lector habituado a consultarlo reparará en los cambios introducidos en este volumen. El principal es la inclusión de artículos breves, tanto de carácter historiográfico como referidos a temáticas específicas. La mayoría de ellos forma parte de los dos *dossiers* de este número, uno referido a la temática de “saberes y Estado” y el otro, a los vínculos posibles de establecer entre historia política e historia económica. Un artículo más extenso aborda el problema del “fracaso argentino” dando muestras del modo en que se conjuga la reflexión acerca de un problema que ha convocado recurrentemente a historiadores y científicos sociales, en torno a aportes historiográficos sobre el tema, desde el punto de vista de la historia de las ideas.

La segunda novedad es la ampliación temporal del campo abarcado. Hasta el momento las contribuciones del *Boletín* referían a la producción reciente en historia política –pero también social- comprendida, aproximadamente, entre 1880 y la actualidad. En este caso se incorporó el tratamiento de cuestiones inscriptas en la época colonial y el siglo XIX. Y ello ha permitido incorporar a nuestro *staff* de colaboradores a historiadores especializados en esas centurias que, de mantener el criterio anterior, no habrían participado en esta publicación.

Junto con estas novedades se han mantenido secciones ya conocidas como parte de esta publicación: como reseñas, comentarios –uno en portugués-, presentaciones de libros, resúmenes de tesis de posgrado y entrevistas, en este último caso con la particularidad de girar en torno a un problema o a un texto de autoría de la entrevistada.

En suma, el *Boletín* ha mantenido el perfil que adoptó en sus inicios a la vez que se ha transformado. Se ha arraigado en la comunidad académica y se expandió en temas, colaboradores, secciones y, por todo ello, en dimensiones.

Marcela Ferrari

NORMAS PARA EL ENVÍO DE MATERIALES

El *Boletín bibliográfico electrónico* del Programa Buenos Aires de Historia Política es una publicación de periodicidad semestral dedicada a la difusión de los avances de historia política referida –especial mas no exclusivamente- al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad.

El comité editorial espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren con él a través de contribuciones que integran distintas secciones del *Boletín*, sujetas a referato. Abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de ellas: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de hasta 700 palabras y los resúmenes de tesis, de hasta 1400.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán por correo electrónico exclusivamente, en formato RTF o “.doc” (Word), a boletin@historiapolitica.com.

Las notas sólo se incluirán en los estados de la cuestión, las entrevistas y en artículos historiográficos. No se admiten en el resto de las secciones. Serán automáticas, con cifras árabes y siempre ubicadas a pie de página. Los apellidos incluidos en las notas usarán mayúsculas sólo en la primera letra. El título de la obra se incluirá en cursiva y el pie de imprenta se organizará de la siguiente manera: editorial, fecha y lugar de edición.

Deberá mencionarse la adscripción institucional y el e-mail de los autores, a continuación del nombre.

DOSSIER 1

Presentación

¿Cómo pensar los vínculos entre el desarrollo de formas de conocimiento social, la evolución del Estado moderno y la conformación de grupos técnicos y burocráticos vinculados al mismo? En las últimas décadas, y sobre todo a partir de los trabajos de Thedda Skocpol, Peter Evans, Dietrich Rueschemeyer y otros, se ha escrito mucho sobre los vínculos entre saberes sociales y modernización del Estado. Sin embargo, en América Latina, y sobre todo en Argentina, sólo muy recientemente los historiadores han empezado a prestar atención al Estado, sus grupos técnicos y sus elites.

El presente dossier, que tiene como objetivo ofrecer algunas sugerencias metodológicas e hipótesis sobre este problema complejo desde una perspectiva histórica, gira alrededor de dos ejes centrales. En primer lugar, la atención se fija en la conformación y la constitución de lo que puede calificarse como “saberes de Estado”, es decir un conjunto de saberes con pretensiones operativas y de expertos encargados de aplicarlos que generan con el Estado un vínculo doblemente constitutivo. En segundo lugar, el foco se pone en el desarrollo del Estado moderno, sus instituciones y la formulación de políticas públicas. Podría decirse que existe una relación dialéctica entre la modernización del Estado y la evolución de ciertas formas de saber social, vínculo que puede caracterizarse como “doblemente constitutivo”. El Estado moderno (pensado como el transcurso de una evolución histórica no lineal y nunca acabada, y no como el resultado de un proceso más o menos terminado) se ha ido consolidando a partir de una redefinición y ampliación de sus espacios de intervención, lo que a su vez ha requerido y demandado de saberes específicos y de “expertos”, es decir, aquellos reconocidos socialmente como portadores legítimos de esos saberes. Al respecto es interesante el señalamiento de Eduardo Zimmermann en su nota sobre abogados y juristas incluida en este dossier acerca de la importancia que tienen conceptos derivados de disciplinas particulares como el derecho o la economía en la definición más amplia de las fronteras entre lo público y lo privado. Sin embargo, el reconocimiento social de estos saberes y sus portadores en parte se produce precisamente como resultado de sus vínculos con el Estado, dando lugar a un proceso complejo y dialéctico entre conformación, legitimación e institucionalización de formas de conocimiento, expertos y modernización del Estado.

Además, habría al menos una tercera dimensión en este proceso, que estaría definida por el universo conformado por los espacios de producción de estos saberes. Este universo es multifacético, ya que está constituido en parte por el mundo académico, universidades e instituciones diversas vinculadas a la producción y circulación de conocimiento, a las diversas formas de recepción y circulación de ideas y saberes, y también al Estado y a las prácticas asociadas a la función técnica y burocrática. Elisa Grandi sostiene en su nota sobre elites estatales y expertos internacionales en Colombia que serían precisamente estas prácticas las que terminan definiendo la condición de “experto” y la generación de un *savoir faire* específico. Ricardo González Leandri, por otro lado, en su trabajo sobre médicos -y desde una visión más matizada- enfatiza la necesidad de mirar la articulación entre estos diferentes espacios de producción de saberes.

El dossier podría dividirse en tres secciones. La primera,

compuesta por las contribuciones de Eduardo Zimmermann, Ricardo González Leandri y Jimena Caravaca, tiene como eje articulador el desarrollo de tres grupos profesionales (abogados, médicos y economistas) que desde temprano constituyeron elites estatales y los vínculos entre sus saberes respectivos y la modernización del Estado. Derecho, medicina y economía constituyen tres profesiones cuyo desarrollo y consolidación estuvieron fuertemente vinculados al Estado, aunque el monopolio legal de la práctica logrado por las primeras dos ha sido históricamente mucho más firme que el obtenido por la tercera.

Zimmermann en particular analiza el surgimiento del derecho administrativo y la necesidad de comprender la compleja trama intelectual e institucional en la que se asentó este proceso. El autor sostiene que el surgimiento en nuestro país de esta forma de pensar los vínculos jurídicos entre el Estado y la sociedad debe entenderse a partir de un complejo nudo de acontecimientos que van desde los conflictos estudiantiles ocurridos en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires en 1904, que determinaron importantes cambios en los planes de estudio, hasta el universo de problemas abiertos por la democratización del Estado a partir de la reforma electoral de 1912, pasando por la recepción de nuevas y no tan nuevas ideas acerca del derecho que generaron condiciones de posibilidad para cambios de paradigmas. La conformación del derecho administrativo contribuyó, junto con otros saberes, a legitimar una redefinición de los ámbitos de intervención del Estado y de los vínculos entre el espacio público y el privado.

Si los abogados, como señala Zimmermann, fueron a lo largo del siglo XIX y principios del XX “la” elite estatal casi por definición, algo parecido, aunque en menor medida, podría decirse de los médicos. Desde una perspectiva más asociada a la sociología de las profesiones, González Leandri formula algunas hipótesis acerca del proceso de constitución de los médicos como elite técnica estatal. La mirada de González Leandri podría caracterizarse como más “internalista” que la de Zimmermann, ya que el primero enfatiza la importancia de fijar la atención en los procesos internos de disciplinamiento y demarcación de la medicina como saber y técnica específicos frente a otros “curadores”. La capacidad de los médicos para lograr esta demarcación estuvo muy vinculada a las demandas estatales y por lo tanto estuvo cruzada por una lógica política también constitutiva del campo de la medicina. El estudio de la consolidación de este campo profesional debe prestar particular atención, en la visión de González Leandri, a la constitución de organismos médico-estatales tales como la Asistencia Pública y el Consejo de Higiene.

Este autor introduce un elemento adicional en el análisis del doble proceso de constitución de saberes y de modernización del Estado que será retomado y enfatizado también por Jimena Caravaca en su contribución sobre los economistas: las crisis. En efecto, es a partir de las situaciones definidas como críticas que las demandas de saberes específicos por parte del Estado para diagnosticarlas y operar sobre ellas se hacen más profundas. Las coyunturas críticas conformarían “momentos fuertes” y puntos de partida para un análisis de los problemas que nos interesan aquí. Sin embargo, las vivencias, los efectos y las caracterizaciones mismas de estas crisis son diferentes según el punto de vista adoptado. Un análisis que tome en cuenta las definiciones y conceptualizaciones de las crisis a partir

de distintos saberes específicos aportaría enormemente a la comprensión de los vínculos entre saberes y Estado. Mientras el proceso de democratización y las reflexiones en torno a la República Verdadera (que marcó la crisis del universo político regido por notables) generaron las condiciones de posibilidad para nuevos debates y una renovación en el ámbito del derecho, los efectos sobre el campo de la medicina parecieran haber sido más ambiguos. Por otro lado, González Leandri señala otro universo al que hay que prestar atención: la consolidación de un mercado profesional.

Jimena Caravaca fija su atención en otro grupo, los economistas estatales que, aunque también surgió vinculado al Estado, se desarrolló de manera diferente al formado por médicos y abogados, ya que nunca logró un marco regulatorio para su práctica comparable al obtenido por estas dos profesiones. Junto con la importancia de las crisis (particularmente la de 1890, también señalada por González Leandri para el caso de los médicos) para entender el proceso de consolidación de los economistas como expertos estatales, Caravaca enfatiza en otro tema que fue señalado por González Leandri y luego retomado por Valeria Gruschetsky en su nota sobre la acción estatal a través de su producción material: la coexistencia no siempre fluida en el accionar de los expertos estatales de lo que podríamos llamar una “lógica del científico” –o del técnico-, y una “lógica del político”, lógicas que muchas veces entraban en una tensión que, sin embargo, era procesada por los propios actores. Así, los profesores de economía (y en ocasiones también sus críticos) justificaban las discrepancias entre los principios que promovían desde sus cátedras y su acción cuando les tocaba actuar como hombres de gobierno precisamente en las diferencias existentes entre ambas lógicas.

Caravaca, González Leandri y Zimmermann señalan la importancia de fijar la atención en trayectorias individuales – Caravaca además introduce el concepto de generación como una herramienta hermenéutica- para analizar los procesos descriptos. Los tres sostienen que un punto de partida del análisis debería estar conformado por una mirada cercana a las propiedades sociales, trayectorias académicas y sistemas de vínculos sociales (redes) en las que se hallaban insertos los actores.

La segunda sección del dossier está formada por las notas de Martín Stawski y Valeria Gruschetsky. Si Zimmermann, González Leandri y Caravaca fijan su atención en la articulación entre el desarrollo de grupos profesionales, circulación de ideas y modernización del Estado, Stawski y Gruschetsky parten de lo que podríamos considerar una “mirada desde arriba”, es decir desde el Estado mismo, sus instituciones y su accionar. Stawski retoma la historia de la formación de una burocracia vinculada a la gestión de la economía centrándose en el peronismo. Mientras Caravaca hace foco en la figura de los economistas como un grupo que se definía y era reconocido cada vez más como expertos estatales, Stawski –siguiendo una línea de análisis desarrollada por Claudio Belini, Patricia Berrotarán y Daniel Campione, Marcelo Rougier y otros (ver bibliografía adjunta al trabajo de Stawski)- concentra su interés en el desarrollo de las instituciones estatales y muestra cómo una mirada a estos espacios no solamente permitiría tener una visión más clara del desarrollo del Estado sino además una reconceptualización del fenómeno peronista. En otras palabras, a través de un análisis de las burocracias estatales vinculadas a la administración económica y la evolución de los organismos de gestión correspondientes, es decir, a partir de concentrarse en lo que podríamos caracterizar como la dimensión más racional del Estado peronista, Stawski propone un desplazamiento de las caracterizaciones más clásicas del peronismo que fijaban su atención en sus dimensiones más irracional (formación del carisma de Perón, populismo, etc).

Valeria Gruschetsky, por su parte, adopta una mirada que enfatiza lo que ella llama “la producción material del Estado” y toma como ejemplo la construcción de la Avenida General Paz. El interés en la producción de una obra pública en particular permite a Gruschetsky mostrar cómo el estudio de

este tipo de accionar del Estado pone en evidencia el cruce de las múltiples lógicas (técnicas, políticas, estéticas, jurídicas) que coexisten detrás de un emprendimiento de esta clase. Así como la demanda de obra pública se genera en necesidades diferentes –demográficas, sociales, económicas, políticas, etc.-, su producción se realiza en el cruce de lógicas que responden a esas necesidades. Estos procesos, señala Gruschetsky, deben ser entendidos en un plazo largo y su análisis proporciona elementos importantes que permiten complejizar la idea de Estado.

Finalmente, el trabajo de Elisa Grandi constituye una sección en sí mismo. En primer lugar porque es la única contribución que no se refiere al caso argentino. Su inclusión en este dossier, sin embargo, se justifica porque plantea una mirada totalmente diferente a la del resto de las contribuciones, una aproximación que ofrece perspectivas metodológicas innovadoras. En primer lugar, el texto de Grandi está asentado sobre un marco teórico muy firme que, aunque tal vez pueda ser considerado como excesivamente rígido, proporciona elementos para pensar desde otra perspectiva la categoría de experto. Basándose fundamentalmente en trabajos previos de Maurizio Gribaudi, Grandi enfatiza la importancia de identificar a los expertos no a partir de definiciones y generalizaciones a priori sino a partir de sus prácticas específicas y su capacidad de movilizar recursos y formas de vinculación asociadas al Estado o, en este caso particular, a organismos internacionales. En segundo lugar, el trabajo de Grandi aporta una mirada explícitamente transnacional al problema, puesto que estas prácticas que son constitutivas del Estado se producen dentro pero también (podríamos decir, sobre todo) por fuera de las fronteras nacionales, y tienen que ver con flujos de relaciones, redes institucionales y sociales e ideas, aunque estas últimas (y tal vez aquí resida una debilidad del marco conceptual propuesto) tienen una importancia mucho menor en el análisis de Grandi que en el de los otros autores del dossier.

Los seis trabajos que componen este dossier dan cuenta de la creciente vitalidad de un campo de estudios que sólo recientemente ha comenzado a florecer en América Latina y en especial en la Argentina: el Estado, sus elites y los saberes de Estado. Muestran caminos posibles para recorrer y abren la posibilidad de fructíferos debates.

EDUARDO ZIMMERMANN
(UNIVERSIDAD DE SAN ANDRÉS)

Un rasgo recurrente en cualquier estudio del mundo de los abogados y juristas argentinos es la referencia ineludible a su predominancia dentro de los grupos gobernantes desde el proceso de construcción del Estado nacional. En efecto, sabemos que abogados y juristas fueron actores centrales en el proceso de creación institucional y ocuparon buena parte de las posiciones en los tres poderes del Estado, lo que reduciría el estudio de los mismos como elite estatal a una cuestión casi trivial: los abogados y juristas eran *la* elite estatal casi por definición.

Por otra parte, hemos presenciado en los últimos años dos procesos de renovación historiográfica que nos permiten mirar ahora a ese objeto de estudio con nuevos enfoques. Uno, el creciente interés entre los historiadores por acercarse al mundo del derecho y las instituciones judiciales con preguntas diferentes a las habitualmente planteadas por la historia del derecho. Esto ha generado un campo de investigaciones en franca expansión y permanentemente enriquecido por la confluencia de una variedad de perspectivas y acercamientos metodológicos. El segundo, la aparición de un creciente cuerpo de estudios sobre la formación de nuevas elites técnicas estatales, -los “intelectuales y expertos”-, y las formas de conocimiento especializado que permitieron asentar a nuevos campos profesionales en el aparato del Estado nacional. Los aportes más importantes se concentran en tres áreas principales: los estudios sobre los procesos de institucionalización de ciertas disciplinas académicas en su interacción con el Estado; la llegada al Estado de “elites técnicas”, impulsadas por ciertas coyunturas históricas particulares; y el desarrollo de nuevas agencias estatales: los canales de reclutamiento, el crecimiento o las restricciones enfrentadas, y la capacidad de diseñar políticas públicas efectivas.

Propondremos aquí las líneas principales de un proyecto de investigación en torno a un recorte de ese mundo de abogados y juristas y su relación con las transformaciones del Estado argentino, situado temporalmente entre las crisis de 1890 y la de 1930, que se inserta en el marco de un proyecto colectivo en torno a los “saberes de Estado” y la modernización estatal en la Argentina. El proyecto apunta a reconstruir las maneras en las que el desarrollo inicial del derecho administrativo en la Argentina contribuyó a transformar las visiones de lo público-estatal en el discurso político del cambio de siglo, impulsando un abandono de los límites fijados por el constitucionalismo liberal clásico en favor de una nueva forma de conceptualizar la estructuración jurídica del accionar de la administración pública.

Hacia el Centenario podemos detectar dos corrientes transformadoras operando en el campo del derecho: por un lado, una crisis interna, ejemplificada con los procesos de reforma iniciados por la huelga de estudiantes de la Facultad de Derecho en 1904, que impulsaría la creación de un programa de doctorado, modificaciones de planes de estudio y cambios de autoridades. En buena medida, esa crisis reflejaba las transformaciones producidas en la sociedad y la política por las corrientes democratizadoras y su impacto sobre la profesión, con los consiguientes intentos de regulación de la entrada al mercado profesional y el establecimiento de distintas jerarquías en el campo (denuncias del profesionalismo estrecho, “empleomanía”, el

peligro que significaba el surgimiento de un “proletariado intelectual” de abogados desocupados, debates sobre colegiación y mecanismos de exclusión de profesionales “indignos”, etc.). Por otro lado, debemos mencionar las tensiones que sobre el campo del derecho público producían el avance de la democratización política y los debates sobre la “República Verdadera”. El perfeccionamiento institucional demandado por muchos como requisito para alcanzar un verdadero gobierno representativo, como bien ha señalado Darío Roldán, no hacía más que resaltar la necesidad de que los juristas argentinos fueran capaces de repensar las bases organizativas del aparato estatal que se verían sacudidas por la nueva realidad. Sería en el contexto de esos debates en el que aparecería el derecho administrativo como nueva disciplina destinada a desplazar la frontera de las formas de intervención estatal sobre la sociedad.

En las últimas décadas del siglo XIX, y en particular en el discurso político de la Tercera República Francesa, que tanta influencia tendría en el pensamiento político latinoamericano, el derecho administrativo fue conformando un cuerpo de doctrina que intentaba responder a un interrogante central: ¿cómo regular las relaciones entre el Estado y los particulares en el contexto del desarrollo de nuevas áreas de intervención estatal de un modo que impidiera la arbitrariedad e hiciera más efectiva la acción de la administración pública? Desde el momento en que el Estado trascendía su papel de protector de los contratos civiles de los particulares para convertirse en un actor jurídico que desarrollaba por sí mismo toda clase de tareas, juristas franceses como León Duguit, Maurice Hauriou y luego Gastón Jèze desarrollaron a través de sus comentarios a las decisiones del Consejo de Estado una serie de conceptos que transformarían profundamente la manera de conceptualizar la acción estatal en sus relaciones con la sociedad civil.

La tradición jurídica francesa asentaba esa particular visión sobre lo estatal en el sistema de una jurisdicción administrativa independiente, según la cual los asuntos que concernían a un interés del Estado no podían ser juzgados por jueces ordinarios. Este principio provenía del Antiguo Régimen, como recordó Tocqueville, y de la pretensión de la corona de superar los obstáculos que presentaba una justicia independiente. Este privilegio era completamente ajeno a la tradición británica del *rule of law* y explica la ausencia del derecho administrativo como parte de esta tradición jurídica, según sostenía A.V. Dicey en su clásico *Introduction to the Study of the Law of the Constitution*, a fines del siglo XIX.

Otra línea, que sería particularmente influyente como modelo para la regulación de servicios públicos y la organización de nuevas agencias administrativas en la Argentina, estaba dada por el desarrollo de una nueva ciencia de la administración pública en los Estados Unidos a partir del último cuarto del siglo XIX, ejemplificada en el clásico artículo de 1887 de Woodrow Wilson sobre “el estudio de la administración”. Desde la sanción de la Interstate Commerce Act en ese mismo año, complementada por la Federal Trade Act de 1914, la creciente incapacidad de los jueces para contener el avance de las regulaciones sancionadas no sólo por leyes sino por las mismas agencias administrativas señalaba el progresivo avance de un nuevo derecho administrativo por sobre los límites fijados por la tradición constitucional clásica, proceso

que culminaría con el New Deal rooseveltiano.

En la Argentina estas distintas influencias fueron recibidas, adaptadas o rechazadas, modificadas y eventualmente utilizadas selectivamente, en el desarrollo inicial del derecho administrativo. El proyecto busca por una parte analizar ese proceso de asimilación doctrinaria en algunos de los primeros autores de la disciplina, como José Manuel Estrada, Vicente Gallo, Rodolfo Bulrich y Rafael Bielsa, para lo cual explora el papel de las redes intelectuales y profesionales en la difusión de esas corrientes.

Por otra parte, del universo de tópicos tratados por esos autores, dos temas en particular se destacan por su entrelazamiento con la historia política argentina de las primeras décadas del siglo XX y son analizados con más detalle. En primer lugar, la discusión sobre la centralización y la descentralización del sistema político y su impacto sobre el proceso de toma de decisiones administrativas, que incluye los debates sobre el municipalismo y el estatus de las agencias regulatorias y sus facultades. En segundo lugar, los efectos de la democratización política sobre el empleo público, el *spoils system*, y las sugerencias de mecanismos de control para el saneamiento de la función pública que se extendieron desde las críticas de José Terry a la “empleomanía” de fines del siglo XIX hasta el análisis de Rafael Bielsa de los efectos de las administraciones radicales. Dos tipos de fuentes a ser utilizadas permitirán rastrear el proceso de difusión de esos cambios impulsados por la doctrina jurídica y su interacción con el debate público más amplio: por una parte, los debates parlamentarios y la prensa periódica; por la otra, repertorios de fallos judiciales.

El entrecruzamiento de los cambiantes escenarios políticos en los que los juristas desarrollaban algunos de sus argumentos sobre la administración pública argentina con el contenido de sus doctrinas permite sugerir una hipótesis compartida con otras investigaciones asociadas al mismo proyecto: los cambios en la frontera entre lo público y lo privado pueden ser analizados también a partir de una gradual evolución en el lenguaje “técnico” de ciertas disciplinas, y no sólo a través de grandes “olas” de cambio ideológico asociadas a coyunturas históricas particulares. Es decir, además de la narrativa habitual sobre los efectos que las administraciones radicales o “el golpe del ‘30” o “el peronismo” tuvieron como motores de un cambio ideológico a gran escala en la manera de interpretar las relaciones entre Estado y sociedad, vale la pena intentar un análisis desagregado de las formas en las que ciertos instrumentos conceptuales desarrollados por las ciencias sociales -y las elites técnicas estatales vinculadas a las mismas- operaron como impulso gradual pero sostenido de esos cambios en la frontera entre lo público y lo privado. En este caso, el desarrollo temprano del derecho administrativo en la Argentina permite detectar la forma en la que los practicantes de la disciplina fueron modificando las visiones sobre lo público-estatal y su papel en la sociedad, desde el marco liberal clásico heredado hacia formas de intervencionismo y activismo estatal cada vez más amplias.

Bibliografía

Rafael Bielsa, *El cacique en la función pública*. Buenos Aires, Imprenta “Nacional” de J. Lajouanne & Cia., 1928.

Rafael Bielsa, *Ciencia de la administración*. Rosario, Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas, Universidad Nacional del Litoral, 1937.

Rafael Bielsa, *Estudios de Derecho Público I: Derecho Administrativo*. Buenos Aires, Depalma, 1950.

Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*. (1856). Madrid, Ediciones Guadarrama, 1969.

Albert Venn Dicey, *Introduction to the Study of the Law of the Constitution* (1885-1915). Indianapolis, Liberty Classics, 1982.

Jacques Donzelot, *La invención de lo social. Ensayo sobre la*

declinación de las pasiones políticas. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2007.

Marcela Ferrari, *Los políticos en la república radical. Prácticas políticas y construcción de poder*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Ramón Ferreyra, *Derecho administrativo general y argentino*. Buenos Aires, Imprenta de Pablo Coni, 1866.

Morton J. Horwitz, *The Transformation of American Law 1870-1960. The Crisis of Legal Orthodoxy*, Oxford University Press, 1992.

H. S. Jones, *The French State in Question. Public Law and Political Argument in the Third Republic*. Cambridge University Press, 1993.

Lucio V. López, *Derecho Administrativo Argentino. Lecciones dadas en la Facultad de Derecho por el profesor de la materia Dr. Lucio V. López*. Buenos Aires, 1902.

Héctor A. Mairal, *Control judicial de la administración pública*. Buenos Aires, Depalma, 1984, 2 vols.

Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004.

Ana Virginia Persello, “De las juntas y comisiones al Consejo Nacional Económico. La administración pública en los años 30”, manuscrito presentado en el seminario Saberes de Estado, IDES, Buenos Aires, 2009.

Ana Virginia Persello, “Administración pública y partido gobernante”, capítulo 4 de la tesis de doctorado *El partido radical. Gobierno y oposición, 1890-1943*. Universidad de Buenos Aires, 2004.

Agustín Pestalardo, *Historia de la enseñanza de las ciencias jurídicas y sociales en la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Imprenta Alsina, 1914.

Darío Roldán (comp.), *Crear la democracia. La revista de Ciencias Políticas y el debate en torno de la democracia verdadera*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Pierre Rosanvallon, *L'État en France de 1789 à nos jours*. París, Seuil, 1990.

Stephen Skowronek, *Building a New American State: The Expansion of National Administrative Capacities, 1877-1920*. Cambridge University Press, 1982.

Guido Tawil, *Administración y justicia. Alcance del control judicial de la actividad administrativa*. Buenos Aires, Depalma, 1993.

Marcela Ternavasio, *Municipio y política: un vínculo conflictivo. Análisis histórico de la constitución de los espacios locales en Argentina, 1850-1920*. Rosario, FLACSO, 1991.

José A. Terry, *Finanzas. Apuntes taquigráficos de las conferencias dictadas por el catedrático de la materia en la Facultad de Derecho, Dr. José A. Terry, tomados por Luis A. Folle y Carlos M. Biedma*. Buenos Aires, Imprenta de M. Biedma e hijo, 1898.

Woodrow Wilson, “The Study of Administration”. *Political Science Quarterly*, vol. II, no. 2, 1887.

POR RICARDO GONZÁLEZ LEANDRI
(CSIC, MADRID)

Este artículo puntualiza algunas cuestiones útiles para el estudio del proceso social por medio del cual los médicos argentinos vieron sus prácticas y conocimientos específicos convertidos en saberes de Estado. Partimos para ello del hecho de que ese proceso se relacionó de manera estrecha con la delimitación por parte de los médicos diplomados de un espacio para la práctica legítima y monopólica de su actividad, que incluyó también la búsqueda de lo que algunos autores denominan un monopolio cognitivo.

Si nos situamos en la mitad del siglo XIX, se observa que ese espacio propio sólo podía alcanzarse por procesos “internos” de disciplinamiento y de consolidación académica e institucional, el recorte de atribuciones a un conjunto amplio de otros curadores y la generación de una dilatada confianza social en las bondades de su “técnica” y sus saberes. En ese sentido, desde el momento de la refundación de la Escuela de Medicina en 1852, e incluso antes, puede hablarse de la existencia de un proyecto médico que se arrogaba la capacidad de abordar una amplia gama de cuestiones que, dada la especificidad de la época, podrían ser definidas de una manera laxa como sociales.

Para abordar este punto consideramos teóricamente eficaz incorporar una versión revisada del concepto de “estructura de indeterminación”. Destacamos tanto el énfasis que pone en el proceso de construcción de la distancia social entre legos y poseedores de saberes esotéricos, como sus preguntas específicas sobre los mecanismos de resolución del conflicto que esa distancia genera y que facilita, entre otras cuestiones, la valoración de la incidencia de las relaciones de poder implicadas en él.

La adopción de esta perspectiva permite señalar que el problema de la construcción histórica de la salud como cuestión en el siglo XIX reconoce como uno de sus aspectos claves la contradicción que aquejaba a la elite médica, que si bien contaba con miembros prestigiosos, consultados e incluso incorporados a los respectivos gobiernos, al mismo tiempo, dada su heterogeneidad, estaba obligada a promover una confianza amplia basada en la capacidad de mediación de su “técnica” y sus saberes específicos y no sólo en su posición en la estructura social.

Una mirada atenta a la composición y estrategias de las elites médicas de la época nos introduce en el mundo de la política. Allí se observa cómo éstas se valían de su posición en las facciones para imponer sus criterios y “saberes técnicos”, pero se veían a su vez constreñidas por una lógica política que no alcanzaban a modificar,

al menos hasta casi el fin de siglo.

El elemento central de la trayectoria médica del siglo XIX fue, a su vez, la intersección que se produjo entre saberes y prácticas médicas y la lógica de crecimiento de un Estado incipiente. Fue clave en ese sentido la cuestión higiénica. A pesar de su escasez de recursos, determinados ámbitos del Estado mostraron en ese aspecto un impulso interventor más decidido que el de la elite médica. Pero para que el control que implicaba pudiera ser efectivo, era imprescindible que tanto el término Higiene como la prevención fueran definidos de manera tal que legitimaran la idea de intervención pública. El desarrollo de ese proceso condujo a una pugna entre distintos grupos por orientar el sentido de aquellos conceptos, que finalmente se decantó a favor de los médicos diplomados.

Fue en el plano institucional, en organismos médicos emblemáticos como la Asistencia Pública y el Consejo de Higiene, donde se procesó de manera más efectiva el cruzamiento entre saberes médicos y voluntad de intervención estatal. Allí, a través del mantenimiento de una relación difusa y por momentos conflictiva con los ámbitos académicos, se promovió una lógica de actuación profesional que hacia fines de siglo otorgó peculiaridad a aspectos claves de la “Cuestión Social”. Los cambios de la década de 1890, tras la crisis y la revolución fallida, al incrementar la fluidez del sistema político y debilitar la posición de sus grupos dominantes provocaron el reforzamiento de la injerencia de la alta burocracia técnica del Estado. En la dimensión sanitaria puede hablarse por lo tanto de un cambio cualitativo, caracterizado por un nuevo tipo de autonomía profesional de los médicos, que se consolidaba con su acercamiento e integración al Estado. Como lo demostró la trayectoria de Ramos Mejía, dicha autonomía, de la que dependía la aplicación de saberes que definían y permitían la gobernabilidad de lo social, era básicamente deudora de la capacidad de ciertos médicos para anudar lazos en la cúspide del poder en un régimen de notables, pero a la vez presentaba rasgos nuevos, debidos sobre todo a la consolidación de una lógica de actuación más propia de un Estado ya afianzado.

Como señala Susana Belmartino, entre 1890 y 1920 se consolidó en Buenos Aires un protosistema de salud que logró superar la fragmentación típica del siglo XIX, y cuyos rasgos más notorios fueron la mejora de la ansiada confianza pública en las prácticas e instituciones médicas y el aumento de la dimensión sanitaria del Estado. Se trató de un éxito colosal de los

■ Este artículo es resultado del proyecto de investigación HAR2009-13555, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, España.

médicos, que lograron implantar sus saberes como eje del sistema. Sin embargo, la influencia desigual que sobre él tuvo el pasaje de un sistema político de notables a otro basado en la democracia de partidos y la forma peculiar que adquirió el incremento de las dimensiones del Estado, originaron desasosiego y confusión entre la elite médica, con un punto de inflexión en los años veinte. Las deficiencias que entonces se puntualizaron, centradas en el auge del clientelismo político, la mercantilización de la medicina y la desdibujada posición de la elite médica en el Estado, cuyo indicio más notorio fue la alta rotación de los altos cargos sanitarios, ofrecen pistas acerca de la magnitud de los cambios experimentados. Miembros de la elite médica pensaban que sus aspiraciones de centralidad, que estaban al alcance de sus manos en los comienzos del siglo, no se habían cumplido a pesar de que, sin llegar a realizar transformaciones de envergadura, los gobiernos radicales tenían una política de intervención activa en los aspectos sanitarios.

Una cuestión central fue que al consolidarse un mercado médico emergieron nuevos actores sociales e institucionales con nuevas demandas y exigencias, lo que implicó negociaciones más complejas. En otras palabras, los factores de demanda comenzaron a ejercer un poder creciente, que afectó la forma como se regulaba hasta entonces la estructura de indeterminación que la actividad médica generaba. Estos cambios se vieron a su vez apuntalados por otros en la propia forma del trabajo médico, que condujeron a una mayor heterogeneidad del gremio, y en el tipo de vínculo con el Estado, ahora mucho más burocratizado.

Una estructura de indeterminación más compleja y una autonomía estatal más desarrollada actuaron como marco del afianzamiento de ciertas prácticas médicas como saberes de Estado en los primeros años del siglo XX. También influyó una evolución profesional cuyos protagonistas principales parecían encontrarse más cómodos en el seno de una estructura política de notables. A pesar de lo ya hecho por los autores especializados en el período, quedan al respecto algunas cuestiones importantes por profundizar. Mencionaremos dos. En primer lugar, el estudio de las características de una para entonces ya dilatada tradición médica en el Estado y el papel que en ella jugaron algunos personajes claves como José Penna y Gregorio Aráoz Alfaro. En segundo lugar, atendiendo a la compleja relación que existía entre el campo académico y el conjunto más amplio de practicantes y otros sectores, creemos importante una relectura en clave “profesional” de los avatares y consecuencias de la reforma universitaria.

Bibliografía

- Andrew Abbott, *The System of professions. An Essay on the division of expert Labor*. University of Chicago Press, 1988.
- Susana Belmartino, *La atención médica argentina en el siglo XX*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.
- Susana Belmartino y otros, *Corporación médica y poder en salud*. Rosario, Centro de Estudios Sanitarios y Sociales, 1988.
- Ricardo González Leandri, *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*. Madrid, CSIC, 1999.
- Ricardo González Leandri, “Madurez y poder. Médicos e Instituciones sanitarias en Argentina a fines del siglo XIX”, en *Entre pasados*, Revista de Historia nº 27, principios de 2005, pp. 133-150.
- Ricardo González Leandri, “Breve historia del Departamento Nacional de Higiene. Estado gobernabilidad y autonomía médica en la segunda mitad del siglo XIX”, en Bohoslavsky, Ernesto y Germán Soprano (eds.), *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 a la actualidad)*. Buenos Aires, Prometeo, 2010, pp. 59-85.
- Terence Johnson, “Governmentality and the institutionalization of expertise”, en Terence Johnson, Jerry Larkin y Mike Sacks, *Health professions and the State in Europe*. London, Routledge, 1995.
- Mariano Plotkin y Federico Neiburg, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004.

POR JIMENA CARAVACA
(IDES / FSOC- UBA/ PARIS VII)

Se puede observar que desde la segunda mitad del siglo XX las crisis ubican a los economistas en el centro de la escena pública nacional. Un ejemplo es lo ocurrido en diciembre de 2001, cuando estos especialistas no sólo fueron interpelados por los medios de comunicación sino que cada gobierno de aquella famosa semana de los cinco presidentes tuvo a un experto asociado, y con él una receta particular para salir de la crisis. Sin embargo, el proceso que los ubicó en ese lugar central en la vida estatal argentina se inició en el último cuarto del siglo XIX.

El origen de este fenómeno puede situarse luego de la crisis de 1873, cuando se observa una profusión de publicaciones y debates que dan cuenta de la existencia de un campo en formación en el que participaron a la par voces con diverso grado de especialización. Años más tarde, la crisis de 1890 desencadenaría la creación de instituciones dedicadas a la enseñanza de la disciplina, motorizada en parte por la demanda estatal de conocimiento técnico económico¹. La economía iría así adquiriendo un lugar específico y los portadores de ese saber lograrían gradualmente lugares destacados en la vida pública local, separándose de las voces no profesionales.

Para pensar este proceso es necesario realizar algunas aclaraciones. Cuando se hace mención aquí a los economistas, se hace referencia específicamente a quienes, definidos y reconocidos como tales, se desarrollaron profesionalmente en las reparticiones públicas y en la academia. Este doble espacio de ejercicio profesional permite definir al saber económico como un modelo de pensamiento y acción estatal. De todos modos es importante aclarar que en las etapas tempranas de la conformación del campo, en muchos casos la práctica profesional del economista de Estado incluía el asesoramiento a empresas y particulares. Con el paso del tiempo, el economista estatal se alejó gradualmente del mundo de las finanzas para dedicarse de forma exclusiva a la actividad pública y académica². Los vínculos entre una y otra instancia profesional son aún poco estudiados. Sin embargo podrían tener un gran valor explicativo de los mecanismos de legitimación de una y otra instancia de ejercicio profesional.

Un repaso por la trayectoria de algunos personajes paradigmáticos de la economía estatal en diversos momentos de la conformación de este campo de

conocimiento y práctica puede darnos algunas pistas sobre las relaciones entre la vida académica y la actividad en el Estado. Cada uno de estos personajes pertenece a una “generación” diferente, entendida ésta no solamente en el sentido etario sino definida por un cúmulo de experiencias compartidas. Sirve además para poner en juego otro factor igualmente importante al momento de analizar la economía de Estado: la importancia del capital social de estos profesionales como factor influyente al momento de ser convocados a ocupar cargos públicos. Los nombres que se presentan tienen en común haber sido reconocidos en cada momento como expertos económicos, haber sido funcionarios de alto rango en el Estado y formar parte de redes familiares con vínculos con el poder.

José Terry fue uno de los economistas más importantes durante el estadio inicial del proceso. Alrededor de la crisis de 1890 fue designado primero Ministro de Hacienda y tuvo a su cargo la recientemente creada cátedra de Finanzas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, institución de la que era egresado. Nacido en Brasil, su trayectoria educativa había comenzado en Europa; posteriormente en la Argentina fue periodista, pedagogo, diputado y senador antes de ser reconocido por su *expertise* económica.

En un segundo momento en el proceso de consolidación del espacio profesional, Alejandro Bunge ocupó cargos públicos en las áreas de estadística y trabajo entre las décadas de 1910 y 1930. Fue docente de la Facultad de Ciencias Económicas y un activo difusor de los debates económicos a través de la *Revista de Economía Argentina*, publicación que creó en 1918 y que dirigió hasta su muerte. Era mencionado en la prensa escrita como ingeniero, economista y financista. Mientras ocupaba cargos públicos, no descuidaba sus inversiones personales: un viaje de representación oficial se combinaba con una visita de carácter personal a sus potenciales inversores en el exterior.

En la década de 1930 la figura central de la economía en la Argentina fue sin dudas Raúl Prebisch. Egresado de la Facultad de Ciencias Económicas, en pocos años se convirtió en director de la Oficina de Investigaciones Económicas del Banco de la Nación Argentina. Más tarde fue asesor de ministros y, a partir de la creación del Banco Central en 1935, fue designado gerente general, después de haber participado activamente en su organización. Si bien provenía de una familia aristocrática del norte argentino, al asumir sus funciones públicas su situación económica era más bien modesta, aunque mantenía vínculos muy estrechos con el poder (su madre, por ejemplo, era prima del

¹ La Cátedra de Finanzas en el marco de la carrera de abogacía de la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, es el resultado de la coyuntura de 1890. Del mismo modo se crea entonces la Escuela Superior de Comercio de la Capital, actual Colegio Carlos Pellegrini.

² Coexistiendo, por supuesto, con los economistas dedicados al mundo de las finanzas personales y empresariales.

General Urriburu). A pesar de ello, todo parece indicar que, aun como parte de una familia acomodada, lo que definió su ingreso al Estado fue su posesión de un saber técnico que después de la crisis de 1930 se confirmó como indispensable para la actividad estatal y que, por otro lado, estaba cada vez más asociado a una formación académica específica. Una generación posterior de expertos en economía desembarcaría en el Estado con el peronismo. Figuras como Alfredo Gómez Morales obtendrían posiciones decisivas en el manejo de la economía estatal respaldadas únicamente por sus credenciales académicas.

La doble adscripción profesional de los economistas estatales nos plantea un nuevo interrogante: ¿cómo se conectan los discursos académicos y las prácticas políticas? O, pensado de otro modo, resulta útil analizar la correspondencia entre el discurso universitario de estos economistas en tanto profesores por un lado, y las posibilidades de aplicación práctica de aquellas ideas en tanto funcionarios por otro. Las teorías sostenidas en las clases universitarias eran pocas veces trasladables unívocamente al campo de la política económica argentina. Y esto tiene origen al menos en dos cuestiones. Hasta que la CEPAL generó un pensamiento económico latinoamericano en la década de 1950, las teorías económicas eran producidas en otros contextos nacionales y luego traducidas, reinterpretadas y adaptadas más o menos creativamente al medio local. Su aplicabilidad al mundo “real” encontraba como dificultad que las condiciones contextuales no eran las indicadas en los manuales importados. Por otro lado, y no menos importante, es necesario repensar el lugar de la política como límite que impone costos asociados a cada medida y con ello restricciones al momento de optar por lo que la teoría indicaría sin dudar. La pregonada neutralidad política del saber técnico entraba en colisión con un escenario político crecientemente movilizado, en el que tomar medidas “antipopulares”, “antidemocráticas” y/o “antinacionales” podía tener como corolario la pérdida del poder.

El proceso de conformación de la economía como saber de Estado debe seguir siendo estudiado. Tenemos hasta el momento más preguntas que respuestas. Estas claves, sin embargo, pueden servir para analizarlo, teniendo en cuenta los múltiples vínculos entre los saberes, la burocracia, el Estado, la política y la técnica.

Bibliografía:

A. W. Coats (ed.), *Economists in Government. An International Study*. Durham, Duke University Press, 1981.

Manuel Fernández López, *Economía y economistas argentinos, 1600-2000*. Buenos Aires, Fondo Editorial Consejo, 2008.

Marion Fourcade, *Economists and Societies*. Princeton, Princeton University Press, 2009.

Verónica Montecinos y John Markoff, “The Ubiquitous Rise of Economists”, en *Journal of Public Policy* vol. 13 n° 1, 1993, pp. 37-68.

Joseph Penchman (ed.), *The Role of the Economist in Government. An International Perspective*. New York, Harvester Wheatsheaf, 1988.

Mariano Plotkin y Jimena Caravaca, “Crisis, ciencias sociales y elites estatales: la constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935”, en *Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales* vol 47 n° 187, octubre-diciembre 2007.

Mariano Plotkin y Jimena Caravaca, “A economía entre crisis: economía política e finanzas na Universidade de Buenos Aires (1870-1990)”, en *Tempo Social* vol. 21, n° 2, 2010.

Desde la década de 1950 el peronismo ha sido objeto de análisis por parte de historiadores, sociólogos y politólogos. Muchas fueron las denominaciones que se aplicaron al régimen peronista: nacionalista, intervencionista, fascista o mercadointernista; sin embargo, estas calificaciones poco aportan a la comprensión de este movimiento histórico.

Uno de los campos más promisorios de análisis ha sido en los últimos años el de la economía y las políticas económicas. Una mirada renovadora se puede observar en los trabajos relacionados con la industria bajo el peronismo, los relativos a la historia financiera y los que examinaron algunas instituciones ligadas al Banco Central. En ese marco se puede plantear también el interés por la génesis y la consolidación de una burocracia especializada durante el peronismo. Frente a las visiones que enfatizan el carácter populista, irracional o demagógico de la política peronista, creemos que es necesario, desde una perspectiva histórica, focalizar la racionalidad de las políticas instrumentadas por el gobierno en el desarrollo de las capacidades burocráticas. El proceso de ampliación y especialización de la burocracia estatal estaba en curso en el momento de ascenso del peronismo. Sin embargo, son pocos los trabajos que han abierto el camino para lograr su comprensión. Las transformaciones ocurridas en el rol del Estado en relación con la economía y, por consiguiente, en la burocracia estatal, aunque databan de antes de la crisis de 1929, recibieron un fuerte impulso en la década de 1930. Si bien las interpretaciones tradicionales de ese período se abocaron a los aspectos más negativos del proceso político, posteriormente comenzó a prestarse atención a las novedades introducidas en otros planos, por ejemplo en materia de política económica. Diversos instrumentos como el *Plan de Acción Económica* de 1933 o el fracasado *Plan de Reactivación de la Economía Nacional* de 1940 y las Juntas Reguladoras y Comisiones que funcionaron desde 1932 a 1938, postularon o dieron lugar a una intervención del Estado desconocida hasta el momento.

El gobierno de facto de 1943-1946 modificó profundamente –según sostiene Daniel Campione– la estructura organizativa, la concepción del Estado y el comportamiento de las burocracias públicas. Su resultado se puede observar en la génesis de nuevas secretarías y consejos, mediante los que se fue creando una elite estatal encargada de llevar adelante las nuevas orientaciones. Patricia Berrotarán analiza los procesos de gestación y consolidación de una trama burocrática vinculada a la planificación a través del Consejo Nacional de Postguerra y luego en la Secretaría Técnica. Estas estrategias planificadoras indudablemente no eran una novedad del peronismo sino que eran ideas

instaladas en los países capitalistas una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial y respondían a la necesidad de refundar un nuevo pacto social con la ciudadanía y a la convicción de que el Estado era capaz de torcer el rumbo de los fenómenos económicos y sociales.

Falta en cambio abordar el estudio de lo ocurrido en el área de gestión económica entre 1946 y 1955. Desde su creación en 1854 el órgano encargado de dirigir las cuestiones económicas en la Argentina fue el ministerio de Hacienda, que según el propio Perón era más bien un ministerio de contabilidad y presupuesto, ya que las finanzas estaban en manos del Banco Central. Sin embargo, durante el período 1946-1955 esta situación cambió radicalmente. La respuesta que tuvo que dar el gobierno peronista en relación con la planificación económica se encuentra en la reforma ministerial de 1949. Allí al tradicional ministerio de Hacienda se le agregaron los de Finanzas y Economía. Paralelamente a la ejecución del Segundo Plan Quinquenal en 1952 se iba a producir la segunda reforma ministerial; en lo relativo a la gestión económica, se creó la Secretaría Ministerio de Asuntos Económicos en reemplazo de Economía. Esta nueva cartera, dirigida por Alfredo Gómez Morales, se transformó en poco tiempo en el órgano primario de decisiones económicas. En ese contexto, la idea de planificación pasó a convertirse en eje central de la política del Estado, proceso que fue acompañado por la presencia cada vez mayor de graduados en Ciencias Económicas en los estamentos de la administración. Asimismo, se registraron cambios en los organismos de conducción de la gestión económica. Su posterior reajuste y progresiva centralización, que culminaron en la absorción de funciones por el ministerio de Asuntos Económicos en 1952, son los aspectos más salientes. No obstante, poco es lo que se conoce sobre el funcionamiento y los avatares de las agencias que componían esa trama burocrática, la lógica de sus transformaciones, así como la relación con los cambios ocurridos contemporáneamente en las políticas económicas. Por lo tanto, el vacío historiográfico acerca de este tema permite repensar el Estado peronista desde el lugar de los factores que llevaron a estos cambios, así como las razones de los ajustes en los organismos económicos. Entendemos que las modificaciones de la estructura burocrática, una vez encaradas las denominadas políticas de racionalización, jugaron un papel central en la sanción de políticas económicas. Avanzar sobre la identificación y la trayectoria de diversos elencos técnicos que integraban los estamentos decisivos en cada organismo involucrado en la gestión económica nos aportará elementos sustanciales en la comprensión de estos avatares burocráticos.

De lo expuesto anteriormente, podríamos sostener que

POR MARTÍN STAWSKI
(CONICET/IDES)

a lo largo de la gestión económica del peronismo se habría producido un recorrido desde un estadio inicial de relativa pluralidad de las áreas que se ocupaban de la gestión económica, hacia una progresiva especialización en el ámbito del futuro ministerio de Asuntos Económicos. No obstante, este proceso no habría sido lineal ni completo al finalizar el mandato del peronismo, conservándose aspectos de centralización y descentralización en convivencia con marchas y contramarchas, vinculadas con las políticas económicas y con los elencos ministeriales concretos. Estas modificaciones y cambios generaron una trama burocrática que trascendió, más allá de ciertas modificaciones, hasta nuestros días.

Bibliografía:

- Claudio Belini, "DiNIE y los límites de la política industrial peronista, 1947-1955", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales* vol. 41 n° 161, abril-junio 2001.
- Claudio Belini, "Política industrial e industria siderúrgica en tiempos de Perón, 1946-1955", en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad* n° 28, 2° semestre 2004.
- Claudio Belini, *La industria peronista*. Buenos Aires, Edhasa, 2009.
- Patricia Berrotarán, *Del plan a la planificación*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2003.
- Daniel Campione, *Prolegómenos del peronismo. Los cambios en el estado nacional, 1943-1946*. Buenos Aires, FISyP, 2003.
- Jimena Caravaca y Mariano Plotkin, "Crisis, ciencias sociales y elites estatales: la constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales* vol. 47 n° 187, octubre-diciembre 2007.
- Noemí Girbal Blacha, *Mitos, paradojas y realidades en la Argentina peronista, 1946-1955*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- Juan Llach, "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales* vol. 23 n° 92, 1984.
- Silvana Palermo, "Contribuciones a la historia de empresas en la Argentina: la formación de una gerencia moderna en los Ferrocarriles del Estado (1870-1910)", trabajo presentado en el seminario "La historia económica hoy. Balances y perspectivas", Asociación Argentina de Historia Económica (AAHE) e Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani, Buenos Aires, 19 y 20 de mayo de 2005.
- Marcelo Rougier, *La experiencia del Banco Industrial durante el primer peronismo, 1944-1955*. Buenos Aires, CEEED-Facultad de Ciencias Económicas, UBA, 2001.



POR VALERIA GRUSCHETSKY
(ANPCYT- IDES/UTDT)

Las políticas públicas, en particular la realización de obras de infraestructura, permiten pensar el cruce entre los conocimientos técnicos, las ideas urbanísticas y las prácticas y los discursos políticos. Este trabajo se propone reflexionar sobre la acción estatal a partir de la interacción de estos tres aspectos presentes durante el proceso que significó el trazado, la proyección y la ejecución de la Avenida General Paz. Por un lado, la realización de esta obra estuvo a cargo de una repartición estatal compuesta por agentes técnicos que, avalados y legitimados por sus conocimientos específicos, la proyectaron y la ejecutaron. Desde esta perspectiva, no sólo se puede ver de qué modo se incorporó el instrumental técnico de la ingeniería a la toma de decisiones estatales, sino también cómo la función particular de esta avenida posibilitó la inclusión de elementos estéticos propios del diseño urbano. Por otro lado, el carácter público de la obra permite analizar su dimensión política. Así, se hacen visibles las voces involucradas y afectadas por la obra y las tensiones políticas, económicas y sociales existentes en su ejecución, que delineó el límite norte y oeste de la Capital Federal, definió jurisdicciones y creó una vía de comunicación acorde a las demandas que comenzaba a imponer el uso del automóvil.

La definición del territorio que se estableció como sede del poder político, económico y administrativo de la República Argentina data de 1887, cuando los ingenieros Blot y Sylveira realizaron la traza del límite de la Capital Federal, luego de que la provincia de Buenos Aires cediera los partidos de Flores y Belgrano. Más de cincuenta años transcurrieron entre ese trazado y la publicación oficial del proyecto que la transformó en la Avenida General Paz. Durante el transcurso de esas décadas, el distrito de Buenos Aires, federalizado en 1880, acusó un alto desarrollo de la edificación e importantes intervenciones en cuanto a obras públicas promovidas tanto por el Estado nacional como por la Municipalidad.

Durante las décadas de 1920 y 1930, cuando se consolidó el trazado urbano de la ciudad, las obras de vialidad urbana tuvieron un importante desarrollo. La Municipalidad estuvo al frente de la mayoría de ellas. Este proceso incluyó la apertura y la rectificación de calles en los barrios y los ensanches de arterias que corrían de este a oeste -avenidas Corrientes, Santa Fe, Belgrano- y la apertura de las avenidas diagonales norte y sur, y de la Avenida Norte y Sur -hoy conocida como la Avenida 9 de Julio-. Controlar los problemas de la congestión, agilizar la comunicación y el tráfico urbano se convirtieron en las banderas que justificaron la realización de este tipo de obras

en una ciudad en pleno de proceso de modernización edilicia, de infraestructura y estética. Para fines de los años treinta el crecimiento del Gran Buenos Aires era parte del mismo fenómeno; partidos como los de Vicente López, San Martín y Avellaneda ya contaban con populosas poblaciones que también necesitan acortar las distancias y los tiempos de traslado. En este contexto, la Avenida de circunvalación de la Capital fue cobrando forma y teniendo mayor presencia en el abanico de obras públicas propuestas por el Estado. Sin embargo, su realización demandó la intervención de un poder estatal mayor al del Estado Municipal, debido tanto a sus características técnicas y políticas como a la inversión que exigía.

La Avenida involucraba tres jurisdicciones, razón suficiente para que, una vez creada en 1932 la Dirección Nacional de Vialidad (DNV), políticos, vecinos, entidades afines a la vialidad y asociaciones de profesionales propusieran que la obra fuera comprendida en los beneficios de la Ley Nacional de Vialidad. Esto ocurrió en 1934, cuando esa repartición nacional se hizo cargo de su proyecto y ejecución, convirtiéndose así en la primera obra de vialidad urbana realizada por la DNV. Esto implicó un cambio en la política que se había propuesto el organismo, así como una oportunidad para poner en práctica las últimas innovaciones técnicas en materia de vialidad, ya que hasta ese entonces el objetivo de la repartición había sido realizar caminos de bajo costo que conectaran a todo el país. La arteria de circunvalación, además de materializar físicamente el límite de Buenos Aires, era presentada como una "avenida parque", cuya función principal era atender los problemas del tráfico y de la circulación de la Capital Federal y canalizar sus accesos. El objetivo era mejorar la comunicación entre la ciudad y los poblados vecinos mediante la realización una "avenida ultraveloz" que priorizara el uso del transporte automotor. Por otra parte, el proyecto siguió contemplando algunos de los problemas que fueron claves cuando se realizó el trazado a fines del siglo XIX, momento en el que la búsqueda de soluciones urbanas apuntaba en gran medida a controlar los problemas de la salubridad que acosaban a los grandes centros urbanos. En tal sentido, la idea de pensar a la avenida de circunvalación como un pulmón verde que rodeara la ciudad se corresponde con preocupaciones políticas y urbanísticas gestadas a fines de siglo XIX.

Reflexionar sobre esta obra pública a lo largo de su historia (1887-1941) permite ver las diferentes inquietudes que motivaron su concepción a lo largo del tiempo, y también dar cuenta de cómo se

entrecruzan los diferentes aspectos que condicionaron la acción estatal para su realización. Por un lado, incidía en ella un conjunto de aspectos técnicos (ingenieriles y estéticos) en los cuales intervinieron conocimientos técnicos específicos, ya que para su proyecto se conformó un cuerpo de ingenieros civiles y arquitectos. La particularidad de esta obra vial urbana dentro de la DNV tuvo como consecuencia la creación de una oficina especial abocada a los problemas de acceso a las grandes ciudades. Por otro lado, existían condicionantes de corte político implícitos tanto en la toma de decisiones como en los tiempos y posibilidades de su ejecución. Varios proyectos sobre la obra fueron presentados en las Cámaras legislativas desde el establecimiento de la traza. En ellas no sólo se discutieron las diferentes formas de materializar el límite de la ciudad, la expropiación de terrenos y la necesidad de controlar el tráfico y la circulación de personas entre una jurisdicción y otra, sino también cuál debía ser la autoridad estatal a cargo de una obra con las implicancias que representaba esta Avenida. La complejidad interjurisdiccional era un factor de conflicto de intereses, a la vez que se ponía en juego una apropiación social diferencial del uso de la ciudad. La obra implicaba una puja por la distribución de costos y beneficios entre distintos sectores sociales, políticos y económicos.

El análisis de los diferentes aspectos involucrados en el proceso de materialización de la Avenida General Paz permite dar cuenta de los problemas presentes en un tipo de acción estatal como la realización de una obra pública. El Estado es analizado desde su rol de ejecutor de políticas públicas; la acción estatal condensa los debates y las pugnas entre los distintos sectores intervinientes. Así, por ejemplo, cuando en 1934 la obra pasó a la órbita de la DNV, el Estado nacional tuvo que discutir, negociar y acordar con los múltiples intereses afectados por ella: los saberes técnicos y las profesiones intervinientes, las demandas vecinales, las presiones empresariales sectoriales (automotrices y ferrocarriles) y los condicionamientos políticos y administrativos de cada una de las jurisdicciones afectadas, a través de actores de distintos cuerpos de gobierno o administración (diputados, intendentes, senadores, funcionarios). La dinámica resultante no sólo se vincula con la historia de la construcción de la Avenida que delimitó la jurisdicción municipal de la ciudad sino que también permite pensar el rol del Estado en una acción concreta, que contiene una envergadura política y un peso técnico específico.

Bibliografía

- Diego Armus, *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*. Buenos Aires, Edhasa, 2007.
- Anahí Ballent, "Kilómetro cero: la construcción del universo simbólico en la Argentina de los años treinta", en *Boletín del Instituto Ravignani* n° 27, 1° semestre 2005, pp. 107-137.
- Anahí Ballent, "Imágenes de un vínculo. Ingeniería y estado: la red nacional de caminos y las obras públicas en la Argentina, 1930-1943", en *Manguinhos, Historia Ciências Saúde*, vol. 15, n° 3, julio-septiembre 2008, pp. 827-847.
- Luciano De Privitellio, *Vecinos y ciudadanos. Política y Sociedad en Buenos Aires de entreguerras*. Buenos Aires, Siglo XXI 2003.
- Dirección Nacional de Vialidad, *La Avenida General Paz*. Guillermo Kraft Ltda., 1938.
- Adrián Gorelik, *La Grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887- 1936*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- Guillermo Giucci, *La vida cultural del automóvil. Rutas de la modernidad cinética*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- Valeria Gruschetsky, "El espíritu de la calle Corrientes no cambiará con el ensanche". *La transformación de la calle Corrientes en avenida. Debates y representaciones. Buenos Aires 1927-1936*. Tesis de Licenciatura inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina, 2008.
- Jorge Francisco Liernur y Graciela Silvestri, *El umbral de la metrópolis. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires, Sudamericana, 1993.
- Christof Mauch y Thomas Zeller (eds.), *The World Beyond the Windshield. Roads and Landscapes in the United States and Europe*. Ohio University Press, Ohio, 2008.
- Melina Piglia, "Automóviles, Turismo y Carreteras como problemas públicas: los clubes de automovilistas y la configuración de las políticas turísticas y viales en la Argentina (1918-1943)". Tesis de doctorado inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2009.
- José Luis Romero, *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1986 (1976).
- Richard Walter, *Politics and Urban Growth in Buenos Aires 1910-1942*. New York, Cambridge University Press, 1993.

POR ELISA GRANDI
(PARÍS VII - DIDEROT, FRANCIA)

Desde la década de los '90 la literatura latinoamericana ha sido profundamente impactada por la figura del "experto" como actor privilegiado en el funcionamiento de las instituciones económicas y financieras. La creciente atención sobre el tema llevó a la necesidad de definir este objeto de análisis, debido a la multiplicidad de ámbitos institucionales (políticos, administrativos, académicos) en los que los expertos actúan. Buena parte de los trabajos trató de identificar la categoría del experto a través de conceptualizaciones que delimitan los espacios que ocupan y analizan las funciones que cumplen, sus carreras académicas y sus trayectorias profesionales. Las definiciones de esta categoría se fueron tornando, entonces, cada vez más complejas, y se recurrió también a otros conceptos tales como el de «tecnócrata», para refinar ulteriormente los ámbitos y los atributos propios de este campo de profesionales.

Este texto se propone abordar el tema de los expertos estatales bajo una perspectiva distinta, que contrapone a la definición de campos profesionales definidos por la adquisición de atributos (trayectorias profesionales, saberes técnicos), la identificación de sus prácticas específicas y de su agencia, entendiendo con esto su horizonte de acción, su capacidad de actuar y de movilizar recursos en un determinado contexto. Este tipo de lectura permite reconstruir la morfología específica de cada proceso de formación de los técnicos estatales. Por el contrario, las interpretaciones que se basan sobre definiciones de expertos establecidas *a priori* acaban por clasificar actores y grupos en categorías que no derivan del contexto al que se refieren: los datos empíricos sirven más bien para ilustrar un modelo construido desde afuera.

Nuestro enfoque, que aplicaremos a la formación de los expertos estatales en Colombia en los años '50, supone un mecanismo de construcción del objeto de estudio de tipo "generativo y configuracional", para utilizar las palabras del historiador Maurizio Gribaudi, quien se interrogó sobre el problema y adoptó una especificidad propia del enfoque microhistórico. Según el autor, la lógica analítica de la microhistoria no busca una individuación de comportamientos típicos para ilustrar normas o modelos. Al contrario, se propone "descubrir mecanismos que permiten dar cuenta de la variación, de la diferenciación de los comportamientos".

Aplicando este tipo de lectura, no se trataría ya de individualizar una definición de experto y de aplicarla luego a un caso específico para notar su nivel de adhesión al modelo, sino de generar un modelo explicativo que emerja de los comportamientos mismos de los actores y que no sólo reconozca, sino que ponga en el centro de atención, la complejidad y la variedad de los comportamientos observados. Siempre de acuerdo con Gribaudi, este enfoque permite abordar el proceso histórico como "*Un proceso [...] que se desarrolla a través de dinámicas propias de configuraciones complejas, no lineales y, en cada momento, imprevisibles*".

[Entonces,] "los factores que favorecieron un éxito antes que otro son contextuales, están vinculadas a la especificidad de las decisiones y de las dinámicas que se activaron en un momento y en un lugar particular"¹.

Desde esta perspectiva, los objetos de análisis no son ya los «grupos» o «campos» de profesionales, sino los mecanismos propios de la acción de los individuos, que permiten definir el horizonte específico y contextual en el que actúan y el conjunto de restricciones y recursos que pueden movilizar.

La formación de los expertos estatales en Colombia en los años '50. Aprendizaje de protocolos de interacción con el Banco Mundial.

En los años '50 se crea en Colombia una particular interacción entre las instituciones económicas nacionales y la acción de las agencias internacionales. En un contexto político y diplomático de frecuentes intercambios entre el *establishment* colombiano y los organismos interamericanos o estadounidenses, algunos representantes del mundo político y empresarial colombiano empezaron a establecer contactos con agencias internacionales. Se produjo, de esta manera, un conjunto de condiciones favorables para la exploración de distintas formas de colaboración: se pasó de la constitución de *joint ventures* entre empresas colombianas y empresas estadounidenses a pedidos de préstamos a agencias tales como el Export Import Bank o el Banco Mundial. Fueron las negociaciones con el Banco Mundial en particular las que inauguraron y cristalizaron una trama institucional que caracteriza de manera específica la política económica colombiana. A partir de estas primeras negociaciones y sobre todo después de la misión de prospección general (*General Survey Mission*) enviada por el Banco en 1949, la política económica colombiana estaría de hecho orientada a una continua interacción con las organizaciones internacionales. En este contexto se produjo la progresiva formación del "experto estatal". Si analizamos la misión a través del enfoque que presentamos y nos concentramos sobre las interacciones que se produjeron durante la misión, aparece que los individuos comprometidos no actuaron como representantes de categorías sociales o profesionales determinadas, sino que se fueron legitimando gracias a la eficacia que demostraron en manejar las transacciones. Lo que los caracteriza y acaba definiéndolos como actores privilegiados para la mediación entre el gobierno colombiano y el Banco Mundial es el

■ "Un processo [...] che si sviluppa attraverso delle dinamiche proprie a configurazioni sociali complesse, non lineari e, ad ogni momento, imprevedibili. [Quindi] i fattori che hanno favorito la concretizzazione di un esito piuttosto che un altro sono contestuali; sono legati alla specificità delle scelte e delle dinamiche che si sono attualizzate in un luogo e in un momento particolari". Gribaudi, Maurizio, "Scala, pertinenza, configurazione". In Jacques Revel (ed.), *Giochi di scala: la microstoria alla prova dell'esperienza*. Roma, Viella, 2006, p. 121.

POR ELISA GRANDI
(PARÍS VII- DIDEROT, FRANCIA)

aprendizaje de modelos de acción eficaces en los pedidos de préstamos y, sucesivamente, en la gestión de los recursos. No se trata de un aprendizaje de saberes técnicos sino de maneras de actuar que se deben a la frecuentación y a la forma de funcionamiento de entornos relacionales específicos.

Podemos individualizar dos secuencias en este proceso. Durante los primeros intercambios entre el Banco Mundial y el *establishment* colombiano se instaló un sistema de negociaciones que dejaba un amplio margen de acción a los actores. El Banco Mundial se estaba formando como organización y todavía no había establecido sus políticas de préstamos y de ejecución de las misiones. En este contexto, se pudieron explorar varias opciones: pedidos de préstamos directos a favor de las empresas (1948), envío de misiones técnicas para evaluar proyectos específicos (1948) y una misión de prospección para recolectar datos sobre el conjunto de la situación económica del país en 1948. La trama institucional de la misión determinó su éxito en orientar las sucesivas negociaciones entre el gobierno colombiano y el Banco Mundial. En particular, se creó una red de relaciones entre expertos internacionales y expertos estatales colombianos que permitió el aprendizaje de una estrategia de acción eficaz, fuera por parte del Banco, que aprendió de esta manera un «savoir faire» que luego sería aplicado a otros contextos, fuera por parte de los expertos locales, que aprendieron a utilizar el capital relacional de la misión como recurso para legitimarse como actores privilegiados en la mediación entre el gobierno colombiano y el Banco Mundial. En este sentido, podemos considerar la misión como una operación de construcción institucional, en la cual los elementos más eficaces fueron las dinámicas de aprendizaje de estrategias operativas por parte de funcionarios colombianos, que fueron luego reiteradas en otras operaciones. Es esta la herencia más durable de la misión de 1949: el aprendizaje de modelos de acción que las elites colombianas supieron institucionalizar y reproducir bajo formas siempre nuevas. Un aprendizaje que podríamos definir, todavía con Gribaudi, como «saber de relaciones», es decir la capacidad de explotar un capital relacional como recurso de legitimación.

Bibliografía

Michele Alacevich, *The political economy of the World Bank: the early years*. Stanford, Calif: Stanford Economics and Finance/Stanford University Press, 2009.

Víctor Álvarez Morales, *Gonzalo Restrepo Jaramillo: familia, empresa y política en Antioquia, 1895-1966*. Medellín, Colombia, Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, 1999.

Sarah L. Babb, *Managing Mexico: economists from nationalism to neoliberalism*. Princeton, Princeton University Press, 2001.

Jeremy Boissevain, *Friends of friends: networks, manipulators and coalitions*. Oxford, Blackwell, 1974.

Ronald S. Burt, *Brokerage and closure: an introduction to social capital*. Oxford, Oxford University Press, 2005.

David Bushnell, *Eduardo Santos and the good neighbor, 1938-1942*. Gainesville, University of Florida Press, 1967.

Roderic Ai Camp, *Mexico's mandarins crafting a power elite for the twenty-first century*. Berkeley, University of California Press, 2002.

Richard Michael Cyert - James G. March, *A behavioral theory of the firm*. Oxford, Blackwell, 1992.

Gribaudi, Maurizio, "Scala, pertinenza, configurazione", en Jacques Revel (ed.), *Giochi di scala: la microstoria alla prova dell'esperienza*, Roma, Viella, 2006.

Maurizio Gribaudi, « Le savoir des relations: Liens et racines sociales d'une administration dans la France du XIXe. siècle ». *Le Mouvement Social* 228, 2009, pp. 9-38.

Friedrich A. Hayek, *Studies in philosophy, politics and economics*. London, Routledge and Kegan Paul, 1978.

James D. Henderson, *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Medellín, Editorial Universidad Antioquía - Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, 2006.

James Gardner March - Johan P. Olsen, *Riscoprire le istituzioni le basi organizzative della politica*. Bologna, Il Mulino, 2000.

Edward Sagendorph Mason - Robert E. Asher, *The World Bank since Bretton Woods*. Washington, Brookings Institution, 1973.

Federico Neiburg y Mariano Ben Plotkin, *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires - Barcelona - México, Paidós, 2004.

Stephen J. Randall, *The diplomacy of modernization: Colombian-American relations, 1920-1940*. Toronto, University of Toronto Press, 1977.

Eduardo Sáenz Rovner, *Colombia años 50: industriales, política y diplomacia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

Roger J. Sandilands, *The life and political economy of Lauchlin Currie: new dealer, presidential adviser, and development economist*. Durham, Duke University Press, 1990.

Weick, Karl E., *Sensemaking in organizations. Foundations for organizational science*, Thousand Oaks, Sage, 1995.

Oliver E. Williamson, *Markets and hierarchies, analysis and antitrust implications: a study in the economics of internal organization*. New York, Free Press, 1975.

DOSSIER 2

Presentación

En las últimas décadas asistimos a una importante renovación de la historiografía argentina. La historia política ha liderado estos cambios y su lugar en la producción historiográfica local se ha ampliado considerablemente al calor de la creciente institucionalización del campo y del diálogo con los nuevos problemas y temas debatidos a nivel internacional. Nuevas y viejas preocupaciones abordadas de manera novedosa constituyen la base de esta renovación; cuestiones tales como la construcción del orden político, la formación de los Estados y de las comunidades nacionales, los vínculos entre sociedad civil y sociedad política, el complejo proceso de definición de la ciudadanía política, han estado en el centro de esta renovación.

Por su parte, la historia económica, cuyo predominio parecía incontrastable durante las décadas centrales del siglo XX, ingresó en una aguda crisis con el cuestionamiento de los paradigmas dominantes, que tenían la pretensión de explicar los procesos sociales y políticos a partir de las transformaciones de la estructura económica y del avance de la historia cuantitativa, que combinaba la inspiración de la teoría neoclásica y la econometría y, por lo tanto, parecía reservar ese campo de estudios a quienes dominaran esos saberes y técnicas.¹ La renovación de los estudios de historia política puede palparse en la publicación de numerosos libros, en el predominio de sus temas en los artículos que publican las revistas especializadas, en la proliferación de ponencias y mesas sobre esta problemática en las principales jornadas y congresos que reúnen periódicamente a los historiadores. La historia política ha conquistado un lugar destacado en la producción historiográfica argentina. Reclama su autonomía –siempre relativa– para su objeto de estudio y la especificidad de sus metodologías y aproximaciones. El desarrollo de este campo de estudios y los importantes aportes que viene realizando a la construcción de interpretaciones más complejas y ricas del pasado plantean de manera cada vez más urgente la necesidad de abordar el debate sobre los complejos vínculos entre la historia económica y la historia política, entre economía y política.

■ Véanse Roberto Cortes Conde, “Historia económica: nuevos enfoques”, en Oscar Cornblit (comp.), *Dilemas del conocimiento histórico: argumentaciones y controversias*. Buenos Aires, Sudamericana, 1992; y Fernando Rocchi, “Cronos, Hermes y Clío en el Olimpo del mundo académico: historia y teoría económica, 1960-2005”, en Jorge Gelman (comp.), *La historia económica argentina en la encrucijada. Balances y perspectivas*. Buenos Aires, Prometeo-AAHE, 2006.

Este *dossier* se propone alentar esta discusión, presentando contribuciones que permitan reflexionar sobre este problema o sobre algunas de sus dimensiones más importantes. Se abre con una entrevista a la historiadora Hilda Sabato, cuyos trabajos han transitado en los últimos veinte años desde la historia económica y social hacia la historia política. Sabato examina ese recorrido y analiza los problemas epistemológicos, analíticos y metodológicos que presentan los vínculos entre la historia política y la historia económica. Los artículos de Beatriz Bragoni y Gustavo Paz se focalizan sobre una de las dimensiones de este problema que más ha revisado la historiografía argentina en las últimas décadas: las relaciones entre la elite política y la elite económica durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. El artículo de Bragoni analiza la producción historiográfica sobre el tema, a la que ella misma ha realizado contribuciones notables, y muestra la existencia de un diálogo fecundo entre historia política y económica. Por su parte, Gustavo Paz presenta un estudio de caso: el de la provincia de Jujuy. Basado en un profundo conocimiento de la estructura económica de la provincia y de las transformaciones sociales ocurridas luego de la revolución y planteándose nuevas preguntas, Paz construye una interpretación compleja sobre los vínculos entre poder político y elite económica en un arco temporal que recorre desde los tiempos tardocoloniales hasta el comienzo del siglo XX. Como podrá observar el lector, la entrevista y los artículos que integran este dossier se concentran cronológicamente en el siglo XIX, pero no dudamos que en él encontraremos ecos y resonancias, cuando no vínculos directos, para pensar esta problemática durante el conflictivo siglo XX argentino.

Hilda Sabato es historiadora, profesora titular de la UBA e investigadora principal del CONICET. Trabaja en temas de la historia política y social argentina y latinoamericana del siglo XIX y participa de los debates contemporáneos sobre el pasado, la memoria y la historia. Entre sus libros se cuentan *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880* (Buenos Aires, 2008); *Pueblo y política. La construcción de la república* (Buenos Aires, 2005 y 2010); *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires 1862-1880* (Buenos Aires, 1998 y 2004; en inglés: Stanford, 2001), que obtuvo el premio Clarence Haring otorgado por la American Historical Association en 2002; *Los trabajadores de Buenos Aires: la experiencia del mercado, 1850-1880*, con Luis Alberto Romero (Buenos Aires, 1992); *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1880* (Buenos Aires, 1989; en inglés: Albuquerque, 1990), que obtuvo el Segundo Premio Nacional de Arqueología e Historia en 1992; y como compiladora, *Ciudadanía política y formación de naciones. Perspectivas históricas de América Latina* (México, 1999) y *La vida política. Armas, votos y voces en la Argentina del siglo XIX*, en colaboración (Buenos Aires, 2003).

Claudio Belini: En tu trayectoria profesional se distinguen tres etapas bien diferentes: primero incursionaste en la historia económica, luego viraste hacia la historia social y después hacia la historia política. La primera pregunta que me gustaría hacerte es cuáles fueron los intereses que te impulsaron a realizar ese recorrido.

Hilda Sabato: El tránsito tiene que ver muchísimo con las transformaciones de la historiografía y de los climas políticos e ideológicos de los distintos momentos en que yo me fui haciendo las preguntas que llevaron a la investigación. Empecé por una historia de tipo estructural, una historia económico-social -no estrictamente económica en sentido duro- que se vinculaba con los paradigmas predominantes en la vanguardia historiográfica de los años sesenta y principios de los setenta, cuando los historiadores buscábamos en el nivel de la estructura las claves para entender lo real. El trabajo inicial se focalizó en los problemas de la estructura social, de la formación del capitalismo, los procesos de acumulación en el sector agrario pampeano, las características de tenencia de la tierra, de los mercados de trabajo, de las formas de comercialización, en una combinación de análisis macro y micro, pues también puse el foco en el problema de las empresas agrarias, que era algo relativamente novedoso en el contexto argentino. Esta problemática me llevó de manera casi natural hacia la pregunta por una de las dimensiones del estudio, la que refería a los trabajadores. Una parte de la investigación sobre el agro pampeano había girado en torno al mercado de trabajo, pero también me interesaron las condiciones de vida y de trabajo de los sectores que se desempeñaban en el campo. Empecé luego a profundizar en esa dimensión como resultado, por una parte, de las transformaciones que la historiografía estaba experimentando en los años setenta y del atractivo que ejerció en nuestra generación la historia social inglesa, en particular las propuestas de E. P. Thompson y Eric Hobsbawm y, por otra, del clima de producción en la Argentina. Era un momento difícil de dictadura militar, con la universidad intervenida, la represión de toda actividad intelectual y cultural y el exilio interno y externo de tantos argentinos. En ese contexto un grupo de historiadores armamos un equipo de trabajo, por supuesto por fuera de toda institucionalidad estatal: el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA). Funcionamos en el marco de uno de los centros de investigación que entonces conformaron los circuitos de supervivencia intelectual luego conocidos como "la universidad de las catacumbas", el CISEA, hasta que la transición a la democracia nos abrió las puertas de la UBA, donde nos insertamos a partir de los años '80. En ese grupo nos proponíamos hacer historia social. Y la figura de Leandro Gutiérrez, uno de los fundadores del grupo e interesado desde muy

atrás en la historia de los trabajadores, así como la de Luis Alberto Romero, tuvieron sin duda una influencia decisiva en esa orientación inicial. En mi caso, la participación en ese grupo fue fundamental para la reorientación de mi propio trabajo, en una dirección que entonces entendí como de continuación y no de ruptura con lo que venía haciendo antes.

El segundo paso, el tránsito de la historia social a la historia política, fue más complicado, no fue fácil. Si bien llegué a la historia política a través de la historia social, es decir, a partir de la pregunta sobre los sectores populares y su participación política, no fue un tránsito obvio. Aunque visto retrospectivamente, se puede sin duda inscribir en los cambios que la historiografía estaba sufriendo en ese momento con la renovación del interés en la historia política que se estaba dando en todas partes.¹

CB: Es decir, tu transición hacia la historia política no fue el resultado de una percepción de que la historia económica no te brindaba ya las claves para comprender los procesos históricos sino más bien de las preguntas que te derivaron por diferentes caminos, sobre todo desde la historia social hacia la historia política.

HS: Exacto. Se me empezaron a abrir preguntas nuevas que no me las podía contestar desde el lugar desde donde yo había encontrado respuesta a las preguntas anteriores, y eso me llevó a una búsqueda que se tocaba, como dije antes, por un lado, con el clima historiográfico y con cierta renovación de los intereses en la historia política que estaba teniendo lugar en todas partes y, por otro lado, con ciertas preocupaciones políticas del momento. A principios de los años ochenta en la Argentina las transformaciones políticas generadas por la declinación de la dictadura militar y la apertura de un cierto horizonte democrático llevó a muchos de nosotros a preguntarnos por las condiciones de la democracia y por la historia de las tradiciones políticas argentinas que habían desembocado en el período más negro de nuestra historia, la dictadura militar de 1976-1983. Así fue como tanto en el PEHESA como en otros espacios se comenzó a poner el foco en temas más estrictamente políticos que los que nos

■ Sobre la trayectoria de Hilda Sabato y sus primeros trabajos, véase la entrevista realizada por Luciano De Privitellio y Ana Virginia Persello en el *Boletín de Historia Política*, nº1, en <http://www.historiapolitica.com/boletin>.

habían preocupado hasta entonces.

CB: Viniendo de la historia económica y social, ¿qué dificultades encontraste para pensar lo político?

HS: Encontré muchas dificultades, por eso dije que el tránsito no fue tan fácil como de la primera a la segunda etapa, cuando, a pesar que incorporé miradas nuevas provistas por la discusión en la historia social, el tipo de acercamiento a los fenómenos era parecido. En el segundo tránsito, el gran problema era que yo no tenía formación en historia política y me costó darme cuenta que tenía que empezar a mirar las cosas de otra manera. Si seguía pensando como lo hacía cuando mi foco era la historia económica y social, no llegaba a ningún lado o llegaba a respuestas que no me convencían, que no me resultaban satisfactorias; en suma, me daba contra la pared. Para entender o para explicarme la acción política, en mis análisis tenía que desarmar ciertas formas o ciertas búsquedas propias de los enfoques estructurales.

CB: Que era el tipo de análisis que se hacía en ese momento en la década de los setenta...

HS: Exactamente, era el enfoque que se consideraba más pertinente, el que iba a darnos las respuestas a las preguntas globales. Y cuando cambié de mirada, uno de los primeros obstáculos para entender la política se refería a los tiempos: la acción política tiene otros tiempos. Cuando uno hace historia estructural piensa en tiempos de largo plazo, o si mira el corto plazo lo entiende en términos de ritmos, recurrencias, modelos, patrones de funcionamiento; cuando uno mira los actores, los entiende como parte de grupos más amplios: clases, sectores. El análisis de la acción política, o al menos de la acción política tal y como se empezaba a entender en los años ochenta, requería pensar los tiempos de otra manera, introducir otras temporalidades y también otras escalas de análisis. Es claro que el cambio no era sólo de objeto, sino también, y sobre todo, de perspectiva.

CB: Hay un conjunto de temas, como la historia de los discursos políticos o la historia de las ideas, que está completamente autonomizado, no tienen vínculos con las dimensiones económicas y sociales. En el caso de la historia política y de las prácticas políticas, ¿se pueden establecer relaciones entre estas dos dimensiones?

HS: Lo ideal sería poder establecer esas relaciones, sin reduccionismos. Pero el problema de cómo estudiar el pasado es más complejo, porque supone la interrogación acerca de cuál es el objeto de la historia. Si se postula la existencia de una realidad pasada, un "real" a estudiar e interpretar como unidad, surge el ideal de hacer una historia "total". Claro que la misma noción de esa realidad está hoy puesta en duda. Para no entrar en esa discusión: ya hace bastante tiempo -aunque no siempre fue así- se han legitimado abordajes que implican recortes analíticos de esa realidad presunta y que autorizan miradas parciales para indagar dimensiones específicas y para profundizar en ellas con instrumentos particulares, muchas veces originarios de otras disciplinas, como la economía, la ciencia política, la semiología, la lingüística y la antropología, entre otras. Desde el punto de vista del objetivo de conocer e interpretar el pasado, sin embargo, la relación entre las distintas dimensiones de análisis debería figurar siempre como horizonte de pregunta. En los años sesenta y setenta se suponía que esa realidad pasada tenía una lógica de funcionamiento tal que sólo podía conocerse a partir de un determinado recorte y enfoque; esto es, se consideraba que sólo a través del conocimiento de la estructura económico-social era posible entender el conjunto y cada una de las partes, la política por ejemplo. Esto es lo que ha cambiado ahora; predomina la tendencia a pensar que cada recorte del pasado permite un abordaje parcial de lo real y que no es posible extrapolar al resto a partir de esa esfera particular; entonces cada recorte se legitima

por su propio producto y no por su presunta capacidad de explicar el todo. Claro que uno puede decir que hay recortes que resultan más pertinentes que otros, pero la pertinencia está dada por la capacidad explicativa e interpretativa de cada propuesta en cada momento particular. Permanece, de todas formas, una pregunta pendiente, la de cómo establecer conexiones entre estas distintas dimensiones estudiadas, que de hecho definen objetos diferentes e implican distintos métodos de análisis, escalas, formas de abordaje. Lo importante del momento actual es la legitimación de las distintas miradas; quien hace historia política no tiene que pensar en que está dedicado a una rama subordinada de la historia y que para hacerla tiene que pasar primero por el estudio de otras dimensiones de lo real, sino que puede hacer su trabajo con relativa autonomía, lo cual no quiere decir, insisto, que eluda el interrogante acerca de los otros recortes y perspectivas. Estudio la historia argentina durante la segunda mitad del siglo XIX, mis preguntas hoy están orientadas por una cierta inquietud, preocupación y pasión por determinados problemas, pero el hecho de que yo me dedique a mirar esos problemas no me evita -para enriquecer mi análisis o incluso por simple curiosidad intelectual- tener que atender a lo que se hace desde otros recortes del mismo objeto general. Pasamos así a otra cuestión: del plano global de cómo pensar la historia económica, política y social y sus conexiones mutuas, al más concreto de cómo estudiar un objeto específico, y es allí donde me parece que los cruces son posibles, interesantes y productivos. Considero que no se puede hacer la historia de un período, lugar u objeto sin preguntarse por las miradas que sobre ese objeto arrojan otros recortes.

CB: En el caso específico de tu objeto de estudio, que es la Argentina durante la segunda mitad del siglo XIX, es conocido que el período se inicia con importantes cambios económicos. ¿Cuáles serían para vos las transformaciones más importantes de la vida política luego de la caída de Rosas?

HS: El primer cambio fundamental fue la definición institucional de la República Argentina, con la Constitución de 1853. La Constitución implicó un cambio radical en la construcción de un orden nacional. Hasta ese momento la Confederación era una unión laxa entre unidades políticas que mantenían su soberanía, no había una instancia supraprovincial, no había lo que después llamaríamos un Estado, aunque sí había una provincia (Buenos Aires) que era hegemónica en términos de su economía, su liderazgo político y su poderío militar. Pero desde el punto de vista institucional, las provincias funcionaban como repúblicas autónomas. Caseros, la caída de Rosas, la convocatoria al Pacto de San Nicolás y luego la convención constituyente definieron un cambio: la Argentina devino en una república de tipo federal, lo cual significó que a partir de ese momento las provincias tendrían que resignar parte de su soberanía en manos de una instancia de poder central. Fue un cambio radical desde el punto de vista de cómo funcionaba hasta entonces el país, un cambio que se impuso muy rápidamente y casi sin resistencias. Como sabemos, hubo acuerdo de todas las provincias menos una, la Provincia de Buenos Aires, que no acordó con los términos en los cuales esa república federal se estaba organizando.

De todas maneras se puede decir que desde entonces y sobre todo a partir de la incorporación de Buenos Aires con las reformas constitucionales de 1860, hay un nuevo diseño de un orden nacional. Pero hubo serias dificultades para dar forma concreta a ese orden, en buena medida por la disputa que se estableció entre un gobierno federal que requería poder y los gobiernos de provincia que se resistían a resignar parte de la soberanía a favor de aquél. Cuáles serían los límites, los alcances de esa cesión de poder: tal la cuestión que estuvo en disputa durante toda la segunda mitad del siglo XIX. Ese fue el gran problema que marca la historia política del período. Además, y en esto la historiografía actual es muy enfática, no hubo un camino necesario de tránsito hacia un poder central consolidado. La firma del pacto constitucional abrió nuevas posibilidades y los

resultados sucesivos de esa ecuación provincias/nación fueron muy variables a lo largo del tiempo. Solíamos entender la conformación del Estado nación como un tránsito triunfal, progresivo, medido en función de un modelo prescripto de consolidación estatal según el tipo ideal weberiano. Se trataba, para los estudiosos, de buscar los pasos sucesivos y graduales que habrían facilitado u obstaculizado ese tránsito. Hoy la historia política se pregunta más por las diferentes formas en que se buscó construir un poder central, por las distintas concepciones de Estado vigentes y en competencia en la época, y por las alternativas que se abrieron, los fracasos, los conflictos y los éxitos de distintos grupos políticos y sociales en esta construcción. Presta atención a las contingencias de la vida política y a los grados de incertidumbre que implicó todo el proceso. No había nada en el origen que indicara el destino final.

Un segundo problema clave del período, muy vinculado al primero pero que hace a la dinámica política, es el del régimen político, o mejor, de los regímenes políticos que se sucedieron. Debido a la manera en que se construyó esta nación, la dinámica política concreta, la construcción de poder de distintos grupos y sectores y su capacidad para dotarse de recursos que le permitieran acceder al gobierno, se daba centralmente en las provincias. Por décadas, el centro de la dinámica política estaba allí y la articulación resultó un problema para las dirigencias que aspiraban al poder nacional.

CB: ¿Hay diferencias notables en la vida política, por ejemplo entre Buenos Aires y las provincias del norte o Cuyo?

HS: Es interesante esta pregunta porque hay pautas comunes entre todas ellas: todas comparten el modelo de república liberal plasmado en la Constitución. Las constituciones provinciales comparten ese modelo republicano, de un orden basado en la soberanía popular, que se expresa a través de mecanismos representativos con elecciones regulares –a poco de andar se terminó con los residuos de democracia directa o asambleas populares que había existido en períodos anteriores–; de la vigencia de la libertades individuales y de las libertades públicas, etcétera. Es decir que hay un ideario liberal republicano compartido, pero sin embargo en la práctica se observan muchas diferencias en las formas concretas de funcionamiento de la vida política. Por otra parte, también si miramos el plano nacional, con el mismo basamento doctrinario se fueron dando diferentes regímenes políticos. Cada etapa muestra una articulación diferente, o intentos de articulación diferentes, entre las instancias nacionales y provinciales de organización y funcionamiento de la política.

En suma: creo que poner el foco en el orden nacional por un lado y por otro en los regímenes políticos puede iluminar la dinámica política del período.

CB: En el caso de Buenos Aires, luego de 1852 se conforma una elite política distanciada de la elite económica, es decir una elite que no tiene raíces en el poder económico. Tradicionalmente se caracterizaba a los grupos políticos bonaerenses a partir de intereses económicos diferentes: el mitrismo expresaba a la burguesía comercial en tanto que el autonomismo representaba los intereses de los terratenientes. ¿Te parece que esta concepción permite comprender algún aspecto de la dinámica política de esas décadas?

HS: Creo que no. Lo primero que hay que subrayar es que después de Caseros se definió un estilo político porteño particular; fue entonces cuando se generó una matriz de comportamiento político que perduró por varias décadas y que Halperin analizó muy bien en *Una nación para el desierto argentino*. Desde el punto de vista de tu pregunta, surgió entonces un nuevo grupo político, compuesto por personajes que no pertenecían a los sectores sociales más altos; muchos de ellos venían del exilio – algunos eran jóvenes, como Mitre, Adolfo Alsina, los Gutiérrez (que se sumaron al proyecto de la Confederación)– y disponían de un capital político y simbólico

resultante de haber sido perseguidos por Rosas. También disponían de capital cultural, pues eran en su mayoría gente letrada. Pero no eran parte de los sectores más ricos. Estos hombres llegaron a Buenos Aires con una fuerte voluntad política y empezaron a buscar una inserción activa en la lucha por el poder. Pero no encontraron allí un vacío, sino que también ciertos sectores poderosos durante el rosismo, renegando rápidamente de ese pasado, trataron de construir su propio espacio político. Algunos de ellos, como Anchorena o Juan Bautista Peña, pertenecían a las familias más ricas de la provincia. Entre ambos grupos, los nuevos y los viejos, por decirlo así, surgió una colaboración y a la vez una competencia: todos se definían como “liberales”, antiurquicistas, autonomistas respecto de la Confederación, pero al mismo tiempo se enfrentaron entre sí y compitieron por el poder. En ese terreno, los grupos más nuevos fueron muy dinámicos en la construcción de instrumentos de acumulación política. Ellos fueron quienes redefinieron y dieron dinamismo a redes electorales nuevas, a los clubes de opinión y clubes políticos; quienes desarrollaron una actividad febril en la prensa periódica; quienes armaron redes conformadas a partir de su inserción en la Guardia Nacional de Buenos Aires. Es decir, construyeron un capital político propio, no vinculado a las tramas de control social a las que no podían acceder. Este proceso tuvo lugar sobre todo en los años cincuenta; a medida que pasaba el tiempo, estos sectores nuevos resultaron más exitosos que los tradicionales, entre los que figuraban quienes pertenecían a las clases propietarias altas. Después de la unión de Buenos Aires y la Confederación, se fueron definiendo dos agrupaciones relativamente laxas pero identificables: nacionalistas (mitristas) y autonomistas (alsinistas), que se disputaron la escena política porteña en las décadas siguientes. Desde el punto de vista de su organización en la competencia por el poder, estos grupos tuvieron fuerte arraigo territorial. Unos y otros trataron de armar sus máquinas políticas en lugares específicos –parroquias de la ciudad, partidos en la campaña– donde por distintos motivos lograban reclutar caudillos o personajes capaces, en sus respectivos niveles de funcionamiento político, de armar las redes necesarias para ganar. Por ejemplo, en ciertos partidos del sur de la provincia de Buenos Aires –netamente agrarios– los mitristas fueron muy fuertes y lo siguieron siendo hasta la década de 1880. En el caso de las parroquias porteñas, en algunos casos el predominio de uno u otro grupo era clarísimo y perdurable; en otros, en cambio, el perfil variaba según la coyuntura. Pero es difícil sino imposible asociar filiación partidaria con perfil socioeconómico. En fin, volviendo así a tu pregunta, no creo que sea posible establecer una correlación de grupos sociales y políticos tan fácilmente. Tampoco creo que sea muy productivo.

Por cierto que es interesante preguntarse cómo se construían las adhesiones políticas y mi impresión es que esa adhesión no tenía que ver con los intereses económicos directos. Estos intereses existían, por supuesto, pero funcionaban en otros niveles. Además, la separación entre alsinistas y mitristas no pasaba por plataformas diferentes en lo económico sino por diferencias en otros planos. Por lo tanto, la explicación de por qué alguien adhería a uno u otro grupo no creo que podamos encontrarla en el nivel de los intereses materiales del personaje, la clase o el grupo social en cuestión. Entender las motivaciones políticas de los actores es bastante más complejo que derivarlas de su posición social, y es allí donde las interpretaciones que suponen una determinación económica de los comportamientos políticos flaquean.

CB: En las revoluciones de 1874 y 1880, la elite económica y sus entidades representativas se movilizan para apaciguar el conflicto político y sin embargo no lo logran. ¿Cómo caracterizarías los vínculos entre las elites políticas y las económicas entre 1850 y 1880?

HS: Los sectores económicos de la producción y del comercio están interesados en hacer negocios y en este período, al menos, nunca estuvieron a favor de la agitación política ni de las revoluciones, que

fueron frecuentes. Si bien puede haber momentos en que grupos específicos profitan con la guerra, como se dio por ejemplo con la Guerra del Paraguay, no fue ése el caso de las revoluciones de 1874 y de 1880. Por el contrario, la preocupación de los empresarios era asegurar la paz y por eso intervinieron en esa dirección. Ahora, ¿cómo intervinieron? Tanto en uno como en otro momento, aunque en el '80 más que en el '74, había organizaciones y asociaciones empresariales, como la Sociedad Rural, por ejemplo, o más adelante el Centro Industrial o el Club Industrial, que tenían presencia pública. Sabemos por los estudios de Roy Hora y de Fernando Rocchi, entre otros, que a pesar de sus denominaciones, estas organizaciones, más que representar a grupos específicos de la actividad económica, se presentaban en nombre del conjunto de los intereses empresarios de la sociedad, como la sociedad civil productora y comerciante. En los dos momentos mencionados lo hicieron así para oponerse a las revoluciones. Al mismo tiempo, es cierto también que los individuos que integraban estas asociaciones no estaban excluidos de inserción política. Como individuos, muchos empresarios –industriales, comerciantes, estancieros– tenían vinculaciones políticas con grupos específicos, tenían sus adhesiones partidarias. Al mirar estas coyunturas de revolución encontramos que los partidos, a su vez, tenían “amigos políticos” en las instituciones y a través de ellos intentaron influir sobre las decisiones y los comportamientos corporativos. Eso se ve muy claro en el año '80 en el Mitin de la Paz, que fue propuesto inicialmente por el diario *La Nación* de Mitre pero fue tomado rápidamente por distintos grupos empresarios. Hubo inicialmente mucha suspicacia por parte de los que estaban en el bando nacional, pero luego no pudieron quedarse al margen, porque de lo contrario el Mitin de la Paz terminaría siendo hegemonizado por los porteñistas. Entonces decidieron operar a través de sus amigos políticos dentro de las asociaciones para ir cambiando el tono del mitin. Este caso muestra muy bien la trama cruzada de actores en juego.

CB: ¿Vos creés que hay algún cambio en esos vínculos después del '80, o podría pensarse como un proceso de maduración de la sociedad civil y de sus intereses?

HS: Hay una densificación de la sociedad civil no sólo en el plano patronal sino también en el sector obrero. Hacia fines del siglo XIX, cuando surgieron intereses sectoriales mucho más precisos, o mejor dicho más identificables, la disputa de esos intereses pasó a formar parte de la vida política pública. No es lo que ocurría en el período anterior, pues entonces las disputas sectoriales no se expresaban en el espacio público de manera explícita. Por lo tanto, para finales del siglo se requiere un cambio de perspectiva para analizar las relaciones entre la dimensión política y la dimensión económica, en la medida en que las corporaciones se convirtieron en actores políticos representantes de intereses específicos en el espacio público y por lo tanto, hay que considerarlas en esa condición. El riesgo en este caso es el de identificar sin mediaciones a esas organizaciones con los intereses económicos que representan, y tomar la voz de la Sociedad Rural, por ejemplo, como la de los intereses terratenientes sin más. Explorar cómo se vincula la acción de una organización empresaria con la política es interesante, pero no agota la pregunta por las relaciones entre economía y política, que es bastante más compleja.

CB: En el caso de la Revolución del '90, las interpretaciones con las que contamos siempre incluyen la crisis económica como un escenario de trasfondo pero no mucho más. Incluso sabemos que la Revolución del Parque está focalizada en Buenos Aires y que no es un acontecimiento con gran participación popular. Entonces una pregunta sería cuánto habrá influido la crisis en la revolución.

HS: La pregunta es muy importante. Creo que el '90 es uno de esos momentos de condensación que sería productivo explorar multiplicando los recortes, tratando de combinar los recortes de

los que hablamos al principio, no porque se pueda explicar la revolución política a través de la crisis o viceversa, sino porque una y otra se iluminan mutuamente. Es en estos casos donde se puede ver la productividad de considerar las diferentes dimensiones de un hecho en un juego de influencias recíprocas, sin reducir una a la otra. He allí la clave: no buscar la causa última de estos procesos, porque sabemos bien –incluso por experiencia personal en el contexto político presente– que los distintos problemas se encadenan y se refractan: un momento o coyuntura problemática va generando nuevos problemas en diferentes niveles, corriendo el foco de una dimensión a otra, de lo político a lo social, de lo económico a lo cultural, y así sucesivamente. En algún momento puede predominar una dimensión sobre otra, pero para analizar el conjunto es preciso atender a todas ellas. La crisis del 90 ofrece, en este sentido, un caso excepcionalmente rico para intentar no sólo un análisis de sus diferentes dimensiones (algo que parcialmente se ha hecho) sino para tratar de captar las vinculaciones y las determinaciones mutuas entre ellas. Pero vuelvo a lo que ya dijimos: esto no resuelve la cuestión más general de cómo indagar en las relaciones entre la economía y la política.

CB: Yo diría que plantea la imposibilidad de subordinar lo uno a lo otro.

HS: Sin duda, y eso me parece que es lo más atractivo de esa coyuntura. En ese sentido, la crisis del 90 y lo que viene después, es decir, la salida de la crisis, ofrecen un laboratorio para trabajar en ese cruce de dimensiones analíticas, sin buscar determinaciones en última instancia...

Gustavo L. Paz es graduado en Historia por la Universidad de Buenos Aires, y M. A. y Ph. D. en Historia por Emory University (Estados Unidos). Se desempeña como profesor de Historia de América en las Universidades de Buenos Aires y de Tres de Febrero, y como investigador del Conicet en el Instituto Ravignani. Ha publicado numerosos artículos sobre el período colonial tardío y el siglo XIX, en particular sobre historia política y social del norte argentino. Publicó *Las Guerras Civiles, 1820-1870* (Eudeba, 2007) y *Desde este día adelante Revolución. Voces del 25 de Mayo de 1810* (Eudeba, 2010).

LOS “INFINITOS”, LOS “CONSPICUOS” Y LOS “AMIGOS”. ELITE ECONÓMICA Y ELITE POLÍTICA EN JUJUY DEL VIRREINATO AL CENTENARIO.

GUSTAVO L. PAZ
(UNTREF – CONICET – INSTITUTO RAVIGNANI,
UBA)

Este trabajo constituye una reflexión sobre los vínculos entre riqueza y poder o, dicho de una manera más específica, entre elite política y elite económica en una provincia argentina a lo largo de más de un siglo. El objetivo de estas notas es determinar si los hombres más ricos eran a la vez quienes manejaban los hilos políticos de la provincia de Jujuy entre el Virreinato y el Centenario.

La relación entre las elites y el poder es un tema clásico de la historiografía americanista. Las primeras investigaciones sobre el tema, referidas principalmente al período colonial, remarcaban el papel crucial de las familias de elite en los asuntos públicos.¹ Estas familias de elite intentaron después de la independencia acceder al poder en las nuevas naciones americanas. La desaparición del Estado colonial hacía esperable que esas familias se constituyeran en su reemplazo, pero la prolongada guerra de independencia, que produjo la movilización de amplios sectores hasta ese momento excluidos de la política, y el surgimiento de liderazgos de corte militar dificultó, cuando no impidió, su acceso pleno al poder. A mediados del siglo XIX la expansión de las todavía frágiles pero existentes estructuras políticas estatales (provinciales y nacionales) permitieron a las elites consolidar su poder, no sin la oposición de caudillos militares locales y de sus seguidores entre la población rural.²

En una sociedad predominantemente agrícola y ganadera como lo era Jujuy en este largo período, la riqueza de sus elites se cimentaba en la propiedad de la tierra. En el período colonial a ella se sumaba el capital comercial, cuya incidencia en la riqueza individual disminuyó a lo largo del siglo XIX a causa de las guerras

1 La bibliografía sobre el tema es muy vasta. Algunos estudios clásicos son los de David Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*. México, FCE, 1975; Doris Ladd, *La nobleza mexicana en la época de la independencia (1780-1826)*. México, FCE, 1984; John Kicza, *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*. México, FCE, 1986; Richard Lindley, *Las haciendas y el desarrollo económico. Guadalajara, México, en la época de la independencia*. México, FCE, 1983; Robert Ferry, *The colonial elite of early Caracas. Formation and crisis, 1567-1767*. Berkeley, University of California Press, 1989; Susan Ramírez, *Provincial Patriarcas: Land Tenure and the Economics of Power in Colonial Peru*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986; Susan Socolow, *The merchants of Buenos Aires: Family and commerce*. Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

2 David Walker, *Kinship, Business, and Politics: The Martínez del Río family in Mexico, 1823-1867*. Austin, University of Texas Press, 1986; Linda Lewin, *Politics and Parentela in Paraíba-Brazil. A Case of Family-Based Oligarchy*. Princeton, Princeton University Press, 1987, para Argentina Beatriz Bragoni, *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*. Buenos Aires, Taurus, 1999.

de independencia y civiles y con la reorientación atlántica de la economía que desplazó a los viejos mercados interiores.

Antes de mediados del siglo XIX la información sobre propiedad de la tierra es fragmentaria y debe rastrearse a través de testimonios judiciales y notariales. En 1855 las autoridades provinciales ordenaron la confección del primer catastro provincial sobre el que se basó el cobro de la contribución directa (o impuesto sobre la propiedad inmueble) que constituyó desde entonces un ingreso fiscal fundamental. Actualizados periódicamente, estos catastros son una fuente primordial de información sobre la estructura de la tenencia de tierras. Sobre ellos puede trazarse el mapa del quién es quién entre los propietarios, los valores de sus tenencias medidos en pesos (bolivianos hasta 1881, nacionales desde entonces) y el impuesto que pagaban al fisco. El cruce de estos datos con información de carácter político (quiénes ocupaban los principales cargos provinciales –gobernadores- y nacionales –senadores y diputados-) permite delinear un cuadro de las elites económica y política de esta provincia argentina. Si bien la mayoría de los estudios sobre las elites latinoamericanas sostiene que la riqueza y el poder iban de la mano, en Jujuy se observa la separación de esas esferas a lo largo del siglo XIX.

La elite tardo-colonial: los “infinitos” y los nuevos migrantes

Desde la fundación de la ciudad de Jujuy en 1593, su minúscula elite se nucleaba en dos familias descendientes de los fundadores, Argañaraz y Ortiz de Zárate. A fines del siglo XVII se produjo una renovación fruto de una primera migración de funcionarios y comerciantes españoles atraídos por la estratégica ubicación de la ciudad en la ruta de Potosí a Buenos Aires. El comercio multiplicaba las oportunidades para los nuevos y emprendedores inmigrantes peninsulares, a la vez que la presencia en la ciudad de la Real Hacienda y la Aduana realzaba la importancia burocrática del pequeño poblado de unos 2.000 habitantes.

Entre las familias españolas asentadas en Jujuy hacia 1700 se destacaba la de Goyechea, tempranamente vinculada por matrimonio con uno de los más ricos y antiguos linajes locales. Mediante la incorporación de propiedades rurales al patrimonio familiar, el establecimiento de conexiones comerciales fluidas con el Alto Perú y la inclusión de nuevos miembros por medio de alianzas matrimoniales, la familia Goyechea se consolidó como el linaje central de la elite jujeña constituyendo una red de parentesco suficientemente numerosa como para controlar la vida pública de Jujuy a mediados del siglo XVIII. Su ubicuidad en la vida de la ciudad era tal que un funcionario de la Real Hacienda reportaba a fines de la década de 1770 que esa familia “estaba compuesta de 96 parientes, ... alias los infinitos...”³

Su manejo de los asuntos públicos comenzó a deteriorarse en la década siguiente, al instituirse el sistema de intendencias que implicó el traslado de las oficinas de Real Hacienda a Salta y severas limitaciones a la autonomía de los cabildos. Además, los Goyechea sufrieron un proceso de descomposición patrimonial fruto conjunto de las leyes de la herencia y de la pérdida de su principal hacienda

3 Gustavo L. Paz, “Familia, linaje y red de parientes: la elite de Jujuy en el siglo XVIII”. *Andes. Antropología e Historia* 8, 1997, 145-174. La cita proviene de la página 163.

por una decisión judicial. A fines del siglo XVIII los "infinitos" cedieron mucho de su riqueza y poder a recién llegados.

Una nueva y más numerosa oleada migratoria peninsular renovó la composición de la elite local en la segunda mitad del siglo XVIII, dando origen al grupo de familias que dominaron la vida política provincial a lo largo del siglo XIX. Entre los clanes familiares establecidos en esa época se encontraba el de Sánchez de Bustamante. El patriarca familiar era un joven y exitoso comerciante de Santander llegado a Jujuy hacia 1750 quien poco después contrajo matrimonio con una Ortiz de Zárate, unión que le permitió ingresar en la elite urbana.

El matrimonio de los hijos del primer Sánchez de Bustamante fue central en la conformación de esta red familiar. De una manera típica entre las elites americanas coloniales, la familia incorporó a varios inmigrantes promisorios mediante matrimonios a la vez que buscó entroncarse con viejos linajes locales. En las primeras décadas del siglo XIX, la segunda generación reforzó los vínculos intrafamiliares mediante matrimonios entre primos que acercaron aún más las varias ramas de la red y consolidaron la centralidad de los Sánchez de Bustamante dentro de ella. Estos matrimonios resultaron en la formación de una compacta red de familias emparentadas varias veces entre sí que los calificaba favorablemente para ocupar los más prominentes cargos políticos locales en la crisis del orden colonial.⁴

Dicha crisis pareció abrirle la puerta del control político local a esta red familiar. Sin embargo, la larga y cruenta guerra de independencia librada sobre el territorio jujeño, la profunda movilización miliciana que trajo aparejada, y el surgimiento del liderazgo militar y político de Martín Güemes impidieron su acceso al poder. Las prácticas instauradas por Güemes para el sostén de las milicias afectaron doblemente el predominio de la elite urbana. La exención del pago de arriendos a los campesinos movilizados y las requisas de ganado para su manutención infligieron un severo golpe al patrimonio de la elite en un momento en que, debido a la paralización del comercio con el Alto Perú, la posibilidad de obtener una renta dependía exclusivamente de la explotación de sus propiedades rurales. La extensión del fuero militar a los gauchos movilizados impidió a la elite mantener el control de la población rural que no se sujetaba a la jurisdicción civil.

Sólo el alejamiento del escenario de guerra, la desmovilización miliciana y la muerte del caudillo salteño posibilitó que miembros de este grupo de elite ocuparan cargos políticos cruciales a lo largo de la década de 1820. El más prominente entre ellos, Teodoro Sánchez de Bustamante, fue ministro de gobierno de la provincia de Salta (de la cual Jujuy formaba parte) y teniente de gobernador de Jujuy.

A comienzos de la década de 1830 el clan Sánchez de Bustamante entró en un impasse político. La familia en pleno había optado políticamente por el unitarismo en los años 20 y se mantuvo fiel a él aún después de la disolución del Congreso en 1827. La derrota de la Liga Unitaria en 1831 y el avance del federalismo sobre las provincias del norte ocasionaron el desbande de esta familia (y de otras de la elite salto-jujeña), algo que se repetiría en 1841 con la derrota de la Coalición del Norte. Se abría para ellas la dolorosa experiencia del exilio que sólo acabaría después de Caseros.

⁴ Teófilo Sánchez de Bustamante, *Biografías históricas de Jujuy*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1957; Juan Sánchez de Bustamante, *Genealogía de las familias Bustamante, Quintana, Tezanos Pinto, Alvarado, etc.* Jujuy, Petruzzelli, 1888.

El balance de los poco más de veinte años de política revolucionaria no podía ser más sombrío para la elite colonial de Jujuy. A las expectativas de control de la política local inauguradas por la revolución en 1810, al que se creían con total derecho por riqueza, prestigio y poder heredado, se interpusieron los desastres de las guerras de independencia y civiles: pérdida de riqueza y de poder, y finalmente el exilio.

La elite provincial, 1850-1880: los "conspicuos"

Hacia mediados del siglo XIX la elite de Jujuy basaba su fortuna en la propiedad de la tierra, como en toda sociedad predominantemente agrícola. El primer catastro provincial, levantado en 1855, revela que treinta individuos controlaban poco más de la mitad del valor de las propiedades inmuebles: poseían tierras por más de 300.000 pesos bolivianos sobre un total de 600.000 pesos. La alta concentración de la propiedad de la tierra en sus manos permitía a estos grandes terratenientes ejercer un férreo control de la población rural a través del arriendo, el peonaje y la provisión de crédito.⁵

Entre esos treinta grandes propietarios encontramos sólo unos pocos de los políticos más importantes del período 1853-1880, lo que apunta a la separación de las esferas económica y política de la elite provincial. Ninguno de los tres mayores terratenientes, con propiedades valuadas en más de 50.000 pesos bolivianos cada uno (es decir, el 50% del valor de las tierras controladas por los más grandes propietarios), participaba de la vida política de la provincia. De los trece gobernadores constitucionales de Jujuy entre 1853 y 1880, sólo tres figuran en el grupo de los más grandes terratenientes y de los trece diputados y senadores nacionales por Jujuy, sólo cuatro se ubicaban entre los más ricos propietarios.

En esos años la clase política de Jujuy se reclutaba exclusivamente entre las familias extensas de la elite tardo-colonial. Retornadas de su exilio a la caída del rosismo, instauraron un "gobierno de familia" entre 1853 y 1875 centrado en la parentela de los Sánchez de Bustamante. Más que en la riqueza, el poder de esta parentela se afianzaba en sus extensas conexiones familiares, en su prestigio de vieja familia colonial y en su experiencia política previa que le aseguraban el manejo de la provincia mediante el establecimiento de un fuerte control de las instituciones del gobierno provincial y el patronazgo de cargos entre parientes y amigos políticos.⁶

La extensión, visibilidad e influencia en la vida social y política de Jujuy de los Sánchez de Bustamante les valió el mote de "los conspicuos". Hacia 1870 el control que ejercían sobre la provincia era tan férreo que sus enemigos locales los llamaban con envidia y malicia "los Césares de Jujuy". En este sentido, ellos son un buen ejemplo de lo que Tulio Halperin Donghi llamó la "elite letrada", es decir, una elite política con educación y experiencia en los asuntos públicos que ofrecía a la elite provincial su habilidad y conexiones para mediar entre los poderes provinciales y los nacionales.⁷

En 1875 los Sánchez de Bustamante perdieron súbitamente el

⁵ Gustavo L. Paz., "Las bases agrarias de la dominación de la élite: tenencia de tierras y sociedad en Jujuy a mediados del siglo XIX". *Anuario IEHS* 19, Tandil, 2004, 419-442.

⁶ Gustavo L. Paz, "El gobierno de los conspicuos: familia y poder en Jujuy, 1853-1875", en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (comps.), *Armas, votos y voces. La política argentina en el siglo XIX*. Buenos Aires, FCE, 2003, 223-241.

⁷ Halperín Donghi, Tulio, "Una nación para el desierto argentino", en: *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980, p. xvii.

GUSTAVO L. PAZ
(UNTREF - CONICET - INSTITUTO
RAVIGNANI, UBA)

poder. La combinación del mantenimiento de su lealtad política hacia el declinante mitirismo y el apoyo que el ejército nacional brindó a la facción provincial opositora, que sostenía la candidatura de Avellaneda, precipitaron su fin. Entre 1877 y 1882 la elite jujeña se vio enfrascada en enardecidas luchas facciosas que sólo finalizaron con un acuerdo político garantizado por el presidente Julio A. Roca.

La elite roquista, 1880-1910: los "amigos"

En la década de 1880 la situación económica de la elite jujeña había cambiado tan poco como la economía provincial, todavía abrumadoramente agrícola y ganadera. El catastro de las propiedades inmuebles de la provincia de Jujuy de 1887 nos muestra una gran concentración de la propiedad de la tierra, aunque levemente menor a la encontrada en 1855. En 1887 los grandes propietarios de la provincia (aquellos cuyos bienes inmuebles totalizaban 20.000 \$ nacionales o más en propiedades rurales y urbanas) eran unos cuarenta individuos que concentraban en sus manos el 35% del valor total de las propiedades inmuebles.

Comparado con el grupo de grandes propietarios en 1855, el de 1887 es no sólo un poco más numeroso (24 en 1855, 40 en 1887) sino también socialmente más variado. A la cabeza encontramos tres sociedades propietarias de grandes fincas azucareras, actividad que ya se perfilaba como el área más dinámica de la economía provincial, que controlaban en conjunto poco menos del 30% del valor de la propiedad inmueble. El resto de los grandes propietarios presentaba una mayor diversidad. Entre ellos encontramos apellidos prominentes de la vieja elite tardo-colonial y notables locales del interior de la provincia que lograron acumular tierras en los treinta años que median entre ambos catastros.

¿Cuál era la relación entre esta elite económica de grandes propietarios rurales y la política? Nuevamente se constata la separación entre ambas esferas, política y económica. Sólo cinco de los 40 grandes propietarios se cuentan entre las figuras políticas más importantes (gobernadores, senadores y diputados nacionales) del período que se abre en 1880. En conclusión, el reclutamiento de la elite política provincial no parece haber surgido mayoritariamente de las filas de los más grandes propietarios de la provincia. Eso era así en 1855 y continuaba siéndolo en 1887.

¿De dónde provenían las figuras políticas que formaron la base de la coalición roquista en Jujuy? A comienzos de la década de 1880 lo que quedaba de la elite política provincial post-Caseros cedió su puesto a otra de políticos profesionales, unidos aún por lazos de parentesco, de negocios o de amistad, pero cuyos alineamientos respondían crecientemente a su afiliación con fuerzas políticas nacionales y cuyo accionar se dirigió, sobre todo entre los más exitosos, a la conquista y mantenimiento de posiciones en el ámbito nacional. Esta elite política del 80 abarcaba tanto a descendientes de viejas familias coloniales como a notables locales de los departamentos rurales llegados a la política a fines de la década de 1870. A esta elite política con crecientes vínculos nacionales se incorporaron hombres nuevos, vástagos exitosos de comerciantes y burócratas españoles de importancia secundaria asentados en Jujuy en vísperas de la Revolución de Mayo, entre los que se destaca el senador Domingo T. Pérez quien ejercería el liderazgo indiscutido en la política provincial entre 1886 y 1910.⁸

8 Gustavo L. Paz, "El roquismo en Jujuy. Notas sobre elite y

¿Qué revelan estos patrones de reclutamiento de la elite política provincial a partir de 1880? Primero, como en el período anterior, los más grandes propietarios de la provincia, es decir los hombres más ricos de Jujuy, no ocupaban la mayoría de los cargos políticos prominentes. Estos estaban reservados a políticos profesionales cada vez más imbricados con los partidos y las instituciones nacionales. Segundo, el reclutamiento de esta elite política era más variado en cuanto a sus orígenes sociales que el acostumbrado en el período anterior. No sólo las familias tardo-coloniales perdieron su centralidad en la política jujeña sino que la red de parentesco no cumplía ya las funciones de articulación entre los diversos segmentos de la elite y entre esta y el Estado. Luego de 1880 los clivajes políticos respondían más fuertemente al ordenamiento político nacional que a los conflictos locales, lo que favoreció la construcción de un fuerte liderazgo completamente alineado con el roquismo que a la vez que mediaba en los posibles conflictos entre los "amigos" políticos se constituía en el único referente de la provincia ante los poderes nacionales. En suma, la elite política provincial pasó a formar parte de la elite política nacional.

Del Virreinato a 1880 la vieja elite colonial de terratenientes (y en el período colonial también comerciantes) había dominado, aunque con interrupciones, la provincia. Hasta la Revolución la elite económica lo era a la vez política, pero la guerra de independencia y las civiles que la sucedieron impactaron negativamente sobre su patrimonio y, entre 1815 y 1822, y 1830 y 1850, sobre su control de la provincia. El fin del rosismo abrió un nuevo período de predominio de las viejas familias coloniales. Sin embargo, los largos años de pérdidas materiales, ostracismo político y exilio habían introducido una diferenciación en dos esferas: los personajes más ricos, los más grandes propietarios, no ocuparon mayoritariamente los cargos políticos más importantes (gobernador, senador y diputado nacional) en el período que se abre con Caseros y se cierra con el Centenario. Entre 1853 y 1880 una "elite letrada" centrada en un clan familiar tardo-colonial logró conformar un gobierno de familia. Después de 1880 y hasta 1910 se abrió paso a una combinación de herederos de las familias coloniales encumbradas quienes, junto con notables del interior de la provincia y de hombres nuevos sin figuración política ni social previa, conformaron un grupo dirigente cada vez más cómodamente insertado en el ámbito nacional. En ambos períodos las esferas económica y política continuaron escindidas.⁹

Sólo después de 1930 una elite de nuevo cuño volvería a combinar estrechamente riqueza y poder en Jujuy. Centrada en los ingenios azucareros, ella se núcleo en el conservador Partido Popular y controló la provincia entre 1930 y 1943. La figura prominente de Herminio Arrieta, propietario del Ingenio Ledesma, diputado y senador nacional (1934-1938 y 1938-1943) y posible candidato a vicepresidente de la Nación por la Concordancia para las elecciones de 1944, era altamente representativa de esta nueva identificación entre intereses económicos y políticos, difícilmente reconocible en los períodos inmediatamente anteriores.¹⁰

política". *Anuario IEHS* 24, 2009, 389-410.

9 Observaciones en este mismo sentido pueden encontrarse en Roy Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002 y Leandro Losada, *Historia de las elites en la Argentina. Desde la conquista hasta el surgimiento del Peronismo*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009, 102-152.

10 La política provincial de la década de 1930 fue estudiada en detalle por Adriana Kindgard en *Alianzas y enfrentamientos en los orígenes del peronismo jujeño*. Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy/Unih, 2001.

Beatriz Bragoni es doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires, profesora de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Cuyo, e investigadora del CONICET en el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales del Centro Científico y Tecnológico de Mendoza. Ha sido profesora invitada de varias universidades extranjeras. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas del país y del extranjero y ha sido autora, entre otros libros, de *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX* (Taurus, 1999), por el que recibió el Premio Academia Nacional de la Historia (obra éditada 1999-2002). Recientemente ha publicado *San Martín. De soldado del Rey a héroe de la nación* (Sudamericana, 2010).

LAS ELITES PROVINCIALES EN
PERSPECTIVA: NOTAS A PROPÓSITO DE UN
TEMA RECURRENTE

POR BEATRIZ BRAGONI
(CONICET - UNCUYO)

Indagar las relaciones entre historia económica e historia política constituye una invitación atractiva en cuanto permite traer a colación algunos nudos problemáticos de un diálogo no siempre explícito a raíz, entre otras cosas, de la creciente especialización de campos que exige conceptos, procedimientos y fuentes muy distintas. Resulta claro advertir que si estamos en condiciones de identificar ese desarrollo es porque en las últimas décadas la historiografía cultivada en los centros académicos argentinos asistió a un proceso de profesionalización inédito sobre el cual algunos distinguidos historiadores han ensayado síntesis y reflexiones fecundas.¹ Y si bien el relativo repliegue de la historia económica en sus modalidades más clásicas (o cuantitativas) ha hecho inclinar las preferencias de los especialistas a favor de la historia política y cultural, esa situación no impide advertir alguna sintonía de los supuestos que suelen estructurar las investigaciones sobre la experiencia histórica del siglo XIX argentino en los cuales la mentada especialización queda diluida y abre el juego a interrelaciones significativas.

Creo no equivocarme al destacar uno de los más emblemáticos, que no suele estar ausente de cualquier ensayo destinado a sumar evidencias sobre el curso de ese derrotero, que distingue especialmente los contrastes regionales y las variaciones prevalecientes antes y después de la Revolución entre las alicaídas o decadentes economías y sociedades del interior, y la prosperidad creciente de Buenos Aires y su impacto correlativo en el atribulado proceso de formación del sistema político que acompañó la edificación del Estado nacional en las postrimerías del siglo XIX. Naturalmente se trata de un tema persistente en la literatura, que nos retrotrae no sólo a Alberdi y a su malograda ilusión de destronar la preeminencia porteña en los años que siguieron a Caseros; también estuvo en la agenda del historiador santafesino Juan Álvarez, quien supo inaugurar “el enfoque serial cuantitativo que permitía indagar las fluctuaciones económicas y desde los mismos explicar fenómenos políticos”.²

Desde luego se trata de un tema amplísimo y polémico que difícilmente puede ser abordado en estas breves páginas, aunque el interés por recurrir a ellos se justifica por más de un motivo. En primer lugar, porque quienes hacemos de las “regiones” o las “provincias” un campo analítico y empírico de problemáticas generales solemos enfrentarnos en más de una oportunidad a una especie de canon que hace de las desigualdades regionales un axioma primordial que resulta necesario controlar a los efectos de mejorar la comprensión de las especificidades locales sin que el rutilante y documentado caso bonaerense interfiera en ese

¹ Jorge Gelman (comp.), *La historia económica en la encrucijada. Balances y perspectivas*. Buenos Aires, AAHE/Prometeo Libros, 2006 (Introducción); Hilda Sabato, “La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada”, en Guillermo Palacios (coord.), *Ensayos sobre la Nueva Historia Política de América Latina, siglo XIX*. México, El Colegio de México, 2007, pp. 83-94.

² Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2008, p. 132

resultado y consiga entorpecerlo. En segundo lugar, porque esa evidencia suele encubrir algunas importantes convenciones en relación a contextos, dinámicas, comportamientos y percepciones radicalmente diferenciadas entre el interior y Buenos Aires. Por cierto, no pretendo omitir ni menos aun diluir el peso de los contrastes o diferenciaciones regionales; sólo intento argumentar que el lugar que ocupa en las investigaciones suele traccionar las interpretaciones a un punto ciego que en ocasiones impide apreciar con mejor detalle la fisonomía de las relaciones sociales, económicas y políticas, y descubrir a partir de ellas lo que tienen en común.

El tema de la formación y la metamorfosis de las elites en el “largo” siglo XIX se convierte en una fecunda vía de acceso al problema en cuanto ofrece un campo de análisis propicio para atemperar el peso de los contrastes a partir de las interacciones significativas que se manifiestan en la esfera de la economía o de la política; asimismo, esa eventual diferenciación coloca o hace visible la especificidad de lo político en el sistema de poder que consigue afirmarse en el archipiélago de soberanías provinciales desde el cual las elites locales habrían de contribuir a edificar el Estado nacional que acompañó la integración desigual aunque exitosa de la Argentina en la economía mundial.

Para quien haya reparado en el fenómeno antes enunciado, podrá compartir conmigo el influjo relativo de algunas obras pioneras cuyas virtudes residen, a mi juicio, en que trazaron un sendero próspero de interpretaciones e interrogantes susceptibles de ser perseguidos, verificados o corregidos a través de restituciones empíricas minuciosas en el mosaico de experiencias provinciales argentinas.

Un estímulo decisivo y aun vigente procede del clásico ensayo que Tulio Halperin Donghi dedicó a la formación de la elite heredera de la Revolución a raíz del eclipse de las elites prerrevolucionarias como resultado de la guerra de independencia y de la apertura comercial. En el esquema halperiniano, las elites de Buenos Aires no serían las únicas en acusar recibo de los cambios operados y de la dualidad que comenzó a regir las complejas relaciones entre los nuevos dueños del poder que desplazarán sus capitales de la esfera mercantil a la inversión rural, y los que hicieron de la política el nervio principal de su ubicación en el nuevo escenario. En las provincias del interior esa ruptura también se haría visible, aunque la “convivencia” sería mucho más problemática a raíz de la fragilidad del orden político surgido del derrumbe de 1820 y la correlativa precariedad institucional y fiscal que obligó a los diminutos grupos letrados del interior a emprender trayectos migratorios y ofrecer servicios profesionales a gobiernos aliados por fuera de sus lugares de origen, y que exigió a otros comprometer sus posiciones patrimoniales para enfrentar los gastos de guerra impuestos por el imperio de las circunstancias. Esa delicada y porosa frontera entre lo público y privado, entre política y negocios, habría de operar decididamente en los ubicados en el vértice social acuciados de igual modo por atemperar las fatales consecuencias que la redistribución del poder político había convertido a una inédita y variada constelación de actores sociales en árbitros del nuevo escenario, y sobre todo por sostener en el tiempo la continuidad de los lazos económicos interprovinciales. Entre los candidatos más adecuados para dotar de alguna estabilidad a la inestabilidad generada por la ausencia de un poder central capaz de arbitrar entre los conflictos en pugna, Halperin no dudó en postular la solidaridad y la rivalidad familiar de las elites provinciales sobrevivientes del tembladeral revolucionario como sustrato de la nueva cohesión, aunque ésta no sería en última instancia garantía suficiente para reconstruir las bases del nuevo

POR BEATRIZ BRAGONI
(CONICET - UNCuyo)

orden político. Para ello sería necesario la emergencia de una lealtad eminentemente política que, apoyándose en alianzas previas y aun sometiéndolas, fuera capaz de extenderse al país en su conjunto.³ La dinámica de esa transferencia de lealtades personales a la esfera de una autoridad política superior trazaría los pasos de indagaciones posteriores en las que poder y política harían de nervio indagatorio, y la economía y sus ritmos de una suerte de marco macroexplicativo. Halperin consideraba que si la elite letrada que asistió a la caída de Rosas había creído posible heredar el poder por él construido, poco después de Caseros se pondría en evidencia que para consolidar la nación era preciso construir el Estado nacional y con él una nueva clase política que sepultara los liderazgos y estilos políticos que habían impedido la unidad entre las provincias argentinas.⁴ Esa situación que volvía a exhibir a la opinión argentina dividida entre un interior que apelaba al pacto político sellado en 1853 y Buenos Aires como expresión de la facción unitaria, daría origen a un desplazamiento de posiciones que coagularía hacia 1870, cuando un nuevo consenso diera lugar a realineamientos políticos e institucionales que afectarían a todo el territorio nacional, que habría de coincidir con la incorporación plena de la producción pampeana a la economía mundial.

A esa altura, el interés por examinar la conformación del orden político finalmente consolidado en el ochenta y el papel que en él iban a cumplir las elites provinciales había dado lugar a ensayos que aun repercuten en la historiografía. En torno a ello, Natalio Botana ofreció una serie de reflexiones sobre aquella arquitectura de poder que hacía del régimen de control electoral un dispositivo aceitado de los vínculos establecidos entre los gobernadores de provincia y el poder presidencial.⁵ Ese esquema de poder le permitía trazar una tipología relativamente fiel de diferentes perfiles provinciales que concurren en su diseño: se trataba de provincias leales, díscolas o adversas, en su mayoría controladas por oligarquías locales en procura de asegurar la sucesión presidencial. En su caso, los “gobiernos de familia” ocupaban un lugar primordial, particularmente en aquellos espacios políticos “medianos” y “chicos”, poco imbuidos de “temperamento cívico”, y carentes de la complejidad social que había acompañado la diversificación de la economía y la política en el Litoral fluvial. En aquellos reductos políticos, las familias de “notables” habían conseguido perpetuarse en el poder sobre la base de instrumentar el principio de “representación invertida”, ese resorte de reproducción del poder que hacía del gobierno el principal elector.

En sentido estricto, se trataba de un fenómeno poco verificado aunque bastante difundido, especialmente por las historiografías provinciales que habían atribuido comportamientos y prácticas diferenciadas al Litoral y las provincias interiores. Mientras que en las extensas praderas pampeanas la vida política había seguido el ritmo de la economía como producto de la conexión atlántica, el boom agroexportador y sus correlativos efectos de diversificación social, el Interior exhibía el anclaje del poder en reducidos núcleos de parientes originarios en su mayoría en linajes coloniales. ¿Hasta qué punto las investigaciones recientes permiten corregir estas

3 Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1979, p. 404 (1ª edición: 1972).

4 Tulio Halperin Donghi, *Proyecto y construcción de una nación. Argentina, 1846-1880*. Buenos Aires, Ariel, 1997 (1ª edición: Ayacucho, 1984).

5 Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1979.

visiones canónicas?

En los últimos años los estudios destinados a restituir el poder social y político de las elites del interior han bosquejado un rico mosaico de situaciones provinciales y/o regionales que permite matizar o corregir tales convenciones. Si bien la mayoría de los trayectos analizados enfatizan el papel de las familias como unidad de cooperación de cara al ascenso y reproducción del poder social, los contrastes residen en las condiciones locales y los recursos instrumentados para hacerlo efectivo en el largo plazo y ante contextos cambiantes. En tal sentido, el ejemplo de los Sánchez de Bustamante en Jujuy, estudiado por Gustavo Paz, pone de relieve la manera en que la progresiva incidencia del Estado nacional después de 1870 esmeriló las bases del poder familiar que se había mantenido casi intacto desde los tiempos coloniales.⁶ Pero ese derrotero no resulta idéntico al exhibido por los clanes familiares y el sistema de alianzas políticas erigido en Mendoza en la coyuntura abierta con Pavón, que exigía a las parentelas un persistente juego de arbitrajes internos y externos para acceder y mantener los resortes del poder local.⁷ En efecto, el caso de los González y de los Civit puso en evidencia que el legado colonial no había intervenido decididamente en el éxito político obtenido sino que había sido tributario de posiciones patrimoniales adquiridas en la primera mitad del XIX o de estrategias políticas orientadas a ganar el beneplácito del poder central para afirmar sus posiciones en el orden político local. Y esa vía de acceso habría de contribuir a la formación de perfiles políticos profesionales que estarían destinados a integrar un nuevo mapa a comienzos del siglo XX, cuando la transformación agroindustrial distinguiera a las elites políticas del nuevo empresariado nacido de los emporios vitivinícolas de origen inmigrante como resultado de la expansión del mercado interno. A propósito de ello, los estudios que revisaron las interpretaciones que ya había anticipado Jorge Balán a fines de los '70, que prestaban atención a la información suministrada por las empresas vitivinícolas, arrojaron evidencias sugestivas en relación al papel desempeñado por redes de parientes y amigos en la organización empresarial de los flamantes emporios bodegueros fundados por inmigrantes españoles en la bisagra de los siglos XIX y XX, al decisivo estímulo oficial en la actividad vitivinícola y a la escasa -cuando no nula- vinculación con el poder político como recurso instituido del desempeño y el éxito económico.⁸ Con todo, la relativa diferenciación entre elites socioeconómicas y elites políticas en Mendoza como resultado del boom vitivinícola emula en algún punto la experiencia del cereal en la provincia de Santa Fe⁹ y se revela como contrapunto de la tucumana, donde el proceso de reconversión azucarero contribuyó a la concentración de la riqueza y el poder provincial en pocas manos al exigir mayores inversiones de capital.

6 Gustavo L. Paz, “El gobierno de los «conspicuos»: familia y poder en Jujuy, 1853-1875”, en Hilda Sabato y Alberto Lettieri (coor.), *La vida política en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 223-242.

7 Beatriz Bragoni, *Los hijos de la revolución. Familia, negocios y poder en Mendoza en el siglo XIX*. Buenos Aires, Taurus, 1999, y “Un linaje de notables del interior argentino en el proceso de unificación política: los Civit de Mendoza”, en *Entre pasados. Revista de Historia*, Año XVI, n° 31, 2007, pp. 13-34.

8 Beatriz Bragoni, “Redes, inmigración y movilidad social en Mendoza: racionalidad empresarial y modos de relación política de una parentela de origen finisecular (1880-1930)”, en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* n° 24, 1993, pp. 171-203. Además, Ana M. Mateu, “Aproximaciones a la empresa Arizu: Algunas estrategias de la conformación e incremento del patrimonio societario y familiar (1884-1920)”, en *Quinto Sol. Revista de Historia Regional*, año 6, n° 6, 2002, pp. 107-128.

9 Ezequiel Gallo, *La pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*. Buenos Aires, Edhasa, 2004 (1ª edición 1983); además, Alicia Megías, *La formación de una elite de notables-dirigentes. Rosario, 1860-1890*. Buenos Aires, Biblos, 1996.

POR BEATRIZ BRAGONI
(CONICET - UNCuyo)

Sin duda la fisonomía y el comportamiento de la elite tucumana constituyen un prototipo emblemático de funcionamiento e integración en el aceitado sistema de intercambios, estímulos institucionales y favores políticos que vinculó la economía provincial con el crecimiento agroexportador. Esa clave interpretativa que recuperaba la “teoría del bien primario exportable” y que había acompañado el modelo analítico propuesto por Giménez Zapiola¹⁰

habría de convertirse en llave de acceso para interceptar nuevos abordajes. Al respecto, Claudia Herrera ha ofrecido evidencias sugestivas de la calculada división de funciones al interior de las familias de las elites, que hacía de cada uno de sus integrantes engranajes casi perfectos del funcionamiento empresarial y político al interior y por fuera del estricto ámbito provincial.¹¹ De esa asociación íntima entre poder económico y poder político también habría de dar cuenta José Antonio Sánchez Román¹² al restituir la manera en la que el desarrollo industrial en Tucumán entre 1853 y 1914 dependió de la capacidad de las elites empresariales de poner al servicio de la especialización en la producción del dulce sus lazos con el poder político, sin que éstos representaran un rasgo distintivo del perfil escasamente innovador del empresariado argentino –como lo había supuesto Jorge Sabato- ni tampoco se constituyeran en garantía para atemperar los conflictos suscitados a raíz de la creciente complejización social y política provincial.

Esa advertencia ya señalada por los historiadores económicos,¹³ sería enfatizada por Roy Hora al momento de verificar el perfil cambiante de la elite terrateniente pampeana a lo largo del siglo XIX, concluyendo que la inversión rural no había sido determinante en el origen de la expansión ganadera sino que correspondía ubicarla en las postrimerías del siglo XIX, cuando las señales externas (o del mercado) gravitaran decididamente en el vuelco terrateniente de los grupos propietarios más prósperos del país.¹⁴ Si las biografías económicas de los Anchorena y los Senillosa (como las sucesiones de los más ricos propietarios porteños) ponían en evidencia esa tendencia,¹⁵ el caso de Ramón Santamarina exhibió un comportamiento de similar dirección al revelar el progresivo crecimiento del patrimonio en tierras después de haber incursionado con éxito en la actividad mercantil.¹⁶

Con todo, el análisis de las pautas de inversión de los terratenientes pampeanos venía a verificar lo que Halperin había sugerido en un

10 Marcos Giménez Zapiola, “El interior argentino y el ‘desarrollo hacia fuera’: el caso de Tucumán”, en M. Giménez Zapiola (comp), *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1975, pp. 72-115.

11 Claudia Herrera, “Redes de parentesco, azúcar y poder: la elite azucarera tucumana en la segunda mitad del siglo XIX”, en *Entre pasados, Revista de Historia*, Año XVI, n° 31, 2007, pp.35-54.

12 José Antonio Sánchez Román, *La dulce crisis: estado, empresarios e industria azucarera en Tucumán, Argentina (1853-1914)*. CSIC-EEHA-Universidad de Sevilla, 2005.

13 Vale recordar que algunas interpretaciones de Jorge Sabato fueron puestas en duda por Fernando Rocchi y Juan Manuel Palacio en un *dossier* publicado en *Entre pasados. Revista de Historia*, Año V, n° 10, 1996.

14 Roy Hora, *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política 1860-1945*. Buenos Aires Siglo XXI, 2003; “La elite social argentina del siglo XIX. Algunas reflexiones a partir de la historia de la familia Senillosa”, en *Anuario IEHS* n° 17, 2002, pp.291-324; “Del comercio a la tierra y más allá: los negocios de Juan José y Nicolás de Anchorena (1810-1856)”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales* vol. 44, n° 176, enero-marzo 2005, pp. 567-600.

15 Una interpretación diferente sobre la composición de la riqueza rural entre las elites económicas de Buenos Aires basada en fuentes fiscales corresponde a Jorge Gelman y Daniel Santilli, *De Rivadavia a Rosas. Desigualdad y crecimiento económico. Historia del capitalismo agrario pampeano*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

16 Andrea Reguera, *Patrón de estancias. Ramón Santamarina: una biografía de fortuna y poder en la pampa*. Buenos Aires, Eudeba, 2006.

artículo que había modificado interpretaciones previas;¹⁷ además, contribuía a identificar las escasas cuando no conflictivas relaciones entre el sector terrateniente y el poder político, y a entender las razones que condujeron a la formación de agrupaciones políticas por parte de los productores agropecuarios con aspiraciones de competir en la arena electoral. Esa suerte de diferenciación de esferas y lógicas en las que el capital social o económico no se reproducía de manera automática en el campo político de la Argentina finisecular, habría de convertirse para Leandro Losada en objeto de indagación específico.¹⁸ En su caso, la construcción de la distinción social en la elite porteña del novecientos dependió del interés de expulsar a la política de una sociabilidad concebida en términos “civilizatorios”, a los efectos de crear un estilo de vida y de consumos culturales opuestos a los prevalecientes en décadas anteriores. Sin embargo, esa erradicación, que no siempre fue conseguida, habría de coincidir con transformaciones decisivas en el campo político como resultado del proceso de modernización, la fractura del oficialismo, la profesionalización de la política y la formación de los partidos de masas.

Como el lector podrá advertir, el repertorio de investigaciones hoy disponible sobre las elites socioeconómicas y políticas en la Argentina del siglo XIX ofrece un marco de referencias mucho más complejo que el que teníamos décadas atrás. Se trata de un mapa de lecturas heterogéneo al que han concurrido diferentes tradiciones historiográficas, preocupaciones no siempre idénticas y fuentes de naturaleza distinta. Esa variedad de estrategias y procedimientos de investigación no sólo ilustra la fecunda adopción de un *utillage* conceptual y metodológico que combinó eficazmente las tradiciones historiográficas nacionales con las provenientes de otras latitudes; también permite identificar una suerte de agenda de trabajo que está a la espera de nuevos abordajes a los efectos no sólo de sumar de evidencias nuevas por provincias o regiones, sino de precisar y/o corregir visiones no siempre completas o acabadas de las transformaciones operadas entre los grupos sociales y políticos ubicados en la cúspide del poder social en el siglo XIX argentino.

A pesar de ello, el recorrido que estas páginas han propuesto permite puntualizar algunos núcleos de interés. En primer lugar, la revolución trastocó el funcionamiento de las elites locales extrayéndolas del recoleto mundillo capitular; ese tópico, regularmente enfatizado especialmente por las historiografías provinciales clásicas, parece haber sido matizado en las últimas décadas después de perseguir las continuidades y las rupturas de las formas de hacer política que les fueron impuestas por la revolución y las guerras. Esta nueva lectura permite ubicar un segundo núcleo de problemas que entiende a las elites provinciales como dispositivo clave y activo del proceso de construcción del Estado nacional, lo cual ha permitido –como se anticipó- poner algunos reparos a las visiones que enfatizaban el factor cooptativo y coactivo del poder central frente a las situaciones provinciales. Un tercer nudo concluye este cuadro sin duda incompleto de las aproximaciones convergentes en el tratamiento de las elites argentinas: el que atiende a los procesos de diferenciación de las elites en relación a los desiguales procesos de modernización económica disparados con el crecimiento agroexportador, que estaría destinado a inflexionar decisivamente en la morfología y el funcionamiento de las elites provinciales y de la elite porteña.

17 Tulio Halperin Donghi, “Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires, 1820-1930”, *Cuadernos de Historia Regional*, 2ª época, n° 15, 1992, pp. 11-46.

18 Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle époque*. Buenos Aires, Siglo XXI Editora iberoamericana, 2008.

REFLEXIONES

Publicado a fines del 2008 en México y recientemente llegado a la Argentina, el libro de Andrés Kozel, *La Argentina como desilusión*¹, estudia la manifestación de la idea del fracaso argentino. Una noción cultural que para el autor se empieza a forjar, aun con anticipaciones fuertes, hacia los años 1929 y 1930 como resultado de la crisis política y económica. Se trata, obviamente, de una respuesta de ciertos sectores de la sociedad a otra percepción cultural previa que se asentaba sobre la presunción de que al país le esperaba un destino de grandeza a partir de su incorporación al modelo civilizatorio y que hacía hincapié en una supuesta excepcionalidad argentina en el contexto latinoamericano. Para Kozel, la "ilusión argentina" habría germinado en el tramo central del siglo XIX, estrechamente vinculada a la obra de los emigrados antirrosistas, y se habría vuelto hegemónica a medida que se consolidaba el paradigma liberal, para comenzar a declinar en las primeras décadas del siglo XX y dar paso al tópico del fracaso argentino hacia fines de la década del veinte y principios de los años treinta.

A lo largo de los capítulos de este libro cuidadosamente escrito, van desfilando hombres vinculados al poder e intelectuales con pretensiones políticas que Kozel caracteriza como los especialistas en "nombrar los males de país". Son ellos Lucas Ayarragaray, Leopoldo Lugones, Benjamín Villafañe, Ezequiel Martínez Estrada y Julio Irazusta.

Si bien desde el campo de la historia económica se han dado reflexiones sobre el fracaso del proyecto —económico— de la Argentina², no

¹ Andrés Kozel, *La Argentina como desilusión*. México, Nostromo ediciones—UNAM Posgrados, 2008, 395 páginas.

² En particular cabe mencionar el interesante artículo de Eduardo Míguez: "El fracaso argentino". Interpretando la evolución económica en el "corto siglo XX", en *Desarrollo Económico* n.º 176, enero — marzo 2005, pp.483-514.

había sucedido lo mismo en relación al fracaso argentino entendido como noción cultural. Por ello, el libro de Kozel, a través de un análisis muy rico y sugerente, se presenta como un aporte original y llamado a generar debates y perspectivas analíticas que pueden resultar provechosas para la comprensión de las representaciones e imaginarios sociales de la Argentina contemporánea.

Así, y a partir del interés que despierta la Argentina como desilusión, pretendo esbozar algunas cavilaciones, pero fundamentalmente exponer algunas preguntas que me surgen sobre la dinámica pendular entre destino de grandeza y fracaso que, según entiendo, se han convertido en un tópico constante del pensamiento (aunque hasta el libro de Kozel había sido considerado sólo tangencialmente) y del "sentido común" argentinos del siglo XX. Se trata, en definitiva, de hacer público, con cierto atrevimiento, algunas presunciones que me involucran tanto como me inquietan.

En principio, es bueno señalar que en el plano del pensamiento intelectual algunos autores que analizaban otras cuestiones de la cultura argentina expresaron referencias indirectas sobre el tema que aquí interesa. De esas perspectivas se deriva que la idea de fracaso ha estado presente en la sociedad argentina desde un largo tiempo y ha llamado la atención de sus estudiosos. En este sentido, cabe mencionar por ejemplo a Oscar Terán y a Beatriz Sarlo, que hacia mediados y fines de la década del ochenta hicieron algunos señalamientos al respecto. Terán, al analizar las diferentes dimensiones de las ideologías argentinas, sostenía que la crisis económica del treinta había tenido un impacto sustancial en la cultura argentina y que de

esa conmoción habían resultado las fuertes críticas al modelo agroexportador y al proyecto todo de nación que era observado con lentes escasamente optimistas³. Sarlo, por su parte, señalaba que la Argentina de los años treinta, particularmente diferente a la de décadas anteriores, pensaba al país como un "problema" de difícil resolución⁴.

Como puede advertirse, para estos autores los años treinta implican una ruptura con las versiones satisfechas del desarrollo argentino que se habían dado mientras la Argentina lograba una integración exitosa al mercado mundial. Ahora bien, no son desconocidas las tempranas visiones nostálgicas y atribuladas que empezaron a circular en el período finisecular y que ponían el acento en el rumbo incierto que iban tomando la sociedad y la cultura argentinas a partir de los efectos de la modernización⁵. Pero incluso antes de ese período, como señala Fernando Devoto, fue el propio Sarmiento quien, en 1880, había puesto en cuestión el éxito del proyecto argentino⁶.

El conjunto de estas apreciaciones acompañan, en ese sentido, el postulado de Kozel al señalar la emergencia y la consolidación del tópico hacia 1929-30 aunque reconociendo anticipaciones fuertes.

³ Oscar Terán, "Aníbal Ponce o el marxismo sin nación", en *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires, Catálogo, 1986, p. 162.

⁴ Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1988, p. 242.

⁵ He analizado esta cuestión con más detalle en "Puntos de partida", *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*. Rosario, Prohistoria, 2009, pp. 11-26.

⁶ Fernando Devoto, *Nacionalismo, fascismo, tradicionalismo en la Argentina moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 14.

Asimismo, y como ha señalado Luis Alberto Romero, tampoco puede ignorarse el impacto en la economía argentina de la Primera Guerra Mundial¹. Sin duda, la influencia de la Gran Guerra en el crecimiento de los idearios de temor y frustración que invadieron a Occidente, y las formas en que repercutió en la Argentina ante la presunción de que el mundo estaba cambiando drásticamente es un aspecto que ha pasado más desapercibido de lo que podría esperarse. Por ello, es altamente propicia la publicación de estudios como el reciente libro de Hernán Otero, donde se analizan algunos aspectos del impacto del conflicto bélico en la sociedad argentina².

Ahora bien, quiero detenerme por un momento en un ensayo escrito por Graciela Scheines que hace foco en las expresiones del fracaso en la cultura argentina a través de un estudio que se define como el resultado de una pesadumbre y de una indagación. En ese texto, publicado en 1993, la autora se pregunta sobre las razones por las cuales la historia argentina, “en lugar de un progreso ininterrumpido hacia lo óptimo es una sucesión de rupturas y vueltas a empezar” y, “¿cómo ocurrió que de pronto descubrimos la distancia insalvable entre el progreso y nosotros y las peligrosas e indeseadas semejanzas con el resto de Sudamérica, la América sumergida?”³.

La pesadumbre, dice la autora, es “generada por el drama de vivir en un país que reitera el mismo camino incansablemente, deteniéndose

siempre en el mismo lugar, para volverse hacia atrás y, como Sísifo, recomenzar un juego infinito. Por eso, la indagación de esa suerte de pulsión que nos lleva a los argentinos, cada vez que estamos frente a un hito, a cerrar imaginariamente un ciclo y abrir, del mismo modo, otro”. Como puede advertirse, este texto interesa como una confirmación de los idearios del fracaso y no como planteo historiográfico, pretensión que, es justo decirlo, no tiene su autora. La decadencia en que la Argentina se encuentra sumida, sostiene Scheines, hunde sus raíces en prejuicios y conductas que se han solidificado a lo largo de la historia, a través de construcciones discursivas estereotipadas y vinculadas con los mitos de América que elaboró Europa y que fijan e inmovilizan, convirtiendo a América en una dimensión inhabitable, ajena a toda medida humana¹⁰.

Este ensayo crítico sobre las metáforas del fracaso queda entrampado más de una vez en las redes de la “ilusión” y la “desilusión”, y reúne en sí mismo varios de los elementos que se encuentran en los cimientos de las diferentes teorías del fracaso, ya que sostiene que Argentina (y América Latina toda) es víctima de los idearios elaborados por Europa, al tiempo que reconoce que ha sido incapaz de superar esos límites míticos y discursivos para poder finalmente acceder al destino de progreso que la está aguardando. El péndulo va del éxito prometido al fiasco de la realidad, y ése es, a mi criterio, un elemento característico y definitorio de algunos imaginarios sociales argentinos. Digo algunos porque en principio lo considero más una “certeza” de las clases medias y los sectores más acomodados que una preocupación y una angustia que recorren a todo el conjunto social.

Asimismo, me atrevo a poner en palabras la sospecha de que esa presunción va de la mano de cierta desmesura que parece caracterizar a la sociedad argentina. Una falta de medida que podría emparentarse con lo que los griegos denominaban *hybris*, es decir una actitud desbocada pero estéril e infecunda.

En ese sentido, vale preguntarse si la frustración que expresan amplios sectores de la sociedad argentina no

crea, en términos psicoanalíticos, un estado vivencial de fijación a la –supuesta– situación frustrante, que ve repetida a través de los tiempos (de los distintos tiempos históricos) como una condena casi trascendente. Esto, de ser así, conduciría a que buena parte del colectivo lleve una existencia social frustrada y por lo tanto poco arriesgada, con el único objeto de tratar –inútilmente– de escapar del castigo siempre renovado. Ahora bien, ¿cuál habría sido esa experiencia decepcionante que llevó a que los idearios de grandeza, sin terminar nunca de morir, construyeran su propio opuesto y se acostumbraran a transcurrir en un complejo (y muchas veces irracional) entramado “bipolar”? En mi opinión, la decadencia del modelo económico agroexportador y la crisis de la hegemonía imperante durante su desarrollo implicó la decepción y la frustración de la clase que había conducido –y se había beneficiado– de ese proceso político, social y económico. El sentimiento de fracaso que invadió a los sectores dirigentes los llevó a cerrarse sobre sí mismos y a buscar las razones –externas– de esa situación, en buena medida inesperada y dramática, que juzgaban injusta. Como señala Kozel, esta realidad nueva los llevó a escrutar con ojos críticos no sólo su presente sino también el pasado del país.

Probablemente, como ha sostenido Tulio Halperin Donghi, esa “amargura” resulta comprensible pero no implica en sí misma un problema historiográfico muy complejo¹¹. Por el contrario, según entiendo, revestiría mayor interés comprender por qué ese ánimo pesimista, descolocado y afligido se extendió a otros sectores sociales, especialmente a los sectores medios, que lo tomaron como un problema propio y lo constituyeron en elemento importante de su identidad, de su vinculación con el Estado y lo sostienen como indicio de una condena inevitable, de la que ellos son enteramente inocentes.

¹ Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires, FCE, 2001, p. 50.

² Hernán Otero, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

³ Graciela Scheines, *Las metáforas del fracaso. Desencuentros y utopías en la cultura argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 1993, p. 7.

¹⁰ Scheines, *op. cit.*, p. 96.

¹¹ “Halperin en Berkeley. Latinoamérica, historiografía y mundillos académicos”, Entrevista a Tulio Halperin Donghi de Diego Armus y Mauricio Tenorio Grillo, en *Entrepasados* año VI, n° 6, 1994, p. 165.

**CONVERSACIONES
con AUTORES**

POR SILVANA FERREYRA (CONICET - UNMDP)
PABLO PÉREZ BRANDA (CONICET - UNMDP)

María Cristina Tortti es Licenciada en Sociología y Doctora en Historia por la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña como docente e investigadora en el Centro de Investigaciones Socio- Históricas de la Facultad de Humanidades de la UNLP. Ha sido docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Es directora del Departamento de Sociología y miembro del Comité de Redacción de la revista *Cuestiones de Sociología*. Ha publicado diversos trabajos sobre la trayectoria política, sindical y cultural del Partido Socialista y sobre los orígenes y desarrollo de la "nueva izquierda". Recientemente ha publicado su tesis doctoral en el libro titulado *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda* (Prometeo, 2009). En el marco de su visita a la ciudad de Mar del Plata durante el mes de marzo de 2010, para dictar un seminario de posgrado en el Doctorado en Historia de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Pablo Pérez Branda y Silvana Ferreyra tuvieron un diálogo con la autora, a partir del cual intentaron recorrer juntos las problemáticas que aborda en su obra.

Silvana Ferreyra y Pablo Pérez Branda: - Empecemos por los inicios del trabajo ¿Cuáles fueron las motivaciones que te impulsaron a llevar adelante la investigación que culminó en este libro?

María Cristina Tortti: - Tiene una cierta historia: aunque es tomado por algunos como una historia del Partido Socialista (PS), en realidad es parte de un programa más amplio, que no sé si algún día completaré, era parte del programa de un grupo de investigación que se proponía rastrear el papel y los orígenes de lo que nosotros llamamos "nueva izquierda", es decir, de la nueva oposición social y política del '55 en adelante. El artículo que escribí, "Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional"¹, fue un poco como un programa de investigación y, después de eso, me pareció que no se podía seguir avanzando con todo al mismo tiempo. Entonces pensé que me resultaba interesante ver cómo los primeros grupos rebeldes en este ámbito habían nacido en los mismos partidos de la izquierda tradicional y saber qué había pasado ahí. Había grupos que venían del PS y del Partido Comunista (PC), otros que venían del peronismo, otros que venían del nacionalismo y otros que venían de la iglesia. Entonces me propuse estudiar qué paso en los partidos de izquierda

■ Tortti, María Cristina: "Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional", en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 3, N° 6, 1998, pp. 11-39.

tradicional. Y ahí también pensé que iba a poder avanzar al mismo tiempo con el PC y con el PS, pero después vi que no podía y me quedé sólo con el PS. Entonces lo que hice fue seguir el movimiento de oposición a la línea de Ghioldi o lo que ellos mismos llamaban la línea liberal, básicamente desde el '55 en adelante. Efectivamente, hay un tramo en el que hago la historia del PS, pero mirada desde el punto de vista del sector renovador primero y después, dentro del sector renovador, del grupo de izquierda, hasta que ese grupo prácticamente estalla...

Entiendo que la culminación política y organizativa del grupo de izquierda que seguí es la creación del Partido Socialista de Vanguardia (PSAV) que me parece que es uno de los primeros, sino el primer partido de la nueva izquierda. Es una experiencia que duró relativamente poco, porque ya en el año 1964 ese partido se fragmentó. Bueno, ése es el recorrido de mi libro. Mostrar que muchas de las fórmulas políticas, incluso de las discusiones estratégicas (qué hacer con el peronismo, qué estrategia política seguir, si crear un partido o una vanguardia armada), todas esas discusiones, que fueron discusiones después del Cordobazo, ya lo habían sido en este período temprano. Con la diferencia que en esta etapa involucraban a grupos más pequeños de personas. Pero me parece que trazaron las huellas por las que discurrió a partir de ahí la izquierda que fue significativa posteriormente.

En relación a esta hipótesis que se plantea en el libro, vinculada a rastrear los antecedentes de lo que ocurrió como fenómeno político después del Cordobazo, recién planteabas que hay elementos de continuidad (fórmulas políticas, discusiones estratégicas, etc.) ¿En qué otros elementos habría continuidad y en cuáles ruptura?

Me parece que la continuidad está en el saldo que dejaron ciertos debates que se dieron en el seno del PS, en los primeros años de los '60, y que dieron como resultado algunas cuestiones básicas

como, por ejemplo, dejar de hablar del peronismo como fascismo, pasar a primer plano una visión del peronismo como movimiento nacional, que podría ser radicalizado. Pero sobre todo dejar de hablar del peronismo como fascismo. Buscar la unidad con los trabajadores y con el peronismo, distintos intentos de armar frentes, de colaborar en el ámbito sindical, de tener estrategias electorales comunes mientras el peronismo estaba proscripto. Algunos entrevistados me relataban la angustia que les producía ser miembros de partidos de izquierda y en los hechos estar alejados de los trabajadores. Bueno, esto indudablemente fue un elemento importante y una discordancia a la que le buscaron solución, pero luego el ejemplo cubano actuó como un aglutinador de gente. Digamos que contribuyó a juntar gente que venía de distintas tradiciones políticas o que

acrecentó esta tendencia. Todos estos grupos encontraron en la adhesión a Cuba un puente que los comunicaba. A partir de esto adquirió más centralidad la cuestión nacional. Entendiendo que la cuestión nacional se resolvía no sólo con una política antiimperialista, sino destruyendo el capitalismo, pasando al socialismo.

La otra continuidad importante es el repudio a las formas de la democracia formal y por tanto, a estrategias parlamentarias, de carácter reformista y la insistencia en la estrategia revolucionaria. A mí me parece que en este período, antes del '66, la idea de la estrategia revolucionaria era, por lo menos en estos socialistas, una convicción de utilización táctica de los mecanismos electorales con la expectativa de desencadenar un movimiento insurreccional. Un estallido que esperaban que sucediera por un alzamiento básicamente del peronismo: protestando por la proscripción política o a raíz de una huelga general. Entonces, no era la estrategia de la guerrilla pero sí una estrategia revolucionaria, aunque más clásica, de masas, de tipo insurreccional. Así se metió el tema de la acción violenta en la política, pero no centralmente a partir de la forma guerrillera.

Después del '66 la idea insurreccional no desapareció. Quedó en algunos pero cobraron fuerza y se expandieron las organizaciones nuevas que planteaban una estrategia de organización político militar y ya no centralmente de partido. Porque los "muchachos" de la izquierda socialista siguen pensando en construir un partido de masas. Ellos junto con el peronismo, tenían todavía esa idea del partido de masas, no tanto de la vanguardia.

El libro desde el título mismo tiene dos inscripciones historiográficas. Una sería hacia el campo de estudios sobre el socialismo y por otro al campo, quizás menos desarrollado, de la nueva izquierda. Como nos comentabas, tu foco de atención está principalmente vinculado con el origen de la nueva izquierda. Dentro de este campo, ¿cuál es tu opinión sobre el aporte de la revista *Lucha Armada* habida cuenta de su repercusión?

Bueno, ya te digo que el libro es tomado como una historia del PS, aunque como historia del PS tiene muchos recortes. Por eso te decía que la intención original era rastrear los orígenes de las rupturas en el campo de la izquierda y su aporte político-programático a esto que después, más claramente, se llamó nueva izquierda. Creo que es un aporte en los dos lugares porque no hay historias del PS para esta etapa.

Con respecto a lo que decían de la revista *Lucha Armada*, me parece que es una revista muy valiosa, aunque para mí tenía un recorte excesivo. Bueno, excesivo... es una posición... Recortan un campo estrictamente por la estrategia de la lucha armada, por la vía de la lucha armada. A mí me parece que el campo era más amplio y que la lucha armada se inscribía dentro de una serie de cuestionamientos y de replanteos más generales. Incluso hubo partidos revolucionarios de la nueva izquierda que no fueron guerrillas. Eso hay que explicarlo después, porque estaba Vanguardia Comunista, por ejemplo, que no era una guerrilla. Tampoco el Partido Socialista de los Trabajadores lo era, ni el Partido Comunista Revolucionario. Algunos tuvieron mucho que ver con el clasismo, que es una de las cosas más revolucionarias de la época, y no fueron guerrillas. Pero, efectivamente, lo que más creció después del '69 fueron las organizaciones armadas. Entonces a mí me parece que es erróneo reducir todo el período y todo el movimiento nada más que a la estrategia armada. Esto es una forma de pensarlo... Me parece erróneo porque el movimiento fue más amplio y porque si no quedaría incompleta la explicación de por qué surgieron las organizaciones armadas.

Lo que yo quise mostrar en este trabajo es cómo evolucionó el pensamiento político de estos grupos socialistas, acompañados por otros grupos, como los comunistas de *Pasado y Presente* o los del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) conocido como MaLeNa. Cómo, cuál fue el recorrido político-ideológico que fueron haciendo, para en un momento quedar enfrentados a los partidos desde los cuales venían. Y las experiencias políticas que hicieron. Creo que sin estas dos cosas no se entiende por qué después muchos dan el salto a la lucha armada. Yo creo que tiene que ver con una decepción. Eso es una interpretación que no puedo demostrar hoy, pero me parece que tiene que ver con una decepción con los resultados de la estrategia previa, a la que llamo insurreccional.

Para continuar pensando en el contrapunto entre tu libro y otras investigaciones. En la introducción planteas un diálogo con los trabajos de Altamirano, Terán y Sigal. Partis del conocimiento que ellos construyeron. En su texto *Peronismo y Cultura de izquierda*², Altamirano sostiene que se aboca al estudio de lo cultural porque es más importante que lo político en ese período como dimensión de desarrollo de la izquierda en los sesenta. ¿Qué pensás al respecto, en relación a la importancia que le das a la dimensión político organizativa en tu libro?

Estoy de acuerdo con Altamirano. En el período que estudio, la izquierda en general, y las fracciones que seguí en particular, no tienen un desempeño espectacular como lo tienen otras a partir del Cordobazo. Por eso, mi hipótesis es que lo que ocurre entre el '55 y el '66 -para ponerle un tope- en la izquierda, en el peronismo y también en los sectores que vienen de otros campos como el nacionalismo es un fenómeno importante, pero no espectacular desde el punto de vista público. Yo lo denominé período de "reorganización de las vanguardias". Surgen elencos dirigentes que piensan al país, a la izquierda y al peronismo de otra manera, y me parece que estas marcas perduraron a lo largo de todo el período, aunque algunas de las personas que fueron artífices en el período que yo estudio ya no estaban en el movimiento del post '69. Algunos sí, otros no. Pero como recorrido político-intelectual, tanto en el plano de las ideas -de entender y conceptualizar- como en el plano político -intentando vías alternativas a las de sus partidos-, constituyeron una experiencia política de ruptura con sus partidos de origen, aunque posteriormente comprobaran que la estrategia insurreccional a la que habían apostado no había dado los resultados esperados.

Lo que quise mostrar es que un fenómeno social y político como el de estas dos décadas no se puede explicar sólo por la influencia de las ideas, que no es que no me parezcan

² Altamirano, Carlos, *Peronismo y cultura de izquierda* Buenos Aires, Temas Grupo Editorial, 2001.

POR SILVANA FERREYRA (CONICET- UNMDP)

PABLO PÉREZ BRANDA (CONICET - UNMDP)

importantes. Hay que explicar también en qué tramas organizativas intervino la gente, cómo transformaron las ideas en ideales, en programas políticos y en estrategias y qué cosas hicieron en pos de esas estrategias. A eso le llamo experiencia política y me parece que ahí hay una trama no demasiado conocida. A mí me parece interesante mostrarlo.

Pareciera que las luchas se dan dentro del partido de origen. Pero no hay una decisión de dar un paso al costado: se trata de apoderarse del partido de origen. Creo que eso, de alguna forma, es parte de una tradición dentro del socialismo.

El proyecto de la juventud era quedarse con el partido. Ellos, cuando ganaron la mayoría, no esperaban que los viejos se fueran. Ellos querían quedarse con el partido y querían quedarse con Palacios. Pero el otro sector no soportó la osadía de juntar al socialismo con el peronismo. Esa fue la causa principal de la segunda ruptura.

En tus trabajos anteriores has estudiado otras rupturas dentro la historia del PS.³ En base a tus conocimientos sobre los años treinta en la historia del socialismo, pero también en relación a lo que viene señalando la historiografía sobre el socialismo, respecto a una tradición de izquierda que se manifestó en distintas rupturas (Sindicalismo Revolucionario en 1906, Partido Comunista en 1917, Partido Socialista Obrero en 1936), ¿cómo pensás la ruptura de 1958 en relación con esa tradición de izquierda? ¿Te parece que existe un vínculo o ves que están jugando otras cuestiones?

No sé tanto como para hacer una afirmación. Digo esto porque lo que voy a decir puede ser un elemento a tener en cuenta, no una explicación completa. Además fueron muchos años. Pero lo que vino pasando según lo que yo pude ver en el PS desde por lo menos fines de los años '20 fue algo paradójico. Por ejemplo, vamos a los '30: mientras los dirigentes sindicales socialistas se expandían en el ámbito gremial y llegaron a ser dirección de la CGT, fueron perdiendo espacio dentro del partido mismo. En buena parte de las rupturas previas del socialismo, el reclamo provino siempre de las fracciones de izquierda que se quejaban porque el partido no estaba suficientemente ligado a los trabajadores y no atendía suficientemente la cuestión sindical. Ahí habría que explicar otras cosas en las que ahora es largo detenerse, pero se cuestionaba el concepto de que sindicato y partido fuesen organismos autónomos. Siempre las corrientes de izquierda cuestionaron ese aspecto, junto con otros... Lo sintetizaban en que había que constituir un partido más clasista. Esto pasó también a mediados del '30, y un rebote de los problemas del '34-'35 fue la creación del Partido Socialista Obrero. Después el gran enigma, aunque en buena parte ha sido estudiado por Juan Carlos Torre, viene con la emergencia del peronismo. Con la presencia política de Perón el socialismo pierde, aun antes de la represión, mucha militancia obrera.

La ruptura de 1958, entonces, tuvo alguna relación con **3** Véase María Cristina Tortti, *Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical*. Buenos Aires, CEAL, 1989.

esta tradición, pero ya muy cambiada porque atravesó el período del peronismo. El punto de contacto entre todas estas corrientes -y también en alguna corriente interna durante el peronismo-, fue la crítica al partido que, consideraban, se volvía demasiado liberal en lugar de acentuar sus rasgos socialistas, de estar más dentro de los sindicatos, en el impulso a las reivindicaciones económico sociales y no exclusivamente centrado en la cuestión de la democracia. Este es un hilo explicativo, pero habría que saber mejor que pasó durante el peronismo, algo que todavía sabemos, me parece, un poco por arriba.

Yendo un poco más a la segunda parte del libro donde hablas de un partido en transición y se ven las elecciones de 1960 y 1961, con respecto al triunfo de Palacios... en el libro se nombra una serie de factores que podrían haber incidido. ¿Te parece que hubo alguno de esos factores que fue decisivo?

Yo no me animaría a decir que no fue un factor sino la articulación entre un discurso obrerista y un líder. Palacios era el único personaje popular del socialismo, popular en el sentido de que lo conocía cualquier tipo de cualquier barrio de Buenos Aires y que siempre había tenido un discurso hacia los trabajadores. Entonces fue la combinación de esa persona y ese discurso, articulado además con la defensa de la Revolución Cubana. Eso fue notablemente popular, por lo menos en la Capital. Si la izquierda hubiese promocionado otro candidato, no sé si hubiese ganado. Porque si aceptamos que una gran parte de los trabajadores peronistas de Mataderos o Lugano lo votaron, nos tenemos que preguntar si hubieran votado a Alexis Latendorf o a otro dirigente del Partido Socialista Argentino. Palacios era una figura nacional. Ahora bien, esa articulación exitosa tenía una base un poco floja, en el sentido de que el acuerdo entre los jóvenes de la izquierda socialista y Palacios tenía puntos de contacto pero también tenía puntos de diferencia. Bueno, de hecho, cuando se dividió el partido, Palacios quedó en el Partido Socialista Argentino que pasó a llamarse PS- Casa del Pueblo, formado por los renovadores -a los que llamo moderados-, y el Partido Socialista de Vanguardia quedó reducido prácticamente a la juventud, a lo que había sido la juventud de izquierda.

¿También incidieron los contactos del sector juvenil con otros sectores? Recién hablabas del PC, de un sector del peronismo...

Sí. Me parece que en este período se formó algo que es difícil de definir, a lo que llamo un "ambiente paralelo" al de los partidos instalados. Grupos de la juventud comunista, grupos de la juventud socialista, sectores del nacionalismo popular que se izquierdizaban, formaban ese ambiente en paralelo, sin irse de sus partidos. Y me parece que ese ambiente tuvo como aglutinante principal, después del '59, la adhesión a Cuba. Allí se trazaban planes, tenían expectativas diferentes de las de sus propios partidos y estaban convencidos de que era necesario que la izquierda se juntase con el peronismo. Entonces son amigos, más o menos amigos, de dirigentes como Borro, Di Pasquale y otros. Según cuentan todos, y algunas cosas en la prensa parecen confirmarlo, varios dirigentes de la línea dura peronista volcaron una parte del voto peronista para Palacios. Volcaron o lo incrementaron. Ayer Marcela Ferrari me preguntaba, yo no lo había pensado, si no había otro candidato conocido y con trayectoria de otro partido que le hubiese disputado a Palacios. Bueno, ahí lo interesante es que Perón mandó a votar a Damonte Taborda y no lo votó nadie. Jauretche se presentó y tampoco obtuvo nada. Ahí hubo una operación política, una estrategia política exitosa, que evidentemente captó el clima, las necesidades de un momento preciso.

¿Te parece que ese "ambiente paralelo" se puede analizar en términos generacionales?

Si. Eran todos jóvenes... Por eso me parece muy bien poner en un lugar importante esto que Altamirano, Terán y Sigal destacan de la renovación en el plano de los intelectuales, la nueva izquierda cultural. Porque allí se produjeron contactos, evoluciones que terminaron teniendo relación con estos movimientos políticos.

Pareciera ser que en esos acercamientos los límites siempre son los propios partidos.

Los propios partidos y las competencias que hay entre ellos también. El grupo de Aricó y Portantiero decía, cuando sacaron *Pasado y Presente*, que tenían la intención de promover la discusión desde adentro y se terminaron yendo del Partido Comunista en 1962-1963. Bueno, en realidad no se fueron sino que los expulsaron. Parece ser esa la intención: querer renovar los partidos. El *leitmotiv* de todos estos grupos era renovar la izquierda, lo que quería decir darle una estrategia más agresiva que el parlamentarismo, separarla del arco liberal pro "revolución libertadora" y acercarla al peronismo.

¿Los acercamientos al peronismo se plasmaron finalmente en la etapa de la lucha armada o fueron truncados por el propio peronismo?

Con la elección de Palacios y con algunas otras cosas, la izquierda del Partido Socialista Argentino formó de hecho el frente que oficialmente no lograba que se aceptara como línea oficial del partido, y funcionó. Pero a raíz de ello, y de que ganaron la mayoría del Comité Ejecutivo, el partido se dividió de nuevo en 1961. Cuando quedaron solos como PSAV, se lanzaron con todo a armar el frente con el peronismo. Pero ahí pasaron otras cosas: además de lo que aconteció dentro del peronismo, Frondizi tenía una política electoral, aparte de una política para los sindicatos. Y Frondizi, efectivamente, iba a hacer una paulatina legalización de los "neoperonismos." Entonces en la medida en que el peronismo, con todos sus problemas internos, fue teniendo la posibilidad de poner sus propios candidatos en las elecciones a través de fórmulas "neoperonistas", fue dejando de tener interés en la alianza con la izquierda. Si bien es verdad que el peronismo votó a la izquierda en el caso de Palacios y en alguna otra ocasión más como en Añatuya⁴, un año después, cuando fueron las elecciones provinciales, toda la izquierda terminó siendo electora del peronismo. Se invirtió el proceso. Hubo un momento intermedio en que los socialistas de vanguardia hicieron una operación que llamaron "abrir las listas": abrieron sus listas electorales para que ingresaran candidatos peronistas. Pero los peronistas agarraron para otro lado, porque Frondizi les dio la posibilidad de una fórmula propia. Entonces esa apertura de listas quedó como un gesto, no como una realización.

Cuando fueron las elecciones de 1962 el PSAV, pero también el PC entero -no sólo los jóvenes- más otros grupos de izquierda, todo el mundo llamó a votar por Framini. ¿Por qué? Porque la consigna era que por primera vez el peronismo tenía un candidato obrero: Framini tenía prestigio y era un dirigente gremial. Es increíble ver los titulares de *La Vanguardia* en apoyo de Framini, parecen los titulares de un diario peronista...

Del lado de los socialistas de vanguardia, ellos siempre pensaron que había que utilizar los canales electorales. Pensaron como Cooke. Había que usar los canales electorales

⁴ Añatuya es una pequeña localidad, antes ferroviaria, de la provincia de Santiago del Estero donde el PSA triunfó en las elecciones de junio de 1961 con el apoyo del electorado peronista.

o legales, dentro de una perspectiva revolucionaria e insurreccional porque creían que el sistema no iba a aguantar el triunfo popular. Si a último momento Frondizi prohibía la candidatura de Framini, el peronismo se iba a alzar e iba a provocar una insurrección. Si lo dejaban competir, Framini ganaría y, ganando, las Fuerzas Armadas le exigirían a Frondizi que anulara las elecciones (cosa que efectivamente ocurrió); y entonces el pueblo se iba a levantar porque no dejaban asumir a su candidato. Ellos tenían la hipótesis fortísima de que habría un alzamiento. Pero no lo hubo, el peronismo no se levantó. No sólo no se levantó sino que empezó a alejarse más. Fueron cobrando importancia los sectores peronistas que se orientaron en busca de la legalidad lejos de los sectores de izquierda. Todo se encaminó a negociar con la Democracia Cristiana, con el Partido Conservador Popular y con las Fuerzas Armadas, en vistas de lo que después se formó y se frustró, el Frente Nacional y Popular para el año 1963. Ahí hubo un período en que la misma izquierda peronista quedó bastante achicada dentro del peronismo. Ese fue el momento en que surgieron los primeros grupos de la izquierda peronista organizados, y también el comienzo del auge de Vandor.

En tu libro mencionás que esa coyuntura de 1962 funcionó como el principio de la disolución del socialismo de vanguardia.

La línea paralela a esto es el lazo con Cuba. Desde 1960 por lo menos, socialistas pero también comunistas, católicos, todo el mundo mandaba su gente a Cuba. En el caso de los socialistas participaron de los famosos campamentos de formación política y militar. Es más difícil esclarecer el funcionamiento de estas redes, pero seguramente las hubo, vinculadas al adiestramiento y la preparación. Hubo una figura muy importante que fue Elías Semán. Yo no puedo hacer afirmaciones muy rotundas porque para esto casi no hay fuentes pero, por cosas que leí y otras que me dijeron, los socialistas de vanguardia se consideraron parte de una estrategia continental, de una ola revolucionaria que había empezado en Cuba y que, aunque no de la misma manera en todos los países, iba a afectar a toda América Latina. Hoy, algunos entrevistados, cuando hablan de Guevara se refieren a él como "el comandante". Era un poco el verdadero comandante aunque no les dictara las medidas particulares.

No está muy claro igual. Que existieron estos grupos a los que algunos llaman "organizaciones de combate" en el socialismo de vanguardia, existieron. Lo que no puedo saber es qué desarrollo tuvieron. La impresión es que fue un desarrollo incipiente y que tenían una organización en cierta forma clandestina dentro del partido. Claro porque no podían hacer público que formaban un campamento de instrucción militar. Pero parece que ellos trabajaron en relación con algunos de los comandos de la resistencia peronista. Lo que yo conté en el libro como "el episodio de la calle Gascón", terminó poco después en el secuestro de Felipe Vallese. Eso era una célula mixta. En ese mundo de la línea dura, de Cooke, de los socialistas de vanguardia, pasaron cosas...

¿Es posible que esa estrategia insurreccional fuese paralela a la electoral, o recién se desarrolla después de 1962?

No... a mí me parece que iba todo junto. Cuando yo hice preguntas de ese tipo, uno me dijo "vos le querés poner racionalidad a algo que era muy ecléctico." Seguramente se pueda avanzar más en una explicación consiguiendo más fuentes: Hasta ahora yo no las encontré.

Justamente respecto a las fuentes ¿Qué reparos tuviste en el uso de fuentes orales habida cuenta que las circunstancias eran confusas incluso para los propios actores?

Yo avancé con fuentes escritas todo lo que se pudo. Pero como digo en alguna parte en la introducción, fueron decreciendo teniendo en cuenta que el partido se hizo blanco de la represión y hay cosas que dejaron de ser públicas. Siempre que pude avancé con documentos escritos de distinto tipo: los partidarios, la prensa nacional, las revistas, prensa de otros partidos. Pero las entrevistas eran indispensables para entender algunos procesos, como el conflicto interno. El resguardo fue que hice unas cuantas entrevistas a gente que hoy no necesariamente comparte posiciones o que no era del mismo grupo. Después hice mucho cruce entre las entrevistas. Sobre todo me interesaba conocer datos, no tanto la experiencia actual de los entrevistados. Pregunté insistentemente a todos por las mismas cosas.

En cuanto a la confiabilidad, no pienso que me mintieran sino que hicieron diferentes interpretaciones del proceso. Hubo algunos ferozmente autocríticos de su propia experiencia: una entrevistada me dijo "nosotros contribuimos a destruir al PS, no queríamos eso. Por unirnos al peronismo, al peronismo le perdonábamos cualquier cosa y a Palacios, nada". Otra gente reivindicó aquella trayectoria casi en los mismos términos de su etapa militante. Otros fueron más bien irónicos... "nos creímos cada cosa", "nos jugamos por esto y ...". Distintas interpretaciones del significado de la experiencia. Lo que todos ellos valorizan es que desde ellos en adelante nadie habló más del peronismo como fascismo. En ese sentido, todos aquellos con los que hablé se consideraban renovadores. Gente que entrevisté, de origen peronista o comunista, valora eso en la izquierda socialista. Después, cuando el partido se disolvió, más de uno entró al peronismo sobre todo por el lado de apoyar a los sindicatos. En ese sentido fueron coherentes. Cuando el partido se dividió algunos siguieron fieles a la idea original de ligarse con el peronismo, y otros, los que consideraban que "con el peronismo no se puede", plantearon refundar el partido: son los que terminaron fundando Vanguardia Comunista. Evidentemente en el PSAV había una convivencia heterogénea que estalló cuando salió mal lo de 1962.

Siguiendo con las fuentes, en el libro se incluyen fuentes como notas complementarias a los capítulos. ¿Cómo surgió la idea de incluirlas?

Porque esto que yo llamo el campo de la nueva izquierda estaba lleno de estos grupitos y, en general, se los menciona pero se sabe muy poco de ellos. Sobre ellos no hay trabajos de investigación más o menos completos y a mí me parece que no se puede entender el socialismo de vanguardia sino como parte de ese mundo. No creo que se pueda entender el socialismo de vanguardia sólo como parte de la historia del PS. Y me parece que si alguien estudiara a los otros grupos le pasaría lo mismo. Por eso puse esas notas, para agrupar información dispersa y ponerla en situación.

SOBRE EL "VIEJO" PARTIDO SOCIALISTA Y LOS ORÍGENES DE LA "NUEVA" IZQUIERDA.

ENTREVISTA A MARÍA CRISTINA TORTTI.

POR SILVANA FERREYRA (CONICET- UNMDP)

PABLO PÉREZ BRANDA (CONICET - UNMDP)

¿La prensa liberal le da entidad a estas experiencias?

La Nación sigue con muchísima atención lo que pasa en el Partido Socialista, siempre. *La Razón* también, pero por ejemplo desde la división de 1958 sigue a los dos partidos, el Democrático y el Argentino y siempre que habla del Argentino pone una nota expectante diciendo "allí está la izquierda juvenil" o "el honorable profesor José Luis Romero los está alentando en la prédica anticapitalista". Siempre llamando la atención hacia dónde iban. Y cuando fueron las elecciones de 1961 –las que ganó Palacios– es muy llamativo que la revista *Che*, de la juventud socialista, y *La Nación* sostuvieran lo mismo: que el socialismo había empezado a canalizar al peronismo proscrito. Sólo que la revista lo celebra y *La Nación* lo ve con temor, y todo el resto de ese año sigue hablando con alarma del "fidelismo" encarnado en el PSAV. Digo lo de *La Nación* porque es un contraste interesante.

El otro contraste que a mí me resultó interesante fueron los documentos que encontré en los archivos de la policía de la provincia de Buenos Aires (DIPPBA). Muchos de los documentos que encontré confirmaban paso por paso cosas que me habían dicho en las entrevistas. Por ejemplo, sobre las zonas del Gran Buenos Aires en que la juventud tenía influencia junto con la línea dura del peronismo. Los informantes sostenían que los socialistas trabajaban con la gente de Cooke, con "los seguidores del Dr. Cooke".

Tu investigación está centrada en la Capital Federal. ¿Considerás que la nueva izquierda es un fenómeno más capitalino que del resto del país?

No lo sé decir pero sospecho que es de Buenos Aires y de algunas ciudades grandes y no mucho más. Tenían contactos en Córdoba, Rosario, La Plata, Mar del Plata, Bahía Blanca, Neuquén, por ahí en Salta, en el Chaco. Es que el grupo central mismo era chico.

Sigue el derrotero organizativo del PS también en ese sentido...

Sí, tenían audiencia en las capas medias intelectualizadas y modernizadas, eso es Buenos Aires y algunas otras grandes ciudades, y después contactos que pudieran tener en Tucumán, en Salta... Cuando se dividió el partido hubo centros que quedaron en manos de los afiliados díscolos. Yo creo que los lugares del interior donde tuvieron algún efecto o contacto fue donde justamente hubo centros socialistas importantes. El Chaco, curiosamente, siempre fue un lugar importante. En Mendoza me parece que era más tradicional, fue más grande el arraigo del sector ghioldista.

¿Estás pensando en extender este trabajo en el futuro?

No sé. No sé porque me doy cuenta que todavía no salí mucho de este mundo y realmente no tengo claro si voy a tomar otro sector en el mismo período, o si a lo mejor avanzo temporalmente. En cualquier caso, es un trabajo arduo, veremos.

PRESENTACIONES DE LIBROS

Me gustaría empezar situando el libro de Karina en los distintos modos en que se está escribiendo sobre la salud y la enfermedad en perspectiva histórica. En la historiografía contemporánea, incluyendo la de América latina y la Argentina, las últimas tres décadas no sólo reconocen un sostenido esfuerzo por renovar la tradicional historia de la medicina sino también revelan que la salud y la enfermedad se han transformado en promisorios objetos de reflexión por parte de las ciencias sociales y las humanidades. Así, y de la mano de una variedad de enfoques, la medicina se recorta como un terreno incierto, donde lo biomédico está penetrado por la subjetividad humana y donde la biología está connotada por fenómenos sociales, culturales, políticos y económicos.

Como no podía ser de otro modo la calidad de esa producción historiográfica es despareja. De lo que no puede quedar duda es de su vitalidad y pluralismo. Por lo general los trabajos han tendido a enfocarse en el caso de Buenos Aires pero en los últimos años también han incluido algunas ciudades y regiones del Interior. Esta es una auspiciosa novedad que -de consolidarse- hará necesario ir dejando de lado esos imprecisos títulos de libros que refieren a la Argentina cuando en realidad están centrados en Buenos Aires.

Como sea, los temas y enfoques han sido muy variados. Así, hay quienes insisten en la existencia de una elite dirigente y de una estructura de poder político y económico dependiente, incapaz o desinteresada en crear y distribuir equitativa y eficientemente recursos y servicios sanitarios entre fines del siglo XIX y el XX. Quienes reaccionan contra el esquemático uso de ese modelo dependientista, listan logros y limitaciones en los proyectos de modernización en materia de salud pública de esas décadas e intentan mostrar que en ciertos períodos el balance no ha sido tan negativo y que la condición periférica no impidió que el Estado jugara un activo rol en la construcción de la infraestructura sanitaria básica y en el esfuerzo por reducir las tasas de mortalidad, en particular las ocasionadas por las enfermedades infecciosas. Quienes afirman que las condiciones de existencia de los pobres han estado, siempre, marcadas por la desdicha y que eso se explica porque las iniciativas en materia de salud pública han sido el resultado de un esfuerzo por aumentar la productividad o garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo, transformando a la cuestión de la salud y la medicina en una suerte de epifenómeno de las relaciones de producción y explotación. Quienes sólo se interesan en las dimensiones metafóricas y las asociaciones que una cierta enfermedad han motivado en la cultura. Quienes ven en las enfermedades y la medicina un arsenal de recursos normalizadores constitutivos de la modernidad, las más de las veces entendidos como esfuerzos de racionalización capaces de desarrollar conocimientos y lenguajes disciplinares particulares destinados a controlar a los individuos y a sus cuerpos, a regular la sociedad, a etiquetar la diferencia y a legitimar los sistemas ideológicos y culturales. Quienes buscan reincorporar a los enfermos a la trama histórica, tratando de hilvanar sus fragmentarias respuestas frente a las prácticas de la biomedicina, sus experiencias con la enfermedad, sus percepciones sobre la salud. Quienes señalan que las elites y los grupos dominantes impulsaron sólo aquellas reformas sanitarias que les garantizaban su propia seguridad o la reproducción del capitalismo dependiente. Quienes, de



la mano del institucionalismo histórico, reconstruyen las políticas estatales de salud como resultado de la negociación de varios actores políticos y con contenidos que, en modo alguno, están predeterminados.

Creo que en este dinámico campo pueden identificarse tres estilos de abordar y narrar la salud y la enfermedad en el pasado que despliegan énfasis diversos y también muchas superposiciones. Me refiero a la nueva historia de la medicina, la historia sociocultural de la enfermedad y la historia de la salud pública.

La nueva historia de la medicina pretende renovar la tradicional narrativa cultivada por los médicos puestos a escribir historia, las más de las veces centrándose en una historia de cambios en los tratamientos o en una sumatoria de biografías de médicos famosos. Más allá de sus específicos aportes, estas historias parecen haberse empeñado en reconstruir el “inevitable progreso” generado por la medicina diplomada, unificar el pasado de una profesión crecientemente especializada y resaltar cierta ética y filosofía moral que se pretende distintiva, inalterada y emblemática de la práctica médica a lo largo del tiempo. La nueva historia de la medicina, por el contrario, tiende a destacar los inciertos desarrollos del conocimiento médico, busca tensionar la historia natural de una patología y los inciertos desarrollos del conocimiento biomédico, discutir no sólo el contexto – en particular el científico pero también aunque en menor medida el social, cultural y político- en el cual algunos médicos, investigadores, instituciones y tratamientos “triumfaron”, haciéndose un lugar en la historia, sino también el de aquellos otros que quedaron perdidos en el olvido.

La historia sociocultural de la enfermedad resulta del trabajo de historiadores, demógrafos, sociólogos, antropólogos y críticos culturales que, desde sus propias disciplinas, han descubierto la riqueza, complejidad y posibilidades de la enfermedad y la salud, no sólo como problema sino también como excusa o recurso para discutir otros tópicos. Apenas dialoga con la biomedicina y se concentra en las metáforas asociadas a una cierta enfermedad, los procesos de profesionalización, los avatares de la medicalización, las instituciones y prácticas de asistencia, disciplinamiento y control médico-social, el

rol del Estado en la construcción de la infraestructura sanitaria, las condiciones materiales de vida y de trabajo y sus efectos en la mortalidad y la morbilidad. Se trata de narrativas que reconocen en las enfermedades no sólo la existencia de algún tipo de sustrato biomédico- aquello de que una enfermedad es algo más que un virus o una bacteria- sino también una oportunidad para desarrollar y legitimar políticas públicas, facilitar y justificar la creación y el uso de ciertas tecnologías y desarrollos institucionales, canalizar ansiedades sociales de todo tipo, descubrir aspectos de las identidades individuales y colectivas, sancionar valores culturales y estructurar la interacción entre enfermos y proveedores de atención a la salud. Así, este modo de escribir la historia de las enfermedades asume que una dolencia, mal o patología existe luego de que se ha llegado a un acuerdo que revela que se la ha percibido como tal, denominado de un cierto modo y respondido con acciones más o menos específicas.

El último de estos enfoques es el de la historia de la salud pública, que tiende a enfocarse en el poder, la política, el Estado, las instituciones y la profesión médica. En gran medida es una historia donde la medicina pública suele aparecer en clave progresista -intentando ofrecer soluciones eficaces para la lucha contra las enfermedades del mundo moderno- y donde las relaciones entre las instituciones de salud y las estructuras económicas, sociales y políticas están en el centro de la narrativa. Discute no tanto los problemas de la salud individual sino la de los grupos, estudia las acciones políticas para preservar o restaurar la salud colectiva y suele enfocar su atención en los momentos en que el Estado o algunos sectores de la sociedad han impulsado iniciativas concretas resultantes de una evaluación donde los factores médicos y epidemiológicos cuentan tanto como los políticos, económicos, culturales, científicos y tecnológicos. Es una historia que se pretende útil e instrumental. Quienes la practican conforman un grupo variado. Algunos no ocultan que hacen historia "en" la salud pública (no tanto "de" la salud pública) toda vez que ellos mismos se reconocen como activos protagonistas en la formulación e instrumentalización de proyectos, visiones y políticas contemporáneas para las que la historia sería una suerte de insumo. Otros hacen historia "de" la salud pública puesto que tienden a investigar el pasado con el objetivo de encontrar allí pistas que, se supone, deberían reducir -de modo no específico sino general- las inevitables incertidumbres que marcan a todo proceso de toma de decisiones en materia de salud pública en el presente. El libro de Karina Ramacciotti *La política sanitaria del peronismo* es, sin duda, parte de este último modo u estilo de escribir

la historia "de" la salud. Me interesa comenzar indicando lo que este libro -por suerte- no ofrece. Y adelanto las razones: en modo alguno se trata de un texto con énfasis sesgadamente celebratorios, empíricos, foucaultianos, o ignorantes de cualquier tipo de mediaciones entre las acciones médico-sanitarias y los requerimientos del sistema económico.

En primer lugar, no hay celebración. Se discuten las novedades en materia de política sanitaria traídas por el peronismo pero se las coloca en un largo proceso que arranca con el higienismo de finales del siglo XIX. En ese ejercicio Karina reconoce el rol de ciertas individualidades. Ciertamente la de Carrillo, sobre cuya trayectoria política y profesional aporta algunos detalles poco conocidos, pero también sobre la de otros profesionales de la salud pública, los de la segunda línea en la gestión estatal. Digo que no hay celebración porque a diferencia de otros autores, ella no ha caído en la tentación de tratar de construir un nuevo panteón de figuras excelsas e impecables, ya no integrada por médicos tal como la ha venido haciendo la tradicional historia de la medicina, sino de nobles y dedicados sanitarios cuya vocación por la salud pública los hace indomables a revelar las aristas, ambigüedades y contradicciones que marcan a cualquier trayectoria personal o profesional.

En segundo lugar, hay un sólido trabajo de fuentes. Así, aparecen referencias a los Diarios de Sesiones de las Cámaras de Diputados y Senadores y los decretos del Poder Ejecutivo Nacional, las publicaciones del Ministerio del Interior, el Departamento Nacional de Higiene, la Secretaría y Ministerio de Salud Pública, los Planes Quinquenales, los diarios de vasta circulación, la prensa partidaria y sindical, las revistas médicas y farmacéuticas, las entrevistas orales. Pero este trabajo con fuentes evita el empirismo y apunta, en algunos rubros más que en otros, a una conveniente contextualización.

En tercer lugar, *La política sanitaria del peronismo* explora cuestiones referidas al control social, el biopoder y la medicalización pero se distancia de las narrativas que ven en el poder médico y la biomedicina -gestionada por el Estado o por los profesionales- una fuente inagotable y de muy eficaces prácticas y discursos normalizadores constitutivos de la modernidad, un arsenal de esfuerzos de racionalización que de la mano de conocimientos y lenguajes disciplinares particulares se suponen destinados a controlar a los individuos, sus cuerpos y sus almas, una batería de instrumentos de regulación social, etiquetamientos de la diferencia y legitimación de sistemas ideológicos y culturales. Lamentablemente sobran ejemplos en que estas muy sugerentes referencias

KARINA RAMACCIOTTI. LAS POLÍTICAS SANITARIAS DEL PERONISMO. BUENOS AIRES, BIBLOS, 2009, 188 PÁGINAS.

POR DIEGO ARMUS
(SWARTHMORE COLLEGE)

teóricas han sido leídas y aplicadas con rigidez, ignorando el examen de las mediaciones y particularidades que de modo específico -es decir con un tiempo, un lugar y una sociedad históricamente concretos- recorren la trama tejida por el poder, el Estado, las políticas públicas, los saberes, la vida cotidiana, las percepciones de la salud y la enfermedad y las respuestas de la gente común. Así, y dando lugar a las mediaciones, es posible leer el libro de Karina Ramacciotti como otro trabajo que se suma a un estilo historiográfico post-foucaultiano, interesado en contextualizar e interpretar creativamente la riqueza de las iniciativas originadas en la medicina y la salud pública, no sólo en sus dimensiones disciplinadoras sino también en las humanitarias y asistenciales.

Por último, y en tanto historia de políticas públicas, el libro no cae en una suerte de determinismo estructuralista donde la cuestión de la salud y la medicina suelen ser discutidas como epifenómenos de las relaciones de producción o del capitalismo dependiente. Hay, en cambio, un fuerte reconocimiento de la importancia de las mediaciones y las negociaciones entre varios actores. Así, queda claro que la política sanitaria del peronismo como parte decisiva del Estado social que estaba emergiendo fue lo que fue, pero ese resultado fue uno entre muchos otros posibles. El libro también ofrece un premeditado esfuerzo por diferenciar discursos, instrumentos legales aprobados, planes de acción, medidas efectivamente llevadas a cabo y resultados. Y a propósito de este esfuerzo, una anécdota me parece es bien ilustrativa de lo que estoy diciendo: Ayer a la noche, en un seminario de doctorado que estoy dictando sobre historia de la salud y la enfermedad en la Universidad Nacional de Quilmes, una de las estudiantes que está haciendo su doctorado y que trabaja todos los días en un hospital, se sorprendía cuando yo comentaba sobre el recurrente sesgo de muchos trabajos históricos que después de reconstruir los "discursos" sobre un cierto tema dan por terminada la historia. Mi aseveración -y la sorpresa de la estudiante- revela una obviedad que, sin embargo, debería ser recordada con más asiduidad. Insisto, el ejercicio de interpretar discursos no puede llevar a suponer que esos discursos son materia suficiente para dar cuenta de la realidad.

POR DIEGO ARMUS
(SWARTHMORE COLLEGE)

Son sólo una parte de la realidad. Por suerte el trabajo de Karina Ramacciotti no cae en esas simplificaciones.

Veamos ahora lo que este libro está ofreciendo. El primer capítulo se ocupa de los proyectos de centralización del sistema de salud pública. Se trata de un proceso que arranca en el último tercio del siglo XIX. Nuevos grupos profesionales, en primer lugar los médicos, fueron decisivos al momento de impulsar estas iniciativas. Paulatinamente se fueron haciendo un lugar en el Estado y desde allí avanzaron sobre el espacio urbano, donde las frecuentes epidemias dejaban su huella. La efectiva nacionalización de estas políticas fue más azarosa y mucho menos efectiva, en parte –dice Ramacciotti– por la perdurable presencia y fortaleza de las asociaciones de beneficencia y por las prerrogativas constitucionales que garantizaban las autonomías provinciales y municipales.

El segundo capítulo examina la carrera profesional y política de Ramón Carrillo, empezando por su experiencia familiar y social en la provincia de Santiago del Estero. Reconstruye algo de su formación médica en la Universidad de Buenos Aires y en su posterior entrenamiento como neurocirujano en Europa, donde también descubrirá las ideas filosóficas y políticas que en esos años marcaban a Alemania e Italia. A su regreso trabaja en el Hospital Militar donde conoce a Perón y en la Universidad de Buenos Aires. Participa del grupo de intelectuales santiagueños conocido como “La Brasa”, con quienes esbozará una interpretación eugenésica de la “raza argentina” donde la fortaleza física y moral del tronco hispano-criollo es reivindicado con fervor frente a la masiva llegada de inmigrantes europeos. En 1945 se hace cargo de la intervención de la Facultad de Ciencias Médicas, cargo que desempeñó con el apoyo del gobierno nacional de facto, el movimiento estudiantil nacionalista y católico y un sector del profesorado no reformista.

El tercer capítulo reconstruye la normativa, la organización, el reclutamiento y trayectorias de funcionarios de la recién creada Secretaría y más tarde Ministerio de Salud Pública. Enfatiza en la consolidación de sectores médicos como gestores de las nuevas agencias del Estado y de las cada vez más articuladas políticas públicas. La creación de la Escuela

Superior Técnica de Salud Pública es tal vez la mejor evidencia de este esfuerzo por construir una burocracia estatal especializada enfocada en la cuestión de la salud. Si la llegada y consolidación del grupo profesional médico a los estamentos del Estado no es una completa novedad, el examen detenido de este proceso en tiempos del primer peronismo no hace más que revelar algo que por sabido no deja de ser decisivo: la escala y magnitud con que se despliega la agenda de la salud pública –sus agencias y sus funcionarios– es un dato inédito y tremendamente fuerte en la historia de las políticas sociales de la Argentina contemporánea.

El cuarto capítulo es en algún sentido la historia de una paradoja que terminará marcando a fuego el esfuerzo centralizador de Carrillo. Mientras las instituciones del Estado se consolidan, en primer lugar el Ministerio de Salud Pública, la fragmentación del sistema de atención seguirá siendo su rasgo distintivo. La oferta de atención se afianza pero también se sigue fragmentando, no sólo por la perdurable presencia de variadas agencias estatales, por sociedades de beneficencia y por el sector privado sino también por la creciente incidencia de dos actores muy afines al gobierno que terminarán compitiendo con el Ministerio de Salud y acelerando el fin del ascendiente político de Carrillo. Se trata de las obras sociales sindicales y la Fundación Eva Perón. Así, a los primeros años de gestión carrillista, con presupuestos holgados y un sostenido esfuerzo de equipamiento hospitalario, le siguen, ya a comienzos de la década del cincuenta, una clara reducción de recursos y la cruda realidad que el Ministerio de Salud ya no podía asumirse como el único o incluso el más privilegiado actor oficial o semi-oficial del proyecto peronista en materia de salud.

El quinto capítulo explora algunas facetas de las campañas sanitarias de prevención en el Interior del país, la cobertura de emergencias por brotes epidémicos y los esfuerzos por llegar con la prédica de la salud y la prevención a los trabajadores y los niños, dos sectores privilegiados en el proyecto peronista de expandir la ciudadanía social y legitimarse entre los sectores populares de la población.

Quisiera terminar este comentario a *La política sanitaria del peronismo* indicando tres cuestiones. La primera: el texto de Ramacciotti dialoga bien con la historiografía sobre salud y enfermedad, políticas públicas, emergencia de agencias y burocracias estatales, circulación internacional de saberes. Las otras dos son, de algún modo, recomendaciones que tal vez debieran ser tomadas en cuenta por quien siga trabajando con la historia de las políticas sanitarias del primer peronismo. Me refiero, de una parte, a la necesidad y conveniencia de

estudiar con más detalle las políticas sanitarias diseñadas y ejecutadas a nivel provincial y municipal, tomando precisa nota que la nación es más diversa de lo que suele suponerse. De otra parte, el desafío de abordar una serie de problemas que –tengo plena conciencia de ello– son de difícil resolución en los estudios de las políticas de salud en perspectiva histórica pero que vale la pena tener en cuenta al momento de contextualizarlas e interpretarlas: ¿Qué pasa, por ejemplo, cuando las instituciones de salud son apenas relevantes en la vida de la gente, esto es, cuando la gente no las usa, o cuando existen pero no son suficientes? ¿Qué hacer con todo lo que ocurre por fuera de las instituciones, ese plural mundo saturado de prácticas de atención distintas a las ofrecidas por la medicina institucionalizada? ¿Cómo estudiar la salud y la enfermedad en tiempos en que la medicalización es incipiente, más un discurso que una práctica realmente instalada en la sociedad? ¿Cómo explorar la frecuente distancia entre los actores –el Estado, los partidos políticos, las organizaciones de la sociedad civil– que se proponen hablar en nombre de ciertos sectores sociales y las prácticas cotidianas de esos mismos sectores? ¿Qué hacer con la historia natural de ciertas enfermedades, la que descubre largas impotencias biomédicas y perdurables ausencias de terapias eficaces donde las instituciones y las políticas públicas juegan un papel marginal o directamente inexistente? Lo que quiero decir es que la política y la historia de las políticas sanitarias es sólo de una de las tantas dimensiones de la historia de la salud y la enfermedad, un campo de estudios en expansión, mucho más vasto e inclusivo, donde por suerte –y como pasa con la vida– hay algo más que instituciones, actores, políticas y sistemas de atención.

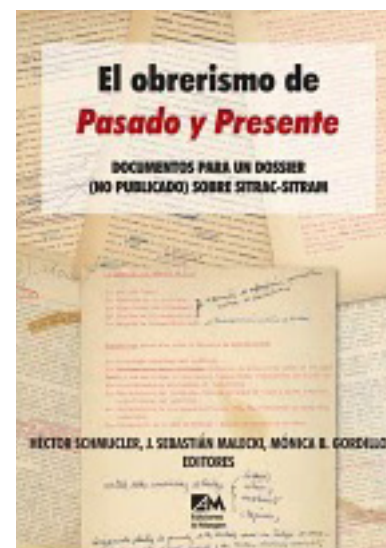
POR JUAN CARLOS TORRE
(UTDT)

En la presentación de *El obrerismo de "Pasado y presente". Documento para un dossier (no publicado) sobre SITRAC-SITRAM*, cuya preparación estuvo a cargo de Héctor Schmucler, Sebastián Malecki y Mónica Gordillo y publicó recientemente en Córdoba Ediciones al Margen, Juan Carlos Torre imbricó el comentario sobre el libro con el relato sobre su propia experiencia produciendo un nuevo e interesante texto que vale la pena transitar.

El título del libro que tenemos ante nosotros *El Obreroismo de Pasado y Presente* me parece muy apropiado porque está implicando implícitamente lo que la revista era, un arco iris, el punto de encuentro de una variedad de intereses intelectuales, unos más centrados en el debate cultural, otros más orientados al debate político. Como las llamadas "orquestas características" que animaban los bailes populares en los años cuarenta y cincuenta, *Pasado y Presente* tocaba distintas melodías, esto es, daba cauce a las distintas sensibilidades de los que formábamos parte de ella. El gran articulador de esos diversos entusiasmos, el director de la orquesta era - lo sabemos y recordamos hoy -, Pancho Aricó. Él era entre nosotros el que podía entonar las varias melodías al mismo tiempo, y lo hacía inclusive desafinando a veces en su esfuerzo por contener las voces que se filtraban en el equipo de redacción de la revista. Un ejemplo a mi juicio ilustrativo lo tenemos en el último número de *Pasado y Presente* que salió de la imprenta en 1973. En el convivían por un lado, un largo ensayo que se ocupaba de los avances de las luchas sociales en el país y resaltaba la importancia política de la fusión de los Montoneros y las FARC y por el otro, un artículo que con el título de "El significado de las luchas obreras actuales" llamaba la atención sobre el crecimiento de las movilizaciones obreras en los grandes centros urbanos y fabriles. Ese número de *Pasado y Presente* exhibía al desnudo el carácter heteróclito, para decirlo en forma generosa, y contradictorio, para decirlo más duramente, de las apuestas políticas que coexistían entre nosotros. Recuerdo que como miembro de la

redacción de la revista viví con tensión esa diversidad de miras: no terminaba de comprender cómo se podía exaltar dos alternativas que a mi juicio tenían proyecciones políticas opuestas: el recurso a la lucha armada por parte de vanguardias políticas y la gestación de formas autónomas de poder obrero. La alternativa "obrerista" estaba reflejada en el artículo sobre las luchas obreras al que hice mención, que apareció con la firma de *Pasado y Presente*. Yo estuve a cargo de su redacción final. El nombre colectivo respondió a que era efectivamente el fruto de un trabajo colectivo del que participaron principalmente Jorge Feldman, Jorge "el Negro" Tula y el propio Aricó. En ese artículo intentábamos capturar las novedades que mostraban las movilizaciones de fábrica de la época; era el anticipo de un trabajo más extenso que, al final, no pudo ser terminado y cuyos materiales provisionarios, escritos en 1971-72, hoy tenemos a la vista gracias a la oportuna y prolija labor hecha por Sebastian Malecki. El libro que comentamos condensa, pues una de las variantes del conjunto de inquietudes intelectuales y políticas que teníamos hace unos cuarenta años y que Raúl Burgos ha reconstruido, en ocasiones críticamente, en su obra sobre los gramscianos argentinos.

La cuestión obrera apareció inicialmente en las páginas de nuestra revista en 1965 en un ensayo de Aricó y lo hizo envuelta dentro de una expresión, "la aristocracia obrera", utilizaba por entonces para calificar la condición de los trabajadores de los



sectores de punta y más modernos de la economía, como era la de los trabajadores de las fábricas de autos y maquinarias de Córdoba. Esa expresión formaba parte de una concepción ideológica muy difundida en el mundo de la izquierda de los años sesenta. Una idea central en esa concepción era que el capitalismo había logrado una fuerte cohesión y equilibrio, había conseguido integrar con tanta eficacia las tensiones que convivían en su seno que si había que buscar alguna palanca en condiciones de quebrar esa cohesión y ese equilibrio ésta debía encontrarse por afuera del sistema de dominación. Si existía una alternativa futura para un orden que mostraba una capacidad de reproducción eficaz —planteaba por ejemplo, Herbert Marcuse— había que buscarla en los sectores ubicados en la periferia de ese orden. Traducida en clave económico-social, esa concepción encontró en Andre Gunder Frank un divulgador de gran eco en América Latina. Para Gunder Frank los países de la región eran sociedades duales, con un polo desarrollado e integrado a los centros capitalistas mundiales y un polo subdesarrollado sobre el que recaía el peso de la explotación. Moviéndose dentro de esa visión, va a decir Aricó en 1965, es en el polo subdesarrollado, en el "hinterland" —el mundo campesino, el mundo de las

periferias marginales, donde hay que buscar eventualmente los focos de una contestación y una ruptura; no adentro del polo desarrollado, y ciertamente no adentro de los sectores más pujantes de la economía. La palabra “aristocracia obrera” servía para definir a la condición de unos trabajadores que por estar ocupados en las fábricas más modernas tendían, por la lógica de su propia inserción, a reproducir el dualismo de las sociedades latinoamericanas. La primera vez que aparece Fiat en las páginas de *Pasado y Presente* lo hará, pues, rodeada de un manto de sospecha. Más tarde y esto se verá a través de la experiencia concreta y junto con ella a través de la reflexión, que esa visión no era correcta, esto es, que lo que aparecía, a primera vista, como el germen de una clase obrera eventualmente integrada se convertiría en la fuerza social más conflictiva del capitalismo argentino. Las investigaciones de *Pasado y Presente* sobre las luchas de Sitrac-Sitram reunidas en este libro ilustran el cambio de perspectiva. Es interesante a este propósito mostrar el contrapunto entre la visión de *Pasado y Presente* y la visión de la CGT de los Argentinos, liderada por Raimundo Ongaro. El periódico de la CGT de los Argentinos redactado por otros intelectuales de la época está muy influido por ideas a la manera de Gunder Frank porque en sus páginas el conflicto está representado por las luchas de los cañeros de Tucumán o de los campesinos del Chaco; entre tanto el obrerismo de *Pasado y Presente* busca en el corazón del capitalismo y no en su periferia la emergencia de una alternativa de cambio.

Vuelvo al libro. Además de los informes en los que se reconstruye la trayectoria del clasismo en Córdoba el libro contiene una serie de entrevistas realizadas a dirigentes y militantes de distintas tendencias. Las hicieron compañeros que viajaron a Córdoba y su interés reside en que fueron parte de una concepción: la entrevista como una forma de intervención política. En general cuando vamos a entrevistar preguntamos a los entrevistados lo que piensan. Aquí en cambio vemos que -en algunos casos más que en otros, por supuesto- los entrevistados montan lo que podríamos llamar un “grupo operativo”, una “iteración”: los entrevistados comienzan a discutir entre ellos estimulados por las preguntas y las réplicas de los entrevistadores, como ocurre cuando el terapeuta estimula la discusión entre los miembros de una comunidad terapéutica. Esta es la idea de la entrevista como intervención política sobre la que está armado el proyecto del libro. El propósito fue problematizar -y mucho a veces- lo que los propios actores estaban diciendo,

las razones que se daban de sus posturas y actitudes. En ese sentido, el libro nos ilustra acerca de una tentativa: llevar a cabo una intervención política que retenga lo que de intelectual tiene esa intervención, es decir, la capacidad de reflexionar en colectivo, con el colectivo. Como tal fue una forma de implicación política muy distinta a otra muy popular en los círculos intelectuales de entonces. Me refiero a aquella que bajo la consigna de que “todo es política” llevó a que los intelectuales abandonaran los libros, los pintores las acuarelas, y se sumaran anónimamente al resto de la militancia en el calor de las luchas políticas.

El otro aspecto que me interesa señalar es que este libro debería ser el texto de cabecera de las tendencias de la izquierda argentina, las mismas que bajo el paraguas de cerca de 15 partidos suelen presentarse a las elecciones buscando el respaldo de los trabajadores y trabajadoras. Sobre estas tendencias de izquierda - en sus distintas variantes: maoístas, comunistas, trotskistas- *Pasado y Presente* tiene una mirada muy crítica. Tengo la impresión que las críticas recogidas en este libro todavía tienen vigencia porque parece que estas tendencias no aprendieron nada y se repiten a sí mismas con el paso de los años. A través de sus voceros ellas mismas lo reconocen en el libro cuando afirman: “seguimos divergiendo sobre cuestiones ideológicas, creyendo que cada uno es el verdadero partido de la clase obrera” o, cuando en uno de los diálogos transcritos alguien sostiene que la movilización social tiene que desembocar en un partido y un militante del PCR le replica “no, el partido ya ha sido creado, compañero y es el nuestro”. Muchos de los debates que se sostuvieron entonces siguen teniendo vigencia hoy. De allí mi sugerencia de hacer un seminario con militantes a fin de revisar críticamente cómo las tendencias de izquierda malversaron, de un modo u otro, esa experiencia tan rica que tenía lugar en las fábricas; estimo que esa capacidad para el error sigue intacta y lozana en los tiempos actuales.

A propósito de este punto quisiera referirme a una consigna que se escuchó con fuerza en los plenarios del sindicalismo combativo organizados por Sitrac-Sitram, la consigna: “Ni golpe Ni elección, Revolución”. En el libro que estamos comentando se critica fuertemente esa consigna. Para situarnos en el tiempo estamos hablando de los meses previos a los comicios de 1973. Estos eran comicios en los que los trabajadores peronistas iban a poder votar finalmente con libertad y las tendencias de izquierda se dirigían a ellos y les pedían que

HÉCTOR SCHMUCKLER, SEBASTIÁN MALECKI, Y MÓNICA GORDILLO (EDS.), *EL OBRERISMO DE “PASADO Y PRESENTE”. DOCUMENTO PARA UN DOSSIER (NO PUBLICADO) SOBRE SITRAC-SITRAM*. LA PLATA, EDICIONES AL MARGEN, 2010, 294 PÁGINAS.

POR JUAN CARLOS TORRE
(UTDT)

dieran la espalda a las urnas en nombre de una alternativa revolucionaria. Sugestivamente la consigna “Ni golpe Ni elección, Revolución” se parece mucho a la voz de orden que lanzó el PCR en las vísperas de las elecciones de 2003: “No, a las elecciones del fraude”. Otra vez se les estaba pidiendo a los trabajadores peronistas: “dejen pasar las elecciones, dejen pasar la oportunidad de mostrar la camiseta peronista”. Como sabemos ese llamado de las tendencias de izquierda no fue escuchado, al igual que 30 años antes.

En conexión con lo que vengo diciendo hay otro aspecto de la experiencia de Sitrac-Sitram que me interesa destacar. Se trata de una cuestión sobre la que ya he llamado la atención en otras ocasiones, por cierto sin ninguna originalidad- y se refiere a un fenómeno que se hizo visible en Córdoba pero que era conocido desde mucho antes en la trayectoria social y política de Argentina: la disociación, en el mundo del trabajo, entre una identidad social y una identidad política, una disociación que se expresa en que tenemos por un lado a unos trabajadores con una fuerte identidad de clase, que son capaces de movilizarse en torno a sindicatos muy fuertes y por el otro lado a esos mismos trabajadores que a la hora de las elecciones y cuando tienen la ocasión de expresar sus lealtades políticas entregan su voto a movimientos políticos de corte policlasista. El caso ejemplar de ese estado de cosas -siempre lo cito- fue el de los trabajadores de la Unión Ferroviaria en la década del 20 y del 30, el sindicato más importante de la Argentina agroexportadora. La dirección del sindicato estaba en manos de dirigentes sindicalistas y socialistas, pero la mayoría de sus afiliados solía votar al partido radical. Más aún, en la campaña de 1928, en varias seccionales de la Unión Ferroviaria, se levantaron plataformas en favor de Yrigoyen. Algo parecido encontraremos más tarde entre los trabajadores de Córdoba; éstos van a secundar en las empresas a militantes

clasistas, surgidos de su propio seno, de su propio universo, pero los van a acompañar sólo hasta el punto en que los militantes clasistas quieren dar un paso más y proyectar los antagonismos de la lucha sindical al ámbito político. En ese punto se detienen “Seguimos siendo peronistas”, dicen. Este es uno de los problemas que aparece reflejado en los materiales de este libro: la tensión entre esa identidad política obrera fuertemente constituida, que es el peronismo, y los esfuerzos de las corrientes clasistas por sobrepasarla potenciando ese componente conflictual que proviene de las luchas de fábrica para levantar sobre esa base una alternativa intransigente y contestataria, en el plano político. Uno de los desafíos que surge del libro es cómo ir al encuentro, sin confrontar, de esa identidad obrera.

Un tercer aspecto que me interesa remarcar sobre la experiencia de Sitrac-Sitram, que a los que estábamos en *Pasado y Presente* nos activó y entusiasmó tanto, es la afirmación que aparece en el libro, de que dicha experiencia puso en cuestión la idea de sindicato como “agencia defensiva”. Con esa etiqueta procuramos destacar que la acción sindical por muchos años se detuvo a la puerta de la fábrica, es decir, negoció los salarios y lo hizo a veces con fuerza, desestabilizando con su capacidad de movilización los planes económicos, pero, de un modo u otro, durante largo tiempo fue silenciosa respecto de la experiencia obrera adentro de la fábrica. Ese silencio implicó no discutir las condiciones de trabajo, no discutir el poder de la gerencia en la determinación unilateral de esas condiciones. Lo que nos motivó, entonces, fue vislumbrar cómo de la mano de una reivindicación a otra la experiencia de Sitrac-Sitram, comenzó a cuestionar esa relación asimétrica que se vive en el mundo de la fábrica entre el empleador y el empleado, cómo fue gestándose la búsqueda de un “poder obrero”. Con una visión romántica, que no era sólo nuestra, veíamos a ese poder obrero perfilarse en grande sobre el escenario del conjunto del país. Quizás estábamos poniendo en ella más que lo que esa experiencia contenía pero convengamos que entonces resultaba difícil sustraerse a la potencia que irradiaba la movilización obrera. Ahora bien, ¿la acción sindical en el interior de la fábrica era novedosa? Lo era sí en la época pero no en la trayectoria de los trabajadores en Argentina. Estamos con frecuencia acostumbrados a hablar del sindicalismo en los años peronistas (45-55) como un sindicalismo reivindicativo patrocinado por el Estado o respaldado por el Estado y no prestamos suficiente atención a lo que

fue para los trabajadores la experiencia de las Comisiones Internas. Para esa clase obrera joven de la década del 30 y del 40 las Comisiones Internas que se expanden durante los años peronistas constituyeron toda un ejercicio de educación militante en las empresas..

Esta última referencia me lleva a una digresión con respecto a la observación que recién nos acaba de hacer en esta mesa Luis García sobre la democracia. Dice García: la experiencia de Sitrac-Sitram nos invita a mirar la democracia desde un ángulo distinto al de la vigencia de las reglas de convivencia política, el ángulo que presenta a la democracia como la distribución y la generalización de la capacidad de control de los sujetos sobre su propia experiencia de vida. La democracia consiste, en fin, en devolver el poder hacia abajo para ejercitarlo en primera persona y no meramente jugar el poder dentro de unas reglas. Desde esa perspectiva, Sitrac-Sitram y la movilización de los obreros fue la ilustración de una genuina democracia, la democracia de base. A propósito de esto, yo no estoy muy feliz hoy en día con esa manera de ver las cosas porque para mí las libertades de la democracia tienen un valor en sí mismo. Sin el usufructo de las libertades que garantiza la convivencia democrática no se puede contar con las condiciones para ejercer poder alguno sobre bases firmes. Esta es una conclusión que creo vale la pena enfatizar luego de haber experimentado duramente qué significa vivir sin ellas. Quisiera ahora ampliar un poco más lo que dije a propósito de la experiencia obrera durante los años peronistas. Derrocado Perón, los jefes de la Revolución Libertadora le pidieron a quien va a ser el exponente de la sociología moderna en la Argentina, Gino Germani, una explicación de lo que había pasado en el mundo del trabajo. Confieso que como alumno que fui de Germani no lo leí o leí mal el texto que escribió en la ocasión; sólo mucho más tarde pude valorizar un párrafo de ese texto publicado en 1957 donde sostuvo que se dice que los trabajadores entregaron las libertades, a cambio de un plato de lentejas. Pero ¿qué libertad entregaron? se pregunta Germani y responde: entregaron una libertad abstracta y lejana, una libertad política que nunca en los hechos habían poseído, para ganar en cambio otra libertad. ¿Cuál? la libertad concreta e inmediata, la de decir que no al capataz, la de decir que no al empresario, la de sentirse dueños de sí mismos. Es decir, la libertad de constituirse como personas con autonomía y dignidad. Esa fue la experiencia del mundo del trabajo bajo el peronismo, dijo Germani. Para agregar enseguida, y lamentándolo, que el drama político de Argentina es que

HÉCTOR SCHMUCKLER, SEBASTIÁN MALECKI, Y MÓNICA GORDILLO (EDS.), *EL OBRERISMO DE “PASADO Y PRESENTE”*. DOCUMENTO PARA UN DOSSIER (NO PUBLICADO) SOBRE SITRAC-SITRAM. LA PLATA, EDICIONES AL MARGEN, 2010, 294 PÁGINAS.

POR JUAN CARLOS TORRE
(UTDT)

esa experiencia haya tenido que ocurrir en el marco de una “dictadura”. Lo que me interesa retomar de ese argumento de Germani es la idea de reapropiación de uno mismo que tiene lugar en el escenario de esa democracia práctica, como la acaba de llamar García, y que Germani condensa en el acto de decir “no al capataz, no al empresario” por parte de los trabajadores. Si ustedes se ubican por un momento en aquel instante de sus vidas en el que dijeron “no” a la autoridad por primera vez en la figura de los padres o de los maestros, seguramente recordarán la satisfacción personal, esa especie de orgullo, la sensación de auto-estima que acompañó a ese acto de afirmación personal. Esas fueron también las sensaciones que rodearon la trayectoria del mundo del trabajo en los años peronistas. Y a las que las Comisiones Internas en las empresas proveyeron el marco y ayudaron a forjar las condiciones para que los trabajadores se plantaran frente al poder de los patronos que los confinaban a ser una pieza más de la máquina de producción. Después del derrocamiento del peronismo las Comisiones Internas comenzaron a eclipsarse. Este fue un eclipse que se insinuó en el último tramo de los años peronistas. En 1955 se realizó un congreso de la productividad convocado por los empresarios, el Gobierno y la CGT. Al empezar sus deliberaciones se hizo claro que el objetivo era remover de todas las cláusulas contractuales, aquellas que daban poder a las comisiones internas y aquellas que habían, de un modo u otro, consagrado en garantías ese nuevo poder obrero en las empresas. Ese congreso terminó en nada, porque ya la política de conciliación de clases que llevaba a cabo Perón hacía agua por todos lados. No se pusieron de acuerdo. De un lado, el jefe de la CGE, de los empresarios peronistas, decía: “no puede ser que cada vez que suene el silbato a la Comisión Interna, se pare la fábrica, no puede ser”, y, por el

HÉCTOR SCHMUCKLER, SEBASTIÁN MALECKI, Y MÓNICA GORDILLO (EDS.), *EL OBRERISMO DE "PASADO Y PRESENTE". DOCUMENTO PARA UN DOSSIER (NO PUBLICADO) SOBRE SITRAC-SITRAM*. LA PLATA, EDICIONES AL MARGEN, 2010, 294 PÁGINAS.

POR JUAN CARLOS TORRE
(UTDT)

otro el jefe de los sindicatos peronistas, un burócrata como se lo llamará más tarde sostenía, “no, escúcheme, ese silbato va a seguir sonando todas las veces que quiera”. El régimen peronista ya no estaba en condiciones de cerrar la brecha que resquebrajaba sus cimientos. Luego, la Revolución Libertadora suprimió de un plumazo con un decreto lo que el Congreso de la Productividad no pudo. Con el eclipse de las Comisiones Internas emergió sin esos contrapesos el sindicato-aparato, el sindicato-obra social. Con el tiempo ese sindicalismo probó ser una potente maquinaria política, capaz de poner en jaque a los gobiernos y torpedear los planes económicos. El paradigma de ese sindicalismo fue Vandor, el líder de los metalúrgicos. Como ya señalé se trató de un sindicalismo que desplegó su fuerza desde los portones de las fábricas hacia fuera. La recuperación de ese terreno bastante abandonado se habrá de producir después del Cordobazo, al compás de la ola de movilizaciones de empresa que tendrá su epicentro en Córdoba, en donde una clase obrera joven se sacó de encima el peso de los aparatos burocráticos y comenzó a caminar con sus propios pies. Esa es la experiencia que a nosotros nos pareció tan iluminadora en Sitrac-Sitram.

Las luchas de Sitrac-Sitram eran la punta del iceberg de la movilización que recorría todo el hinterland industrial de la Argentina, en el triángulo que va de Buenos Aires a Rosario y de Rosario a Córdoba. Un aspecto a destacar en esa movilización fueron los métodos de lucha. Tradicionalmente, cuando los sindicatos recurrían a las huelgas, los trabajadores se quedaban afuera de la empresa y se iban a su casa. Ahora empezó a verse una metodología distinta: nos vamos a quedar dentro de la empresa, proponen los militantes sindicales, pero vamos a realizar las tareas de un modo diferente, vamos a trabajar

de otra manera, es decir, haremos lo que tenemos que hacer de acuerdo a los contratos laborales y sin respetar las pautas extras de productividad fijadas por la gerencia. El nombre de esa metodología de lucha es “trabajo a reglamento”. Ahora bien, esa no es una operación sencilla y fácil. Una huelga se puede hacer simplemente colocando en la puerta de la fábrica a un grupo de fornidos compañeros sindicales y nadie entra. Parar una fábrica con los obreros adentro requiere en cambio de un ejercicio de coordinación mayor: 2000, 1000, 500 personas coordinadas para que, frente a una voz de orden sindical, todas hagan lo mismo al mismo tiempo en señal de protesta. Ello revela la fuerte inserción de una militancia dentro del mundo del trabajo.

Dicho esto, me parece oportuno colocar la cuestión de este método de lucha en una perspectiva más larga. El último episodio de movilización obrera durante la década peronista se produjo en la renovación de los convenios de trabajo del año 1954, que habían sido suspendidos en 1952 por un plan de ajuste para enfrentar la inflación. Al cabo de dos años, todo el mundo obrero aguardaba con expectativa la posibilidad de volver “a flexionar el músculo”, como se dice en EEUU para nombrar la agitación sindical. Se convocaron efectivamente las paritarias en el año 1954. La distancia entre la oferta empresaria y la demanda sindical enseguida quedó manifiesta: un 5% versus un 20%. Sin embargo, los trabajadores no recurrieron al paro de actividades para forzar las negociaciones: hubo trabajo a reglamento. Se quedaron dentro de las empresas porque afuera de ellas podían exponerse a la represión, como por ejemplo ocurrió con los metalúrgicos. Ese ejercicio de coordinación en gran escala lo veremos mucho más tarde recreado en la experiencia de Sitrac-Sitram y otras organizaciones. Esto quiere decir que en el mundo del trabajo se implantan, se siembran capacidades que se incorporan a la trayectoria de las luchas obreras y después quedan en un estado latente para volverse a activar de nuevo cuando surgen unas coyunturas y circunstancias favorables.

Esto es lo que observamos por ejemplo este año y el año pasado en el eje Buenos Aires-Rosario-Córdoba. Allí encontramos, en el marco del resurgimiento de la movilización sindical de los últimos tiempos, a las Comisiones Internas otra vez en acción. Jóvenes sociólogos que trabajan cerca mío y que tienen aquel entusiasmo mío de hace 40 años, han estado yendo a las fábricas -en los sectores del automóvil y de la alimentación- para entrevistar delegados y miembros de comisiones

internas que han ganado un fuerte protagonismo por ejemplo en Kraft, Arcor, Toyota. Con esta referencia quiero decir lo siguiente: cuando a la experiencia llamada clasista le sacamos el sonido y la furia de la época (y cuando digo sonido y furia digo una coyuntura política que profundizaba la fuerza de los antagonismos) comprobamos que sigue estando presente como un patrimonio de la tradición obrera argentina. Quiero evocar estas expresiones actuales de la militancia de base para mitigar cuánto tiene de inquietante recordar como lo estamos haciendo hoy la experiencia de Sitrac-Sitram, una experiencia que terminó de repente, y que lo hizo no debido a tendencias profundas de la sociedad o del mundo del trabajo sino por obra de la represión. Frente a ella nos hallamos ante uno de los problemas a los que estamos expuestos los que hacemos sociología con la materia de la accidentada historia del país. Y que es confrontarnos muchas veces a momentos en los que la historia queda suspendida o se interrumpe por un corte abrupto pero un corte abrupto que no está dictado, a la manera de Marx, por las contradicciones sociales y económicas sino por la intervención brutal del poder desnudo y su corolario, la represión e inclusive la muerte. Como decía, la sensación de vacío que me deja recordar la experiencia de Sitrac-Sitram se compensa de algún modo al constatar cómo se recrea permanentemente en las grandes empresas esa aspiración que la nutrió y le dio su fuerza, la aspiración de los trabajadores a ser dueños de sus propias vidas, afirmando sus derechos frente al poder de los capataces y patrones.

Para que esa aspiración se canalice en forma políticamente productiva sería bueno tomar nota de los testimonios recogidos en este libro tan importante. A mi juicio ellos constituyen una suerte de manual que debería repartirse entre todos los jóvenes que militan en las corrientes de izquierda, a quienes les diría: léanlo. Porque las perplejidades que viven hoy en su militancia ya las vivieron otros antes y sería conveniente aprender de ellas. Por ejemplo, en la página 260 del libro leemos esta confesión “los obreros se cansaron de esa gimnasia de asamblea permanente”. A la distancia bien podríamos decir que no se debía llevar hasta el límite esa gimnasia de asamblea permanente porque los trabajadores no eran durante las 24 horas sólo trabajadores de fábrica; eran también padres de familia, hijos, simpatizantes de Central Córdoba. Los militantes -para eso lo eran- sólo vivían para la causa de la alternativa revolucionaria. Y por lo general ni las familias ni Central Córdoba entraban en sus planes de vida. Ocurrió que

esos jóvenes militantes del clasismo extendieron su propio compromiso a los trabajadores en su conjunto y, en los hechos, entre unos y otros se produjo una suerte de divorcio; quizás ello contribuyó a que fuera luego más efectivo el impacto de la represión. Para situar el clima de los jóvenes militantes de entonces quisiera hacerlos partícipes del relato de una amiga mía en la conversación que tuvimos hace unos días con motivo de la presentación de este libro. Me contó que en el año 1971, hacía dos años que trabajaba como obrera en Peugeot, con apenas 19 años. Era una joven de clase media que se había proletarizado como correspondía a la tendencia revolucionaria de la que ella formaba parte. Había sido nombrada delegada de la sección tapicería de Peugeot y junto con un grupo de 28 delegados de oposición habían logrado el control de la Comisión Interna de la fábrica en Berazategui. “La experiencia del sindicalismo clasista de Córdoba era nuestro norte”. “Nuestro”, en este caso, no incluye a todos los delegados de base, porque había muchos peronistas que eran un poco reacios a los “frentes de izquierda”. Pero nada mejor para nosotros que la consigna que emergió del “Cordobazo”: Córdoba marca el camino. Luchas obreras, luchas sindicales, un gobierno obrero en el horizonte. En ese sentido las noticias de una convocatoria del máximo logro de aquel sindicalismo de Sitrac-Sitram para un encuentro nacional de sindicatos combativos, significaba alcanzar la meta anhelada. Muy sensibilizados nos subimos a un ómnibus en una fría noche y partimos de Buenos Aires a Córdoba. Llevábamos nuestras credenciales junto a delegados de otra fábrica mecánica, de acá de Buenos Aires. La excitación era tal, pensando en lo que nos aguardaba, que no pudimos dormir durante las largas horas que duró el viaje. Finalmente se concretaba lo que habíamos anhelado. La vanguardia obrera argentina, desde Córdoba, convocaba. Estas ideas nos bailaban en la cabeza. No sabíamos si se realizarían, pero la expectativa que suscitaba era enorme. Al punto que cuando pienso en aquellos momentos, me vuelven las sensaciones de aquel viaje. Ilusiones y esperanzas, algo tan grande así como también tan desconocido. Era como ir a pisar la Plaza Roja. Cómo transcurrieron esas horas, de qué hablamos durante ese viaje. Recuerdo que repasamos nuestra experiencia en la fábrica, las personas, los peligros. Nos callamos, pero retomamos otra vez la conversación. No había forma de dormir. Estábamos en la víspera de un suceso.” Ese suceso se produjo, tuvo lugar el plenario. Muchos dirigentes jóvenes –como mi amiga- de origen

estudiantil colorearon esa experiencia con sus entusiasmos, pero estos eran tales que quizás no se compaginaban demasiado con la experiencia de los trabajadores. En este libro encontrarán una reconstrucción del Plenario de los Gremios Combativos de 1971. Y allí se dice que a lo largo de las sesiones las diversas tendencias de izquierda se trenzaron en agitadas discusiones, mientras que los obreros miraban esos debates como en un partido de tenis, de un lado a otro, y comenzaban a preguntarse “qué tenemos que ver con esto” y tomaban distancia de tanta exaltación de entusiasmos revolucionarios.

Otro aspecto muy importante que este libro rescata son los dilemas de la responsabilidad política, es decir, los dilemas a los que se confrontan quienes tienen una autoridad conferida por las bases y deben decidir cuando es el momento de la acción o de la tregua, de la unidad o del enfrentamiento con otras fuerzas, de la participación o no en organismos colegiados. En las entrevistas se podrá ver a unos militantes que discuten si hicieron bien en acercarse o en alejarse de otras expresiones sindicales. Este libro abre una ventana a esas cuestiones. Por ello es muy instructivo para muchos que miramos las cosas desde la tribuna o que cautivados por la visión de la movilización de base soslayamos o no valoramos bien la importancia que tiene el juicio político de los que tienen a su cargo conducir la acción de masas. Finalmente, un comentario en clave comparativa sobre la experiencia obrera en las fábricas de autos de Córdoba, que, en lo que hace a su morfología, se parece mucho a la de la periferia de San Pablo de los años setenta: en un caso y el otro es el mismo paisaje industrial, la misma ecología, esa superposición o cercanía entre lugar de trabajo y lugar de residencia, que genera una fuerte densidad social proletaria y que no existe habitualmente en el gran cinturón de Buenos Aires, adonde hay que viajar no pocas veces más de dos horas desde la casa hasta llegar a la empresa. En las fábricas de la periferia de San Pablo, en 1978-79, se formó un gran sindicato que en 1980 promovió la creación del Partido de los Trabajadores y cuyo líder, Lula, es hoy el presidente de Brasil. De la misma morfología, entre Córdoba y San Pablo, otro desenlace. Ahí mete la cola la historia y con ella las vibraciones de la coyuntura. Muy probablemente los contrastes entre una y otra experiencia sean muchos. Pero para elegir uno señalaría que no existió nunca en la periferia de San Pablo, esa sensación de inminencia, esa creencia en un cambio radical a la vuelta de la esquina que

HÉCTOR SCHMUCKLER, SEBASTIÁN MALECKI, Y MÓNICA GORDILLO (EDS.), *EL OBRERISMO DE “PASADO Y PRESENTE”*, DOCUMENTO PARA UN DOSSIER (NO PUBLICADO) SOBRE SITRAC-SITRAM. LA PLATA, EDICIONES AL MARGEN, 2010, 294 PÁGINAS.

POR JUAN CARLOS TORRE
(UTDT)

después del “Cordobazo” comenzó a recorrer las calles y las fábricas del país. En ese marco proliferaron conductas y actitudes en los cuadros militantes que –en la jerga política de la época- podrían ser calificadas como temerarias y aventureras. Es decir, decisiones que no fueron capaces de hacerse cargo de sus consecuencias dentro de la correlación de fuerzas existentes. Esta última observación creo que puede incorporarse a todos los elementos que este libro nos pone al alcance. Por eso agradezco a los que encontraron los materiales con los que está hecho. Quienes los escribieron, permítanme una imagen poética, “tiran una botella al mar”; con el paso de los años esa botella llegó a una orilla y alguien la rescató, la abrió y miró lo que había adentro y nos lo puso en las manos. Lo que había adentro es algo que los invito a leer, a discutir, a comentar, porque nos enseña y mucho. Esto es todo. Muchas gracias.

Resúmenes de TESIS de posgrado

Ana Verónica Ferrari (UBA- UDESA), *El L'Uomo Qualunque, 1943-1948. Una voz moderada en la Italia posfascista*. Tesis de maestría, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2010. Directora: Dra. María Victoria Grillo.

La tesis analiza de qué forma, en un momento determinado de la historia italiana – el de la inmediata posguerra- el *L'Uomo Qualunque*, primero como semanario y luego como movimiento y partido político, se convirtió en un válido canal de expresión de una-otra voz, la del *uomo qualunque* (con minúscula) que formaba parte de la “zona gris” posfascista. Y eso lo logró a través de una lectura moderada del reciente pasado fascista y una lectura antifascista de esa *nueva* Italia de 1945.

El 25 de abril de 1945 se produjo la liberación de Turín y Milán, por lo que esa fecha se asumió simbólicamente como aquella en la que la península italiana fue completamente liberada de la ocupación nazi-fascista. De esta manera comenzó un nuevo período, el de la (re) construcción posbélica. Una (re) construcción entendida no sólo en términos político-institucionales sino también en términos económicos y, fundamentalmente, culturales, morales y sociales.

En esa Italia de abril de 1945 se había derrumbado un régimen que había gobernado por más de veinte años, había crecido el desprestigio de la institución monárquica, la clase dirigente estaba en crisis y habían cambiado los criterios de legitimidad política. Desde distintos sectores se escuchaban voces que hablaban de comenzar de cero, de (re) hacer a Italia y a los italianos con instrumentos nuevos. Era lógico, entonces, que las tensiones políticas y simbólicas que habían estado presentes en los últimos veintitrés años y que durante la guerra se habían radicalizado, no sólo permanecieran sino que, en esta nueva etapa, se resignificaran. A partir del 25 de abril de 1945 los partidos antifascistas del Comité Central de Liberación Nacional (CCLN) que formaban parte del gobierno debieron enfrentar numerosas dificultades. La Italia liberada y reunificada estaba lejos de ser una Italia pacificada. A los problemas ligados a la reunificación política, y a la dramática situación económica y social había que sumar aquellos vinculados con la reconstrucción de los marcos *identitarios*.

Las coordenadas identitarias, tanto las político-institucionales, geográficas y sociales como las morales, que habían moldeado al país durante los últimos veinte años (o más, en algunos casos), habían entrado en crisis. Norte-sur, fascismo-antifascismo, centralismo-federalismo, tradicionalismo-progresismo y monarquía-república eran algunas de las contraposiciones presentes, implícita o explícitamente, en esa Italia posfascista. De hecho, a partir del 25 de abril el imperativo moral fue el de arreglar lo descompuesto; se impuso, por ende, la necesidad de encontrar nuevas coordenadas, nuevos puntos de referencia.

Fueron numerosas las dificultades que los partidos antifascistas encontraron en el proceso de (re) definición de esos nuevos marcos de referencia sobre los cuales “empezar de cero”, pero, sin lugar a dudas, la herencia que el fascismo había dejado en las costumbres y en las conciencias de la población fue uno de los más importantes. El fascismo había sido un régimen de masas que había gobernado Italia por veintitrés años con un amplio consenso. La (re) construcción debía, necesariamente, *hacer las cuentas* con él.

Por lo tanto, la cuestión de la depuración o *defascistización* era presentada casi como la condición *sine qua non* de esa (re) construcción identitaria y moral: la base para poder (re) hacer a Italia y a los italianos. Asimismo, la cuestión de la legitimidad política de quienes se habían colocado a la cabeza del proceso de (re) construcción, es decir los partidos antifascistas, también se convirtió en fundamental. Respecto a esta última cuestión, los miembros del gobierno encontraron esa legitimidad en la práctica política concreta y, también y sobre todo, en su participación en la Resistencia, dando origen a una de las premisas del denominado paradigma antifascista hegemónico: el de la República nacida de la Resistencia.

En ese escenario y frente a esos problemas, el semanario del *L'Uomo Qualunque* se reveló como una ventana válida para poder analizar

esa etapa tan compleja. Y lo era porque mostraba y encarnaba todas las incertidumbres, las contradicciones, los temores, los límites y las ideas presentes en ese escenario; a su vez, el semanario era una voz que criticaba, desde una posición anti-antifascista, la forma en la que se estaba llevando adelante la (re) construcción; por otro lado, el *L'Uomo Qualunque* había aparecido en diciembre de 1944, por lo tanto era producto de ese escenario; además, no era una más entre todas las nuevas publicaciones que inundaron la escena pública de la península sino que, desde el principio había tenido una difusión muy importante, llegando a vender 80.000 ejemplares durante los dos primeros días y 850.000 para noviembre de 1945; asimismo, el partido político (*Fronte dell'Uomo Qualunque*) fundado en agosto de 1945 también obtuvo un consenso considerable (accedió a 35 bancas tras las elecciones para la Asamblea Constituyente de junio de 1946); finalmente, el *L'Uomo Qualunque* –tanto como semanario cuanto como partido- nos permite observar un sector determinado de la sociedad italiana, protagonista de ese escenario: el *uomo qualunque* (con minúscula), la llamada “zona gris”.

En relación a esto último, entendemos a la “zona gris” como todos aquellos italianos que, frente a la contraposición fascismo-antifascismo presente en ese escenario de posguerra, “decidía no decidir”, se mantenía alejada de esos extremos y pugnaba por volver a tener una vida normal.

Y esta “zona gris” era considerada por los antifascistas, despectivamente, como *attendista*, apolítica y, muchas veces, como fascista (a causa de las críticas que la “zona gris” realizaba contra el gobierno).

Así, la Tesis se estructura sobre dos ejes que se cruzan constantemente. En primer lugar, se analizan tres recorridos distintos: la transformación del semanario en un movimiento y luego en un partido político; la mutación del comediógrafo Guglielmo Giannini, fundador y director del semanario, en un hombre político; y la evolución de la “zona gris” que de “decidir no decidir”, en 1948, decidió. De esta manera pudimos observar el escenario político y también a la sociedad; de hecho, esos tres recorridos se superponen y marcan lo que fue la parábola del *L'Uomo Qualunque*: cómo se convirtió en la voz de la “zona gris” posfascista y cómo dejó de serlo. Y el análisis de esa parábola nos permite analizar al *L'Uomo Qualunque* mismo, al sector que ese semanario y ese partido decía representar y al escenario en (re) construcción donde todo eso sucedía.

El segundo eje está relacionado con la historiografía sobre el *L'Uomo Qualunque* y con los estereotipos construidos que esta tesis discute: el *L'Uomo Qualunque* como el ejemplo paradigmático de los movimientos antipolítica y su caracterización como un movimiento fascista o precursor del neofascismo.

Siendo el semanario una manifestación del convulsionado escenario posfascista en el primer capítulo titulado *Herencias del fascismo. Una Italia desdoblada*, se describe ese escenario a partir de la identificación y el análisis de los distintos nudos problemáticos presentes en abril de 1945 y que crearon el clima que posibilitó la aparición del semanario. El segundo capítulo, *Un uomo qualunque*, está dedicado a la presentación y la descripción del semanario y de otras publicaciones *qualunquistas* y, también, de su fundador y director, Guglielmo Giannini.

A partir del tercer capítulo comienza el análisis de los recorridos del primer eje. En relación a ello, los interrogantes a los que damos respuesta son los siguientes: ¿qué fue lo que determinó que del semanario se creara un partido?, ¿qué había determinado que Giannini se convirtiera en un hombre político? Y, por último, qué había pasado para que la “zona gris” terminara decidiendo.

En relación a los dos primeros interrogantes se ofrecen dos respuestas. En primer lugar, la desilusión de Giannini respecto a la política antifascista y a los políticos antifascistas. Giannini afirmaba que los políticos antifascistas sólo estaban preocupados por sus cargos y que, por ende, habían transformado a la política en una profesión. A su vez, para Giannini, los políticos antifascistas no escuchaban al *uomo qualunque*, sino que lo atacaban por haber “decidido no decidir”. Giannini demostraba que, en esa Italia posfascista, ser “neutral”, mantenerse alejado de la contraposición dominante, era

considerado un delito.

En base a estas ideas llega la segunda respuesta a los dos primeros interrogantes: Giannini había sido acusado de “neutral”, de ser un *uomo qualunque* y, por ende, de ser “fascista”. Así, el juicio depurativo realizado contra Giannini y la posterior suspensión del semanario que se analiza en el tercer capítulo –*La transformación de un pacífico escritor en un hombre político*–, se convierte en el “antes y después” de esos dos primeros recorridos. Es decir, es el juicio el que convierte al semanario en partido y a Giannini en hombre político, y portavoz de la “zona gris”. Es el juicio, también, el que transforma las opiniones, las críticas y las quejas presentes en el semanario en un programa político.

El recorrido de Giannini como hombre político se analiza en el cuarto capítulo, *La política italiana en 1945*. El acento está puesto, en primer lugar, en la forma en que el propio Giannini observa (luego del juicio depurativo) el escenario político italiano en (re) construcción del que forma parte; en segundo lugar, se analiza detalladamente el libro *La Folla. Seimila anni di lotta contro la tirannide*, escrito por Giannini y publicado en julio de 1945. La centralidad del estudio del libro radica en el hecho de que, a partir del juicio, ese “libro de política” se convierte en un “libro político” tanto que, en 1946, es presentado por el propio comediógrafo como el código de principios del *qualunquismo*. En tercer lugar, se examina cómo, frente al diagnóstico sobre el mundo político italiano pos juicio y a partir de las propuestas esbozadas en el “libro político”, Giannini responde al *grido di dolore* formando en agosto de 1945 el movimiento del *L'Uomo Qualunque*; es decir que le da una opción política a la “zona gris” posfascista. Finalmente, se analizan las críticas, desde una posición antifascista, que Giannini realiza a los hombres políticos antifascistas centradas, sobre todo, en el cuestionamiento de la legitimidad política que ellos mismos construyeron. Asimismo, se analizan los elementos que forman parte de lo que denominamos la “lectura moderada del fascismo” que realiza el *L'Uomo Qualunque*.

El pasaje del movimiento al partido y el recorrido contradictorio, rápido y, por momentos, extraordinario, del *Fronte dell'Uomo Qualunque* se describen en el quinto capítulo titulado *El partido de los sin partido, 1945-1946*. Aquí mismo también se intenta discutir uno de los estereotipos historiográficos, el que ve al partido del *L'Uomo Qualunque* como el modelo de los movimientos antipolítica. Finalmente, en el último capítulo –*La extinción de la voz moderada qualunque*– se estudian las transformaciones en el contexto político italiano, los cambios fundamentales del contexto internacional y las dificultades internas del frente *qualunquista* que determinan que, para 1948, los nudos problemáticos de la segunda posguerra encuentren gradualmente una solución y, así, la “zona gris” posfascista de “decidir no decidir” decida y que, por lo tanto, esa “voz moderada qualunque” enmudezca.

La insistencia de Giannini en ser un *uomo qualunque* y, por ende, casi desideologizado, en una realidad política y social –la de 1948– marcada por una nueva contraposición ideológico-política de la que –esta vez– es imposible abstraerse, y la incapacidad de adaptar sus armas y sus ideas a esa nueva realidad, determinan que la voz moderada *qualunque* enmudezca o, en realidad, deje ser *qualunque*.

Carolina González Velasco (CONICET-Instituto Ravignani- CEHP), *Gente de teatro: género chico y sociedad. Buenos Aires en los años '20*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009. Director: Luis Alberto Romero.

Durante los años de la entreguerras la sociedad porteña vivió una llamada aunque decisiva transformación. El crecimiento demográfico requirió de modificaciones materiales y edilicias en la ciudad y esto a su vez impactó sobre las formas de vida, la cultura y la política urbanas. Estos cambios fueron de la mano de mudanzas diversas que modelaban nuevos rasgos en el perfil de la ciudad: poco a poco emergía una sociedad dinámica, marcada por una tendencia a la movilidad social. En conjunto, estas transformaciones configuraron

una experiencia social que se tradujo en diversos productos, prácticas, representaciones, identidades y conflictos propios de la vida urbana. En otras palabras, en variadas experiencias particulares. Esta tesis desarrolla un estudio sobre esa sociedad porteña a partir de una experiencia particular: el teatro. Para esto, describe las dimensiones del mundo teatral y explora la relación que se dio entre las transformaciones que, fundamentalmente en la década del '20, vivió la sociedad y el auge que los espectáculos teatrales tuvieron también en esos años. Del conjunto de producciones teatrales, centra la atención preferentemente en aquellos llamados de *género chico* y de *revista*. Si bien la tesis retoma los aportes de la historia del teatro, trabaja fundamentalmente con las herramientas de la historia social y busca dialogar con aquellos trabajos que han estudiado las experiencias sociales y las dimensiones culturales de la vida urbana porteña.

Las fuentes que apoyan la investigación son diversas: mapas y planos de la ciudad y de algunos teatros, libretos de las obras, crónicas y críticas de estrenos, memorias de teatristas, estadísticas, boletines de las entidades gremiales y revistas y periódicos de la época. La tesis se organiza en 5 capítulos, una introducción y conclusiones. Cada capítulo busca mirar distintos aspectos del mundo teatral y su relación con la sociedad: es decir, en cada capítulo se propone un ejercicio en el cual se desarma algunas de las partes de ese mundo del teatro, para estudiarla en particular pero buscando ponderar a su vez la relación con el todo y la imbricación que cada una de esas piezas tenía en la sociedad.

En el capítulo 1 se reconstruye la base material, tanto en un sentido físico como social, en la cual se desarrolló el teatro: la ciudad como marco y la zona céntrica como ámbito particular junto con la sociedad que fue protagonista de estos cambios. Por un lado, se analizan las transformaciones materiales, sociales y culturales que vivió la ciudad de Buenos Aires en los años '20. En particular, se trabaja la emergencia de los barrios y la sociedad barrial y la configuración de la zona céntrica como un paisaje urbano asociado al ocio y el entretenimiento. Una vez establecidas esas coordenadas, la mirada pasa a ese centro de la ciudad. En él, se describen la cantidad y variedad de espectáculos que funcionaban, destacando los espectáculos de teatro, y se pone esto en relación con la emergencia de un mercado de entretenimientos. El capítulo se complementa con una serie de planos y un apéndice que muestra la cantidad y la concentración sobre el eje de la calle Corrientes de lugares dedicados al entretenimiento.

El capítulo 2 retoma ese escenario del mercado de entretenimientos para analizar, de manera más específica cómo funcionaba. Para esto, se plantean las estrategias desplegadas por los empresarios dueños de las salas y las compañías para captar la mayor cantidad de público. Si la ganancia empresarial dependía de la venta de entradas, el desafío era conseguir la atención de esos miles de transeúntes que día a día circulaban por la calle Corrientes en busca de diversión. Los empresarios buscaron al público de muchas maneras: a través de la incorporación de novedades en las funciones, diversificando los precios de las entradas, reorganizando a diario la cartelera, remodelando las salas y entregando volantes de publicidad. El éxito, por cierto, no acompañó a todos. No obstante, el negocio de los espectáculos teatrales se mantuvo en alza durante toda la década: en una ciudad cuya población rondaba los dos millones de habitantes, según las estadísticas municipales, anualmente en los años '20 se vendían cerca de 6 millones de entradas.

Discutir quiénes eran los compradores de las entradas es el tema de la segunda parte del capítulo. Por un lado, se presentan una serie de datos para dimensionar cuantitativamente a ese público. Por otro lado, se proponen algunos ejes para analizar quiénes componían ese numeroso público: las características diferenciadas de los espectáculos sugieren una diversidad de público como así también los distintos precios que se cobraban en cada sala. Testimonios, memorias y otros documentos sugieren también heterogeneidad en las pertenencias sociales, etarias y de género de quienes asistían. El capítulo 3 mira desde otra perspectiva el negocio del teatro: centra su atención en las relaciones sociales, laborales, corporativas y gremiales que se establecían entre los integrantes del mundo

del teatro. Aquí se analiza la constitución de identidades y organizaciones gremiales y corporativas a partir de los oficios, ocupaciones y profesiones vinculadas a la actividad teatral y el tipo de relaciones que entre sí establecieron. Hacia 1919 y 1921, situaciones determinadas pusieron en tensión esas relaciones y provocaron cambios diversos: una huelga, la organización y luego la partición de las entidades gremiales, la fundación de una Federación de Gentes de Teatro, son algunos de los sucesos que se explican para dar cuenta de esas tensiones.

El capítulo 4 complementa al tercero: en él se muestra cómo, luego de esos conflictos, la gente de teatro se reunió en una organización política: el partido Gente de Teatro. Esta agrupación se presentó en las elecciones municipales de 1926 y consiguió que su primer candidato, el actor-autor-empresario Florencio Parravicini fuera consagrado concejal. Este capítulo, al tiempo que explica cómo la política permitió entablar nuevas alianzas entre la gente de teatro muestra cómo el mundo del teatro participó de la escena política local y articuló sus discusiones específicas con las del espacio público municipal.

Finalmente, el capítulo 5 focaliza en las obras de género chico. En primer lugar, el capítulo se concentra en dar cuenta del voluminoso corpus de obras escritas, estrenadas y consumidas por un multitudinario público espectador y lector. Para eso, se presentan los aspectos cuantitativos de este corpus y se ofrecen diversos datos y análisis estadísticos sobre la cantidad de estrenos, de obras publicadas, obras más vistas, etc. Estos datos, que dan cuenta de la importancia que estos textos tenían en el momento en que fueron producidos, son puestos en diálogo con la opinión de diversos críticos de la época quienes una y otra vez denunciaban el rumbo decadente que tomaba la escena nacional.

Es en este punto donde la mirada sobre las obras toma distancia de la crítica textual y la consideración de las obras canónicas para situar el análisis en relación con la experiencia social. Desde esta perspectiva se sugiere en qué sentido las obras, dadas sus características, modos de presentación, de circulación, etc., podrían ser consideradas como herramientas para guiarse en una ciudad que cada día era más extensa, más compleja y más inaprensible a través de la experiencia directa.

Retomando la propuesta de Hobsbawm, podría decirse que fue la “gente corriente” la protagonista del auge de los espectáculos teatrales ya fuera como actores, autores, críticos o empresarios, o simple y llanamente, como público. Día a día, miles de espectadores, es decir, mujeres y varones de distinto origen nacional, ocupados en fábricas, comercios y oficinas públicas, amas de casa y profesionales, llenaban las salas céntricas, en las cuales compañías integradas por actores, cantantes y músicos daban vida a comedias, dramas y sainetes escritos en su mayoría por autores argentinos. Esa práctica, que se repitió cotidianamente durante toda la década de los 20, convirtió al teatro en una experiencia que involucraba de una u otra manera a casi toda la sociedad, tal como puede concluirse de los ocho millones de entradas que, en promedio, se vendían anualmente, las casi cuarenta salas que funcionaban en el centro de la ciudad, las más de 30 compañías que existieron durante esa década, las 381 obras estrenadas en 1926 y los casi 1700 libretos editados por dos de las principales revistas teatrales entre 1918 y 1933. El mundo del teatro ocupaba un lugar específico y complejo en el seno de una sociedad que crecía y se transformaba, de ahí que esta experiencia particular, el teatro, permita leer una versión específica de los procesos más generales que vivía la sociedad urbana.

Diego A. Mauro (ISHIR, UNR - CONICET), *Los rostros de la política. Reformismo liberal y política de masas. Santa Fe, 1921-1937. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Rosario, Santa Fe, 2010. Directora: Marta Bonaudo.*

La presente tesis se desenvuelve en un doble registro: por un lado, los avatares del reformismo liberal en el arco temporal que va de

la convención constituyente de 1921 al fraude de 1937; por otro, el problema del financiamiento de los partidos, en el marco del surgimiento y desarrollo de la política de masas en Santa Fe.

El primer registro parte del intento por comprender la suerte corrida por el gobierno demócrata progresista a comienzos de los años 30. Tras quince años en el rol de oposición, los demócratas ganaron las elecciones de 1931 y pusieron en marcha un ambicioso programa de reformas que tenía como base la puesta en vigencia de la “vetada” Constitución de 1921. La experiencia no llegó a buen puerto y en 1935, como parte de los planes del justismo para asegurar la sucesión presidencial, el gobierno nacional intervino Santa Fe y puso en marcha la maquinaria del fraude. Tras la intervención, los demócratas clamaron por lo sucedido y anunciaron que la provincia resistiría hasta las últimas consecuencias. Un año y medio después, consumado el fraude en las elecciones de febrero de 1937, los radicales del comité nacional, emulando a los demócratas, anunciaron grandes movilizaciones y un “poderoso movimiento de opinión”. Sin embargo, muy a pesar de lo que anhelaban los principales referentes de la política provincial, las resistencias no llegaron a cuajar en manifestaciones de envergadura. Los partidos clamaron por lo sucedido pero no lograron detener la embestida justista e Iriondo asumió como gobernador en un clima de calma, sin contratiempos ni muestras visibles de oposición en las calles. Los periódicos se refirieron alternativamente al fraude pero lejos de condenarlo con claridad trazaron lo que, con mayor o menor franqueza, cabría definirse como una “legitimidad de ejercicio”. Es decir, una legitimidad que Iriondo, al margen de sus pecados de origen, podía alcanzar si realizaba un “gobierno de provecho”.

La tesis se abre con la descripción de la coyuntura de la intervención y el fraude y recoge las expresiones de desconcierto y frustración de los principales dirigentes demócratas y radicales ante lo sucedido. ¿Por qué no se produjo finalmente ningún “poderoso movimiento de opinión”? ¿Por qué los votantes demócratas y radicales permanecieron en sus casas mientras el fraude se consumaba? ¿Cómo fue posible que la senda de una “legitimidad de ejercicio” se volviera transitable, al punto en que incluso aquellos diarios que defendían los presupuestos del reformismo liberal se mostraron dispuestos a aceptarla? Siguiendo el hilo de estas preguntas, la tesis indaga a lo largo de la primera parte la dinámica del sistema político, marcada por la intensa fragmentación del radicalismo y la aparición política del catolicismo, así como los discursos críticos tejidos en torno a la Constitución del 21, sus proyecciones sociales y los imaginarios cambiantes que envolvieron a los llamados “constitucionalistas” a lo largo de la década de 1920. Reconstruyendo, finalmente, los modos en que el reformismo liberal –más allá de sus formulaciones programáticas y principios filosóficos– se materializó en las diferentes coyunturas electorales.

El resultado es, por un lado, una larga y jalonada historia del gobierno demócrata, la intervención y el fraude, vistos a la luz de la historia partidaria y electoral de la década previa y, por otro, una interpretación de conjunto sobre el ciclo liberal reformista que, con altibajos, atraviesa la política santafesina de las décadas de 1920 y 1930.

En la segunda parte la tesis cambia de registro y utiliza el caso santafesino para adentrarse en los desafíos que, en términos de financiamiento, se multiplican con la ampliación electoral y el desarrollo de la política de masas. El alza creciente de costos no deja de acosar a los partidos que, al margen de sus contenidos programáticos, ensayan estrategias similares para obtener los recursos necesarios para funcionar. El correlato de estas estrategias es el desarrollo y robustecimiento de lo que la tesis denomina “tramas subterráneas”. Una serie de sinuosas e intrincadas conexiones que, tras bambalinas, proveyeron a los partidos de recursos de toda índole. Como denunciaba buena parte de la prensa, los negocios privados y los intereses particulares pudieron ser el *alma mater* de muchas de las tramas mismas, pero lo que interesa a la tesis no son los hechos de “corrupción” en sí, la “malversación” de recursos públicos, las “estafas” o el enriquecimiento particular de los mediadores y los “socios” privados de los partidos, sino la naturaleza de los vínculos que se tejieron, los tipos de conexiones que fueron

sedimentándose en torno a la necesidad de atender las demandas de financiamiento. Con lo cual, la investigación procura colocar el foco directamente sobre los mecanismos concretos, tomando distancia de las voces de los propios actores que, envueltos en la puja política, consideraban que las “tramas subterráneas” eran “pervivencias” del pasado y signos de “involución política”. Por el contrario, la investigación sugiere que, a juzgar por su magnitud, complejidad y articulación con los procesos de construcción institucional del Estado provincial, lejos de ser un resabio o una rémora constituían uno de los rostros “modernos” de esa naciente política de masas, un emergente recursivo de su conformación y una dimensión insustituible, al menos tanto como podían serlo los actos, las movilizaciones o la oratoria parlamentaria.

Finalmente, en la tercera parte, este recorrido bifronte (histórico y analítico) se entrelaza para, volviendo sobre las preguntas iniciales, analizar en profundidad el accidentado gobierno de los demócratas progresistas, su infortunado desenlace y la definitiva oclusión del ciclo reformista abierto con la Constitución del 21.

María José Navajas (Instituto Ravignani, UBA – CONICET), *Actores, representaciones, discursos y prácticas: la política en Tucumán, Argentina, 1852-1887*. Tesis de doctorado, El Colegio de México, México, 2008. Director: Guillermo Palacios.

La investigación que da sustento a esta tesis se desarrolló prestando particular atención a los diversos componentes de la práctica electoral y política, es decir los comicios y las leyes que regulaban su práctica, el electorado, la prensa, las agrupaciones políticas y el gobierno provincial, con el propósito de entender de qué manera dichos componentes se fueron articulando, definiendo una dinámica política y conformando un esquema de poder específico. La tentativa de relacionar ese conjunto de elementos se planteó desde una perspectiva que privilegia la comprensión de los discursos y las representaciones propios de los distintos actores que configuraron la praxis política durante la segunda mitad del siglo XIX.

Los temas señalados se articulan con una cuestión que atraviesa el período en su conjunto: la vinculación del gobierno provincial con el gobierno central, desde una etapa caracterizada por alianzas regionales sustentadas en fuertes autonomías locales a otra etapa definida por una relación directa y de tipo más vertical entre los poderes provinciales y el Ejecutivo nacional. Esta cuestión se analiza privilegiando la mirada de lo local, así pueden advertirse los matices y particularidades de un vínculo que estuvo lejos de expresar una relación de subordinación de agentes provinciales a un centro de poder inobjetable.

La organización de la tesis está planteada en términos cronológicos. Los cuatro capítulos que componen el cuerpo de la misma definen “momentos” específicos que suponen ciertos cambios y reformulaciones importantes, pero que también involucran permanencias y continuidades significativas. El primer capítulo se desarrolla entre las batallas de Caseros y Pavón, que tuvieron su expresión a nivel regional en combates de distinta magnitud. En ese apartado se examinan las claves discursivas por las cuales se legitimó el derrocamiento de Rosas y la consigna que orientó el establecimiento de un gobierno que pretendió unificar a los 14 estados provinciales. A su vez se señalan las dificultades y conflictos que inmediatamente se plantearon en el Norte y las reformulaciones que sufrió el discurso enunciado por Urquiza en la perspectiva de las elites locales. En el análisis de dichos conflictos se presta especial atención al papel de la guerra y de las “asambleas de ciudadanos”, así como también a la estrecha vinculación entre los ámbitos provincial y regional de la política. Asimismo, se evalúa la presencia del gobierno central y la función que desempeñó en la configuración y resolución de los conflictos señalados. En la parte final del capítulo se estudian en detalle las disputas que se plantearon en el escenario provincial, considerando las prácticas electorales, su contexto legislativo, el papel de los “partidos” y especialmente de las identidades políticas referidas por los motes

de *liberal* y *federal*.

El segundo capítulo aborda el período comprendido entre Pavón y la redefinición de las alianzas que concluyó en el ascenso de Sarmiento a la presidencia. En esa sección se parte de una premisa concreta sobre el papel del “Partido de la Libertad” como *custodio* de una serie de vocablos muy apreciados del lenguaje político decimonónico: la *civilización*, el *progreso*, la *libertad*, y la *constitución*. La victoria en Pavón se expresó muy claramente en la apropiación de tales vocablos como atributos que daban sentido y legitimaban la labor de la dirigencia política. En ese discurso los antagonistas también aparecen muy definidos: la *barbarie*, el *atraso* y la *tiranía*, estigmas que habían oprimido a los pueblos rioplatenses y que se condensaban en la figura del *caudillo*, habitualmente identificado con el “partido federal”. Estas nociones, que ya se habían esbozado en los conflictos del decenio previo, siguieron presentes por largo tiempo en la retórica política como herramienta fundamental en la deslegitimación del adversario. Desde esa perspectiva se analizan los enfrentamientos entre los distintos grupos políticos, a nivel local y regional, y allí puede advertirse una intensa disputa por la apropiación del nombre *liberal* que funcionaba como un referente de legitimidad clave. Esto significaba, en términos concretos, obtener el reconocimiento de un Ejecutivo nacional plenamente identificado con el “partido liberal”.

En el plano estrictamente local se estudia la conformación de un esquema de poder basado en una extensa red parental que asumió el control del estado provincial durante cinco años hasta su desplazamiento, por medio de un levantamiento armado, en junio de 1867. El ascenso y consolidación de esa red parental como rector de la política tucumana se hizo en nombre de ese nuevo *orden liberal* que suponía la defensa de Constitución y la garantía de la organización nacional. Pero a su vez, la conformación del grupo opositor se definió a partir de esas mismas consignas, acusando al gobierno de traicionar la bandera del “partido liberal” y transgredir los preceptos constitucionales. La conclusión del conflicto fue responsabilidad del Ejecutivo nacional, confirmando su papel de árbitro último en las disputas facciosas, pero sobre todo de dispensador de legitimidad.

En el tercer capítulo se analizan los años transcurridos entre la llegada de Sarmiento a la presidencia y el final de la década de 1870. Aquí se parte de la idea de Halperín sobre la vigencia de un “nuevo consenso”. Ese consenso implicó una modificación significativa del discurso político: la referencia al *partido*, tan decisiva en la retórica mitrista, se eclipsó ante la idea, cada vez más preeminente, de *nación*. Se trata de demostrar que la reformulación de dicho discurso no implicó la modificación de los principios de legitimación – la *civilización*, el *orden* y el *progreso* –, al tiempo que se afianzaba el papel del Estado-nación como sujeto dispensador de los mismos.

En íntima relación con ese discurso, se consideran los cambios suscitados en la política provincial, subrayando que desde fines de la década de 1860 Tucumán se encauzó en un proceso de ordenamiento político sobre las bases establecidas en la normativa constitucional. Dicho proceso involucró una reformulación de las alianzas en el seno de la elite provincial, con la reincorporación de grupos que habían sido marginados en la etapa anterior, y abarcó dos ámbitos fundamentales. En el interior de la provincia supuso la sujeción de los distintos grupos políticos a las pautas legales y el consiguiente abandono de asonadas y pronunciamientos como métodos válidos para acceder a los cargos de gobierno. En el escenario regional el ordenamiento político se expresó en la observancia estricta de los ámbitos de actuación que la Constitución nacional acordaba a los estados provinciales y al poder federal. De este modo, la dirigencia política tucumana expresaba su enrolamiento decidido en el proceso de consolidación del gobierno central.

En el espacio local se presta particular atención a la mediación del Ejecutivo nacional en la resolución de los conflictos internos, los mecanismos empleados, así como también los límites y dificultades planteadas. En ese marco se aborda el tema de las elecciones y los actores y prácticas que formaban parte de las mismas, siendo

la prensa y los clubes políticos objeto de un detallado examen. Finalmente se incluye una revisión de las leyes electorales que desde el gobierno nacional se pensaron como una herramienta necesaria para regular la práctica de los comicios y resolver los problemas que se consideraban más preocupantes para el ejercicio del voto.

El cuarto y último capítulo se articula entre dos acontecimientos políticos con derivaciones distintas, pero afines por el papel fundamental de la violencia. Por una parte, el ascenso de Roca a la presidencia y el conflicto armado entre el Estado-nación y la provincia de Buenos Aires. Como es sabido tales sucesos significaron el triunfo de un proyecto de nación con un poder central fuerte. Por otra parte, el episodio que señala el cierre del capítulo es el levantamiento armado de junio de 1887 y la consecuente intervención federal de Tucumán. Esto suscitó el recambio íntegro del elenco gobernante y expresó una ruptura decisiva en las prácticas políticas que se venían desarrollando desde dos décadas atrás. A su vez, el texto que finalmente legitimó el pronunciamiento – enunciado por el comisionado nacional – apeló a argumentos referidos a las identidades políticas que resultan sumamente sugestivos.

Para entender la configuración del conflicto mencionado se presta particular atención al desarrollo de la campaña electoral de 1886 en el escenario provincial, ya que allí quedaron expresados los grupos que combatieron en junio de 1887. En ese análisis se revisa toda la actividad vinculada con los comicios, en especial el papel de los clubes y la retórica adoptada por la prensa partidaria, en donde las identidades y las filiaciones políticas aparece como un tópico fundamental. En esto último se observa con mucha claridad el enfrentamiento entre *liberales* y *federales*. Un enfrentamiento que podría pensarse anacrónico, pero que en el caso analizado plantea una vitalidad y una capacidad de movilización notable. Aunque seguramente, luego de casi cuatro décadas, los contenidos específicos de tales palabras se habían modificado – no sólo porque los sujetos a los que aludían eran otros, sino también porque las controversias y disputas que les habían dado su sustento original ya habían sido resueltas o reformuladas – su capacidad para cristalizar un conflicto que culminaría en una acción armada resulta evidente y decisiva.

La sublevación de 1887 – legitimada por la intervención federal posterior – permitió el desplazamiento de los sectores que controlaban el gobierno provincial y su reemplazo por una dirigencia política adicta al presidente Juárez Celman. La fracción entonces derrotada fue la base sobre la que, un par de años más tarde, se gestó la corriente de oposición al régimen en la provincia. Ese grupo opositor formó parte de las alianzas suscitadas al calor de la crisis de 1890 que desestabilizó profundamente el sistema político nacional. En ese contexto, el debate por las identidades políticas sufrió reformulaciones significativas que forman parte fundamental de un nuevo proyecto de investigación.

Melina Piglia (UNMdP- CONICET), *Automóviles, Turismo y carreteras como problemas públicos: los clubes de automovilistas y la configuración de las políticas turísticas y viales en la Argentina (1918-1943)*. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009. Directora: Anahí Ballent.

La tesis se nutre tres campos de indagación histórica y de debate historiográfico que han ido recibiendo creciente atención en las últimas décadas. En primer lugar, los debates en torno a la noción de sociedad civil y a la relación entre sociedad civil y Estado; en segundo término, los estudios que han analizado desde una perspectiva cultural, social y económica el consumo de automóviles y el desarrollo de una cultura del automóvil y de la movilidad; en tercer lugar, los trabajos que, desde perspectivas y disciplinas diferentes, han indagado sobre el tema del turismo como fenómeno social, cultural, político y económico.

Estas cuestiones son estudiadas a partir de una entrada particular: el análisis de las intervenciones públicas y de la articulación con el Estado de los dos clubes de automovilistas más importantes de

Latinoamérica, el Automóvil Club Argentino (ACA) y el Touring Club Argentino (TCA), durante el período de entreguerras.

Ambos clubes fueron fundados a principios del siglo XX por miembros de la elite porteña interesados por los deportes y los transportes modernos, especialmente los automotores, que se difundían rápidamente en el país. Fueron inicialmente instituciones complementarias, el ACA destinado a la sociabilidad de los amantes de los automóviles residentes en la ciudad de Buenos Aires y el TCA a la acción pública nacional en materia de vialidad.

Los procesos de democratización política de las primeras décadas del siglo XX y el ascenso del radicalismo hicieron que una parte importante de las elites sociales perdieran el acceso directo a las políticas públicas; estos grupos buscaron entonces en las organizaciones de la sociedad civil una plataforma alternativa desde la cual influir sobre las decisiones estatales. El desarrollo del ACA y el TCA fueron parte de este proceso, que los condujo a modificar sus perfiles institucionales y a darle mayor precisión a sus ideas, objetivos y estrategias de intervención pública. Además, al menos en lo relativo a la cuestión de la vialidad y hasta cierto punto, del turismo, parece haber tomado cuerpo en los años veinte un creciente consenso en torno a la necesidad de incorporación de los intereses particulares al proceso de toma de decisiones estatal, consenso que los clubes estudiados contribuyeron a construir, al mismo tiempo que se beneficiaban de él.

En ese marco, y en el contexto de los cambios económicos, sociales y culturales de la primera posguerra, el TCA y el ACA se lanzaron a la militancia pública a favor de la difusión del automóvil y de la mejora de la vialidad primero y de la difusión y organización del turismo nacional, algo más tarde. Ambos clubes contribuyeron de modo decisivo a presentar a estas cuestiones como problemas públicos y a configurar el debate y el repertorio de soluciones aceptables respecto de ellos. Su militancia tuvo perfiles muy diferentes: el TCA se legitimó como un club de ciudadanos interesados en el bien común, buscando generar consensos amplios a través de la organización de congresos y federaciones viales y turísticas que superaban la escala nacional para comprender a la región sudamericana; el ACA, en cambio, se acercó a los importadores de automóviles y se legitimó a través de una acción pública en nombre de los automovilistas y orientada hacia la cooperación práctica con el Estado, el desarrollo del deporte automovilístico y la prestación de servicios a los socios. Por otro lado ambos clubes, pero en especial el ACA, colaboraron, de modo concreto y decisivo, en la difusión de novedosas prácticas turísticas, deportivas y recreativas (el automovilismo, el turismo en automóvil, el camping), en la emergencia de nuevos lugares turísticos y en la construcción material y simbólica de algunos caminos. A lo largo de este proceso, las dos instituciones adquirieron un tamaño sin precedentes en Latinoamérica.

En la primera mitad de la década del treinta el Estado emprendió de manera decidida la construcción de la red vial nacional; poco después, el turismo comenzó a ser objeto de políticas estatales. Ambos tipos de políticas se apoyaron en las coordinadas en las que esas problemáticas habían sido definidas en los años veinte, en buena medida por parte de los clubes analizados, y se canalizaron a través de la creación de organismos estatales mixtos que incluyeron al ACA o al TCA. La articulación con el Estado fue máxima en el caso del ACA: formó parte del directorio de la Dirección Nacional de Vialidad (1932), de la Dirección de Parques Nacionales (1934), y de los varios intentos de crear un organismo estatal encargado de la política turística; y en 1936 firmó un muy beneficioso convenio con YPF, que le permitió, en cinco años, poblar de estaciones de servicio y sedes el centro y norte del país. Consideramos que este éxito radicó en la capacidad del ACA para construirse como representante de los automovilistas y en su popularidad, ambos elementos relacionados con una estrategia de expansión del club basada en el incremento de los servicios a los socios, la promoción del automovilismo y la colaboración práctica con el Estado. El TCA, en cambio, se presentaba como un club de ciudadanos interesados en el bien común y su estrategia apuntaba a generar consensos amplios en torno de los problemas en debate, lo que

lo transformó en una institución difícil de identificar claramente como representante de un interés particular concreto (de un sector) por parte del Estado y por lo tanto de incorporar a los nuevos organismos estatales. La influencia pública del TCA fue en consecuencia eclipsándose a lo largo de los años treinta, aunque conservó, hasta 1943, algún peso en materia de turismo.

El análisis de la trayectoria del ACA y del TCA permite pensar el panorama de las asociaciones por fuera de una dicotomía, a veces presente en la bibliografía, que o bien ve corporaciones económicas (egoístas) o bien asociaciones voluntarias de ciudadanos. Se revela en cambio el panorama de una sociedad civil articulada en un tejido crecientemente denso de asociaciones de distinto tipo, desde las corporaciones económicas en un sentido estricto, hasta las asociaciones voluntarias identificadas con la acción civil en favor de una causa considerada de “bien común” (como el TCA) o la identificación con intereses sectoriales no estrictamente corporativos (como es el caso del ACA). Las asociaciones se articulaban entre sí a través del establecimiento de alianzas más o menos transitorias, en función de intereses comunes. Así, el ACA y los importadores de automóviles tuvieron una sólida y mutuamente beneficiosa alianza durante toda la década del veinte, sin que eso transformara al ACA en una “corporación” o una mera extensión de la Asociación de Importadores de Automóviles y Anexos. El ejemplo muestra cómo las asociaciones civiles podían funcionar, en parte, para generalizar intereses sectoriales, ampliando la representatividad de sus demandas.

El análisis de las dirigencias de ambos clubes da cuenta además de cómo los actores individuales de esta red de asociaciones podían (y solían) pertenecer a más de una asociación a la vez y, en algún caso, también eran miembros activos de partidos políticos o funcionarios estatales, lo que les permitía elaborar estrategias más eficientes para promover sus intereses personales y los intereses colectivos frente al Estado y a la opinión pública (y a la vez fortalecía a las asociaciones). Esto plantea la cuestión de si el fortalecimiento de las asociaciones y de su influencia pública se debió, además de a la pérdida de influencia directa sobre las políticas tras el ascenso radical o a las dificultades del sistema de partidos, a la articulación de esa forma de representación de intereses con los partidos y el Parlamento.

Finalmente, el análisis de la articulación de estas instituciones con el Estado, y de los organismos mixtos de que participaron, matiza las tesis que afirman la existencia de un proceso de “colonización” del Estado por parte de los intereses particulares en los años treinta, mostrando que, al menos en lo que hace a la vialidad, al turismo y, hasta cierto punto, a la política petrolera, nos encontramos frente a un Estado que incluye a los intereses pero de modo subordinado, reservándose el rol directriz. Esto no implica negar la existencia de avances significativos de los intereses particulares por sobre la potestad estatal en otras áreas del Estado, pero previene contra una caracterización monolítica y sin matices al respecto.

María Mercedes Prol (UNR- UNER), *El Estado nacional y la provincia de Santa Fe, 1943 – 1955: Peronismo, ingeniería institucional y partido político. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2009. Director: Luis Alberto Romero.*

Esta tesis aborda la conformación del régimen político del primer peronismo y su funcionamiento en el ámbito nacional y en la provincia de Santa Fe, entre los años 1943 y 1955. Trata las transformaciones de la ingeniería institucional del Poder Ejecutivo de la Nación, y las relaciones políticas que las elites estatales peronistas entablaron en aquel período con los sucesivos gobiernos de Santa Fe y con el Partido Peronista, en ambas jurisdicciones.

En la tesis se sostiene que las modificaciones en la estructura organizativa del Partido Peronista y la competencia de sus elencos por posiciones de liderazgo, adquieren mayor inteligibilidad si son analizadas dentro de un marco que incluya los vínculos que los

dirigentes santafesinos de la mencionada agrupación mantuvieron con las instituciones que compusieron el régimen político de gobierno. Luego del triunfo electoral que obtuvo la coalición peronista en febrero de 1946, los elencos gubernamentales del Poder Legislativo de la Nación y los de las legislaturas provinciales tuvieron injerencia en la formación de la nueva agrupación y en la solución de los conflictos políticos. También la tuvieron algunos funcionarios del Poder Ejecutivo de la Nación, aunque éstos, excepto el presidente de la Nación, no alcanzaron funciones formales dentro de la estructura partidaria.

En esta dirección, se recupera esta imbricación y sus interacciones recíprocas y se estudian dos dimensiones del ejercicio de la política. Una corresponde a la esfera gubernamental, y al orden político-institucional. Se resaltan los límites del Poder Ejecutivo en sus pretensiones de ser el eje central del juego político. Y se destacan las fisuras en los intentos de propiciar un ordenamiento jurídico sobre determinadas prácticas institucionales, tanto gubernamentales como societales. A tal efecto se observan las ideas que inspiraron, durante la revolución del '43 y el primer peronismo, el diseño de las carteras del Estado nacional involucradas directa o indirectamente con el ejercicio de la representación política, la participación y la movilización, los instrumentos institucionales, y las relaciones que sus elencos mantuvieron con los sucesivos gobiernos de Santa Fe. La otra dimensión aludida corresponde a los espacios de sociabilidad generados por los promotores del peronismo en 1945, luego a la acción del Partido Único de la Revolución Nacional y del Partido Peronista. *Sociabilidad* remite aquí a las asociaciones voluntarias que los individuos constituyen para la lucha política. Entre las mismas son más conocidas las prácticas sindicales y menos las emprendidas por las asociaciones informales. En este sentido se reconstruye la labor desarrollada por los distribuidores de propaganda de la Dirección de Propaganda del Estado en el sur de Santa Fe, en la coyuntura de emergencia del peronismo. Estos, para captar adherentes, penetraron en ámbitos cotidianos y en un universo social heterogéneo, policlasista. El estudio de la sociabilidad deja ver la forma en que lo político-institucional-estatal entró en las costumbres de los individuos y los significados particulares que adquirió. Muestra además la pluralidad de mediaciones (con raíces ideológicas, socioculturales y afinidades puramente personales) que condicionan la formación de identidades políticas. Las redes de sociabilidad que tendieron los obreros y los distribuidores de propaganda convergieron en el Partido Laborista y luego en el Partido Peronista.

Los datos relevados indican que una vez superados los conflictos internos, reglas formales e informales, estabilidad (rutinización) y flexibilidad fueron rasgos coexistentes en el Partido Peronista. La informalidad no constituyó una cualidad permanente en la configuración de la estructura de base de la agrupación, tal como lo han señalado investigaciones anteriores. Asimismo algunos procedimientos de toma de decisiones sobrevivieron a lo largo de las etapas de desarrollo y otros se transformaron. La intervención del nivel intermedio del partido fue una práctica estatuida y persistente desde el año 1948, aceptada por los agentes involucrados, y las elecciones de las comisiones directivas de las unidades básicas también. Los cambios en los procedimientos del partido (y la continuidad de otros) pueden atribuirse a los desafíos que provenían de la heterogeneidad de los grupos y los actores que integraron el peronismo, y a la interacción de sus diversas matrices organizativas. Esas matrices estaban ligadas a las estructuras sindicales. La relación partido/sindicatos/agrupaciones sindicales no permaneció igual durante todo el período histórico abordado. Fue un elemento de inestabilidad, pero no por ausencia de reglas que pautaran sus relaciones -por el contrario, su vínculo estuvo desde el vamos estatuido-, sino por los conflictos que enfrentaron en su interior los propios dirigentes sindicales que los obligó a establecer alianzas con los cuadros políticos. La imbricación del partido con las agrupaciones sindicales se diluyó cuando los dirigentes de la CGT decidieron y lograron controlar directamente a las bases sindicales que permanecían en él. En este sentido, la corporativización de la política afectó al propio PP.

La tesis está conformada por siete capítulos que refieren a las distintas etapas que constituyen el objeto de estudio enunciado más arriba. El capítulo uno describe brevemente las características de la política santafesina durante la segunda mitad de los años treinta. Refiere a los conflictos sociales, a las agencias del Estado provincial implicadas en la resolución de los mismos, a las relaciones tendidas entre el ámbito sindical y el político, y al comportamiento de los partidos políticos en la arena electoral. Esta breve síntesis tiene por objeto observar el conjunto de cambios estatales, societales y políticos que introdujo en la provincia la revolución de junio de 1943 y, posteriormente, la irrupción del peronismo. El capítulo dos se traslada al ámbito nacional y aborda la creación de nuevas dependencias estatales en el seno del Poder Ejecutivo de la Nación, durante las distintas fases de la revolución de junio de 1943. Entre tales carteras se destacaron las ya mencionadas Secretaría de la Presidencia, la Subsecretaría de Informaciones y Prensa, la Secretaría de Trabajo y Previsión y el Consejo Nacional de Posguerra. Las mismas se ramificaron en las provincias y penetraron en las estructuras locales de poder político.

El capítulo tres retorna al orden provincial, y describe las tensiones ideológico-políticas y sociales desatadas durante la intervención federal entre los años 1943 y 1946: el conflicto ideológico surgido en el interregno de los interventores alineados con la fracción nacionalista e integrista del ejército; el debate en torno de la cuestión municipal; el conflicto social originado a mediados de 1945, los actores involucrados y su inserción en el campo político. El capítulo cuatro se instala también en el escenario provincial y reconstruye la campaña proselitista a favor de Perón armada clandestinamente por los funcionarios de la Dirección de Propaganda del Estado en el sur de la provincia de Santa Fe, en el transcurso del año 1945. Se reconstruye la red de propaganda y los espacios de sociabilidad a partir de la prensa diaria y el archivo privado de uno de los distribuidores de propaganda de la Dirección de Propaganda del Estado, perteneciente al departamento Caseros.

El capítulo cinco trata la metamorfosis que sufrieron las agencias estatales y la formación del Partido Peronista, entre junio de 1946 y febrero-marzo de 1949, momento en que se produjo la reforma de la Constitución Nacional y, al mismo tiempo, la intervención federal a Santa Fe. Retomamos la intersección entre la jurisdicción nacional y la provincial para observar cómo Perón y sus secretarios más cercanos buscaron, a través de distintos instrumentos institucionales, formales e informales, dirimir los conflictos suscitados en el Poder Ejecutivo y en las Cámaras Legislativas de esta provincia. Se describen además los conflictos desatados dentro de las fuerzas que confluyeron en la alianza pro peronista, que se manifestaron en diferentes espacios institucionales del gobierno y en el Partido Peronista del distrito.

El capítulo seis aborda las características del gobierno provincial (Poder Ejecutivo y Legislativo), entre mayo de 1949, cuando se sustanció la elección del nuevo gobernador, Juan Caesar, y las elecciones nacionales celebradas en noviembre de 1951, en las que Perón fue reelecto presidente de la Nación. Junto a ello describe el funcionamiento del Partido Peronista, que se hallaba intervenido y, en ese marco, delinea las modificaciones en la estructura de base de la agrupación. Y, por último, el capítulo siete traza los instrumentos a través de los cuales el gobierno nacional pretendió construir un nuevo tipo de relaciones políticas con las provincias, entre junio de 1952 y la caída de Perón en septiembre de 1955. Reconstruye cómo operó en esta etapa la articulación entre gobierno y movimiento político, el lugar del Partido Peronista, su dinámica y las relaciones de poder entabladas con la CGT.

Nicolás Quiroga (UNMdP- CONICET), *La dimensión local del Partido Peronista. Las unidades básicas durante el primer peronismo, Mar del Plata (1946-1955). Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata, 2010. Director: Fernando J. Devoto; co-director: Julio César Melon Pirro.*

La tesis trata sobre la dimensión local del Partido Peronista, de sus instituciones más pequeñas, entre 1945 y 1955. Las unidades básicas son estudiadas en el cruce de la arquitectura partidaria y de sus prácticas a ras de suelo, y en el establecido entre las demandas que el partido madre concibió para ellas y las que sus integrantes y los grupos que representaban construyeron desde el ejercicio concreto de la acción política. La tesis intenta un enfoque sobre esas cuatros puntas (reglamentos y prácticas; articulación vertical y articulación horizontal) para conjurar los riesgos de recorrer los discursos de las dirigencias sobre las unidades básicas; los de contar anécdotas pueblerinas; los de concebir a estas instituciones demasiado lejos de otras del mismo nivel pero de otros partidos políticos; los de hacer de las prácticas en las arenas locales un mundo de esencias “democráticas”...

Ensayo así una tesis con dos secciones imbricadas. Por un lado, la que trata sobre la dimensión partidaria de las básicas. En esa sección hay un capítulo sobre la provincia de Buenos Aires, los reglamentos partidarios y su “aplicación” en el distrito. Allí, el “mercantismo” logró aplicar el modelo de organización partidaria previsto en la carta orgánica de 1947 (que asignaba un lugar muy importante al nivel local en lo que respecta a la selección de candidatos).

Se perciben en ese capítulo también las diferencias entre el reglamento de 1947 y el de 1954. Este último fue particularmente centralizador, concentrador y despolitizante; y en la provincia de Buenos Aires sólo se intentó extender entre 1953 y 1955 aproximadamente (ya que hubo directivas partidarias que lo prefiguraron desde fines de 1952). Una de las cuestiones más importantes de la comparación entre esos dos reglamentos es que las unidades básicas son habilitadas a surgir por iniciativa popular en el primero (modelo faccional), y el segundo sólo habilita unas pocas y los simpatizantes sólo pueden acercarse a la básica más cercana a su domicilio (modelo territorial).

La primera sección se cierra con un largo capítulo sobre el caso marplatense. A grandes rasgos lo que advierto aquí es que el partido monolítico y verticalista, observado desde la dimensión local, está lejos de poder verificarse. Se advierten ritmos diferentes en las distintas escalas, proyectos en pugna, fricción por definir el lugar de lo político en la vida interna del peronismo. Las elites peronistas y el propio Perón, por un lado, con un impulso organizador y disciplinante. El “mercantismo”, por otro lado, y su concreción de un escenario abierto que activó a los peronistas, e hizo que las básicas intensificaran su actividad hasta por lo menos 1951. A nivel local revisitamos a un nutrido conjunto de grupos peronistas que trató de satisfacer sus demandas y expectativas a través de la negociación, en los intersticios de una tendencia centralizadora y la experiencia bajo condiciones abiertas en la provincia.

En la segunda sección, “articulación horizontal”, indago sobre los modos en que el peronismo intentó “activar” a la comunidad: figuras de la prensa partidaria –en especial las variaciones sobre la noción de “justicia social” encarnadas en el pago–, sindicatos, juntas vecinales y teorías conspirativas alrededor del consumo (representadas por siluetas como el carnicero, el hotelero o el lechero agiotista). Además de reflexionar sobre la capilaridad de las pequeñas instituciones del peronismo, repensamos en ese capítulo los límites de esas vinculaciones, en tanto los sindicatos y las sociedades de fomento no se ligaban a las básicas sino con fricciones y sólo en determinados momentos (las agrupaciones parapartidarias y las filoperonistas hicieron aún más complejo el panorama).

Finalmente en las conclusiones vuelvo sobre la idea que postula que entre 1945 y 1955, la institución celular del peronismo fue

pensada como parte de diversas e incluso antagónicas arquitecturas partidarias. Algunos la concibieron como forma organizativa de clase (las unidades básicas gremiales, por ejemplo, heredadas del Partido Laborista), otros como centro de civilidad o nodo fundamental en el sistema inmunológico del peronismo (Perón y los dirigentes de niveles más altos en el partido, desde fecha muy temprana). En los intersticios de esa tensión, las básicas fueron centros que ampliaron la capilaridad del peronismo al entretener el liderazgo de Perón, los programas del partido madre y las demandas de origen local (expresadas por medio de una miríada de instituciones como las vecinales, las agrupaciones gremiales, políticas, los ateneos, las bibliotecas, entre otras).

A la salida del decenio, Perón formuló lo que más tarde será un lugar común dentro del peronismo: cada casa de un peronista debe ser una unidad básica. Pero hasta ese momento, la estrategia de las elites peronistas fue precisamente la de evitar que eso sucediera.

Paula Seiguer, *La Iglesia Anglicana en la Argentina y la colectividad inglesa. Identidad y estrategias misionales, 1869-1930. Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, Año 2009. Directora: Lilia Ana Bertoni.*

La tesis se propone el estudio de las actividades y la organización de la Iglesia Anglicana en la Argentina, junto al análisis de su peculiar relación con la colectividad británica. Proporciona así una perspectiva sobre un universo prácticamente ignorado por la bibliografía académica: el de las iglesias del llamado protestantismo histórico, que crearon por primera vez un campo religioso más plural.

El cruce entre religión e inmigración ha probado ya su fertilidad historiográfica. Sin embargo, los trabajos que se han ocupado de la identidad religiosa de los inmigrantes se han centrado casi exclusivamente en el ámbito católico, ignorando a los credos minoritarios que venían a matizar su supremacía o relegándolos al rol de mero trasplante cultural sin mayor arraigo en nuestro país y de importancia sólo por razones afectivas para los miembros de cierta comunidad nacional. Esta tesis postula que esta posición debe ser revisada, por cuanto la relación entre el protestantismo y la inmigración resulta bastante más compleja de lo que podría suponerse a simple vista. Muchos de los protestantes del período considerado habían nacido en la Argentina y eran hijos o nietos de inmigrantes. Pero, más interesante aún, otros eran inmigrantes que provenían de países que no tenían una tradición protestante, italianos o españoles, y se habían convertido al protestantismo en nuestro país.

Ante este fenómeno, la bibliografía especializada ha tendido a clasificar a las iglesias protestantes en iglesias inmigratorias o “de trasplante” (directamente relacionadas con comunidades que las “trajeron consigo”) y en iglesias conversionistas o “de injerto” (pequeños grupos de misioneros financiados desde el exterior que pretendían realizar conversos para arraigar su iglesia en la Argentina). Esta distinción ha sido repetida con frecuencia, en particular a partir del reconocido trabajo pionero de Waldo Luis Villalpando (ed.), Christian Lalive D’Epinay y Dwain C. Epps, *Las iglesias del trasplante. Protestantismo de inmigración en la Argentina*, publicado por el Centro de Estudios Cristianos en 1970.

Dentro de este esquema, la Iglesia Anglicana ha aparecido como el modelo arquetípico de la iglesia de trasplante. Sin embargo, esta tesis sostiene que aquella imagen es el resultado de la repetición de un discurso generado en el interior de la propia iglesia, discurso que no se condice con las prácticas efectivamente llevadas a cabo por ella, y cuyo origen y sentido constituye una de las preguntas que recorren la tesis y que ésta aspira a responder. En efecto, la distinción entre iglesias de trasplante y de injerto emerge de una naturalización de la identidad religiosa de la Argentina como católica, que relega rápidamente al protestantismo a la categoría de lo ajeno, o lo externo. Ese esquema argentino=católico y protestante=extranjero (en el caso específico de la tesis inglés=anglicano), además de ser

promovido por la Iglesia Católica, resultó funcional a una peculiar forma de integración al país receptor de ciertas comunidades, que optaron por considerarse esencial e irreductiblemente extranjeras, e hicieron de la religión uno de los pilares de esta frontera cultural que aspiraban a trazar entre el “nosotros” colectivo y el “ellos” argentino.

El caso anglicano nos muestra claramente que esa homogeneidad postulada en el “nosotros” idealizado resulta tan ficticia como la posibilidad de permanecer en absoluto aislamiento cultural preservando *ad eternum* la nacionalidad “de origen”. Ciertos sectores de la Iglesia Anglicana se dedicaron afanosamente a hacer conversos, tanto entre los indígenas del extremo sur, en Tierra del Fuego y la Patagonia, como entre los del extremo norte, en Jujuy, Formosa y el Chaco, como entre los inmigrantes y sectores más pobres de las grandes ciudades de Buenos Aires y Rosario. Lejos de tratarse de una institución monolítica cuya misión estuviera claramente definida, esta tesis pretende mostrar que la Iglesia fue el campo de debates y tensiones de diversos grupos, que pretendieron darle usos distintos, que iban desde la reproducción de la pequeña colectividad inglesa de alguna ciudad o pueblo, a la vinculación con los ideales del Imperio Británico y el deber religioso de “la carga del hombre blanco”, o a la misión universal de salvar las almas de quienes no eran “verdaderos” creyentes. Postula entonces que la definición hacia el exterior como una iglesia “de trasplante” (de forma similar a como probablemente debe haber sucedido también en el caso de muchas iglesias “de injerto”) responde al resultado de una lucha por el poder al interior de la institución, en la que se construyó la capacidad de hablar en nombre de ella, por sobre las otras posturas.

Además, y como resultado de los postulados anteriores, la tesis sostiene que debe desnaturalizarse la identidad religiosa de los inmigrantes, y cuestionarse los motivos y formas que adquirió la adhesión de algunos de ellos al protestantismo. El caso anglicano viene a mostrar que era posible ser anglicano e inglés, pero que también se podía ser anglicano y argentino, anglicano e italiano o incluso anglicano y yamana, toba, o lengua. La tesis pretende mostrar también que era posible haber nacido inglés y encontrar en la identidad protestante tanto una vía para seguir siéndolo como una forma de afirmarse como argentino.

El período planteado para el estudio es aquel de la expansión del protestantismo histórico en la Argentina. La tesis plantea que han sido esencialmente los ritmos propios de la historia argentina (marcada ella misma, claro está, por el contexto político-económico mundial) los que han determinado el proceso de expansión-contracción y los límites al protestantismo histórico, y más específicamente al anglicanismo. Se distancia así de quienes han postulado el desarrollo de estas iglesias como algo ajeno o foráneo al devenir general de la Argentina, planteando a las comunidades protestantes como grupos aislados, de poco arraigo en el país, dependientes exclusivamente de las decisiones y fondos que llegaban desde el exterior. Esta visión (compartida por algunos protestantes) subestima la inserción de éstos entre la población, y la importancia de las coyunturas políticas y económicas de la historia argentina a la hora de determinar por qué en determinado momento fue posible que aparecieran numerosas denominaciones reformadas y se extendieran por las grandes ciudades y el interior del país, y por qué luego de unos sesenta años de expansión, en algunos casos extremadamente combativa, se resignaron en la década de 1930 a jugar un papel de minoría religiosa de bajo perfil. La tesis postula la importancia de los vínculos políticos de los protestantes más combativos y conversionistas tanto dentro como fuera de la Iglesia Anglicana con algunos miembros de la élite política de las últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX. La construcción de un Estado laico y el respeto a una constitución que garantizaba la libertad de cultos fueron elementos clave en la agenda de los líderes protestantes, y los llevaron a entablar relaciones con importantes nombres de la política local. Estos intereses en común aseguraron a los protestantes simpatía y protección frente a los ataques de la Iglesia Católica, e incluso subsidios para algunas de las numerosas e influyentes escuelas reformadas, particularmente

para las fundadas por el anglicano William C. Morris. Los marcos legales construidos en las últimas décadas del siglo XIX permitieron su inclusión dentro de un ideal de nación basado en la ciudadanía política como criterio de definición del argentino, con garantías de libertad de conciencia. Sin embargo, esta tesis, en contra de buena parte de la bibliografía especializada (particularmente la más influida por los escritos de Jean-Pierre Bastian), sostiene que no es posible definir a las sociedades protestantes como meras sociedades de ideas liberales. Por el contrario, se ocupa de rescatar su dimensión religiosa, partiendo de la exploración de la riqueza del imaginario de los actores para explicar cómo aquel definió sus formas de acción. En este sentido, busca reconstruir y rescatar no sólo las prácticas, sino el universo de creencias que movilizaba a los protestantes más combativos y a los conversos, y también aquel que volvía a la preservación de lo nacional un deber religioso. Se pregunta por cómo los misioneros concebían la tarea que realizaban entre los indígenas, y por los debates e incomodidades que trajo la organización de una diócesis que incluía elementos y realidades muy diversos en un contexto en donde los anglicanos constituían una minoría religiosa.

La tesis también explora los variables vínculos organizativos, culturales y económicos que unían a la Iglesia Anglicana de la Argentina con la Iglesia de Inglaterra y con la Comunión Anglicana a nivel mundial. Esta reconstrucción permite situar a la institución y a sus protagonistas en un contexto más amplio que el argentino, el de la expansión protestante de los siglos XIX y XX, y de los debates y problemas que ésta implicó. De esta manera, la Iglesia Anglicana emerge como un entramado complejo de relaciones y de representaciones, un nudo desde el cual es posible una mirada distinta no sólo sobre la inmigración masiva que tan central resultó en la historia de nuestro país, sino sobre la densidad de los vínculos entre la Argentina y el mundo, y sobre la complejidad de la sociedad argentina de aquella época.

La tesis se compone de una introducción, seis capítulos y conclusiones, y propone un recorrido temático y cronológico por los principales aspectos de la etapa de expansión de la Iglesia Anglicana en la Argentina, junto con una discusión sobre las razones del fin de este ciclo durante la década de 1920.

Los capítulos 1 y 2 están dedicados a los que son quizás los aspectos menos conocidos de la Iglesia Anglicana, los dedicados a la conversión de indígenas en la Patagonia y Tierra del Fuego, y de sectores populares urbanos en Buenos Aires (donde resultó central la figura de William Morris, eje del capítulo 2). Muestran cómo estos aspectos se articularon tanto con el desarrollo de la estructura formal de la Iglesia, de la cual estaban lejos de ser extraños o ajenos, como con el devenir de otros grupos protestantes locales y con el clima político de la Argentina. Se preocupan también por los ecos que la evangelización protestante produjo en la opinión pública, a través de la descripción del conflicto que suscitó con la Iglesia Católica y del análisis de los dos debates parlamentarios más relevantes en torno a la cuestión.

En la segunda parte, que abarca los capítulos 3 y 4, se da un panorama de esa estructura anglicana formal, se muestran sus mecanismos, su expansión, sus instituciones y sus conflictos, tanto con los fieles locales como con las sociedades con base en Inglaterra, su inserción en la Iglesia Anglicana como comunión de alcance mundial. El protagonista de esta sección de la tesis es el segundo obispo, Edward Every, quien lideró toda la etapa que transcurre entre 1902 y 1916, donde se ve el mayor florecimiento de instituciones, sociabilidades, publicaciones y debates en torno de la Iglesia.

Finalmente, los últimos dos capítulos afrontan el cruce entre Iglesia y nacionalidad, retomando el material de los capítulos anteriores para poner en cuestión esta relación, y reflexionar sobre las diferentes formas de producción de etnicidad que se dieron desde la institución eclesiástica, y el sentido particular de estas prácticas y discursos de recreación de la nacionalidad de origen en el contexto argentino.

En su conjunto, la tesis busca acercar al lector a las posibilidades que abre el análisis de un objeto de investigación (el de las minorías

religiosas) escasamente abordado por la historiografía argentina, que ha marchado en ese sentido a la zaga de otras disciplinas, notoriamente de la sociología y de la antropología. Desde esa perspectiva, la tesis se plantea la intención de abrir antes que de clausurar líneas posibles de búsqueda, y no pretende agotar el objeto, sino ponerlo en discusión y aportar una mirada más a las múltiples posibles que presenta el fenómeno de la compleja constitución de la sociedad argentina en el período de fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

COMENTARIOS CRÍTICOS

POR ISABEL BILHÃO
(UNIVERSIDADE ESTADUAL DE LONDRINA)

A obra aqui resenhada reúne quinze artigos apresentados num seminário internacional homônimo realizado na Universidade Federal do Rio de Janeiro, em 2006, a partir de um esforço conjunto do programa de Pós-Graduação em História dessa Universidade e do Núcleo de Estudos sobre Memórias do Instituto de Desarrollo Económico y Social (Ides), de Buenos Aires.

Na apresentação, as colaboradoras/organizadoras, Elizabeth Jelin e Maria Paula Araujo, destacam a importância do evento, e do livro dele decorrente, tanto por tratar-se de uma discussão candente sobre a história política recente da América Latina, em um momento em que quase todos os países da região procuram consolidar suas democracias e enfrentam, em distintas medidas, problemas relacionados ou decorrentes de seus períodos autoritários, quanto pela sua variedade de enfoques, temas e abordagens.

Na obra reúnem-se trabalhos de pesquisadores de diversas disciplinas, especialmente historiadores, sociólogos, cientistas políticos e antropólogos que, após as discussões e a incorporação em seus textos de algumas problemáticas levantadas ao longo do seminário, permitem traçar um balanço das discussões contemporâneas relacionadas à temática que vêm sendo realizadas em diferentes países. Cabe assinalar, desde logo, que essa é uma das maiores contribuições do livro: possibilitar aos interessados, especialistas ou não, uma aproximação aos diferentes estudos e trocas de informações desenvolvidas e que, seguidamente, ficam restritas ao público acadêmico especializado.

O livro é organizado por temáticas e está dividido em seis partes, cada uma delas contendo dois ou três artigos em português ou castelhano, que procuram traçar



tanto análises comparativas ou contextualizações globais, quanto tratar de problemas específicos dos diferentes países estudados: Brasil, Argentina, Chile, Paraguai, Uruguai e Colômbia, no caso desse último, apenas indiretamente, pois o texto-testemunho de Jaime de Almeida, sobre sua experiência como militante, preso e exilado político, durante o regime civil-militar brasileiro, leva-o a escrever sobre sua trajetória pessoal e acadêmica e sobre os estudos que, com diferentes enfoques e temáticas, vem realizando sobre aquele país.

A primeira parte do livro: *os acervos da ditadura*, contém os textos de Célia Maria Leite Costa, “O direito à informação nos arquivos brasileiros” e de Alfredo Boccia Paz sobre Los ‘Archivos del horror’ del Paraguay. No primeiro caso, a autora traça inicialmente a retrospectiva histórica da construção das noções de direito à privacidade e de direito à informação que vêm, em não raros momentos, sendo contrapostas, em prejuízo do direito público à informação, em seguida a autora analisa o desenvolvimento da legislação, especialmente suas

tensões e contradições no que diz respeito à política de acesso à documentação produzida ao longo do período autoritário brasileiro. No segundo capítulo, Boccia Paz trata da descoberta, em dezembro de 1992, de uma enorme quantidade de documentos produzidos durante o governo Stroessner e que originaram o acervo dos *Archivos del horror*. Além de discutir a importância política, histórica e acadêmica da descoberta e liberação da consulta a esses arquivos, o texto contém um sumário dos documentos neles disponíveis e fotografias registrando a ação da justiça e a mobilização da sociedade civil na sua proteção e guarda, além de algumas imagens dos próprios documentos.

Na segunda parte, intitulada *Golpes e ditaduras na América Latina*, Carlos Fico, analisa o papel do governo dos Estados Unidos no golpe brasileiro, em 1964; Alberto Aggio, em “O Chile de Allende: entre a derrota e o fracasso”, discute as distintas interpretações da via socialista da “experiência chilena” e apresenta as tensões e contradições existentes entre a Unidade Popular e as demais facções de esquerda existentes naquele país. No capítulo “La historiografía blanca sobre el pasado reciente: entre el testimonio y la historia”, Diego Sempol, escreve sobre as disputas pela memória do período militar uruguaio especialmente a partir da recente publicação de obras de autores envolvidos com o Partido Blanco e/ou com o regime.

Na terceira parte, o livro trata da repressão e da violência e, sintomaticamente, apresenta o maior número de capítulos: quatro. O primeiro, de Celso Castro, trata das disputas de memória em torno do esvaziamento das comemorações da “revolução” de 1964 e apresenta, com base em entrevistas realizadas em trabalhos anteriores, uma

apreciação sobre o sentimento de desprestígio que, ao longo do tempo, a corporação militar brasileira vem verbalizando. Enrique Serra Padrós, opta por realizar uma análise comparativa sobre o alcance e as peculiaridades da Doutrina de Segurança Nacional e sobre o terror de Estado nos diferentes regimes autoritários da região. Ludmila da Silva Catela, discute três níveis de memórias relacionadas à violência política e à ditadura na Argentina: as memórias dominantes, as subterrâneas e as denegadas, pensando-as tanto em relação à sua apropriação/apresentação pelo Estado e pelos grupos politicamente mais representativos, quanto por aqueles que se encontram a margem do centro político e geográfico do país. Priscila Antunes também opta por uma perspectiva comparada e discute os distintos contextos, formas e alcances da institucionalização dos serviços de informações na Argentina, no Brasil e no Chile ao longo de seus regimes autoritários.

Na quarta parte, intitulada *Movimentos de resistência e oposição*, Maria Paula Araujo trata das organizações de esquerda, juventude e radicalidade, analisando-as em diferentes países, como Venezuela, Nicarágua, Uruguai, Brasil, Guatemala, Argentina, Peru, ao longo dos anos 1960-70. Marieta de Moraes Ferreira e Alexandre Fortes escrevem o capítulo “Memórias do PT: as vozes de seus construtores”, com base em um acervo de entrevistas resultante de uma parceria entre a Fundação Perseu Abramo e o CPDOC da Fundação Getúlio Vargas, discutindo os desafios de se fazer, ao mesmo tempo, um trabalho institucional e acadêmico; apresentando algumas possibilidades de análises de entrevistas feitas com fundadores do

partido.

Na quinta parte, *Processos de redemocratização*, encontram-se os capítulos “Entre o Brasil e a Colômbia, uma experiência pessoal”, de Jaime de Almeida, já referido anteriormente e “Densidade democrática e instabilidade na redemocratização latino-americana”, de Maria Celina D’Araujo, nele a autora apresenta dados relacionados ao crescimento da institucionalização da democracia política na região e discute as limitações e desafios à sua ampliação ao campo econômico e social, bem como analisa as expectativas internacionais sobre os governos latino americanos.

Na sexta parte, *Direitos humanos e comissões de justiça e verdade*, o capítulo “La justicia después del juicio” de Elizabeth Jelin, trata do desenvolvimento e das repercussões desencadeadas pelo processo de julgamento dos líderes militares argentinos no período imediatamente pós-ditatorial, de seu abrandamento durante o governo Menem e sua retomada ao final dos anos 1990, bem como da importância do poder judiciário na revogação da legislação que impedia o prosseguimento da apuração de crimes do regime, como a *Ley de Punto Final*. Samantha Viz Quadrat analisa, no último capítulo, a emergência do tema dos direitos humanos na América Latina, observando-a tanto a partir da atuação das agências internacionais, ao longo dos regimes autoritários, quanto em suas peculiaridades, em diferentes países, após a redemocratização.

Para terminar, cabe dizer que a obra recompensa os esforços empreendidos por pessoas e instituições envolvidos em sua consecução, pois aprofunda uma salutar tendência ao diálogo interdisciplinar e a circulação de

informações, problemas de pesquisas e opções teórico-metodológicas entre pesquisadores que, cada vez mais, ultrapassam as fronteiras nacionais, sendo de grande interesse tanto ao público acadêmico especializado, quanto aos futuros profissionais e também para aqueles leitores que buscam conhecimentos sobre o passado recente da região. Cabendo nesse tópico apontar que, para uma próxima edição, que muito provavelmente ocorrerá, seria conveniente padronizar a apresentação de todos os autores, da forma como foi feita com os organizadores, permitindo que o leitor se intere de imediato tanto da formação quanto da filiação institucional de cada um dos colaboradores e proceder uma revisão mais acurada de pequenos erros de digitação e normatização que, no entanto, não chegam a comprometer o resultado do trabalho.

POR GABRIEL PALUMBO
(UBA)

Discutir Alfonsín es un libro interesante y que merece ser leído. Es el resultado de una Jornada de reflexión en la Universidad Di Tella, y tal vez por su propia formulación y acaso por su propio objeto, se resiste a ser entendido como un texto único. Reúne pareceres distintos, enfoques teóricos diversos que ayudan a comprender la complejidad del fenómeno Alfonsín y, a la vez, la del trabajo de los científicos sociales. En este sentido la compilación que tuvieron a cargo Gargarella, Murillo y Pecheny aparece como un excelente reflejo del estado actual del desarrollo de la Ciencia Política y la Sociología.

El libro se divide en tres secciones. En la primera de ellas, los textos de Roberto Gargarella, Marcos Novaro y Gerardo Aboy Carlés contienen un temperamento marcadamente teórico y promueven la problematización del período desde una perspectiva crítica. Esta trilogía de textos se sostiene a sí misma como el apartado del libro con mayor dotación conceptual alrededor del período alfonsinista.

Un segundo corpus es el que está formado por el examen de la actuación particular de determinados actores y los resultados de los vínculos entre la política de Alfonsín y distintos intereses sectoriales. Aquí, los estudios que realizan Mario Pecheny, Gabriel Kessler, Jorge Battaglini y María Victoria Murillo estudian las corporaciones, sus actitudes culturales y simbólicas en relación con el Gobierno de Alfonsín.

Un último segmento, exclusivo del texto de Gabriela Delamata, explora un estudio de caso, intentando dotar de un tono local a la experiencia del alfonsinismo.

El libro abre con un ensayo de Roberto Gargarella en el que el jurista y sociólogo reafirma la inscripción del ideario democrático en la tradición liberal. El ensayo intenta asimilar la tragedia del gobierno de Alfonsín con la tragedia del liberalismo argentino. Con el pretexto de hablar de los derechos en democracia Gargarella explica esa suerte de sendero al parecer ineluctable que gira en torno a la reconservadurización de los procesos de incipiente liberalismo en la Argentina. Más allá de listar los derechos consagrados por el alfonsinismo, lo más sugerente del trabajo de Gargarella es que problematiza la cuestión desde un componente distintivo caracterizando la construcción de este plexo de derechos como enunciados y

practicados “desde arriba”. Esto, que podría explicarse de algún modo por la propia naturaleza restaurativa del nuevo gobierno, no dejó de tener complicaciones al momento de sostener en el tiempo esos derechos. El mérito adicional del texto de Gargarella reside en su recuperación del carácter docente de la experiencia política, que se muestra, asumiendo riesgos, como formadora de valores frente a una sociedad en permanente construcción.

El trabajo de Novaro está centrado en las expectativas, en términos de legitimación política, de la política de derechos humanos del gobierno alfonsinista. Desde su perspectiva, estas políticas estaban marcadas de antemano por una suerte de racionalidad republicana que dibujaba a la vez sus limitaciones y sus potencialidades. Este artículo combina el carácter teórico con los datos empíricos, y muestra la relación directa que existía entre el éxito en la política de derechos humanos y el éxito general del gobierno. El ensayo demuestra que más allá de las variables politizables en relación con los derechos humanos, la gestión estuvo marcada por una práctica de “mover y ver” que estaba más influenciada por los rasgos de autonomía personal y de grupos que por una estrategia clara y direccionada. Resulta interesante la postulación del autor alrededor de las siempre presentes críticas hacia Alfonsín en relación con el carácter moderado de su accionar frente a los juicios a los militares. Según Novaro, los problemas surgieron mucho más por la falta de explicitación de una política definida por su rapidez, acotamiento y preeminencia de la voz presidencial que por otro motivo. La idea era cerrar los caminos a la acción colectiva de grupos, actores, de los partidos y del parlamento en una rápida y cerrada jugada en cabeza del propio Presidente. Esto es congruente con la idea misma que Alfonsín tenía del resultado de su política de derechos humanos y del tipo de estado de derecho emergente de una reconciliación que reflejaba un pacto constitucional y normativo entre actores. La apuesta del trabajo es la de contraponer la idea de este pacto regenerativo con la idea del menemismo acerca de la reconciliación, que traía consigo la reivindicación de lo ocurrido durante la dictadura militar.

Según el trabajo de Aboy Carlés, las intenciones fundacionales del alfonsinismo al pretender instaurar la segunda república tras la dictadura no han sido del todo



DISCUTIR ALFONSÍN

roberto gargarella, maría victoria murillo,
mario pecheny (comps.)
catalina smulovitz, marcos novaro,
gabriel kessler, gerardo aboy carlés,
gabriela delamata, jorge battaglini

 siglo veintiuno
editions

desbaratadas por la historia. Varias decisiones se eslabonaban en la intención fundacional de Alfonsín. Por un lado, lograr una reforma constitucional que acercara a la Argentina a ejercicios parlamentaristas, más modernos y eficaces. Por otro lado, la idea rectora en términos de reforma estatal que se coronaba con el traslado de la Capital a Viedma. El último elemento refundacional, el que más interesa a Aboy Carlés, es la reinscripción en otro registro de la narración política de las grandes mayorías populares argentinas. Con el conocido discurso de Parque Norte como texto, la hermenéutica planteada por Aboy rescata los componentes rupturistas de este mensaje con la tradición democrática argentina, incluso con la que pudiera ser solidario el propio Alfonsín. Allí reside entonces el carácter “eficaz” del acto refundacional de Alfonsín. El mismo espíritu de ruptura lo mantendrá Alfonsín en los mensajes de apertura de sesiones en el congreso reforzando la idea de quiebre frente a dos pasados, uno cercano -el de la dictadura- y otro más lejano -el de la política facciosa y hegemónica. Y es aquí donde coloca Aboy el componente más radical de construcción política de la segunda república alfonsinista, en la capacidad de separarse del pasado y encontrar en los rasgos habituales de nuestra democracia (populismos, hegemonismos, incluso una invectiva permanentemente fundacional) las condiciones de una reforma moral que continúa siendo parte de nuestra vida

democrática.

La segunda sección del libro se inaugura con el trabajo de Mario Pecheny, que recorre los interrogantes acerca de las relaciones sociales sexuadas. En este trabajo el autor recurre a las leyes y a las transcripciones de versiones taquigráficas de sesiones en el Congreso Nacional en tiempos del debate sobre la Ley de Divorcio Vincular para establecer la discusión acerca de la gradualidad en la aplicación de los derechos sexuales. Pecheny persigue, para el lector atento, la intención de remarcar las características relaciones existentes entre la política y el cuerpo, entre las valoraciones democráticas y las experiencias de tono personal. Para el autor, las preguntas que vinculan sexualidad con política siguen en valor, se mantienen en el tiempo marcando una suerte de doble estándar moral en el que la implementación de la Ley de divorcio vincular durante el gobierno de Alfonsín aparece como un hito superable.

El ensayo del sociólogo Gabriel Kessler comienza destacando el tono que la discusión sobre seguridad tenía en tiempos de Alfonsín. Al contrario de lo que pasa en el presente, el delito común o la inseguridad no se constituía en un tema de agenda. Más bien, la misma estaba centrada, al menos para el propio gobierno, en lograr la disminución de la injerencia de las fuerzas armadas en temas de seguridad interior. Por otro lado, la mayor preocupación del gobierno fue siempre la desmilitarización de las fuerzas policiales, entendiendo que ése era uno de los mayores peligros para la incipiente democracia. El trabajo expone las limitaciones conceptuales, producto del paradigma epocal, que el alfonsinismo tenía para tratar estos temas en los que a falta de expertos e ideas novedosas era tratado con los elementos a la mano, es decir, una asimilación directa entre seguridad y policía y una percepción acotada de la idea de seguridad en donde las fuerzas represivas aparecían como un único recurso. Las posibilidades de una mirada amplificada del tópico seguridad-inseguridad operaron, a juicio de Kessler, como un obturador importante de las posibilidades de establecer reformas más profundas.

María Victoria Murillo trabaja las relaciones entre los sindicatos y el gobierno de Alfonsín. Asumiendo la complejidad de esta relación, Murillo la expone como una de las representaciones posibles del enfrentamiento abiertamente planteado por Alfonsín entre la legitimidad popular y los poderes corporativos. En ese sentido, observa los vaivenes de la tensión gobierno-sindicatos a través de las modificaciones del favor popular con el gobierno. Alfonsín pudo sostener la potencia constructiva del conflicto con los sindicatos hasta que la legitimidad proveniente de los votos lo dotó de vigorosidad. En cuanto las urnas les fueron esquivas, los intereses corporativos de los sindicatos pudieron cada vez más jaquear las posibilidades de administración

del Alfonsinismo y, además, reafirmaron su carácter de actor relevante al momento de pensar la gobernabilidad democrática. En la tesis de Murillo, las consecuencias de esta suerte de empoderamiento de los sindicatos marcó la forma de acumulación de poder material y simbólico del sindicalismo más allá de la administración Alfonsín. El ensayo termina con una caracterización alrededor de la dinámica múltiple y problemática en términos de legitimación que se genera entre una sociedad de votantes fluctuantes y un poder corporativo más homogéneo, estable y unidireccional. Dinámica ésta que no fue aprehendida por Alfonsín y su gobierno generando retrocesos importantes en sus planteos inicialmente confrontativos en relación con el poder sindical.

El tema que aborda Jorge Battaglino en el último ensayo de esta sección es la relación entre los militares, detentadores del poder hasta hace poco tiempo, y el poder civil legitimado por las urnas. La consigna que animó la política de Alfonsín frente a los militares fue la de ir ganando de a poco y sostenidamente un creciente control civil sobre las fuerzas armadas. Por otro lado, una de las promesas fuertes de la campaña electoral fue la del juzgamiento a lo realizado por las tres fuerzas en relación con los derechos humanos, por lo que el tema militar y su tratamiento exigen una atenta mirada. Battaglino sostiene que el mayor interés de Alfonsín era el de restarle a los militares su condición de actores políticos. Los juicios a los comandantes fue sólo una de las políticas públicas orientadas en ese sentido. Le siguieron una baja sustantiva del presupuesto militar, la búsqueda pacífica de resolución de conflictos limítrofes, la derogación del código militar y la concentración de poder en el ministerio de Defensa coronado por la reglamentación de una ley de defensa que otorgaba al poder civil el peso total de las decisiones. Estas medidas consolidaron una verdadera apuesta a políticas de Estado duraderas que dieron como resultado el hecho de que el poder militar nunca más fuera un problema para el ejercicio democrático en la Argentina. Plantea el autor que a diferencia de otros países de la región, la política militar instaurada por Alfonsín se continuó en otras administraciones y su consecuencia ha sido la eliminación de la injerencia militar en los asuntos de la democracia. Pese a todo, el gobierno de Alfonsín careció, según Battaglino, de una verdadera política de defensa que hubiera servido para descomprimir los conflictos por vía de la profesionalización de los cuadros castrenses. Este ensayo reconoce la voluntad política de Alfonsín y de los otros actores democráticos para consolidar la posibilidad del control civil del mundo militar, lo que terminó convirtiéndose en piedra angular de la estabilidad del régimen democrático en nuestro país.

El trabajo de Gabriela Delamata se inscribe en los llamados estudios de casos. En el

ROBERTO GARGARELLA, MARÍA VICTORIA MURILLO Y MARIO PECHENY (COMPS.), *DISCUTIR ALFONSÍN*. BUENOS AIRES, SIGLO XXI, 2010, 224 PÁGINAS.

POR GABRIEL PALUMBO
(UBA)

mismo se intenta reflejar la tonalidad que adquirió la transición democrática en un espacio local como la localidad de Trenque Lauquen. Tras una particularizada historización del ámbito local y de sus relaciones sociales desde fines del siglo XIX hasta la dictadura, Delamata compromete su ensayo en la descripción de la potencia de los partidos para encauzar la vida pública trenquelauquense en tiempos de la transición democrática. La autora presenta los cambios en la naturaleza de la ciudadanía con el correr de los tiempos y con las modificaciones políticas que operan en la realidad de la gestión. Así, los ciudadanos modifican su relación original, típicamente política, en una relación con más mediaciones en donde las contraprestaciones con el poder político adquieren cada vez mayor relevancia.

Hemos recorrido uno a uno los aportes de los distintos autores de *Discutir Alfonsín*. Este libro se presenta como un diálogo con el pasado y con el futuro de la democracia, con los textos que lo antecedieron y con los que vendrán. La empresa del pensamiento alrededor de la vida democrática es siempre inacabada y libros como *Discutir Alfonsín* permiten llenar con argumentos, ideas y trabajo alguna de las grietas de la incertidumbre de la experiencia común.

Hay algo de clima de época en el texto, sobre todo en su presentación. Los autores proponen pensar la democracia desde el consenso, la hospitalidad y el diálogo, y hacen de Alfonsín un paradigma digno de esos atributos. Probablemente la dimensión conflictiva que el propio Alfonsín generó en sus días (y que está presente en la totalidad de los ensayos) frente a ejercicios poderosos y crueles por parte de los poderes fácticos, corporativos o sectoriales terminaron atenuados hoy, frente a la necesidad de armonía que reclama la democracia argentina.

RESEÑAS

GABRIELA ÁGUILA, *DICTADURA, REPRESIÓN Y SOCIEDAD EN ROSARIO, 1976/1983. UN ESTUDIO SOBRE LA REPRESIÓN Y LOS COMPORTAMIENTOS Y ACTITUDES SOCIALES EN DICTADURA*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2008, 363 PÁGINAS.

POR JUAN MANUEL NUÑEZ
(UNR)

Versión corregida de su tesis doctoral –defendida en 2006–, este libro de la historiadora rosarina Gabriela Águila representa un aporte singular a la historia de la última dictadura militar argentina. Si bien en el interior del campo historiográfico, desde hace diez años –y la tendencia va en aumento–, se encuentra en plena efervescencia y desarrollo la historia reciente argentina como espacio problemático, las investigaciones sobre el “Proceso” giraron en torno de lo que ocurría en la Capital Federal y en el Gran Buenos Aires. La centralidad de esa región en los estudios redundó en una ausencia de investigaciones de caso sobre las singularidades represivas en las otras regiones del país. La hipóstasis “zona capitalina = realidad nacional” tendió a desvalorizar las especificidades regionales de esta problemática.

Gabriela Águila intenta saldar esa ausencia a través de un estudio de caso sobre la zona de la ciudad de Rosario y el Gran Rosario durante la dictadura. Para ello, la autora abrevó en diversas metodologías y abordajes de trabajo, como la así llamada historia desde abajo, los análisis de género, los estudios sobre la memoria, la historia oral, e indagó además en una gran diversidad de registros textuales: archivos judiciales, declaraciones oficiales, prensa local, libros testimoniales, entrevistas con víctimas y testigos de la represión. Un corpus arduo y diverso que pretende volver comprensible no sólo las modalidades regionales de la represión y sus fundamentos de sentido, sino también las experiencias subjetivas en los campos de concentración y los consensos dominantes (paz, hogar y patria) en los medios de comunicación, las corporaciones empresariales y diversas entidades de la sociedad civil que posibilitaron, al menos en su primer lustro, que la trama dictatorial se internalizara sin disonancias explícitas en la sociedad rosarina.

El estudio está dividido en dos partes. En la primera, la autora realiza un análisis de las modalidades de la represión en Rosario. Dirigida en su momento más álgido (1976-78) por un verdadero apóstol de la cruzada antisubversiva –Agustín Feced–, la singularidad esencial de ésta consistió en la fuerte vinculación operativa existente entre las fuerzas militares y las policiales en el accionar criminal. En líneas generales, el trabajo se sirve de las fuentes judiciales, oficiales y testimoniales para adentrarse en el modo de accionar de los grupos de tareas, los lugares de reclusión ilegal –en el caso de Rosario, es el Servicio de Informaciones ubicado en la Jefatura de la Policía local el que cumplirá una función preeminente–, las atroces condiciones de existencia de las víctimas, la reconstrucción de sus voces y los rasgos subjetivos de los perpetradores; en una mirada que intenta ser complementaria, la autora se sirve de la historia oral para estudiar a quienes, sin ser víctimas directas, fueron testigos del accionar represivo, como



transeúntes, vecinos de los centros de detención, etc. El análisis intenta mostrar que si bien el plan represivo tuvo como centro el encierro en los campos de concentración, no redundó en un desconocimiento absoluto de lo que pasaba allí adentro por parte del conjunto de la población.

La segunda parte está dedicada a la compleja trama de relaciones entre la sociedad y la dictadura. Por un lado, el modo en el que la dictadura construyó su propia autoimagen triunfante y regeneradora y, al mismo tiempo, una proyección de la sociedad deseada. Por otro, los modos en los que esas configuraciones de lo sensible se inscribieron no sólo en las discursividades de los actores que apoyaron explícitamente la trama dictatorial sino también la manera en que esa trama se inscribió capilarmente en la sociedad y legitimó consensualmente el proyecto de las FFAA.

Si la teoría de los dos demonios –basada en la representación de dos formas extremas de terror que aquejaron a una sociedad ajena a su brutal enfrentamiento– fue el relato dominante acerca del pasado dictatorial argentino desde la emergencia del alfonsinismo hasta por lo menos mediados de la década menemista, trabajos como el de Gabriela Águila vienen a poner en cuestión uno de los pilares de esta formulación: el desconocimiento total de la sociedad respecto de las modalidades y la configuración semántico-discursiva de la represión. En el caso específico que estudia la autora, si la dictadura militar pudo implantar su maquinaria infernal fue porque diversos sectores –los medios de comunicación, las corporaciones empresariales, diversas entidades sociales (como las sociedades vecinales o la Liga de la Decencia de Rosario), la Iglesia y variados ciudadanos de a pie– acordaron con su proyecto ordenancista.

POR MARÍA SILVIA DI LISCIA
(INSTITUTO DE ESTUDIOS SOCIO-HISTÓRICOS, UNLPAM)

Este libro narra una historia que diez años atrás habría quedado en el pasado, pero que hoy es parte de una preocupante actualidad. El paludismo y el dengue parecieron ser para la sociedad argentina un resabio del pasado hasta que en el año 2009 retornaron gracias al abandono de las políticas sanitarias. Los mosquitos volvieron a presentarse en éstas y nuevas áreas a raíz de la imprevisión oficial, las modificaciones del medio ambiente y la pauperización de la población, repitiendo con algunos cambios en los compases la melodía de cincuenta años antes.

Con maestría y solvencia académica, Álvarez hace mucho más que un registro pormenorizado de la lucha antipalúdica a lo largo de los siglos XIX y XX, ya que retoma los protagonistas, sus desvelos y sus propuestas en el marco institucional y legal de los diferentes organismos sanitarios. Pero la suya no es una narración heroica: por más que se señalen los hitos de esta gesta, estamos frente a una historiografía madura que se inscribe dentro de los estudios más novedosos del género, como lo han sido los trabajos de Ann E. Birn, Ana María Carrillo y de Marcos Cueto, por citar a los especialistas de otras áreas de América Latina donde también se estuvo entre la muerte y los mosquitos. El texto de Álvarez imprime a su registro mayor profundidad de análisis en una etapa clave para la organización del Estado y sus modificaciones en la segunda mitad del siglo XX. Y pone en el escenario al interior argentino, mucho menos analizado que el área rioplatense o la ciudad de Buenos Aires, para observar no sólo la enfermedad y sus ciclos de avance y retroceso sino también sus propuestas de eliminación “definitiva”. En este sentido, la malaria y el dengue proporcionan la justificación y el pretexto en la detección de las elites del atraso del interior y son una especie de molesta espina para su autoimagen de satisfacción sobre el progreso argentino.

El norte del país, donde las selvas y los pantanos permiten la expansión del mal, resulta también uno de los espacios donde la Argentina se parece menos a Europa y se vuelve parte de la América Latina tropical, indígena y criolla. Las fiebres malsanas, con sus secuelas de obreros débiles y poco aptos para el trabajo, son entonces una señal de peligro para la ventana abierta a la imagen del país blanco y templado que se desea gestar a toda costa desde finales del siglo XIX, libre de pestes propias del clima caliente y subdesarrollado.

Álvarez también bucea en la transformación de las distintas teorías explicativas sobre el paludismo, haciéndose eco de una sociología crítica de la ciencia. Se registran así una serie de fenómenos circunscriptos a la



propia especificidad de la enfermedad en relación con los procesos de modificación medioambiental (la realización de obras de infraestructura), la institucionalidad sanitaria (agentes locales y técnicos de otros sitios, centros de salud *ad hoc*) y sobre todo, la presencia mayor del Estado. La marcha de la enfermedad, con su número creciente de infectados, va a la par de la “honrosa” modernidad pero permite también a muchos intelectuales prestar atención a sus riesgos: los ferrocarriles son los introductores del progreso y también de las larvas de la muerte. Las políticas sanitarias se analizan con una mirada crítica, creciendo de manera acompasada y no tanto por la incorporación de prácticas humanitarias en pos del progreso y el bienestar, sino acompañando el interés económico (empresarial y público) por brindar salud a los obreros de los ingenios, tabacales, yerbatales, algodonales y las madereras.

De acuerdo con Keith Jenkins, la historia construye un discurso cambiante y problemático sobre el pasado, producido por un grupo de trabajadores con mentalidad actual que están epistemológica, ideológica y prácticamente posicionados. Las historias de *Entre muerte y mosquitos* permiten acercarnos al país rural que era (y es) Argentina, a su población enferma, a sus médicos y funcionarios y también a las opciones y elecciones para resolver problemas estructurales. Como bien dice Álvarez, no se trata solamente de insecticidas para combatir los mosquitos, sino de una batalla contra la inequidad y el acceso desigual a los recursos, aún sin resolver.

ADRIÁN ASCOLANI, *EL SINDICALISMO RURAL EN LA ARGENTINA. DE LA RESISTENCIA CLASISTA A LA COMUNIDAD ORGANIZADA (1928-1952)*. BERNAL, UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES, 2009, 391 PÁGINAS.

POR JUAN LUIS MARTIRÉN
(CONICET - FLACSO - UNICEN)



Podría afirmarse que en la historiografía sindical argentina el sector obrero rural no ha sido uno de los más trabajados. En este sentido, la obra de Adrián Ascolani genera un aporte significativo para comprender la problemática del sindicalismo rural en la región pampeana durante el segundo cuarto del siglo XX.

El objetivo principal del libro es analizar la trama de relaciones entre las distintas corporaciones agrícolas, los sindicatos rurales y los distintos estados provinciales en un período que comienza con la ocupación militar de Santa Fe en 1928 y termina con el establecimiento de las regulaciones laborales del primer peronismo. De esta manera, el autor divide la obra en cinco capítulos. Comienza con un largo apartado introductorio en el cual realiza un interesante estado de la cuestión sobre el tema, haciendo hincapié en los alcances del mercado de trabajo rural en el área pampeana, y luego contextualiza las frágiles alternativas sindicales en el período previo a la fuerte irrupción del sindicalismo rural a partir de 1928, episodio que da comienzo al período abordado.

El primer capítulo enfoca el problema de la repentina emergencia del movimiento sindical desde dos miradas. Por un lado, apunta a explicar el fenómeno de la agitación huelguística en el mundo rural pampeano a fines de la década del '20. Por otro, analiza las respuestas del empresariado a la ocupación militar del sur santafesino

acaecida a raíz de esa coyuntura. El autor intenta de este modo analizar en forma específica la dinámica interna de las organizaciones sindicales y del empresariado y su actuación en el conflicto, sobre todo en el sur santafesino y el sudeste cordobés.

El capítulo 2 se centra en la depresión económica abierta con la crisis de 1930 y particularmente en el impacto que este fenómeno produjo en la economía agraria. Así, se destacan tanto las respuestas sindicales y corporativas cuanto las de los estados provinciales para combatir no sólo las consecuencias de la crisis en el aparato productivo sino también el desempleo y sus efectos en términos de protesta social en el sector rural. Posteriormente, el autor dirige su mirada hacia las transformaciones acontecidas en el seno de las distintas organizaciones sindicales a lo largo del período estudiado, dando cuenta de la extinción del anarcosindicalismo rural y de la reformulación de las organizaciones rurales. De este modo, centra el eje del análisis por una parte en los problemas internos surgidos en el anarquismo rural y en el Partido Comunista, y por otra, en el fortalecimiento de distintas organizaciones sindicales con programas más moderados, relacionadas con la Confederación General del Trabajo.

La última parte del libro enfoca la relación entre el Estado y los sindicatos y organizaciones rurales, así como el proceso de regulación de las relaciones laborales. El capítulo 4 aborda por consiguiente el rol de los estados provinciales en tanto reguladores de las relaciones laborales y las disputas existentes entre las organizaciones obreras y los empresarios rurales, mostrando claramente la progresiva tendencia hacia una comunión entre los intereses sindicales y dichos entes provinciales. Sobre este aspecto y, particularmente, sobre la ampliación de los derechos laborales de los trabajadores rurales trata el último capítulo, en el que el autor analiza la legislación laboral dirigida al sector rural durante el período 1943-52, tendiente a contrarrestar la larga postergación de los derechos laborales del trabajador rural. De esta manera, coloca el énfasis en la centralización que desde 1943 genera la Secretaría de Trabajo y Previsión -que pasaría a ejercer un control estatal verticalista y oficial de los procesos de trabajo y de los sindicatos mismos- y los conflictos que ello produjo con algunas organizaciones anarquistas y con el socialismo.

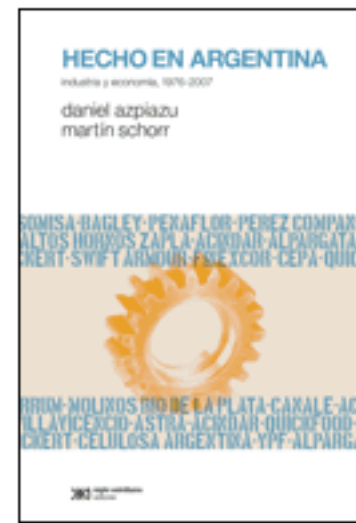
En resumen, el libro de Ascolani presenta una novedosa interpretación de las experiencias sindicales surgidas al calor de la crisis del '30, de los vaivenes en la relación con los distintos estados provinciales y de la amplia panoplia de intereses sectoriales en el seno del mercado de trabajo agrario.

Hecho en Argentina. Industria y economía es una reconstrucción de la historia de la industria argentina a partir de los avatares que ésta enfrentó durante los últimos 30 años, periodizados en cuatro grandes coyunturas.

La obra se propone indagar los factores determinantes que explican la *performance* de la industria durante el período en análisis con el objetivo de comprender los rasgos estructurales presentados por aquélla a principios del siglo XXI. En este sentido, el vínculo entre el comportamiento estructural del sector industrial con las políticas económicas y los instrumentos formulados, así como también la relación capital-trabajo, forman los ejes ordenadores de la dinámica industrial a lo largo de todo el ciclo. Cada etapa está delimitada por los cambios políticos ocurridos y/o los proyectos económico-sociales establecidos.

El primer apartado estudia el paso del modelo de sustitución de importaciones al modelo de regresividad industrial inaugurado en 1976, el “modelo financiero y de ajuste estructural”. Las políticas económicas implementadas entre 1976 y 1983 (reforma financiera, política cambiaria, etcétera) explican el inicio de la desindustrialización, al mismo tiempo que transforman las relaciones económico-sociales a partir de la conformación de un mapa de actores ganadores y perdedores en el sector secundario, un rasgo predominante en la economía a partir de entonces. Otros factores que dan cuenta del retroceso y el cambio en las fracciones de clase y/o ramas beneficiadas son la acentuada concentración de los mercados, la oligopolización y la caída de las exportaciones industriales.

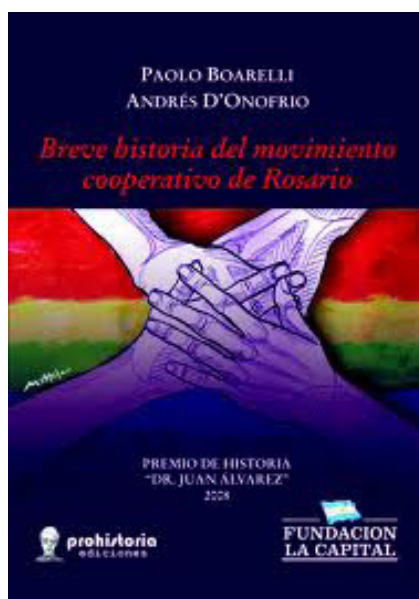
La principal tesis sobre los años 1983-1989, la segunda de las coyunturas propuestas, consiste en la continuidad del comportamiento regresivo debido esencialmente a las limitaciones de las políticas económicas y más específicamente a la insuficiencia de programas industriales. En este sentido, la subordinación del funcionamiento estatal al “nuevo poder económico” resulta clave para comprender la profundización de los legados dictatoriales. A pesar de algunos puntos de ruptura como el crecimiento de las exportaciones fabriles y la recuperación de algunas ramas en crisis, en los años alfonsinistas no se alteró el panorama de ganadores y perdedores y sólo se hicieron retoques de un patrón de acumulación establecido en los años '70. El período 1989-2001 reviste la misma dinámica de las dos fases anteriores, ahondándose más aún el efecto disruptivo en la industria. Tanto la convertibilidad como algunas de las políticas “neoliberales” fueron la “fase superior” de la política desindustrializadora de la



dictadura. Sus efectos -el retraso cambiario y la apertura asimétrica, entre otros- marcan una regresividad inaudita y una reconfiguración estructural del sector fabril, concretándose incluso fenómenos novedosos en tal dirección tales como la subcontratación y la precarización laboral. Las otras continuidades de los años '90 fueron la consolidación del “nuevo poder económico” de la década anterior y la concentración de la producción en manos de oligopolios nacionales y extranjeros.

En el último capítulo se analiza cómo se modera la imagen de aceleración del crecimiento industrial durante 2001-2007, etapa en la cual la salida de la convertibilidad y la devaluación de la moneda tuvieron un rol fundamental, y se examinan los marcos limitados en los que se desarrolló. Dado que la industria no compone el eje dinamizador de la economía y que no se desarrollan modificaciones sustanciales en esta etapa en las ramas industriales y en los liderazgos empresariales, según Azpiazu y Schorr se demuestra la continuidad del esquema manufacturero esgrimido en los '90. En definitiva, existe una reindustrialización a partir del 2001 pero acotada cuantitativa y cualitativamente, y ello está asociado al perfil productivo y a sus características en su relación con los mercados. Si bien las exportaciones industriales vuelven a ser vitales, éstas sólo remiten nuevamente a los sectores concentrados como los más beneficiados. Se trata no de un nuevo modelo de acumulación sino sólo de una etapa de recuperación industrial.

En síntesis, el estudio despliega un razonamiento crítico que relativiza los logros industriales de los últimos diez años y afirma que la estructura industrial vigente y la transformación del capitalismo doméstico provienen, en la mayoría de sus rasgos, de los años '70. La concentración, el desaliento a las exportaciones industriales, la precarización laboral en la industria, son tendencias que fueron consolidándose en las distintas etapas analizadas principalmente a causa de la falta de regímenes y políticas industriales activas.



Este libro, ganador en 2008 del Premio de Historia Local y Regional “Dr. Juan Álvarez” auspiciado por la Cámara de Diputados de la Provincia de Santa Fe, es el resultado de una pasantía curricular realizada por los autores en la Dirección de Acción Cooperativa y Mutual de la Municipalidad de Rosario durante el año 2007.

Su principal objetivo es realizar una historia integral del movimiento cooperativo de Rosario, abarcativa de los aspectos históricos, económicos y sociales de las instituciones más representativas de dicha ciudad desde 1950 a la actualidad. Para este trabajo los autores realizaron entrevistas, pesquisas documentales y bibliográficas; estas últimas resultan desactualizadas e insuficientes para abarcar o explicar al movimiento cooperativo en perspectiva histórica y en un ámbito mayor como elampeano.

La obra consta de una introducción que detalla los objetivos y plantea de manera sucinta el contenido de los diez capítulos que abordan diversas tipologías de cooperativas; a su vez, un apartado está dedicado a la

educación cooperativa y a las relaciones institucionales entre la administración nacional, provincial, municipal y las cooperativas. El libro cierra con la conclusión y las citas, ciertamente esclarecedoras, pero que allí ubicadas dificultan la lectura. Asimismo, es de objetar la falta de un índice bibliográfico y documental que organice la información y permita a futuro acceder a las fuentes.

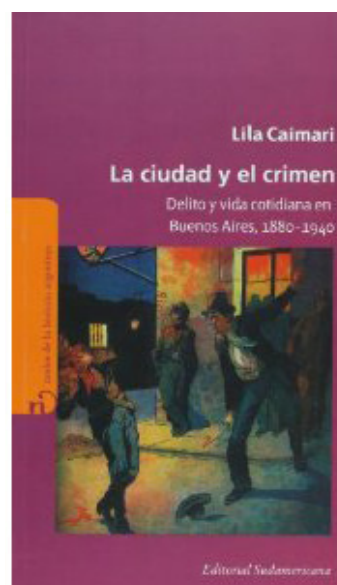
Profundizando en la organización interna del libro, agruparemos los capítulos con relación a las entidades abordadas: las cooperativas de abastecimiento-servicios, las de producción-comercialización, las de crédito-seguro y las de trabajo, que engloban a las empresas recuperadas reorganizadas en cooperativas. Tomando esta categorización, los capítulos uno, tres, cuatro y ocho desarrollan las cooperativas de abastecimiento y servicios, las primeras entidades que actuaron en la ciudad de Rosario con respecto al abastecimiento alimenticio, de vivienda y de servicios. El capítulo dos analiza las cooperativas de producción y comercialización agrícola y explica el surgimiento de diferentes entidades de producción y comercialización, algunas ligadas a la Federación Agraria Argentina. En los capítulos cinco y seis se trabajan las entidades de crédito y seguro que actuaron en Rosario, analizando respectivamente la formación y la evolución del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos y de La Segunda Cooperativa. El séptimo capítulo recoge cuatro experiencias exitosas de empresas que fueron recuperadas por sus trabajadores y que luego se transformaron en cooperativas de trabajo. El noveno, explica por un lado los modos en los que se desarrollaron la educación cooperativista y la formación superior en Rosario bajo la influencia de diversas instituciones; por otro, presenta la experiencia de cooperativas escolares que producen artículos para la comercialización y el consumo. Por último, el capítulo diez estudia a las cooperativas en su relación con la administración nacional, provincial y municipal desde la normativa. Aquí se reseñan las leyes más importantes que normaron al cooperativismo argentino y el accionar de aquellas instituciones que fomentan, controlan y fiscalizan dicho movimiento.

La obra tiene un doble mérito. El primero es inscribirse dentro una línea historiográfica que va ocupando terreno en la historia económica, como la economía social y las instituciones que la forman; el segundo es rescatar una parte de la historia local-regional de Rosario y su espacio de influencia. Es un aporte importante a la temática y presenta un sinfín de elementos para continuar desarrollando.

Convertidos en tópicos centrales prácticamente desde el nacimiento de las ciencias sociales, el castigo y el delito conforman hoy los ejes temáticos de un nuevo campo de estudios interdisciplinarios en América Latina, en el que confluyen sociólogos, antropólogos e historiadores. En efecto, desde fines de la década del '90 se han generado interesantes debates sobre la criminalidad, las violencias, las justicias, el rol de las políticas estatales frente al delito y las formas de control social. En consonancia con el desarrollo de estas líneas analíticas, la nueva obra de Lila Caimari, *La ciudad y el crimen. Delito y vida cotidiana en Buenos Aires, 1880-1940*, propicia un aporte novedoso. La publicación pertenece a la colección *Nudos de la Historia Argentina* de Editorial Sudamericana, pensada para difundir investigaciones de historiadores profesionales a un público amplio, manteniendo su calidad académica.

El trabajo se inicia con una reflexión sobre la constante preocupación de la sociedad argentina por el delito urbano, que sin embargo careció de un análisis histórico. En tal sentido, Caimari argumenta que cada época y cada sociedad genera sus propios temores, imágenes de amenaza y un sentido común del peligro. A partir de este planteo, su objetivo es construir una "genealogía" del delito que ocupó el centro de la atención pública, que fue detallado en los diarios y comentado por la sociedad, lo que marca la originalidad de la propuesta. El libro contiene tres secciones principales (más la introducción y una breve conclusión), en donde se examinan dos grandes núcleos de análisis separados cronológicamente, para abordar la historia del delito y sus apropiaciones sociales: dos apartados se sitúan en las últimas décadas del siglo XIX y en las primeras del siglo XX, y la última parte en los años de entreguerras. A lo largo del trabajo, la autora ahonda en los cambios sociales y establece las relaciones con los aspectos culturales e ideológicos de cada período.

El segundo apartado comienza con una descripción de los cambios sociales y urbanos que posibilitan el desarrollo de la "Argentina Moderna". La velocidad del impulso que provocó la modernización urbana, los cambios que introdujo el importante flujo inmigratorio, el crecimiento de la prensa escrita y las modificaciones en los hábitos de lectura son algunas de las principales transformaciones que acontecieron en la Buenos Aires finisecular. La lograda descripción de la vida en la ciudad permite adentrarse en la cotidianeidad de la época. Caimari se sumerge en los diarios, revistas y obras literarias para describir de manera atrapante los diversos peligros de la ciudad y los rostros del delito: el punguista, el cuentero-estafador, el escuchante, el anarquista. La construcción a partir de retazos de diferentes noticias



y casos sirve de insumo para reconstruir los diversos mecanismos e instrumentos delictivos, pero también para explorar los relatos sobre el crimen, la forma en que se construyen y los miedos que generaron en una sociedad atravesada por cambios vertiginosos.

El aporte más interesante de la investigación es el análisis del delito en los años '20 y '30, que desarrolla en la cuarta sección. Enmarcados en procesos de transformaciones urbanas, sociales y tecnológicas, la autora demuestra la conformación de nuevas prácticas del delito y las mutaciones en las formas de representarlo. Por un lado, el crecimiento de la ciudad que extiende sus límites a nuevas zonas amplía el espectro de temores y conforma nuevas "geografías del miedo". El nuevo centro de los temores sociales va a ser el Gran Buenos Aires, que comienza en estos años a poblarse como fruto de las migraciones internas. Por otro lado, los adelantos tecnológicos, con el desarrollo del automóvil y de las armas baratas y livianas, posibilitan el surgimiento de nuevos tipos de delincuente: el pistolero, el asaltante y el secuestrador. Asimismo, la prensa también atraviesa procesos de cambio y el diario *Crítica* se convierte en el exponente de la "crónica policial" que describe a diario la actuación y las prácticas de estos nuevos delincuentes de entreguerras a través de técnicas periodísticas novedosas: los títulos-catástrofe, las caricaturas del delito y el fotomontaje.

En suma, la investigación de Caimari presenta un análisis inteligente y preciso de una vasta documentación que incluye diarios, revistas, literatura, programas de radio, films y publicaciones policiales. Su fácil lectura es posible por la capacidad de la autora de construir un relato sencillo e intenso, que recupera los avances historiográficos de los últimos años.

ANA CASTELLANI, *ESTADO, EMPRESAS Y EMPRESARIOS. LA CONSTRUCCIÓN DE ÁMBITOS PRIVILEGIADOS DE ACUMULACIÓN ENTRE 1966 Y 1989*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 289 PÁGINAS.

POR HORACIO R. BUSTINGORRY
(UNLP – AHPBA)

Estado, empresas y empresarios. La construcción de ámbitos privilegiados de acumulación entre 1966 y 1989 es la versión revisada y reducida de la tesis de Doctorado en Ciencias Sociales de la socióloga Ana Castellani. El libro está compuesto por una introducción, cinco capítulos, las conclusiones y un conjunto de cuadros y gráficos ilustrativos.

Castellani propone interrelacionar tres fenómenos que han sido estudiados de manera inconexa en diferentes investigaciones: las dificultades de la Argentina para encontrar un patrón de desarrollo económico sostenido; la baja calidad de la intervención del Estado; y la consolidación política y económica de un reducido grupo de empresas en un contexto económico de concentración y centralización del capital.

En el primer capítulo, Castellani desarrolla el marco conceptual de la investigación. Define a los “ámbitos privilegiados de acumulación” (en adelante APA) como una fuente de generación de “cuasi-rentas de privilegio” para los empresarios privados que operan en él. Esos espacios son generados por diferentes mecanismos de transferencia de ingresos del Estado hacia las empresas (subsídios directos, precios diferenciales en la compraventa, promoción industrial, etc.).

En el segundo capítulo la autora analiza las características de la intervención estatal y del comportamiento empresario en la última etapa del modelo de sustitución de importaciones y sostiene que los diversos gobiernos entre 1966 y 1975 ampliaron el campo de acción del “complejo económico estatal-privado” gracias al implemento de planes de obra pública y de promoción de áreas económicas consideradas estratégicas. El crecimiento del complejo posibilitó la conformación de diversos APA que fueron usufructuados por un sector de empresarios vinculados al Estado de diferentes maneras. La autora describe y analiza a esta fracción a través de variables como sector de actividad, organización del capital, etc.

En el capítulo siguiente, Castellani explica el pasaje del modelo de sustitución de importaciones al de valorización financiera. El nuevo sistema, originado en la dictadura, produjo consecuencias nocivas para los indicadores económicos y sociales. También agudizó la crisis del aparato estatal heredada del período previo y fortaleció el poder material de la fracción empresaria relacionada con el “complejo económico estatal-privado”. La colonización del Estado realizada por cuadros orgánicos a las empresas vinculadas al complejo generó nuevos APA y renovadas posibilidades de crecimiento para los capitalistas

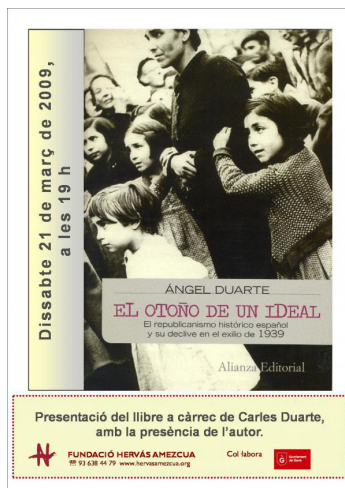
En el capítulo cuarto la autora analiza cómo la política económica implementada en la dictadura fue mantenida en sus principales rasgos durante el gobierno de Raúl Alfonsín. En esa gestión se consolidaron e



incrementaron los APA originados durante la dictadura a su vez que empeoraron la mayoría de los indicadores económicos. Pese a ese deterioro, un reducido grupo de empresas se vio beneficiada por el accionar estatal del gobierno radical y obtuvo ganancias extraordinarias durante toda la etapa.

El último capítulo desarrolla un estudio de caso con respecto a las líneas de continuidad entre la dictadura y el gobierno radical en torno a la conformación de los APA. Castellani analiza los principales rasgos de la privatización periférica de YPF llevada a cabo por el gobierno militar y la ratificación de esa política en los años de la democracia. En 1977 se licitaron diversas áreas petroleras con reservas comprobadas e infraestructura instalada, que fueron adquiridas por un conjunto de empresas privadas. Hacia el final del período dictatorial los contratos fueron renegociados y luego convalidados por Raúl Alfonsín en línea con los reclamos de las empresas petroleras. La autora explica cómo las áreas que la petrolera estatal adjudicó a las firmas privadas generaron diversos APA, caracterizados por el pago de sobrepuestos del Estado y el incumplimiento de los volúmenes de extracción comprometidos por las empresas.

En las conclusiones, Castellani resume los planteos y los resultados empíricos alcanzados en los capítulos precedentes. Concluye que el accionar del Estado y la práctica empresaria entre 1966 y 1989 favorecieron el surgimiento y la difusión de diversos APA que deterioraron la calidad de la intervención estatal y resultaron perjudiciales para el crecimiento y el desarrollo económico. Las consecuencias fueron la pérdida de autonomía relativa del Estado, el estancamiento del aparato productivo, la deficiente innovación tecnológica y el empeoramiento de los indicadores sociales de calidad de vida. Sin embargo, la difusión y ampliación de los APA favoreció a un reducido grupo de empresas que se consolidó en un contexto de decadencia económica y social.



Apelando a la nostálgica imagen del deshoje otoñal, Ángel Duarte nos inicia en la lectura de este ensayo de investigación histórica con una sugerente afirmación: “Es, la de este libro, una historia triste.” El estudio propone un recorrido por la trayectoria del republicanismo histórico español, así como una explicación sobre las causas del languidecimiento de dicho ideal a partir de la derrota sufrida en 1939 y su radicación en distintos destinos en el exilio.

Con la expresa intención de reflexionar sobre la situación actual de la política española, el libro ofrece una suerte de balance de la experiencia democrática pos franquista, desde la llamada “transición democrática” hasta las recientes administraciones socialistas del PSOE. Duarte apuesta al debate, argumentando que los dos conceptos fundamentales del acervo ideológico del republicanismo -República y Democracia- se encuentran hoy totalmente escindidos, al tiempo que intenta demostrar cómo la caída del ideal republicano conllevó la pérdida de una “pretensión ciudadana.”

Organizado en cuatro partes, la primera de las cuales se titula “Una larga travesía”, el texto transita por diferentes ejercicios argumentativos y perspectivas analíticas, comenzando con una acotada contextualización histórica de los casi cien años de trayectoria del republicanismo, desde su nacimiento entre los años 1830 y 1840 hasta la segunda posguerra, momento en el que dejó de ser un “referente operativo.” Luego del recorrido cronológico, el autor se embarca en una operación reflexiva en la que se pregunta por la posible herencia del republicanismo histórico en la política española de los últimos veinte años.

Tres son los factores claves para explicar el fenómeno del nuevo protagonismo de este antiguo ideal: el colapso de la URSS, que obligó a amplios sectores de la izquierda a salir a la búsqueda de nuevos referentes, por lo que

el republicanismo, “clásico o renovado” se convirtió en una respuesta posible; el hecho de que permitió encuadrar a las multitudinarias movilizaciones de 2003 contra la participación española en la ocupación de Irak; y finalmente el recambio generacional producido en las direcciones partidarias de los protagonistas de la transición democrática. Duarte asume que el republicanismo histórico constituye una cultura política del pasado, “lejana y envejecida”, a través de la cual se estaría intentando leer un muy conflictivo presente, y advierte sobre los problemas de que dicha operación interpretativa sea llevada a cabo por sectores de la izquierda no democrática, que estarían utilizando la bandera tricolor en un combate que poco tiene que ver con estos ideales.

El primer tramo del libro aporta un profuso estudio sobre la cultura política republicana, en el que se analiza la manera en que el republicanismo escribió su propia historia y creó su panteón de filiaciones y de enemigos. El autor explora cómo se construyó una “identidad republicana”, para lo cual fueron esenciales las experiencias del exilio durante el siglo XIX y hasta 1930, en una cultura política particularmente española y cuya principal característica es la de constituirse en una “cultura de izquierdas.”

Durante la segunda y tercera parte de la obra se releva el tramo final de aquella “larga travesía” del republicanismo. El eje está puesto en los efectos de la derrota de 1939, el exilio y la experiencia de “trasplante” del ideal y de la Segunda República fuera de España, especificando los casos de las comunidades republicanas asentadas en México, París, Buenos Aires y Nueva York. En este contexto, entiende que se fue creando una “España del exilio” y analiza cómo esa operación de “trasplante” fracasó en parte por el desfavorable escenario político -nacional e internacional- pero principalmente porque parte esencial de aquella cultura política era ser específicamente española.

El cuarto y último apartado oficia como la conclusión de este extenso estudio. En él se sostiene que, a pesar de su aparente “redescubrimiento y resurgimiento”, el republicanismo histórico español no pudo hacer frente de manera eficaz a los desafíos abiertos por la nueva coyuntura. Al concluir el libro, Duarte plantea al lector un desafío no menor: el ejercicio de pensar en la reconversión del ideal republicano como una posible nueva “carta de navegación” para la España del siglo XXI.

OLGA ECHEVERRÍA, *LAS VOCES DEL MIEDO. LOS INTELLECTUALES AUTORITARIOS ARGENTINOS EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX*. ROSARIO, PROHISTORIA, 2009, 288 PÁGINAS.

POR BORIS MATÍAS GRINCHPUN
(INSTITUTO RAVIGNANI - UBA)



En *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*, Olga Echeverría recorre los trabajos de aquellos escritores ubicados por la historiografía en la derecha del espectro político. Los temores que los intensos cambios sociopolíticos de la Argentina generaron en este grupo, unidos a su elitismo, conservadurismo y autoritarismo, se tradujeron en una férrea defensa del orden y la tradición desde una pretendida posición de “portadores de la verdad”.

En sus “Puntos de partida” la autora incluye una breve síntesis historiográfica, en la cual son resaltadas las obras de María Inés Barbero, Fernando Devoto y Enrique Zuleta Álvarez. Como ellos, Echeverría enfatiza los debates internos entre estos pensadores, sus trayectorias divergentes y la imposibilidad de adscribirlos de forma inequívoca a ideologías foráneas. El libro busca no obstante distinguirse al concentrarse en el autoritarismo y no en el nacionalismo: este último, eje de numerosas discusiones, habría funcionado como arma de lucha política y como elemento generador de identidad antes que como corpus ideológico seguido de forma coherente. Apoyándose en aportes teóricos de Pierre Bourdieu y Raymond Williams, la autora construye una historia intelectual que contempla los discursos en su contexto histórico, enmarcándolos en la actividad y la psicología de sus enunciadores.

La obra se divide según criterios cronológicos: una primera aparte abarca las tres primeras décadas del siglo XX, haciendo hincapié en los años '20, mientras la segunda comprende el período posterior al golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 hasta la presidencia de Agustín P. Justo. A través de este esquema, se analizan las evoluciones intelectuales y políticas de Leopoldo Lugones, Carlos Ibarguren, los “intelectuales católicos” y los jóvenes neorrepublicanos.

El extenso análisis del escritor cordobés, cercano a la biografía, es probablemente uno de los puntos más destacados del libro. Tras admitir el carácter individualista, complejo y cambiante de Lugones, Echeverría se dedica a recuperar su “núcleo ideológico duro”. Lo halla en el desprecio por la cultura burguesa y en la constante afirmación de la preeminencia social de los intelectuales, que responde a la ansiedad de un hombre atormentado por no recibir el reconocimiento que creía merecer. Su actividad posterior a 1930 es contemplada

desde la detenida lectura de *El Estado equitativo*, obra en la que Lugones expuso la versión más acabada de su proyecto político, social y económico.

La trayectoria de Carlos Ibarguren es mostrada como la radicalización frente a una “promesa frustrada”: tras acompañar la reforma política de Sáenz Peña e intervenir en la fallida unificación del campo conservador, el abogado salteño vio con preocupación la llegada de Yrigoyen a la presidencia. La noción de “familia” le permite a Echeverría postular que no defendía sólo un orden, sino también las posiciones adquiridas por su clan patricio. La revolución tuvo en él a un firme aunque débil defensor en lo teórico y lo político; la incorporación de las masas provocó su conversión del corporativismo al fascismo. El rol marginal que desempeñó entonces y después, por otra parte, no es tomado en cuenta.

Los intelectuales católicos son entendidos en el contexto de una Iglesia argentina obligada a responder al desafío de la “cuestión social”: el catolicismo debía moralizar a la clase obrera y formar una elite paternalista que restaurara la paz. El “heterodoxo” Manuel Gálvez y el “intelectual orgánico” Gustavo Martínez Zuviría reciben un tratamiento menor respecto de la revista *Criterio*. Esta publicación llamaba a las pasivas clases dirigentes a reasumir su rol director y enfrentarse a las amenazas de la decadente democracia, las subversivas masas trabajadoras y del socialismo contrario a la civilización occidental. Para 1930 la Iglesia era un actor político fortalecido, que buscó adoctrinar a la sociedad a través de la Acción Católica Argentina y de iniciativas como el Congreso Eucarístico Internacional. *Criterio*, dirigida por Gustavo Franceschi, se adaptó a los avatares políticos; mientras condenaba al “sistema suicida” respaldaba el “fraude patriótico” y propugnaba la instauración de una democracia orgánica, corporativa y jerárquica.

En cuanto a los jóvenes de *La Nueva República*, son contempladas sus divergencias internas, aunque el análisis apunta a los denominadores comunes. Partiendo de valores estéticos clásicos y de una peculiar apropiación del maurrasianismo, los Irazusta, Palacio y Carulla atacaron a la democracia con un discurso reaccionario que traicionaba su voluntad de retornar al espíritu constitucional de 1853. Tras conspirar junto al general Uriburu se decepcionan de un gobierno que no los tuvo en cuenta. Fue entonces que los neorrepublicanos recuperaron el liberalismo alberdiano, pensaron en la disciplinada participación de las masas, rescataron el “federalismo” del radicalismo y denostaron a la oligarquía que “usufructuaba el golpe”. La desigual lucha contra esta elite sumisa a los intereses británicos condujo a estos autores hacia la historiografía. El revisionismo histórico fue tanto una reacción contra la “historia falsificada” como una herramienta de praxis política. Sin embargo, Echeverría enfatiza a autores como Saldías y Quesada, que antecedieron a los revisionistas en la recuperación de Rosas.

En conclusión, *Las voces del miedo...* resultará atractivo e interesante a todo aquel que desee indagar en las biografías intelectuales de dichos autores, informarse sobre los debates que sostuvieron y las inquietudes que los movilizaron, así como encontrarse con algunas sugestivas interpretaciones.

MARCELA FERRARI, *RESULTADOS ELECTORALES Y SISTEMA POLÍTICO EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES (1913-1934)*. INSTITUTO CULTURAL DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES, DIRECCIÓN PROVINCIAL DE PATRIMONIO CULTURAL, ARCHIVO HISTÓRICO DR. RICARDO LEVENE, BUENOS AIRES, 2010, 229 PÁGINAS.

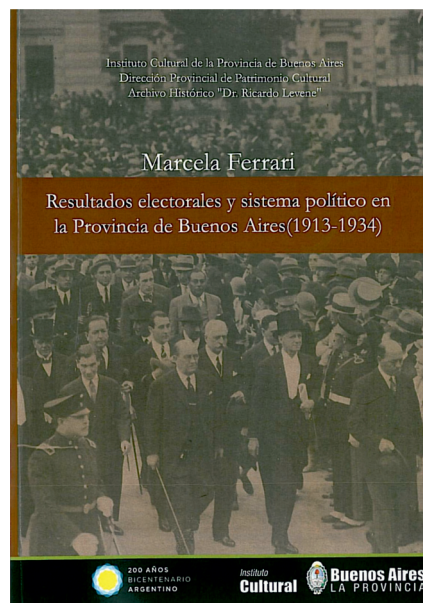
POR SUSANA PIAZZESI
(UNL - UNER)

Indagar sobre las prácticas políticas, las normativas que le dan marco, las elites políticas que detentan el poder en los distritos provinciales, resulta imprescindible a la hora de construir un mapa del proceso de democratización electoral nacional iniciado a partir de la reforma política de 1912. En *Resultados electorales y sistema político en la provincia de Buenos Aires*, Marcela Ferrari avanza en esta dirección, poniendo en foco al principal distrito del país, con distintas perspectivas que le permiten enlazar procesos y actores, comprender las estrategias individuales y colectivas.

El texto se organiza en cuatro capítulos. En el primero se analiza el marco normativo que organiza el juego político del período 1913-1934. La normativa electoral se concibe aquí como la resultante de una tensión entre “un modelo político ideal al que adherían los contemporáneos y la necesidad de controlar el poder”. Con esta hipótesis y luego de pasar revista a la ley Sáenz Peña, se analizan las diferentes leyes producidas en el ámbito provincial en los años de la reforma nacional, 1912 y 1913, lo que le permite a Ferrari establecer las particularidades locales y arriesgar interesantes explicaciones.

En el segundo capítulo la autora se detiene en las preferencias político-partidarias del electorado y en sus fluctuaciones. Para ello construye, con rigor, cuadros en los que cruza información sobre población y número de empadronados, y traza su evolución en el período en estudio. Luego, a partir de una rápida presentación de los resultados electorales provinciales para los cargos de gobernador y vice entre 1913 y 1934, analiza la evolución del voto atendiendo a los tres principales partidos que participan en los diferentes comicios: radical, conservador y socialista, y al voto en blanco. En este punto, más allá de las interpretaciones coyunturales sobre los resultados, las preferencias de los votantes y sus fluctuaciones, Marcela Ferrari va definiendo las características del sistema de partidos que se conforma a partir de la nueva normativa y del ingreso del radicalismo a la competencia electoral. Un sistema con tres partidos: radicales y conservadores con capacidad para imponerse electoralmente, y socialistas como socios minoritarios sin representar una amenaza para las fuerzas políticas principales. Los conservadores detentarán el poder hasta 1917 y a partir de allí, intervención federal mediante, el radicalismo gobernará la provincia hasta el golpe de 1930, y se transformará en el partido predominante.

Las anotaciones al pie de este capítulo son indicios interesantes de las derivas, a veces trucas, de toda investigación. Nos referimos al intento de avanzar en el establecimiento de correlaciones entre voto y variables como urbanización, alfabetización, ruralidad, etc.



Continuando con el ordenamiento del texto, en el tercer capítulo se indaga sobre los “factores coyunturales en la dinámica electoral”. Se analizan aquí la incidencia de las intervenciones federales de 1917 y 1930 a la provincia, y de las abstenciones electorales de las organizaciones políticas en las distintas coyunturas electorales y en el resultado de las mismas. La herramienta de la abstención electoral adquiere otra significación en un contexto que será diferente a partir de la implementación de la Ley Sáenz Peña.

Después de este recorrido por el universo político provincial considerado globalmente, en el capítulo cuatro cambia la escala de observación. El foco se reduce a tres municipios, elegidos por su comportamiento electoral, uno de tendencia oficialista y otros dos caracterizados como excepcionales. El objetivo es recuperar los matices, mostrar la heterogeneidad en el funcionamiento del “universo político electoral bonaerense”. Los problemas que se introducen aquí tienen que ver con la construcción de consensos, las lealtades partidarias, el rol de los actores, las redes clientelares, etc.

El trabajo se completa con dos apéndices: en el primero se detallan las secciones electorales de la provincia y los resultados electorales desagregados por sección y por partido; en el segundo, las fuentes utilizadas en la investigación.

Este interesante aporte de la autora se suma al trabajo que publicara recientemente, *Los políticos en la República Radical*, aunque los tiempos editoriales no coinciden en este caso con la producción intelectual, ya que el texto que nos ocupa es un trabajo realizado con anterioridad. Más allá de este detalle editorial, ambos trabajos dan buena cuenta de los nuevos enfoques en la historiografía política argentina.

SABINA FREDERIC Y GERMÁN SOPRANO (COMPS.), *POLÍTICA Y VARIACIONES DE ESCALAS EN EL ANÁLISIS DE LA ARGENTINA*. BUENOS AIRES, UNGS-PROMETEO, 2009, 354 PÁGINAS.

POR MARÍA POZZIO
(CIC-UNQ)

El libro *Política y Variaciones de escalas en el análisis de la Argentina*, compilado por Sabina Fréderic y Germán Soprano, es el producto del Seminario Construcción de Escalas de Análisis en el estudio de la política en sociedades nacionales, realizado en la Universidad de General Sarmiento en el año 2006. La propuesta recoge esos debates con la finalidad de hilvanar una discusión verdaderamente transdisciplinaria sobre las escalas de análisis, buscando explicitar los procedimientos teóricos y metodológicos que con frecuencia naturalizamos en nuestra labor como investigadores sociales. Tal es el caso de las escalas de análisis, tanto temporales como espaciales. Los compiladores se preguntan hasta qué punto las definiciones tradicionales de los objetos de las ciencias sociales están asociados a cuestiones de escala, cómo se establece la relación entre las categorías analíticas y de los actores en su definición de escalas, cómo los posicionamientos de los actores influyen en su configuración, qué consecuencias se derivan de los usos de determinadas escalas. Las respuestas a estos interrogantes se encuentran en los trabajos compilados, que muestran diferentes opciones analíticas y permiten pensar en la productividad hermenéutica de explorar nuevas dimensiones sociales en el conocimiento del Estado y la política en Argentina.

Los dos primeros capítulos pertenecen a los historiadores Pablo Buchbinder y Ernesto Bohoslavsky. Muestran la productividad de optar por escalas espacio-temporales alternativas a las consagradas para explicar la constitución del Estado nacional desde una perspectiva porteñocéntrica. Buchbinder analiza los modos y las formas de construcción de poder de los comandantes departamentales a mediados del siglo XIX en Corrientes, recurriendo a procedimientos microhistóricos. Bohoslavsky se ubica a fines del siglo XIX y principios del XX en los territorios nacionales de la Patagonia argentina y demuestra que el estudio de las agencias estatales en esos espacios debe contribuir a relativizar la tesis que postula la definitiva imposición del Estado argentino sobre otras formas de autoridad y legitimidad.

Los trabajos de Julieta Gastañaga, Germán Soprano y Laura G. Rodríguez se basan en etnografías de procesos políticos que contribuyen a visualizar el modo en el que las escalas son construidas, manipuladas y resignificadas por los actores sociales. Gastañaga describe el proceso político de construcción de la “región centro de la República Argentina”; Soprano se basa en el estudio de la trayectoria de un político misionero para analizar el modo en que lo “nacional”, “provincial” y “municipal” se construye situacionalmente; en tanto que Rodríguez pone de manifiesto el modo en que la categoría “amas de casa” se particulariza o universaliza de acuerdo con la



escala que busca interpelar.

El artículo de las antropólogas Sabina Fréderic y Laura Masson considera a las escalas como sentidos prácticos de los actores y propone en su lugar el estudio de “eventos sociales”, mostrando su potencial teórico y metodológico a partir del análisis de eventos políticos como elecciones internas y armado de listas en el Partido Justicialista.

Desde una perspectiva más politológica, Daniela Soldano y Mariana Barattini trabajan el “barrio” como lugar desde el cual comprender las políticas sociales y la densidad política de las organizaciones sociales. El trabajo de Soldano echa luz acerca de la productividad de pensar la vida cotidiana como una escala válida para la comprensión del Estado en un marco de políticas focalizadas, en tanto que Barattini piensa al “barrio” como una nueva matriz territorial de relaciones sociales. El artículo de Cecilia Lesgart trabaja sobre la construcción de la escala regional e internacional a partir de los itinerarios de los académicos e intelectuales argentinos exiliados durante la última dictadura militar. Cierra la compilación Sergio Morresi, proponiendo un cambio de escala (de micro a macro) a la hora de estudiar las trayectorias de los neoliberales argentinos antes del Proceso de Reorganización Nacional.

La heterogeneidad temática y disciplinar del libro no diluye, sino que más bien resalta, el potencial de reflexionar sobre las escalas de análisis y su lugar en la generación de un conocimiento espaciotemporalmente situado sobre la política y el Estado en la sociedad argentina.

El último libro de Peter Fritzsche, recientemente traducido al español y editado por Crítica, reconstruye la vida cotidiana en el Tercer Reich con el fin de explicar por qué y hasta qué punto el régimen nazi resultó atractivo para la mayoría de los alemanes.

En este sentido, Fritzsche se vale principalmente de diarios íntimos y cartas personales para rastrear la compleja relación entre vida y muerte que se impuso en el Tercer Reich, a partir de la cual la vida del pueblo alemán se vio supeditada a la muerte de los judíos.

En este punto, el autor se distancia de los trabajos clásicos sobre el tema y describe la forma en la que los ciudadanos alemanes no judíos fueron adhiriendo voluntariamente al proyecto nacionalsocialista de regeneración de la nación alemana, motivados por el trauma que implicó la derrota en la Primera Guerra. De este modo, se produjo un giro hacia una moral nacionalista fuertemente fomentada desde el Estado, que establecía claramente a partir de criterios raciales quiénes eran miembros de la comunidad (*Volksgemeinschaft*).

Así, *Vida y muerte...* comienza con ejemplos de cómo los alemanes incorporaron el proyecto de recomponer el tejido social nacional a partir de la idea de la *Volksgemeinschaft*. Este concepto no sólo hacía referencia a la vida y a la fuerza de la comunidad, sino que también remitía al sufrimiento de la derrota en la última guerra. De esta manera, comenzó a ganar importancia la idea de que sólo a través de la guerra Alemania podría garantizar la preservación de su vida. Esto se logró principalmente a través del denominado “espectáculo de la unidad nacional”, la promoción de un futuro próspero, el alineamiento simbólico con los trabajadores y la omnipresencia del discurso nacionalsocialista a través de los medios audiovisuales (capítulo 1).

Para completar la conciencia de pertenencia a una comunidad nacional, se exigió que los alemanes se identificaran con su pasado racial. De este modo, era una carga ciudadana demostrar la propia esencia “aria” a través de los *Ahnenpässe* o pasaportes raciales. Por otro lado, se les exigió a los alemanes judíos reunir la documentación necesaria para demostrar su “identidad genética”, lo que luego sería usado como prueba para la expropiación de sus bienes y su posterior asesinato. Las leyes raciales, los campos de adiestramiento, las numerosas organizaciones corporativas y los tratados teóricos sobre genética impulsaron una “revolución biológica” que buscó reemplazar lugares tradicionales



de sociabilidad y destituyó la hasta ese momento predominante moral cristiana por una “moral genetista”. El objetivo de esta última era lograr la “pureza aria” a cualquier costo, porque de ello dependía la salvación de la nación alemana. Interesantes ejemplos de la moda del momento, de los nuevos usos del lenguaje y de la creciente hostilidad con los judíos dan cuenta de hasta qué punto fue exitosa la “revolución biológica” (capítulo 2).

La guerra contra los “inferiores raciales” representaba para los nazis la expresión máxima de vida. Así, mientras el imperio alemán crecía, imponía sus criterios y políticas raciales en los nuevos territorios conquistados en la medida en que construía a pasos agigantados la maquinaria de destrucción que finalizaría en el Holocausto (capítulo 3).

Cuando el triunfo de Alemania se volvió claramente imposible, se decidió acelerar la maquinaria de exterminio como última posibilidad de cumplir con su plan de dominación racial, que era indisoluble de sus objetivos bélicos. Así, el autor concluye con un análisis de la conciencia de los alemanes sobre estos crímenes y con las percepciones que tenían tanto judíos como alemanes sobre la guerra, el Holocausto y la derrota de Alemania (capítulo 4). Los suicidios, la desesperación y la clandestinidad que experimentaban los judíos se oponen en este estudio al silencio de la mayoría de los alemanes que conocieron, por diferentes medios, las condiciones a las que se sometía a los judíos, a pesar de lo cual optaron por ignorarlas.

Con todo, los alemanes sintieron expiada su culpa colectiva a raíz de los bombardeos aéreos de los aliados a las poblaciones civiles. De esta manera, la memoria de los alemanes sobre la Segunda Guerra logró asimilarse a la del resto de las “víctimas” de cualquier experiencia bélica. Con esta interpretación existencialista –que sólo después de varias décadas se derrumbó–, los alemanes lograron ocupar un cómodo lugar entre los límites difusos que separan a perpetradores y víctimas.

RAÚL GARCÍA HERAS, *EL FONDO MONETARIO Y EL BANCO MUNDIAL EN LA ARGENTINA. LIBERALISMO, POPULISMO Y FINANZAS INTERNACIONALES*. BUENOS AIRES, LUMIÈRE, 2008, 222 PÁGINAS.

DANIEL REYNOSO
(CEHIS - UNMDP)

El libro de Raúl García Heras *El Fondo Monetario y el Banco Mundial en la Argentina. Liberalismo, populismo y finanzas internacionales* realiza un detallado análisis de los procedimientos para la obtención de distintos acuerdos de créditos y asistencia técnica que el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) emprendieron con los sucesivos gobiernos de la Argentina desde 1956 hasta 1973 y aborda en su epílogo un ensayo de interpretación del impacto que tuvo dicha relación en las decisiones que los gobiernos de la Argentina adoptaron desde la década de 1990 a la actualidad, especialmente en lo referido a si el país ha sufrido sucesivas crisis económicas por obedecer o por desobedecer los mandatos de estos organismos respecto a la forma de encauzar su desarrollo económico.

Las relaciones de la Argentina con los organismos multilaterales de crédito en los últimos cincuenta años es una temática de rigurosa actualidad y se encuentra presente en la mayoría de los libros de historia económica que abordan el controvertido pasaje de la Argentina desde su rol de ejemplo a imitar en los años noventa, cuando consigue bajar sus tasas inflacionarias y el déficit fiscal mientras simultáneamente sostiene un elevado crecimiento de su Producto Bruto Interno, al de país que debía ser castigado y librado a su suerte después de la crisis y el default de su deuda externa en 2001, pasando de esta forma a la suspensión casi total de relaciones que se opera desde 2005 entre estos organismos y nuestro país.

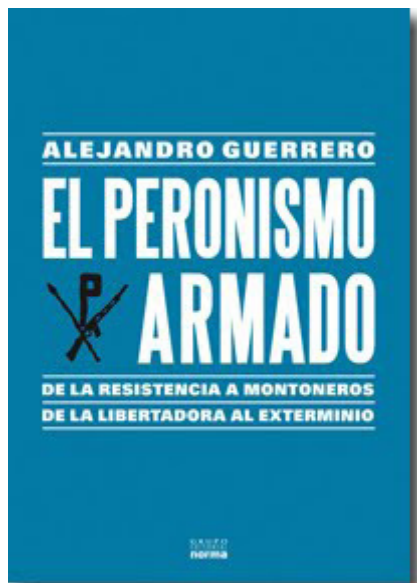
El trabajo cuenta con un importantísimo aporte de datos y fuentes de los archivos del FMI, el BM, el Banco de Inglaterra, diarios económicos nacionales e internacionales (especialmente norteamericanos e ingleses), archivos privados de alta relevancia como los de Arturo Frondizi, Adalbert Krieger Vasena y Roberto Alemann, entre otros, y entrevistas orales a funcionarios públicos de distintos gobiernos de nuestro país y embajadas extranjeras, que realizan importantes consideraciones que sirven para dimensionar con una mejor perspectiva las decisiones tomadas oportunamente. El libro contiene una introducción, un preludio, cinco capítulos y un epílogo. La introducción y el preludio señalan la difícil relación establecida con la Argentina desde los acuerdos de Bretton Woods en 1944 y los acercamientos con los gobiernos peronistas de 1946 a 1955. A partir especialmente de 1952 los economistas internacionales señalaban que ya era el momento oportuno “para que la Argentina adoptara políticas económicas más convencionales y respetables y relaciones armoniosas con Europa Occidental y los Estados Unidos” y el propio peronismo consideraba factible un acercamiento a los organismos de crédito internacional.

Los tres primeros capítulos (“Los vínculos iniciales, 1955-1958”, “Años de ilusiones y colaboración, 1958-1962” y “La crisis de 1962-1963”) siguen las oscilaciones y los cambios políticos de los sucesivos gobiernos transcurridos desde la caída del peronismo hasta la llegada al poder del Dr. Arturo Illia. En ellos se plantea la constante preocupación de los organismos internacionales por lograr que la Argentina accediera a un desarrollo económico sustentable en el tiempo y la concreción de las obras de infraestructura planificadas desde largo tiempo atrás, como la pavimentación de caminos, la construcción de represas y la provisión de energía eléctrica a las grandes urbes, a fin de garantizar que el crecimiento económico permitiera salir de los constantes y cada vez más reiterados ciclos de “stop and go”. En estos diagnósticos, es importante resaltar que tanto las políticas de industrialización como el estancamiento de la producción agropecuaria, especialmente en el rubro de la producción de cereales, no aparecen destacadas como prioritarias o destinatarias de líneas de crédito para su expansión, aunque sí se hace constante referencia a la racionalización del abultado déficit que acumulan las empresas estatales, especialmente los ferrocarriles.



Los capítulos dedicados a los gobiernos de Arturo Illia (“La frustrada independencia financiera, 1963 -1966”) y Juan Carlos Onganía (“Una fugaz época de oro, 1966-1969”) aparecen como un importante contrapunto, en los que se exponen claramente las diferencias en el trato con los equipos económicos que pertenecen al *staff* liberal de la época y los equipos políticos que conformaron la CONADE y que dieron sustento a las políticas económicas del radicalismo en el gobierno de 1963 a 1966. Queda claro que las variables asociadas a los costos políticos de la implementación de los programas de ajuste nunca fueron evaluadas como un escollo para los gobiernos que contaban en sus gabinetes con miembros del mencionado *staff* y que parecían insalvables para aquellos que no provenían de la misma vertiente ideológica. Esto se ve claramente en las arduas negociaciones llevadas a cabo por el gobierno de Arturo Illia a fin de conseguir créditos destinados a solventar el déficit de las cuentas fiscales, en comparación con el fácil camino transitado para la misma situación por el gobierno de Onganía, cuando Adalbert Krieger Vasena encabezaba el Ministerio de Economía. Esta última no aparece lo suficientemente reflejada en el texto debido a que no se explicitan los enfrentamientos políticos e ideológicos con organizaciones sociales y políticas como la Confederación General del Trabajo (CGT) y la Confederación General Empresaria, y sus distintas perspectivas respecto a las políticas económicas y sociales implementadas.

El epílogo es un intento por demás interesante de historiar, explicar e interpretar las causas de los ciclos de acercamiento y éxito parcial en el corto plazo de políticas sugeridas por el FMI durante los gobiernos que van desde Arturo Frondizi a Carlos Menem y sus colapsos finales, equiparables en sus causas a las de la última crisis. En esta consideración existe una hipótesis respecto del rol de las políticas sugeridas por el FMI desde la década del sesenta hasta la actualidad, acerca de su cumplimiento y seguimiento, en el sentido de que su fracaso surge del error de la continuidad en las propuestas económicas emanadas de los organismos multilaterales de crédito. Sin embargo, estas argumentaciones encuentran un hiato en el período posterior a 1973, que no es desarrollado de la misma forma en el trabajo y que incluye las políticas implementadas por la dictadura militar desde 1976 a 1983, que no deben ser soslayadas en virtud de pensar que el endeudamiento externo será desde la década del ochenta un importante condicionante para cualquier programa económico. La referencia final acerca de la decisión de los gobiernos de Argentina, Brasil, Rusia, Indonesia y Filipinas de abonar la totalidad de la deuda con el FMI a partir del año 2005 y cerrar de esta forma la vinculación con estos organismos cierra el epílogo y plantea la sostenibilidad en el largo plazo de este nuevo alejamiento de los denominados países emergentes.



En un momento de creciente avidez por conocer lo sucedido en la década del setenta, Alejandro Guerrero se propone ofrecer una mirada general de lo que denomina “peronismo armado”, aunque nunca brinde una definición explícita de estos términos. Para ello se remonta a la resistencia peronista, nacida al calor del golpe de Estado llevado adelante por la autodenominada Revolución Libertadora, convencido de que sólo explorando lo sucedido entonces podrá explicarse el exterminio de los militantes peronistas de los años setenta. A partir de allí puede encontrarse un primer rasgo que caracteriza al libro y que puede rastrearse a lo largo de toda la obra: la idea de que el peronismo armado fue todo movimiento, pequeño o grande, que se autoproclamó peronista y que decidió utilizar armas para defender o incluso imponer sus ideas.

En el prefacio, Guerrero señala que el libro “debía consistir, cuando fue ideado, en una biografía de Mario Eduardo Firmenich” (p. 9); este propósito fue abandonado ya que, al intentar explicar su rol dentro de Montoneros, se tornaba imposible para el autor no referirse a las condiciones de surgimiento de la organización. De allí que resultara indispensable retroceder hasta los inicios de la década del cuarenta para poder entender lo sucedido con la organización liderada por Firmenich. No obstante, este primer propósito dejó su huella en el escrito entero. Al mismo tiempo que se narran los acontecimientos más relevantes, se repara constantemente en la figura de Firmenich y de otros líderes montoneros: qué hacían, dónde estudiaban, cómo eran sus relaciones, qué vínculos establecieron entre ellos, cómo se acercaron al peronismo, son interrogantes que intentan ser contestados desde las primeras páginas, estrategia narrativa que resulta en ocasiones forzada o que incluso dificulta una lectura sostenida y dinámica. Por otra parte, no siempre

contribuye al intento de explicar el fenómeno de las organizaciones armadas peronistas.

El libro está dividido en dos partes. La primera de ellas, titulada “De la resistencia al retorno (1955–1973)”, comienza en realidad en los primeros años de la década del cuarenta e intenta mostrar la génesis de Montoneros, dado que, más allá de las afirmaciones de su autor acerca de su voluntad de incluir a todas las expresiones del peronismo armado, la atención central está siempre puesta en dicha organización. Son los sucesos de Ezeiza los que cierran la sección, compuesta por veintiséis capítulos muy cortos. La segunda parte, “De Cámpora al exterminio”, comienza justamente con la victoria camporista y se ocupa de narrar casi exclusivamente la derrota de Montoneros tanto en el ámbito político como en el militar. Concluye entonces, previsiblemente, con el fracaso de la “contraofensiva” montonera y con la decisión de la agrupación de abandonar la lucha armada. Alejandro Guerrero, “escritor, periodista y militante político”, según la breve biografía que ofrece la solapa del libro, intenta además hacer un análisis en términos de lucha de clases, desde una “óptica marxista” que reconoce explícitamente en el epílogo (p. 674). Vuelve a toparse, por lo tanto, con las dificultades que ya fueran subrayadas por numerosos estudiosos, debido a que esa óptica suele oscurecer antes que aclarar un fenómeno como el peronismo, restando al mismo tiempo riqueza interpretativa. En ese esquema, además, Perón aparece como el líder manipulador que logró encauzar los diferentes movimientos de oposición a los gobiernos —democráticos o de facto— sucedidos entre 1955 y 1973. En consecuencia, el peronismo aparece como un obstáculo a cualquier tipo de insurrección en tanto sus objetivos fueron la consolidación de la burguesía como clase, y los movimientos armados que se ubicaron bajo su ala resultan inviables por el solo hecho de pertenecer a él.

Al concluir la lectura de este libro, se tendrá la sensación de que la “tragedia” acaecida en los años setenta ya estaba en germen, en potencia, en los rasgos característicos del primer peronismo. Frases como las siguientes surcan permanentemente los diferentes capítulos: “consumada esa operación, empezó a ser posible, con ocho años de anticipación, el golpe de 1955” (p. 60); “ese mediodía empezaron treinta años de sangre continua” (p. 69). Se trata de una visión teleológica que poco ayuda a comprender los procesos históricos más importantes; quizás sea esa la marca más visible del punto de vista marxista que su autor sostiene y pretende poner de relieve.

Los Exiliados. La lucha por los derechos humanos durante la dictadura no es el primer libro sobre el tema del destierro en el último régimen militar que publica Silvina Jensen. En este caso, la autora precisa que el libro es la historia de los exiliados políticos, aquellos que el régimen consideró “derrotados y en fuga” y que procuraron, a partir de un marco heterógeno -tanto de género, etario, como de militancia política- convertirse fuera del país en la voz de los que permanecieron en Argentina.

En el libro el énfasis está colocado en las prácticas desarrolladas por los militares y los exiliados argentinos para demostrar, unos y otros, que eran los verdaderos defensores de los derechos humanos; y muestra cómo éstos terminaron por ser una bandera de los “aterrados” -en el doble significado de “sin tierra” y “atemorizados” que le da la autora-, lo que no era así en el momento de su desordenada y forzada partida.

La autora se centra en un episodio que considera una “bisagra” de ese período: la visita al país de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIHD), perteneciente a la Organización de Estados Americanos (OEA), que se registró en setiembre de 1979, cómo fue posible, por qué esa vez sí el régimen permitió la inspección y qué posicionamientos tuvieron tanto los militares como los expatriados.

Con un estilo que facilita la lectura, la autora considera que la inspección de los funcionarios de la OEA tuvo profundas implicancias políticas para los militares pero también para las organizaciones de familiares de víctimas en la Argentina y para aquellos que habían logrado escapar de la represión. Entiende que estudiar la visita de la CIDH sirve para entender las relaciones que se dieron entre los representantes e ideólogos de la dictadura y los exiliados, cómo cada parte pretendió asumir el papel de víctima y de representante de la sociedad en su conjunto, al mismo tiempo que intentó demostrar que la otra parte mentía u ocultaba la verdad. Jensen piensa que la presencia de la CIDH en Buenos Aires tuvo varias consecuencias. Por un lado, precipitó la decisión del gobierno argentino de terminar con lo que llamó “guerra antisubversiva” y sus consecuencias, lo que generó grietas en el frente militar interno y agudizó la disputa entre “blandos” y “duros” del régimen. Por otro, legitimó la tarea de denuncia que llevaban adelante los organismos de derechos humanos y los exiliados, aunque simultáneamente abrió el debate interno y el conflicto también en esos colectivos. En suma, la visita de la CIDH sirvió para descifrar la coyuntura atravesada



por la Argentina en esos años. Dejó expuestas tanto la lucha entre régimen y oposición como las tensiones, las contradicciones y la propia heterogeneidad de los diversos protagonistas.

La autora contrasta en el capítulo 1, “Radiografía de un exilio plural”, la tradición argentina de “país de puertas abiertas a la inmigración” con otra no siempre analizada, el destierro que nace con los episodios fundacionales de nuestra historia. Da cuenta, en los capítulos 2 y 3, de dos esfuerzos contrapuestos: el de los exiliados para “Desenmascarar a la dictadura y denunciar las violaciones de los derechos humanos” y el del régimen militar por “Desenmascarar al ‘antiargentino’ y deslegitimar sus ‘patañas’”, en la búsqueda de clausurar el pasado con una pretendida “solución final”. El capítulo 4 pormenoriza “La visita de la CIDH a la Argentina”, el contexto internacional en que se concretó, la vocación presuntamente “aperturista” desde lo político del gobierno militar, las maniobras de éste para desmerecer la inspección y la “guerra” de informes cruzados una vez conocida la condena de la Comisión a la Junta. Finalmente, Jensen expone en el epílogo, “Los dilemas de la lucha antidictatorial”, el debate entre los exiliados acerca del contenido, el alcance y los beneficiarios de la política de derechos humanos, lo que trajo aparejado -y está reflejado de modo conveniente en el libro- revisar críticamente el pasado político reciente de los protagonistas, asumir las paternidades de la lucha y la derrota y continuar la tarea de “desenmascaramiento” ante una sociedad a mitad de camino entre la indiferencia y el letargo.

El presente trabajo refleja el esfuerzo realizado desde diferentes disciplinas por esclarecer las relaciones entre la Argentina y la Europa del nazismo, una temática que, lejos de agotarse, encuentra continuamente nuevos contextos para expandirse. El espíritu del libro se encuentra en estrecha relación con el accionar de la Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina (CEANA), conformada en 1997 con el apoyo de la cancillería Argentina. De allí surgen también muchos de los recursos heurísticos manejados por los investigadores. De este modo, la impronta de los trabajos queda circunscripta a un determinado marco político-ideológico que considera el esclarecimiento de dichas actividades como una clave para lograr la afirmación de una cultura histórico-política democrática.

Los compiladores advierten que los residuos de propaganda política de la época, la tentación de poner las investigaciones al servicio de las confrontaciones político-ideológicas del presente, así como la tendencia a considerar lo cercano y lo propio como lo más importante, representan los principales obstáculos que se encuentran en la extensa literatura sobre el tema. Si bien ésta fue siempre profusa, desde mediados de la década de 1980 se multiplicaron variadas producciones que tienen la característica común de caer en alguno de estos obstáculos. Es así que al hablar de secuelas los autores se refieren a aquellas huellas que perduran fuertemente no sólo en la opinión pública en general sino en diferentes espacios del ámbito político y académico, y que tienden en general a resaltar los vínculos entre el nazismo y la Argentina.

El libro se compone de una serie de artículos que abordan diferentes tópicos desde distintas disciplinas y se completa con un apéndice con documentos que permanecían inéditos en lengua española. Desde el prólogo de Joseph Page se adelanta que aunque resulta imposible probar absolutamente un enunciado negativo, hay escaso margen para sostener la posibilidad de un escape masivo de jerarcas y criminales nazis a la Argentina. Esta premisa se confirma a lo largo de los diferentes artículos desde diversas perspectivas. Ronald Newton, experto en el tema de las relaciones entre la Argentina y el nazismo, sostiene que la documentación existente permite afirmar que los dos submarinos *U-boote* que se rindieron en aguas argentinas al finalizar la guerra fueron los únicos en cumplir dicha travesía. Mónica Valentini y Javier García Cano presentan los resultados de una ardua tarea interdisciplinaria que, combinando datos recogidos por la historia oral con investigaciones arqueológicas submarinas, apoya la visión de Newton, ya que de su relevamiento con material técnico



de última generación no se obtuvieron resultados positivos sobre la existencia de submarinos hundidos. El mismo tópico es retomado desde la literatura por Goloboff, que aborda los lugares comunes que sirven de base a los mitos y a su supervivencia a nivel local e internacional. En los capítulos de Heinz Schnepfen y Klich/Buchrucker se tratan meticulosamente las evidencias existentes acerca de la relación entre Perón y el reclutamiento de nazis y colaboracionistas. Allí se intenta demostrar la inconsistencia de la mayor parte de la bibliografía sobre el tema, al señalar que el número de criminales y funcionarios nazis llegados a la Argentina fue llamativamente menor al alegado habitualmente por los trabajos de investigación periodística.

La rigurosidad de los trabajos presentados hace que en general sea un texto de difícil lectura para el público no especializado. La minuciosidad a la hora de desmontar diferentes argumentos sobre complots, espionajes y avistamientos, hace necesario recurrir constantemente al voluminoso corpus de citas de cada capítulo. Se destacan como excepciones el ágil trabajo introductorio de Beatriz Figallo sobre el impacto de la Segunda Guerra Mundial en el contexto regional sudamericano y la propuesta pedagógica de Marta Barbieri y Norma Ben Altabef, que ofrecen diferentes variantes para trasladar los resultados de las investigaciones científicas al ámbito escolar.

Aún a sabiendas de que siempre existirá un público ávido de historias sensacionalistas, el libro tiene el mérito de sentar las bases para que en los ámbitos de producción académica se puedan continuar las investigaciones despejando aquellas hipótesis que no resisten un análisis riguroso. En este sentido, cumple considerablemente con su objetivo y evita dejar en el olvido aquellos hechos, como la acogida de científicos, criminales de guerra y bienes saqueados que, aunque se hayan producido en una dimensión mucho menor a la alegada frecuentemente, no dejan de ser por ello innegablemente ciertos.

El libro de Clara Kriger – adaptación de su tesis doctoral dirigida por Luis Alberto Romero– interviene en el debate actual sobre las relaciones entre el Estado argentino y la industria cultural a partir de un análisis histórico centrado en los vínculos del primer peronismo con la producción cinematográfica nacional. Evitando explicaciones simplistas y unidimensionales, la autora aborda esta problemática desde una perspectiva bifronte que incluye tanto a las políticas estatales como al material fílmico producido durante el período. Esta mirada compleja la conduce a revisar crítica y contextualmente la historiografía tradicional sobre el tema, que concibe el nexo entre cine y Estado peronista en términos de propaganda y censura política. La heterogeneidad estético-cultural de los films y la implementación de medidas coyunturales e, incluso, contradictorias, denuncian la inexistencia de un proyecto cultural coherente y uniforme por parte del gobierno. Por este motivo y a diferencia de lo que sucede en los cortometrajes y “docudramas”, la ausencia de planteos políticos o programáticos explícitos en los largometrajes de ficción denota la falta de significatividad de la intervención oficial en los niveles estético y argumental durante esos años. Ello no implica, sin embargo, que el Estado permaneciera ajeno a los relatos: en las representaciones de instituciones, discursos y políticas construidas por las producciones cinematográficas su presencia se manifiesta de continuo.

La doble dimensión del problema –que atañe tanto a la política gubernamental como a la esfera de las representaciones culturales– se concreta en la estructura de *Cine y Peronismo*. La primera parte del libro, titulada “La política cinematográfica de estado”, se ocupa precisamente de analizar la gestión cultural peronista en sus permanencias e innovaciones respecto de las etapas que la precedieron. La autora privilegia de esta manera una perspectiva procesual que integra al peronismo en la historia argentina a la vez que lo sitúa en el marco internacional. En el contexto de la segunda posguerra y ante los reclamos de parte del sector, el gobierno comienza a intervenir de forma activa en la regulación de la industria cinematográfica y se convierte así en mediador de sus disputas internas, en legislador y en fuente de recursos para los grandes y pequeños productores del medio. La política de fomento industrial del peronismo, asentada sobre el crédito y la protección comercial y cambiaria, alcanza de este modo a la producción cultural y la inserta en una red de negociaciones entre partes de desigual poder en la que existen alianzas, resistencias y sumisiones.

Estas políticas de intervención pública no suponen un control análogo de los niveles artístico, técnico ni narrativo. “El estado en el universo de las relaciones fílmicas del primer peronismo”, segunda parte de la obra de Kriger, se centra en el análisis de estas tres dimensiones



a partir del examen atento de cuatro conjuntos de películas que, además de diferir en su forma y contenido, se distinguen por mantener relaciones disímiles con la instancia estatal. El primer grupo de films se compone de los cortometrajes propagandísticos producidos por la Secretaría de Información y Prensa. Ya sea documentando la realización de obras públicas o los aspectos más destacados del Partido Justicialista y sus líderes, el objetivo central de tales cortos es la promoción gubernamental en base a los principios de sencillez, claridad y homogeneidad sustentados en la supuesta transparencia enunciativa del medio. Los docudramas –novedad del período iniciado en 1949– constituyen un segundo grupo, caracterizado por la conjunción de elementos documentales y ficcionales que promueven un acercamiento emocional al público y funcionan como instancia de legitimación y de identificación con las políticas estatales. Por último, la autora se dedica a examinar dos conjuntos que reúnen a las películas de ficción, donde el Estado se hace presente a nivel de la representación. No se trata aquí de films propagandísticos ni partidarios sino de cintas de diversa calidad en las cuales se denuncian los problemas sociales del pasado, se tornan visibles las instituciones públicas y se despliegan ciertos tópicos, discursos y personajes sociales propagados por el gobierno peronista. Aún desde una narrativa melodramática, costumbrista o cómica vinculada en general al modelo hollywoodense, estas producciones vehiculizan y refuerzan valores sociales existentes, a la vez que contribuyen a construir la legitimidad del Estado peronista.

Cine y Peronismo permite recuperar de esta manera un corpus de películas desplazadas del campo de la investigación por su carácter “pasatista” para convertirlas en objeto del análisis histórico. Kriger logra conjugar en torno a ellas el estudio de las políticas e instituciones culturales y el examen formal del material fílmico. El movimiento de las cámaras, las estrategias de montaje, el uso de los planos y todo aquello que atañe al lenguaje cinematográfico mismo confluye con el contenido argumental en la elaboración de un discurso político y social más o menos explícito.

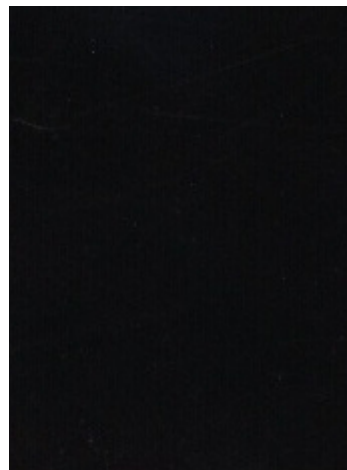
¹ A diferencia del resto de los textos, se conserva el término “estado” en lugar de “Estado” cuando forma parte de los títulos y subtítulos del libro original. *Nota de la directora.*

POR JORGE A. PAZ
(CONICET- IELDE, UNSA)

Keynes dijo en 1936 “Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, sean acertadas o correctas, son más poderosas de lo que se cree. De hecho, el mundo no se mueve por mucho más que eso. Los hombres prácticos, que se creen exentos de toda influencia intelectual, generalmente son esclavos de algún economista muerto”. Al recorrer las páginas del libro coordinado por Marcelo Lagos y reconocer en ellas la génesis y el desarrollo de la cicatriz que sobre la sociedad, la economía y la cultura han dejado los años ‘90, se siente una tentación irresistible de recordar esta frase de Keynes. Probablemente sin los documentos reunidos en el libro de Lagos no se pueda abarcar hasta qué punto las políticas públicas impactan en la vida de la gente, en el hacer cotidiano de las comunidades. Los 12 artículos que conforman el volumen comentado recorren en su totalidad el itinerario de las políticas neoliberales en un ámbito geográfico pequeño y definido: la provincia de Jujuy.

Quizá buena parte de la idea que se tuvo y que se tiene de lo que implicó el neoliberalismo en la Argentina, se asocie al impacto nacional del conjunto de políticas públicas (particularmente económicas) urdidas en Washington y puestas en marcha durante la presidencia de Carlos Menem en la década de los ‘90, más precisamente entre 1989 y 1999. En este sentido, se pierde la verdadera dimensión, el diámetro completo de la onda expansiva que tales políticas tuvieron en el contexto nacional. En los análisis macro del tema aparecen siempre mencionadas las figuras presidenciales que obraron como vectores del neoliberalismo en América Latina y el Caribe, así como las consecuencias nacionales, entre las que claramente figuran el rutilante aumento tanto del desempleo como de la desigualdad de los ingresos familiares y de la pobreza absoluta. Pero la historia queda de este modo inconclusa: se dejan sin cubrir otras dimensiones y el análisis de la propagación territorial de la acción política y económica.

Ésos son los temas que el libro compilado por Lagos va a iluminar. Por un lado, aleja al neoliberalismo de lo estrictamente económico. Es decir, mira las consecuencias de las recetas de Williamson (la disciplina fiscal, el reordenamiento de las prioridades del gasto público, la liberalización de las tasas de interés, la promoción de un tipo de cambio competitivo, la liberalización del comercio internacional y la entrada de inversiones extranjeras directas, la privatización, la desregulación y la protección de los derechos de propiedad) con una perspectiva que trasciende, sin



dejar de lado, lo puramente económico y político. Así, se pueden apreciar con claridad los otros rostros que asoman desde la superestructura social y cultural: la educación (Bruce y Barrionuevo), la paradiplomacia (Calleja y Safarov), la literatura (Castro), el deporte (Burgos), la religión (Guzmán) y los medios masivos (Vargas *et al.*).

Claro está que lo muy difundido y analizado desde una perspectiva más agregada (Bergesio y Fandos) toma cuerpo y aparece, como farsa quizá, en configuraciones territoriales diversas más cerca de la estructura económica y política: los efectos de las privatizaciones en el mercado laboral (Golovanevsky y Marcoleri), la gobernabilidad (Lagos y Gutiérrez), la desigualdad (Vargas) y los conflictos sociales (Kindgard).

Un párrafo aparte merece el repaso sobre los aspectos que podríamos denominar meso estructurales: No es fácil detectar —y mucho menos relatar— la manera en la que estas políticas incrustadas en espacios nacionales con altos niveles de desigualdad territorial, que se remontan siglos atrás en la historia de los países de América Latina, toman cuerpo en actores sociales concretos y específicos que van haciendo posible la reproducción de un sistema económico a pesar de las crueles secuelas que todos saben que deja y que pocos defienden. Esto es lo que logra Adriana Kindgard en su excelente ensayo sobre la política jujeña en los ‘90.

Jujuy bajo el signo neoliberal es un texto imprescindible para entender no sólo lo que pasó en la Argentina durante la década neoliberal sino también lo que vino después y lo que se vive hoy. Lo más interesante del texto es que logra ubicar al lector en esa perspectiva cognoscitiva múltiple y desafiante, a partir no sólo de lo que ocurrió sino también de las ausencias que supuso y que generaron los actores responsables de aplicarlas. Quiénes estuvieron y quiénes están, quiénes no estuvieron y quiénes no están; qué dejaron y qué no dejaron los que estuvieron, y qué espacios y vacíos quedaron de todo aquello.

DARÍO MACOR Y SUSANA PIAZZESI (EDS.), *TERRITORIOS DE LA POLÍTICA ARGENTINA. CÓRDOBA Y SANTA FE 1930-1940*. SANTA FE, UNL, 2009, 144 PÁGINAS.

POR CLARA IRIBARNE
(UNC)

La obra *Territorios de la política argentina. Córdoba y Santa Fe 1930-1945*, coordinada por Darío Macor y Susana Piazzesi y editada por la Universidad Nacional del Litoral, focaliza en clave historiográfica el derrotero político por el que atraviesan dos de los distritos electorales más importantes de la Argentina. La crisis del '30 del siglo pasado no solamente supuso el quiebre y el resquebrajamiento del modelo de acumulación agroexportador sino que disparó el reacomodamiento político de los sectores dominantes tendientes a disputar su control hegemónico de la sociedad, profundamente horadado por la Ley Sáenz Peña. Córdoba y Santa Fe son los escenarios de análisis privilegiado del despliegue de las distintas opciones a las que da lugar la lucha política por la construcción de la legitimidad.

Dividido en cinco capítulos, el texto va desarrollando la complejidad de actores, entramados y alianzas, las tácticas y estrategias de los sectores conservadores, las tensiones que se inscriben en ellos, pero también las distintas variantes y matices del arco opositor, universo integrado por partidos políticos que expresan distintas trayectorias, liderazgos, diversas lecturas de la cuestión social, diferentes estrategias en la lucha política.

El primer capítulo, "Santa Fe y Córdoba, dos piezas decisivas del ajedrez político de los años treinta", de Macor y Piazzesi, traza con claridad y nitidez el dilema por el que atraviesan las clases dominantes en la Argentina de aquella década del siglo XX, que no es otro que el secular problema de cómo tornar legítima la dominación, es decir, la búsqueda de instrumentos de los sectores dominantes que habiliten sortear la contradicción que instaura la igualdad jurídica de todos los ciudadanos y la desigualdad estructural de intereses en juego. Santa Fe y Córdoba se presentan como dos distritos centrales a la hora de analizar la lucha política en términos de construcción de hegemonía. Es en este sentido que se orienta el capítulo dos, "La competencia por el poder político en la Santa Fe de los años treinta", que reconstruye a través de los resultados electorales de toda la década la debilidad de los partidos políticos santafecinos en la construcción de esa hegemonía. Los clivajes internos de los distintos partidos, las confrontaciones regionales, los conflictos intergeneracionales, dan cuenta de las dificultades, los reordenamientos y las contradicciones de la lucha política.

El artículo de César Tcach que compone el tercer capítulo del libro, "Un parto frustrado. La intervención federal a



Córdoba (1936/37)", retrata la particular configuración que la lucha política adquiere en esa provincia, atravesada no sólo por alineamientos partidarios sino también por distinciones y tensiones que marcan y demarcan el horizonte cultural de la provincia mediterránea de los años treinta, donde no quedan afuera los ecos de la República española, ni pierde notoriedad la tradicional postura antiliberal, reoxigenada por los vientos europeos de la época. La disputa es política, cultural e ideológica, y la correlación de fuerzas en pugna tornó infructuosos los intentos de desestabilización del gobierno radical de Amadeo Sabattini.

"La reorganización del Estado santafecino en tiempos conservadores", de Natacha Bacolla y Darío Macor, precisa la centralidad que adquiere la modernización del Estado como respuesta a la crisis capitalista y analiza cómo se inscriben las reformas acuñadas en el "caso" santafecino para suturar las contradicciones que el desarrollo capitalista genera en torno a la cohesión social y a la legitimidad política.

Finalmente, el capítulo cinco, "De Reos e imputados. Las nuevas garantías procesales en la Córdoba sabattinista", de Jaqueline Vasallo, da cuenta de la batalla cultural y del impulso modernizador del gobierno de Sabattini, decisivo en la sanción del primer Código de Procedimiento Penal garantista de la Argentina

Territorios de la política argentina es un material que permite focalizar la diversidad de matices del período que abre la dictadura de Uriburu en un análisis comparado entre los lineamientos nacionales y las formas que adquieren en los espacios territoriales, plasmando desde las voces que componen este volumen una mirada menos lineal y taxativa del proceso.

MÓNICA MARQUINA, CARLOS MAZZOLA Y
INSTITUCIONES Y PROTAGONISTAS DE LA
PROMETEO LIBROS, 2009, 270 PÁGINAS.

GERMÁN SOPRANO (COMPS.), *POLÍTICAS,
UNIVERSIDAD ARGENTINA. BUENOS AIRES,*

POR PATRICIA A. ORBE
(UNS - CONICET)

Durante los últimos años, la universidad y la educación superior se han convertido en objeto de interés de importantes investigaciones y han ido configurando un campo de estudios en constante crecimiento en nuestro país. Indudablemente, la conformación de la Red Universitaria para los Estudios de Política sobre la Educación Superior en América Latina (RIEPESAL) en 2004 es un claro reflejo de este proceso. Esta activa entidad articula investigadores de la Universidad Nacional de General Sarmiento, la Universidad Nacional de San Luis, la Universidad Nacional de la Patagonia Austral y la Universidad Nacional de Rosario, y ha sido la promotora de diversos encuentros académicos y de la publicación de varios libros colectivos en 2005 y 2007. En este contexto de actividades se presenta esta obra de compilación, cuyos trabajos expresan la convergencia de perspectivas del campo de la Historia, la Sociología, la Ciencia Política y la Pedagogía en torno al estudio de la educación superior, las políticas universitarias y las trayectorias de las universidades y sus protagonistas en la Argentina.

El libro se estructura en tres partes, la primera de las cuales focaliza en temáticas ligadas a las políticas y el sistema universitario desde la óptica de distintas investigaciones. Adriana Chiroleu y Osvaldo Iazzetta abordan los alcances de la política del gobierno de Néstor Kirchner e identifican las continuidades y las variaciones que experimentó respecto de los ejes dominantes durante la década del noventa. Por su parte, Carlos Pérez Rasetti se concentra en el estudio de la expansión geográfica de las universidades y la regulación de las sedes distantes durante las últimas décadas, atendiendo especialmente a la cuestión de la calidad y el mejoramiento de los niveles de retención y de egreso. La experiencia de diez años de evaluación y acreditación universitaria en nuestro país es tratada en el capítulo elaborado por Mónica Marquina, investigadora que se detiene en la revisión del trabajo de pares académicos como actores centrales de estos procesos, desde la mirada de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU). El trabajo de Nelly E. Maneiro indaga la relación entre diversidad y acceso y permanencia en la Educación Superior, centrando su atención sobre la expansión cuantitativa de la demanda, las características de los distintos grupos que ingresan, así como las respuestas, en especial de las universidades, a esta problemática.

En la segunda parte de la obra, seis investigadores se abocan al estudio de las instituciones universitarias y sus actores en distintas etapas del siglo pasado y en la actualidad. Germán Soprano relata el complejo devenir institucional de la Antropología en la Universidad Nacional de La Plata entre las décadas de 1930 y 1960 desde una perspectiva que comprende la interrelación entre políticas de Estado, políticas universitarias y formas de sociabilidad académica de sus protagonistas. En tanto, Luciana Garatte nos introduce en el conocimiento del proyecto y el conjunto de estrategias desplegadas por los grupos académicos responsables de la ejecución del proceso de normalización de la universidad platense y específicamente de su Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, desarrollado en el marco de la transición democrática entre 1983 y 1986. Trasladándonos a la región cuyana, Carlos Mazzola y Ana I. Medina nos ofrecen una vía de acceso a los conflictos, consensos, diálogos y redes de poder articulados por los protagonistas del proceso de toma de decisiones en la Universidad Nacional de San Luis entre 1999 y 2004, al analizar la dinámica de su



Consejo Superior y sus integrantes. Por otro lado y desde una doble perspectiva constatativa y performativa, Ramón Sanz Ferramola revisa el carácter republicano de la misma universidad, dando cuenta de la contradicción que surge de su Estatuto entre la definición del carácter republicano y democrático de la institución y “la suma casi total del poder” que se le confiere a los cargos unipersonales del Rector y los Decanos. En el último capítulo de esta sección, Graciela Krichesky se detiene en la exposición del panorama actual de las falencias de la universidad en cuanto a la formación de docentes, destacando la reticencia que tradicionalmente la institución universitaria ha manifestado en materia de reflexión, debates e investigaciones sobre la relevancia de los saberes pedagógico-didácticos en la capacitación de estos profesionales de la educación. Asimismo, presenta algunas propuestas alternativas y un proyecto de investigación en desarrollo en la Universidad Nacional de General Sarmiento que promueve el estrechamiento de los vínculos de colaboración de las casas de altos estudios con otras instituciones educativas para encontrar soluciones a esta problemática.

Finalizando la obra, el tercer apartado del libro está constituido por un capítulo desarrollado por Claudio Suasnábar, que analiza los efectos del proceso de reforma de la educación superior sobre el campo académico y los cambios en las orientaciones de la producción del conocimiento, y expone el modo en el que se vieron modificadas las dinámicas institucionales y se puso en discusión el rol mismo de la universidad y de los académicos en este nuevo contexto.

Más allá de su variedad temática -o quizás precisamente por esta condición-, esta obra pone en evidencia el destacado avance que se está desarrollando dentro del campo de los estudios sobre la universidad y la educación superior. Su lectura resulta estimulante y podría considerarse no solamente recomendable para los especialistas en las problemáticas tratadas sino también para cada uno de los integrantes de nuestra heterogénea comunidad universitaria, en tanto promueve la reflexión sobre las propias concepciones y prácticas como partícipes de la dinámica de este campo institucional, inserto en un proceso de cambios iniciado en las últimas décadas y que merece una profunda revisión.

JOHANNES MEIER UND VEIT STRABNER (EDS.), *KIRCHE UND KATHOLIZISMUS SEIT 1945. VOL. 6: LATEINAMERIKA UND KARIBIK*. PADERBORN, FERDINAND SCHÖNINGH VERLAG, 2009, 559 PÁGINAS.

POR STEPHAN RUDERER
(U. DE MÜNSTER, ALEMANIA)

América Latina es el continente católico. Por esta razón, los editores de la presente obra decidieron incluir un capítulo introductorio, refiriéndose a los puntos más importantes en la historia del catolicismo, y un capítulo acerca del aporte teológico de esta región, que trata sobre la Teología de la Liberación. Aparte de estos dos capítulos, la obra contiene textos sobre todos los países de América Latina y el Caribe, algo no muy común en el ámbito académico alemán, donde generalmente se deja de lado a los países más pequeños. Esta decisión acertada de los editores demuestra las diferencias en el desarrollo del catolicismo en los diferentes países y ofrece algunas miradas sorprendentes a un continente católico, en donde también existen países con una larga tradición protestante o laica.

En lo siguiente, se trata de resumir las reflexiones importantes acerca del rol de la Iglesia católica en los últimos 60 años, que surgen desde la lectura de la obra.

Un primer elemento que hay que destacar es la importancia que tuvo el Concilio Vaticano II y la conferencia episcopal en Medellín en 1968 para la historia del catolicismo en el continente. Medellín, como “acontecimiento clave”, divide la historia del catolicismo en un antes y un después. Hasta los años 60, la Iglesia católica pertenecía, en casi todos los países, al *establishment* conservador, muchas veces reforzado por un fuerte anticomunismo común.

Recién después del Concilio Vaticano II y de Medellín, la Iglesia católica pasó por un proceso de revitalización y empezó a dedicarse más a temas sociales, simbolizado en la “opción preferente por los pobres”. En este sentido, en muchos artículos se resalta la labor de algunos obispos carismáticos, como Raúl Silva Henríquez en Chile, Sergio Méndez Arceo en México y Hélder Câmara en Brasil.

La forma en que se adoptaron las ideas de Medellín dentro de los diferentes episcopados también determinó, en gran medida, el rol que jugaría la Iglesia católica durante las dictaduras militares en los años 70 y 80. Iglesias nacionales más “progresistas”, como en Chile o Brasil, se transformaron en instituciones opositoras a los regímenes dictatoriales, mientras que Iglesias más “conservadoras”, como en Argentina, apoyaron los regímenes represivos. Más aún, la lectura de los distintos textos también deja en claro que las líneas de conflicto atravesaron muchas veces las Iglesias nacionales mismas, ya que obispos, sacerdotes y laicos progresistas encontraron la resistencia de otros sacerdotes y obispos



conservadores. La Iglesia argentina, que tiene obispos mártires de una iglesia perseguida y curas torturadores, es solamente el ejemplo más drástico de estos conflictos internos que sacudieron a la Iglesia católica en todo el continente.

Los textos subrayan también la importancia del papado de Juan Pablo II para las Iglesias del continente. Por un lado, sus viajes demostraron el potencial de movilización que tenía la Iglesia. Por otro lado, las nominaciones de obispos conservadores significaron un retroceso de la Iglesia católica en comparación con el desarrollo de las sociedades latinoamericanas.

Los artículos dejan espacio para referirse a asuntos teológicos, donde se destaca la influencia de las congregaciones, el aporte de la Teología de la Liberación y el reto que significa la presencia de un protestantismo en crecimiento y el tema de la inculturación indígena.

La lectura de toda la obra hace ver que no existe una sola y única Iglesia. Las manifestaciones políticas, sociales y teológicas de las distintas Iglesias nacionales no sólo dependen del contexto histórico en cada país, sino también generan conflictos dentro de las mismas Iglesias nacionales. La calidad de los textos difiere mucho entre sí. Sin embargo, en general, la obra proporciona un resumen bien logrado sobre el desarrollo histórico del catolicismo y la Iglesia católica en el continente durante los últimos 60 años. Muchos artículos reflejan también las tendencias de la investigación actual, basándose, sobre todo, en la literatura académica reciente producida en la región. Debido a las tendencias académicas y a la cercanía de muchos autores con el tema, la Iglesia progresista obtiene, quizás, demasiada atención, pensando que, en su gran mayoría, la Iglesia católica en el continente ha mantenido una línea conservadora.

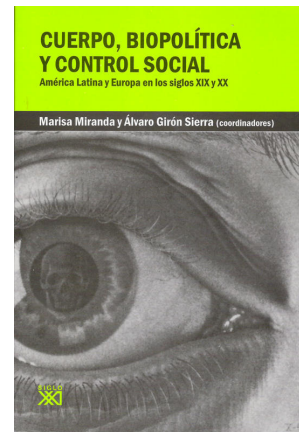
POR RITA M. NOVO
(UNMDP)

El libro lleva por título el del Simposio realizado en el marco del XV Congreso Internacional de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (Leiden, 2008) y reúne trece trabajos realizados en el marco de distintos proyectos de investigación en Argentina y España, coordinados por Marisa Miranda y Álvaro Girón Sierra.

A partir de algunos términos teóricos utilizados por Michel Foucault para caracterizar una matriz de poder cuyo resultado más inmediato se advierte en el modo en que se moldean los cuerpos de acuerdo con las exigencias de la gubernamentalidad (poder disciplinario) y, al mismo tiempo, el surgimiento de otro modelo de relaciones de poder que tiene como objeto a la vida misma (biopoder), los investigadores se detienen en las políticas del cuerpo (individual y social) en Latinoamérica y Europa entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX.

El surgimiento de unos discursos científicos que, asociados a unas prácticas, buscan legitimar un orden de normalidad en el que se sustente la homogeneización social, aparece en el centro de las investigaciones que se recogen en la obra. Así se analizan los efectos de la medicalización y la medicina social, la criminología lombrosiana y la eugenesia en sus diferentes variantes. Las metáforas de la enfermedad se aplican a la caracterización de aquello que requiere un tratamiento correctivo o debe ser definitivamente excluido. Al mismo tiempo, estos discursos científicos se vinculan con las ideologías en cuyo seno la normalización adquiere un carácter definido: anarquismo y fascismo son los dos polos del antagonismo que se plantea en el libro entre normal y anormal. Las connotaciones morales de las prácticas sociales se hallan vinculadas también a su adecuación a los discursos que circulan como verdaderos. De esta manera los trabajos en general se encuadran en los procesos sociales de objetivación y clasificación de los seres humanos que Foucault analizó en términos de “prácticas divisorias” en las que se combinan la ciencia y las prácticas de exclusión, aunque se advierte la confluencia de enfoques provenientes de distintas disciplinas.

Los artículos recorren con distinta profundidad las formas que asume la “otredad” o anormalidad y junto con ella los dispositivos que se aplican a su neutralización, corrección o eliminación. La mirada sobre Argentina se enfoca principalmente en la eugenesia, su justificación y validación, la producción de sentido del paradigma eugenésico por equiparación de la diversidad biológica con la desigualdad política, el modo y las circunstancias de circulación del discurso eugenésico. La criminología



aparece como una faceta complementaria al discurso de la medicalización y la eugenesia. El delito es parte de la diversidad y su significación está sujeta a cambios históricos, atribuyéndosele la calificación de “delito” a ideologías o actos reñidos con la moral convencional. Tal es el caso del análisis criminológico del anarquismo en España, que en consonancia con las ideas de Lombroso lo configuró como una “concepción de organismos degenerados o locos...”; o el concepto de “mala vida” con el que se califica a un sujeto cuyas acciones, si bien no encuadran como delictivas de acuerdo con el derecho, se hallan en franca oposición a la “rectitud moral” que constituiría al sujeto probo.

El discurso de la medicalización y las prácticas médicas normalizadoras de fines de siglo XIX y comienzos del siglo XX se abordan desde perspectivas complementarias en España, Argentina y Brasil, atendiendo a sus vinculaciones con los paradigmas científicos, el ordenamiento social y los regímenes políticos imperantes. La consideración del cuerpo como “blanco del Poder”, para decirlo en los términos de Michel Foucault, no podía pasar por alto la cuestión de la sexualidad. Ese es el tema del “Anima de Sayula” primer poema narrativo mejicano del siglo XIX, cuyo análisis permite concluir que el ordenamiento sexual impone un orden social caracterizado por el sometimiento de la mujer y la jerarquización de las sexualidades, que implica el rechazo a toda manifestación sexual que no se adecue al canon del heterosexismo establecido por considerarla perversa e inmoral.

JULIO MONTERO, MARIANO GARRETA LECLERCQ (COMP.), *DERECHOS, JUSTICIA Y DEMOCRACIA EN UN MUNDO TRANSNACIONAL*. BUENOS AIRES, PROMETEO LIBROS, 2009, 258 PÁGINAS.

POR MARCELA AGUIRREZABALA
(UNS)



El libro presentado por Garreta Leclercq y Montero está estructurado en tres partes estratégicamente concatenadas, de donde emergen problemáticas que desvelan a los académicos cuyos aportes se reúnen en una compilación caracterizada por su alto nivel analítico y rigor académico. Así, el ensayo de Pogge vincula la pobreza extrema con la violación de los derechos humanos, partiendo de la distinción entre los derechos humanos morales y los derechos humanos legales, imputando a los gobiernos y electorados de los países más poderosos el sometimiento de los pueblos a la pobreza, en una sistemática violación a los derechos humanos desde el punto de vista moral y legal.

El trabajo de Meckled García aborda la relación entre derechos humanos y justicia global. Al respecto se sirve de dos enfoques enunciados como *la concepción de los resultados y la concepción de la capacidad*, cuyos supuestos se permite desafiar a efecto de seguir debatiendo sobre la justicia internacional y sus alcances.

Florencia Luna estudia la pobreza en el mundo a través de la propuesta de Singer basada en una estrategia individual. Luego analiza la estrategia institucional y su vínculo con los derechos humanos apoyada en la visión de Onora O'Neill, sugiriendo que una visión complementaria de ambos podría brindar una respuesta al problema de la pobreza global.

Por su parte, Duffy incursiona en la práctica del litigio, su impacto en términos de derechos humanos considerado en la dimensión regional, nacional e internacional, como su contribución al cambio social, reafirmando el principio de la legalidad y el imperio de la ley con la mira puesta en el Ejecutivo y en la salud de la democracia.

María V. Costa examina algunos aspectos de la

concepción de los derechos humanos empleada por John Rawls en un contexto más amplio de su teoría de la justicia internacional, para demostrar que no es posible derivar un principio de los derechos humanos de alcance universalista a partir de la utilización del *dispositivo de la posición original* en el plano global.

El planteo de Montero intenta una explicación de las razones de principio de los pueblos liberales para admitir como legítimas a las *sociedades decentes*, lo cual proporciona según el autor, una justificación normativa independiente del argumento de la tolerancia tendiente a relajar los estándares de justicia en el plano internacional. Garreta Leclercq propone reconstruir y criticar tres estrategias posibles para justificar el ideal deliberativo de reciprocidad y demostrar que incluso la argumentación de Rawls resulta inadecuada, lo que en definitiva le permite concluir que en caso de ser viable, la justificación del ideal de reciprocidad exigirá fundamentaciones diferentes a las planteadas.

A partir del Teorema de Condorcet y los mecanismos de decisión como argumento de la legitimidad deliberativa, Macarena Marey demuestra no sólo el aporte del teorema más allá de sus críticas, sino que además, sigue siendo un buen fundamento para justificar la preferencia de los procedimientos deliberativos de decisión colectiva.

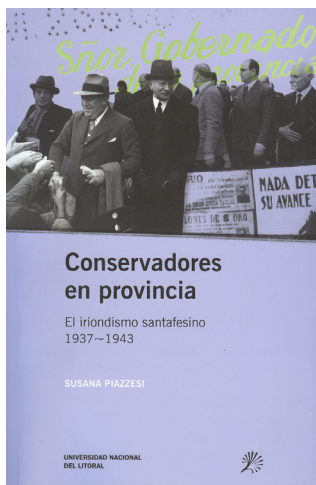
Graciela Vidiella postula como alternativa viable, más allá de las tendencias dentro del pensamiento democrático y sus objeciones, la conexión conceptual entre la democracia deliberativa y una versión del principio de igualdad de oportunidades, considerando en este aspecto a aquellos que tienen mayores dificultades de participar en la deliberación pública.

García Valverde retoma las críticas de Pogge al *enfoque de las capacidades* desarrollado por Amartya Sen en tanto teoría alternativa a la rawlsiana, para demostrar que es posible rechazar los argumentos de aquél en base a las dos falencias detectadas: la imposibilidad de considerarla como una teoría de justicia social y la indeterminación de su justificación filosófica.

El trabajo de Farrel reformula algunos de los argumentos de Gauthier en la terminología del utilitarismo de reglas y no sólo consigue diferenciarse de aquél, sino que además demuestra que en la Paradoja de Newcomb y el Problema del Tóxico, el utilitarismo de reglas no colapsa con el de actos.

El texto, sin lugar a dudas, tal como fue concebido, cumple con creces el homenaje al Profesor Guariglia, en tanto refleja la necesidad de encontrar respuestas plausibles a la desigualdad jurídica y social, entre tantas otras cuestiones, con el imperativo de construir un mundo regido por la justicia social, la igualdad y el respeto de los derechos humanos.

POR MARIELA RUBINZAL
(UNL - CONICET - UNSAM)



El libro *Conservadores en provincia* aborda un problema neurálgico de la historia política argentina de los años treinta, momento en que se inician “procesos destinados a perdurar hasta casi finalizado el siglo XX”. Lejos de eludir la complejidad de la experiencia fraudulenta que caracterizó esta década, Susana Piazzesi investigó las condiciones y los mecanismos que configuraron la experiencia política santafesina del *iriondismo*, una coalición conservadora conformada en torno al gobernador Manuel María de Iriondo, quien controló los resortes del poder político local en la segunda mitad de la década.

A lo largo de los capítulos se desentraña el interrogante fundamental de la obra; ¿cómo se legitima el poder político teniendo en cuenta la naturaleza fraudulenta de las elecciones? La autora argumenta que la falla originaria de la legitimidad política, el fraude, “fortalece diferentes estrategias de producción de una legitimidad sustitutiva.” Dicha *legitimidad sustitutiva* se arraiga en una particular forma de *gestionar* la política local, por lo tanto las acciones de los gobiernos tienen una importancia decisiva para explicar la reproducción del poder dentro de un determinado grupo político. Además las nuevas modalidades de intervención, que impulsaba este sector del conservadurismo santafesino, expresaban “el quiebre del consenso liberal dentro mismo de la elite dirigente tradicional.” Una elocuente muestra del espíritu que animaba al gobernador Iriondo fue su proyecto de reforma política, el cual permitiría encumbrar el gobierno de “los mejores” a través del voto calificado.

El libro, organizado en cinco capítulos, recorre los dos gobiernos antipersonalistas que se sucedieron en la provincia de Santa Fe (1937 – 1943) y ofrece un completo apéndice con cuadros de los resultados electorales del período, desagregados por localidad. El análisis del complejo panorama político nacional y provincial permite situar las ideas que nutrieron a

los grupos dominantes y los vínculos directos que se establecieron entre ellos, particularmente visibles desde la Intervención Federal de la provincia de Santa Fe en 1935 que preparó el “terreno propicio” para el acceso de Iriondo a la gobernación. (Capítulos I y II)

El examen de las contiendas electorales demuestra que las diversas maniobras fraudulentas iban acompañadas de conflictos, disputas y lógicas internas que explican las decisiones de los actores políticos de la época. La investigación se detiene en las variables que ocasionaron re-acomodamientos y fracturas en el interior de este grupo, así como también analiza las disímiles posiciones que los partidos opositores supieron articular en estas coyunturas electorales. (Capítulo III)

Las formas de intervención son fundamentales en la medida que tratan de establecer “un canal directo de comunicación” con la sociedad “en busca de una legitimidad de sustitución capaz de disimular los vicios en la construcción de la representación política y del funcionamiento de la democracia electoral.” Esas formas estuvieron signadas por la administración, en detrimento de la política, lo cual implicó un notable crecimiento de la obra pública. En este sentido, se pone en marcha un plan de intervención sobre la trama urbana que incluye la construcción de caminos, avenidas, escuelas, hospitales y espacios verdes. Asimismo, se arman los dispositivos para controlar otras áreas de interés tales como la alimentación, la higiene, el trabajo y el descanso. (Capítulo IV)

La creación de organismos estatales para regular las distintas variables de la vida privada y social es un aspecto fundamental del proceso de incorporación de la *cuestión social* a la agenda política del antipersonalismo santafesino. El Departamento Provincial del Trabajo fue, como lo demuestran las estadísticas desplegadas en esta publicación, un organismo muy activo en la resolución de conflictos entre el capital y el trabajo. Al mismo tiempo, todas estas medidas fueron en paralelo con el fortalecimiento de la capacidad represiva del Estado a través de la Ley de Defensa Social y la sanción de una Ley de Imprenta, muy resistida por distintos sectores de la sociedad santafesina. Estas intervenciones demuestran la capacidad de combinar criterios científicos y racionales en la gestión con criterios tradicionalistas, recurriendo a categorías provenientes del catolicismo social para efectuar “una lectura antimarxista del clivaje social”. (Capítulo V)

En definitiva, *Conservadores en provincia* realiza un aporte fundamental al estudio de lo social y lo político en un período de suma condensación de transformaciones históricas. Ofrece además las claves para comprender la lógica de un sistema político deficitario que busca una forma alternativa de legitimidad para existir y reproducirse.

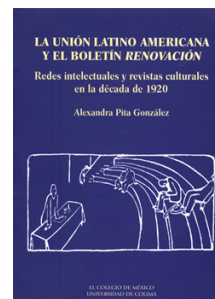
ALEXANDRA PITA GONZÁLEZ, *LA UNIÓN LATINO AMERICANA Y EL BOLETÍN RENOVACIÓN. REDES INTELLECTUALES Y REVISTAS CULTURALES EN LA DÉCADA DE 1920*. MÉXICO, EL COLEGIO DE MÉXICO- UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2009, 386 PÁGINAS.

POR LEANDRO SESSA
(CISH, UNLP)

El estudio de Pita González se concentra en la experiencia de la Unión Latino Americana (ULA), fundada en 1925, pero que reconoce sus antecedentes en el boletín *Renovación*, que había sido creado en 1923. En el marco de la propuesta definida por las perspectivas de la “historia intelectual”, las ideas recogidas de dicha publicación son analizadas en el contexto de sus “condiciones materiales de producción” e inscriptas en redes de revistas culturales e intercambios epistolares que involucraban a intelectuales de diferentes países de América Latina y el mundo.

Una característica fundamental de esta experiencia desarrollada desde Argentina, y que hasta ahora no había recibido la atención necesaria, es su conformación a partir de la referencia central de su fundador, José Ingenieros, quien, como señala la autora, había alcanzado el estatus de “maestro” de la juventud latinoamericana. En torno a su discurso, siempre invocado, pronunciado en 1922 con motivo de la visita de otro referente continental, el mexicano José Vasconcelos, Ingenieros define las líneas de la nueva organización, fundada en las perspectivas de un “antiimperialismo latinoamericano”. Esta posición era el resultado del desarrollo de sus ideas, que, en el contexto de la posguerra, colocaban a la juventud y a sus maestros como “reserva moral” de las naciones y actores principales de las iniciativas de unidad continental, ante la amenaza imperialista. Frente a otras propuestas anteriores orientadas en el mismo sentido, Ingenieros consideraba que correspondía a los intelectuales generar las perspectivas de unidad latinoamericana, que no podían provenir de acuerdos políticos, ni se hallaban vinculadas a una esencial espiritualidad. Su propuesta consistía en fortalecer una unidad cultural y política, con un sentido pragmático, para enfrentar el panamericanismo.

Fue justamente la muerte de Ingenieros, en 1925, y la creciente ascendencia dentro del grupo de otras figuras con un recorrido político - intelectual, tan prestigioso como diferente, tales los casos de Alfredo Palacios, Carlos Sánchez Viamonte o Arturo Orzábal Quintana, lo que trajo aparejados cambios importantes en la experiencia de la organización y las primeras escisiones. La creciente agitación en torno de sucesos de gran repercusión continental, como la invasión de EEUU a Nicaragua, o de alcance local, como las discusiones sobre la nacionalización del petróleo, produjo diferentes posiciones que motivaron disputas en torno de la “verdadera herencia” de las ideas de Ingenieros y críticas a las perspectivas de la ULA. Los cuestionamientos provenían, por un lado, de las organizaciones antiimperialistas vinculadas al comunismo, como la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA), sección Argentina, que comenzaron a criticar a la ULA



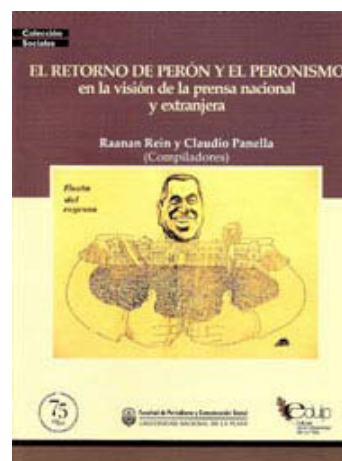
su falta de perspectiva internacional para abordar el tema del imperialismo y su escasa articulación con otros actores sociales, principalmente la clase obrera. Pero también surgieron posiciones críticas desde el seno de los colaboradores del boletín: en 1927 Arturo Orzábal Quintana, junto a otros jóvenes reformistas, protagonizó una primera escisión de la ULA, al conformar la Alianza Continental. Los grupos disidentes acusaban a los unionistas de haberse contaminado de doctrinarismos y de haber sido cooptados por el APRA, en referencia a la creciente influencia de los exiliados apristas peruanos en los cargos directivos. A través de actos públicos y campañas periodísticas, la Alianza Continental intentó definir un estilo de intervención diferente al de la ULA y propició un posicionamiento más decidido de apoyo a la propuesta de nacionalización del petróleo, impulsada por el yrigoyenismo.

La activa participación de los principales dirigentes unionistas en los conflictos desarrollados en esos años en la Facultad de Derecho, en torno de los avances de sectores identificados con la “contra reforma”, evidenciaba el anclaje de la ULA en el reformismo y la decisión de librar allí las últimas batallas, ante las amenazas autoritarias que se vislumbraban en el horizonte nacional.

La fidelidad de la organización unionista a la perspectiva ligada a la acción de los intelectuales, que le había impreso su fundador, se mantuvo hasta su ocaso en 1930, cuando la mayoría de sus militantes comenzaba a advertir la necesidad de vincularse de otra manera con la acción política. Esa nueva perspectiva, instalada a partir del golpe de Estado y de la coyuntura internacional posterior a la crisis mundial, alentó nuevas opciones entre intelectuales que hasta ese momento se habían mantenido a una distancia crítica de la vida de los partidos políticos, a los que consideraban contaminados por las prácticas de las viejas generaciones. De allí que una organización como la ULA, adscripta al “juvenilismo elitista”, heredero del reformismo, dejase de existir.

POR EVA MARA PETITTI
(CONICET- UNMDP)

Rannan Rein y Claudio Panella, compiladores del libro “El retorno de Perón y el peronismo en la visión de la prensa nacional y extranjera” nos introducen a la temática sobre prensa y peronismo aludiendo a un episodio que da cuenta de su actualidad: el enfrentamiento entre el Grupo Clarín y el gobierno kirchnerista respecto al proyecto de ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Los trabajos aquí congregados se centran en el período que transcurre entre el regreso de Perón y el golpe de Estado del 24 de marzo. Los incluidos en la primera parte analizan la prensa nacional, considerándola como un actor político, que a la vez fue reflejo y representación de la realidad argentina. De esta forma, nos permiten ver no sólo los diferentes posicionamientos, sino también, en la mayoría de los casos, las modificaciones ideológicas de los distintos periódicos que procuraban ser voceros de un sector, en una sociedad que se encontraba cada vez más fragmentada. Así, Claudio Panella en sus trabajos sobre *La Vanguardia* y *La Prensa*, indaga como ambos periódicos mantuvieron a través del tiempo el discurso antiperonista, y cómo la incapacidad de transformarlo condujo a un descenso de la influencia de ambos tanto en lectores (*La Prensa*) como en periodicidad (*La Vanguardia*). Por el contrario *Crónica*, abordado por César Arrondo, se mantuvo acorde a los sectores populares a los cuales direccionaba su mensaje, siendo el diario de mayor tirada del país. El resto de los periódicos examinados en esta primera parte dan cuenta de la transformación ideológica y de las diferentes motivaciones en el apoyo al líder que regresaba del exilio. En este sentido el trabajo de Alicia Podeti sobre *Buenos Aires Herald* analiza de qué modo Perón dejó de ser visto como tirano para convertirse en la única persona capaz de lograr la paz social. Una transformación ideológica en sentido contrario, se evidencia en los trabajos sobre *Clarín* y *La Nación* de Myriam Pelazas y Juan Carnagui. Ambas publicaciones interesadas en la figura de Perón como conciliador y contenedor del orden social al ver que no cumplía con sus expectativas, comenzaron a apostar por el gobierno militar. Un cambio en igual sentido, se observa tanto en *Mayoría* como en *La Opinión* estudiados por Guillermo Clarke y Marcelo Fonticelli. Sin embargo, en estos casos el apoyo a Perón no se basó en un amor interesado y fingido. *Mayoría* que surgió como oposición al gobierno de Lanusse, fue decantando su postura ideológica y su lectura de la realidad desde el revolucionario enamoramiento con el pueblo hasta el pesimismo conservador más reaccionario. *La Opinión*,



a su vez, pasó de una primera etapa protagonizada por los sectores más radicalizados, a una segunda, en la cual predominaron el disciplinamiento y la derechización del medio. Para cerrar esta primera parte, Mirta Varela analiza la representación del peronismo en los medios audiovisuales. Los trabajos que componen la segunda parte articulados por el análisis de la prensa extranjera, coinciden también en considerarla como un actor político y dan cuenta de los diferentes posicionamientos respecto a la situación argentina en relación a la dinámica política de cada país. Por un lado, los artículos de Juan Radic Vega y Nelson Perrotti sobre la prensa de Chile y Uruguay, y los de Carolina Cerrano y Rannan Rein sobre la de España e Israel, encuentran que los medios gráficos estaban atentos a los sucesos argentinos en tanto podían influir en las relaciones internacionales con dichos países que también vivían procesos de reestructuración. Por otra parte Michael Goebel da cuenta de la dificultad de los periódicos británicos, alemanes e italianos de comprender y definir los sucesos argentinos a partir de categorías políticas eurocéntricas. Finalmente Moira Cristiá y Nicolás Quiroga, quienes indagan sobre la prensa francesa y norteamericana, arrojan luz acerca de la existencia de una de mirada desde la alteridad, una proyección identitaria en la que el otro se presenta antagónico a sí mismo. En su conjunto, el libro contribuye a profundizar los estudios concernientes a prensa y peronismo en un período en que, tal como señala Marcelo Fonticelli, a la antinomia peronismo -antiperonismo se le sumó el enfrentamiento entre peronistas que compartían al líder pero diferían en proyectos.

ALEJANDRO SCHNEIDER (COMP.), *TRABAJADORES. UN ANÁLISIS SOBRE EL ACCIONAR DE LA CLASE OBRERA ARGENTINA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX*. BUENOS AIRES, HERRAMIENTA, 2009, 192 PÁGINAS.

POR SILVINA GIBBONS
(UNER - UNR)

Trabajadores... es una compilación de cinco artículos que abordan, a partir de distintos recortes, a la clase obrera argentina en la segunda mitad del siglo XX. Desde un enfoque de historia social marxista, el libro suma una nueva voz a la profusa producción historiográfica que se ha propuesto recuperar tanto las prácticas como la subjetividad de los trabajadores. En esta propuesta, la construcción del relato histórico “desde abajo” reivindica el rol de las bases y cuestiona a la historiografía que ha tomado a la dirigencia sindical como objeto de estudio excluyente.

El objetivo que atraviesa todos los trabajos es “analizar la cuestión obrera a partir del propio accionar de los trabajadores en tanto clase”. Los autores coinciden en que la posición hegemónica que ostentó la dirigencia gremial tras la caída del peronismo se explica por la capacidad de movilización de los obreros que habría sido su verdadero fundamento de poder al tiempo que niegan la existencia de una correspondencia entre la historia de la cúpula gremial y la historia de los trabajadores. Además, comparten la preocupación por develar las prácticas de resistencia de los obreros frente al avance de la explotación de la burguesía industrial argentina.

La investigación de Marcos Schiavi se propone estudiar la huelga de los obreros metalúrgicos de 1954. El autor afirma que dicha medida de fuerza evidencia la relativa autonomía obtenida por las bases en las luchas obreras de fines del período peronista y que dichos acontecimientos ponen de manifiesto la resistencia trabajadora a la ofensiva de la burguesía industrial en nuestro país.

Por su parte, Roberto Izquierdo comparte la hipótesis de Schiavi en cuanto a que la resistencia obrera de la segunda mitad del siglo XX es más el resultado de la crisis del régimen de acumulación, y de los intentos de los obreros por detener el avance de la explotación, que de la defensa de la identidad política peronista. En su análisis de las huelgas de los obreros del tabaco en la ciudad de Buenos Aires en 1957, el autor concluye que estas luchas deben ser vistas como consecuencia de los intentos de los sectores empresarios por aumentar los niveles de explotación. Sin embargo, la alta capacidad organizativa de los tabacaleros habría permitido que los trabajadores enfrenten con éxito los embates productivistas.

Alejandro Schneider se aboca al estudio de las



ocupaciones de fábricas llevadas a cabo entre 1962 y 1965, fundamentalmente en Buenos Aires. A partir de una crítica a los estudios que sostienen que estos fueron años de desmovilización de las bases, reconstruye la participación y las vivencias de los obreros para afirmar que dichas tomas de fábricas pusieron en cuestión la misma propiedad privada y permitieron redimensionar el rol de los obreros en el proceso de producción. Dichas acciones implicaron no sólo un elevado nivel de organización y disciplina sino también un cuestionamiento al sistema político y económico.

En su trabajo sobre los trabajadores de SOMISA e YPF, Hernán Palermo y Julia Soul analizan en clave comparativa sus experiencias en los espacios productivos –la fábrica- y reproductivos –el barrio-, derivadas de la pertenencia a lo que denominan “comunidad de empresa”. Los autores concluyen que la particular construcción de la subjetividad de estos trabajadores permitió el desplazamiento del conflicto capital-trabajo, que fue reemplazado por una identidad construida en torno a las ideas de nación y desarrollo.

Por último, Pablo Vommaro aborda la experiencia del Movimiento de Trabajadores Desocupados de San Francisco Solano en Quilmes. El autor recupera la lucha de los obreros en los años previos, con el objetivo de establecer las continuidades entre estas experiencias y dar cuenta de las nuevas configuraciones subjetivas y productivas que generaron las transformaciones en el sistema capitalista.

La metodología de trabajo de los investigadores está basada en un profuso material empírico consistente en fuentes escritas –documentos de organizaciones, de gobierno, prensa- y fuentes orales. El resultado es un texto que, a partir de estudios de caso particulares, confluye hacia un mismo lugar: la resistencia de los trabajadores frente al avance de la burguesía industrial argentina en la segunda mitad del siglo XX y el rol destacado que en ella tuvieron las bases a través del estudio de sus prácticas y subjetividades.

POR MARCELA FERRARI
(UNMDP – CONICET)

El libro de Miguel Ángel Taroncher repara en un momento particular del período de inestabilidad democrática en la Argentina posperonista: el que rodeó al derrocamiento del presidente Arturo Illia. El autor explica esa coyuntura analizando la incidencia que tuvieron en ella tres órganos de prensa, los semanarios *Primera Plana*, *Todo* y *Confirmado*, a los que contextualiza en un clima de época propicio para el golpe de estado que los mismos alientan, explícitamente y siempre con fuerza. Recupera también las contribuciones de los periodistas emblemáticos que, desde cada uno de esos medios, articularon un discurso destinado a denostar al primer mandatario y propiciar el advenimiento del caudillo militar que lo reemplazaría.

En todo momento las revistas son consideradas en tanto actores políticos que compiten dentro del espacio público para debatir cómo debe organizarse la sociedad. Y el autor logra demostrar de qué manera emitieron su mensaje con el objetivo de influir en los comportamientos colectivos al formar opinión, canalizar intereses de los factores de poder y, al mismo tiempo, proporcionar a éstos los argumentos favorables a un proyecto político de “modernización autoritaria”.

La obra, de estilo ágil y sustentada en un corpus de fuentes primarias y secundarias exhaustivo, está organizada en tres partes, cada una de las cuales se compone de dos capítulos dedicados, el primero, a uno de los semanarios y el segundo, al periodista de cada uno de esos medios que marcó la línea afín al golpe, sus notas, sus ideas.

Esta estructura regular permite observar de qué manera esos medios de actualidad, que aparecieron entre 1962 y 1965 siguiendo las líneas de la prensa internacional de la segunda posguerra que ponía en valor el subjetivismo y el periodismo de investigación tomando como paradigma el modelo de *Times*, compartieron afinidades políticas. En un tiempo signado por la pretensión de eficiencia y modernización de los factores de poder que, en buena medida, se referenciaban en un modelo desarrollista que persistió tras la caída de Frondizi, Taroncher pone de manifiesto la trayectoria de esos semanarios que, en tanto empresas editoriales, apuntaban a influir en aquellos sectores medios urbanos—principalmente, de la Capital Federal— que integraban el público “inteligente” de lectores al que eran dirigidas estas revistas. Las diferencias—a veces, de matices— se hacen más evidentes al analizar las contribuciones de los periodistas emblemáticos de cada medio. Tomemos como punto de comparación la postura asumida ante el sistema de partidos. Mientras Mariano Grondona, desde *Primera Plana*, reparaba en la decadencia del sistema político



tradicional que se transparentaba en el gobierno de Illia; Bernardo Neustadt, director y columnista de *Todo*, se focalizaba en la ineficacia del “comité” en el gobierno, que cercenaba las posibilidades de participación efectiva en el gobierno de “los no afiliados” que eran quienes realmente hacían el país; y Mariano Montemayor, columnista de *Confirmado*, incorporado a ese medio en octubre de 1965 con la misión “de instigar, en forma directa, a las fuerzas armadas a derribar al presidente Illia” (p.171), remarcaba la incompatibilidad de la dignidad nacional y la partidocracia. Tonos, estilos, formación, trayectoria previa de los periodistas y del medio desde el cual se expresaban marcaban las diferencias; pero los tres coincidían en la necesidad de acelerar los tiempos de pasar de la ineficiencia a la modernización.

Para finalizar, vale la pena destacar la expresión “coalición azul” con la cual el autor amplía saludablemente el espectro de los actores que intervinieron en el golpe de estado de 1966. En ella incluye, por supuesto, a los militares del ejército, especialmente del arma de caballería, los “azules” encabezados por Juan Carlos Onganía. Y junto a ellos a la burocracia sindical, los empresarios nacionales y extranjeros, tecnócratas y especialistas apartidarios, abogados de militancia católica, miembros del Opus Dei, además de los periodistas de los semanarios mencionados. En adelante es probable que sea necesario delimitar incluidos y excluidos dentro de cada uno de esos grupos, o aun grados de participación, lo que no ha sido el objeto de análisis central del libro. Pero lo sugerente de la noción de coalición propuesta por Taroncher—que recuerda la de configuración de Norbert Elias—, es su valor instrumental para reconocer la existencia de un entramado que supera ampliamente al espacio castrense y analizar, a futuro, los componentes civiles de quienes tramaron el golpe, de los cuales en este libro se analiza con exhaustividad y destreza el caso de los semanarios.

MARÍA INÉS TATO Y MARTÍN CASTRO (COMPS.), *DEL CENTENARIO AL PERONISMO. DIMENSIONES DE LA VIDA POLÍTICA ARGENTINA*. BUENOS AIRES. IMAGO MUNDI, 2010, 248 PÁGINAS.

POR MARÍA MERCEDES PROL
(UNR – UNER)

Como indican sus compiladores, este libro, de reciente edición, está integrado por una serie de trabajos que muestran distintas dimensiones de la historia política argentina de la primera mitad del siglo XX. Tales estudios son heterogéneos. Ellos nos introducen en el mundo de los rituales funerarios y la política, de las manifestaciones callejeras realizadas mientras se desarrollaba la Primera Guerra Mundial, de las elites estatales y el catolicismo durante el Centenario, del asociacionismo católico. Se ocupan también de los itinerarios intelectuales y los debates sobre la formulación de políticas públicas, el rumbo de la economía y la industria en los años de entreguerras. En esta heterogeneidad radica la relevancia. Porque los autores dan cuenta de los matices que conllevan procesos más globales que en algunos casos se entrecruzan, y que no tienen trayectos unívocos. Estos son: las interpretaciones sobre el republicanism, la democratización de principios de siglo, sus actores –partidos y organizaciones obreras-, los nacionalismos, y los proyectos de modernización estatal y económica. Al mismo tiempo, tal diversidad indica la mixtura de perspectivas de análisis. Esta mixtura revela que los historiadores no tienen hoy en día una única forma de entender el registro de lo político.

En este sentido, el volumen se inicia con una investigación realizada por Sandra Gayol sobre el funeral de Bartolomé Mitre. En ella la autora muestra cómo se funden los rituales sobre la muerte, la política y la multitud. En los escenarios del funeral se construyeron representaciones en torno a la figura del ex presidente que fueron asociadas a determinados valores del republicanism y a la nacionalidad. Las mismas operaron en un contexto en que se redefinieron las prácticas del régimen oligárquico. Por medio de tales representaciones Mitre fue incorporado al Panteón de héroes nacionales. Continúa María Inés Tato con un artículo que describe las manifestaciones públicas de aliadófilos y neutralistas durante el desarrollo de la Gran Guerra, sus características y la ruta seguida por sus hacedores. La guerra revitalizó las identidades de las comunidades étnicas radicadas en el país y las disputas políticas internas. En las manifestaciones los grupos adoptaron diversas formas de definir la nacionalidad.

Luego Martín Castro y Gardenia Vidal introducen al lector en temas tales como la cuestión nacional y la cuestión social en el universo de los católicos y lo hacen por distintas vías. Castro describe las posiciones adoptadas por los notables, las instituciones y los publicistas católicos frente a las políticas de nacionalización llevadas a cabo por el Consejo Nacional de Educación durante el Centenario de la Revolución



de Mayo. También explora los vínculos de esta dirigencia con el poder político. Vidal se sitúa en los Círculos Obreros de la ciudad de Córdoba y, entre otras cuestiones, reconstruye la modalidad de intervención en el ámbito del trabajo y en los barrios. En ese trayecto de intervención observa las disputas mantenidas entre los dirigentes de los círculos con otras corrientes del movimiento obrero, el anarquismo y el socialismo.

María Silvia Fleitas recompone el acceso del radicalismo al gobierno de la provincia de Jujuy, el faccionalismo, y con ello las dificultades para alcanzar disciplina partidaria. En el marco de tales disputas aborda las interpelaciones del tanquismo dentro del radicalismo jujeño. Para el dirigente yrigoyenista Miguel Tanco la democratización no suponía solamente asegurar la apertura política, sino además debía tener una dimensión social.

Y por último se presentan los trabajos de Natacha Bacolla y Claudio Belini que se inscriben en el debate sobre la modernización económica y estatal iniciado en entreguerras. Bacolla analiza la aparición de la *Revista de Economía Argentina* a fines de la década de 1910, sus vínculos con el ámbito universitario, las agencias estatales y las corporaciones económicas, así como sus circuitos de distribución. La revista elaboró un conjunto de conocimientos académicos sobre política económica y recursos técnicos tales como la estadística; así como una agenda de temas que versaron sobre la fiscalidad, y la constitución de cuerpos de profesionales capacitados. Mientras que Belini reconstruye otra arista del debate sobre la economía argentina: las propuestas industrialistas efectuadas por un grupo de economistas e ingenieros en dos momentos, en la década del veinte y durante la crisis que estalló en 1929.

Tal como expresé más arriba los diversos estudios que integran esta compilación con sus registros de análisis permiten al lector armar varios ejes de exploración dentro de procesos históricos generales acaecidos en la primera mitad del siglo XX.

POR MIRIAN CINQUEGRANI
(UNS)

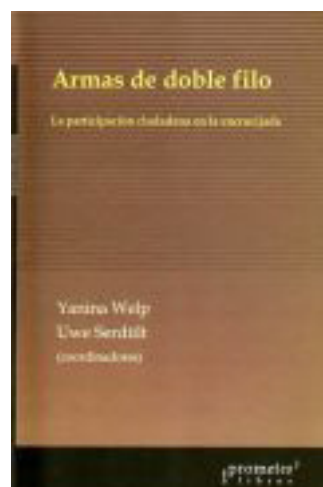
La experiencia democrática en los países latinoamericanos es históricamente particular y se ha desarrollado con no pocos desafíos, sobre todo desde la transición a la democracia en la década de 1980 en la que la preocupación por este sistema político se ha vuelto central no sólo en las agendas políticas de estos países, sino también en el debate académico contemporáneo en torno a los modelos de participación ciudadana.

En este sentido, el libro coordinado por Yanina Welp y Uwe Serdült, profundiza en el estudio de la democracia en América Latina a partir del análisis de los usos y alcances de mecanismos de democracia directa (MDD) como herramientas para la toma de decisiones políticas, en especial, luego de las reformas constitucionales de los años noventa que habilitaron la práctica de tres tipos: la consulta popular (plebiscitos y referendos), la iniciativa popular y la revocatoria del mandato.

El tema es abordado a través del estudio de ocho países que constituyen ejemplos salientes en la región: Paraguay, Uruguay, Chile, Colombia, Argentina, Venezuela, Ecuador y Bolivia. Salvando las especificidades inherentes a la historia de cada uno de ellos, los autores utilizaron una misma matriz de análisis para cada caso, considerando el contexto político e institucional en el que se inscribe el uso de los MDD, los antecedentes, el marco legal que instrumenta su aplicación, las estrategias y demandas de los actores involucrados y las consecuencias del ejercicio de tales mecanismos.

Desde la metáfora empleada en el título, “armas de doble filo”, y a lo largo de los capítulos, los autores nos acercan a la controversia que denota la utilización de los MDD en el marco de las democracias representativas latinoamericanas por cuanto la finalidad de la implementación de los mismos implicaría mejorar la calidad de la representación pública y minimizar la crisis de representación basada en la desconfianza hacia las instituciones y los partidos políticos tradicionales; sin embargo, los casos estudiados muestran usos muy dispares en el marco de escenarios políticos complejos. Un recorrido por la obra nos permite observar que los MDD han sido un recurso utilizado para encauzar protestas populares, legitimar el accionar de los poderes públicos o arbitrar conflictos entre los mismos.

Del estudio se desprende que el surgimiento de liderazgos demagógicos y populistas como nuevas alternativas para dar respuesta a la crisis de representación, ha puesto en evidencia la utilización de los MDD para llevar a cabo proyectos políticos y enfrentar la oposición con el apoyo directo de la ciudadanía tal como lo analizan Rodrigo Salazar Elena en Bolivia, Alicia Lissidini en Venezuela y Juan Pablo Morales Viteri en Ecuador. En estos casos



-afirma Yanina Welp- estos mecanismos constituyen un instrumento para superar los bloqueos que se puedan producir entre el poder ejecutivo y el legislativo. No obstante, más allá del uso populista, también se registran casos de implementación en gobiernos autoritarios, como lo muestran las experiencias de Ecuador, de Uruguay y en especial de Chile, cuya aplicación, según Marcel Gonnet Wainmayer, se registra mayoritariamente en el marco de esos gobiernos y cae en desuso luego del retorno a la democracia.

Paraguay y Uruguay constituyen casos excepcionales en la región. Luis Ortiz Sandoval señala que Paraguay, pese a que su constitución lo permite, no registra experiencia de uso de MDD. La ausencia de estas prácticas está ligada a la permanencia del autoritarismo y a la escasa democratización de la sociedad paraguaya. En cambio, Uruguay evidencia una larga tradición en la aplicación de MDD derivada de las negociaciones entre partidos políticos y con el fin de obtener legitimación política, según surge del estudio de David Altman.

En cuanto a Colombia y a Argentina, casos analizados respectivamente por Evaristo Tomás Acuña y Emilio Lafferriere, la utilización de los MDD no ha sido tan vasta. En el primer caso, el uso de estos mecanismos se vio limitado por una situación política de permanente violencia y enfrentamiento civil. En Argentina, antes de la reforma de 1994 que incorpora la consulta y la iniciativa popular, si bien se realizó un plebiscito en 1984 para ratificar el tratado de límites con Chile, no existía ninguna legislación que reglamentara su uso, más si se piensa en la declaración explícita en la Constitución de 1853 por la que “el pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes”.

Finalmente, cabe señalar que los capítulos contenidos en este libro ofrecen un detallado estudio que contribuye a echar luz sobre el debate jurídico - político acerca de los alcances y reglas de juego de las democracias latinoamericanas así como las consecuencias que los MDD tienen sobre ella.

COLECCIONES
en
sitios web

Carpetas Docentes de Historia es una recopilación *on line* de contenidos para docentes de Nivel Medio. Elaborada por personal de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (FaHCE-UNLP), la propuesta analiza diferentes períodos históricos desde un enfoque integral y multidimensional.

De ese modo, la Facultad de Humanidades, por medio de la presentación de materiales *on line*, apuesta a una política editorial pública y gratuita, destinada a los docentes del nivel medio, con el propósito de contribuir a la compleja tarea de la enseñanza de la historia de nuestro tiempo. La colección (<http://www.carpetashistoria.fahce.unlp.edu.ar/>) procura reforzar los lazos entre docencia e investigación. El abordaje de los temas es meticuloso, multidimensional y por ello se problematizan en función de una serie de preguntas que las *Carpetas* contribuyen a responder. Un determinado período histórico del siglo XX ¿sólo puede explicarse y representarse a través de sus modelos económicos o sus hitos políticos? ¿Qué lugar ocupan las artes y otras dimensiones culturales y qué grado de protagonismo tienen los diferentes actores en la apreciación de los contextos sociohistóricos? (más allá de las discusiones y concepciones clásicas de estructura y superestructura) ¿Cómo establecer periodizaciones y especificidades de “época”, atendiendo los cambios y continuidades y sin perder de vista las transformaciones estructurales y los cambios coyunturales? ¿Cómo reelaborar y apropiarse de la historia sin obviar las tensiones y ambigüedades que supone el abordaje complejo del devenir histórico (especialmente, el pasado reciente)?

Jean-Léon Gérôme, *El encantador de serpientes* (fines de la década de 1860), óleo sobre tela, 84 x 122 cm. Clark Art Institute, Williamstown (Massachusetts, EE.UU)

Los materiales abordan el siglo XX a través de cinco ejes o períodos:

- 1- La era del imperio (1873-1914/1918)
 - El imperialismo
 - La Belle Époque y el capitalismo global
- 2- El quiebre del liberalismo y la crisis del capitalismo (1914/1918-1945)
 - La Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa
 - La gran depresión y la crisis del liberalismo
 - Fascismo y nazismo
 - La experiencia soviética de la guerra civil a la Segunda Guerra Mundial.



La Segunda Guerra Mundial y el Holocausto

El mundo colonial y dependiente

3- Los años dorados en el marco de la Guerra Fría (1945-1968/1973)

4- La crisis del capitalismo y el derrumbe del bloque soviético (1973/1979-1989)

5- Entre lo que se derrumba y lo que emerge (1989/1991-2008).

Si bien al presente sólo se puede acceder al primer eje y a parte del segundo, la idea es ir habilitando uno tras otro, de manera progresiva.

Los materiales han sido organizados incluyendo diferentes tipos de textos. En el **texto principal** se plantean los principales interrogantes y se brinda la información básica sobre el proceso histórico seleccionado. A lo largo de la lectura es posible encontrar referencias bibliográficas de lecturas recomendadas para profundizar el tema en desarrollo. También se hallan direcciones de internet sobre materiales que complementan la información o bien permiten acceder a obras originales y documentos. En las **notas** se aclaran y amplían los contenidos que componen el texto principal. Algunas de ellas incluyen mapas que acompañan la lectura del texto principal. Las **fuentes** aportan a la comprensión del tema y también constituyen un material factible

de ser utilizado en la preparación de las clases. Finalmente, la **bibliografía** puede ser consultada por los docentes.

En cada tema se abre una ventana hacia diferentes dimensiones del mundo cultural: el cine, la literatura y el arte. Estas intervenciones no pretenden ser exhaustivas: el objetivo de su inclusión es que la película, la obra literaria o el cuadro analizados operen como disparadores para revisar el pasado teniendo en cuenta su carácter multifacético.

En la sección **Biblioteca** se incluyen algunos de los textos escaneados o “bajados” de internet y citados en la bibliografía. Se espera incorporar también artículos originales producidos para este sitio por docentes y alumnos avanzados de la universidad.

Las *Carpetas Docentes de Historia* han sido escritas y dirigidas por María Dolores Béjar, profesora titular de las cátedras de Historia Social Contemporánea e Historia General VI (FaHCE-UNLP), a quien asiste un equipo integrado por Marcelo Scotti (análisis de las películas), Paula Salerno (análisis literario), Isabel Plante (análisis artístico) Matías Bisso (Colaboración y contacto); Juan Luis Carnagui (Recopilación de material y armado); Ana Casavelos (Colaboración editorial). La edición y diagramación está a cargo del Equipo de Publicaciones de la FaHCE.

Boletín Bibliográfico Electrónico



Cómo citar

[Autor]. [“título del artículo”], *Boletín Bibliográfico Electrónico*, número 6, septiembre de 2010, ISSN 1851-7099.

Año 3. Número 6, septiembre de 2010